
3 1761 06743966 1

OBRAS DE PIO BAROJA

Vidas sombrías.
Idilios vascos.
El tablado de Arlequín.
Nuevo tablado de Arlequín.
Juventud, egolatría.
Idilios y fantasías.
Las horas solitarias.
Momentum Catastróphicum.
La Caverna del Humorismo.
Divagaciones sobre la Cultura.

LAS TRILOGÍAS

TIERRA VASCA

La casa de Aizgorri.
El Mayorazgo de Labraz.
Zalacaín el Aventurero.

LA VIDA FANTÁSTICA

Camino de perfección.
Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox.
Paradox, rey.

LA RAZA

La dama errante.
La ciudad de la niebla.
El árbol de la ciencia.

LA LUCHA POR LA VIDA

La busca.
Mala hierba.
Aurora roja.

EL PASADO

La feria de los discretos.
Los últimos románticos.
Las tragedias grotescas.

LAS CIUDADES

César o nada.
El mundo es ansí.
La sensualidad pervertida.

EL MAR

Las inquietudes de Shanti Andía.

MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN

El aprendiz de conspirador.
El escuadrón del Brigante.
Los caminos del mundo.
Con la pluma y con el sable.
Los recursos de la astucia.
La ruta del aventurero.
Los contrastes de la vida.
La veleta de Gastizar.
Los caudillos de 1830.
La Isabelina.

CÉSAR O NADA

Establecimiento tipográfico

de Rafael Caro Raggio

PIO BAROJA

LAS CIUDADES

CÉSAR O NADA

NOVELA



RAFAEL CARO RAGGIO
EDITOR
MENDIZÁBAL, 34
MADRID

PRÓLOGO

El autor discurre acerca del carácter de su héroe.

DIVAGACIONES CASI
TRASCENDENTALES

Lo individual es la única realidad en la naturaleza y en la vida.

La especie, el género, la raza, en el fondo no existen; son abstracciones, modos de designar, artificios de la ciencia, síntesis útiles, pero no absolutamente exactas. Con estos artificios discurrimos y comparamos; estos artificios constituyen una norma dentro de nosotros mismos, pero no tienen realidad exterior.

Sólo el individuo existe por sí y ante sí. Soy vivo; es lo único que puede afirmar el hombre.

Las agrupaciones y separaciones constituídas por la clasificación, son como la cuadrícula que un dibujante pusiera delante de una figura para copiarla mejor. Las rayas de la cuadrícula dividirían las líneas del dibujo; pero las dividirían, no en la realidad, sino sólo en el campo visual del dibujante.

En lo humano, como en toda la naturaleza, el individuo es lo único. Sólo lo individual existe en el campo de la vida y en el campo del espíritu.

Lo individual es inagrupable e inclasificable. Lo individual no puede, en absoluto, entrar de lleno en un encasillado, y menos si este encasillado ha tenido por norma un principio ético. La ética es

un mal sastre para vestir las carnes de la realidad.

Las ideas de lo bueno, de lo lógico, de lo justo, de lo consecuente, son demasiado genéricas para representarse completas en la naturaleza.

El individuo no es lógico, ni bueno, ni justo; es nada más, por la fuerza de la fatalidad de los hechos, por la influencia de la desviación del eje de la Tierra, o por cualquier otra cosa igualmente divertida. Todo lo individual se presenta siempre mixto, con absurdos de perspectiva y contradicciones pintorescas, contradicciones y absurdos que nos chocan, porque intentamos someter los individuos a principios que no son los suyos.

Si en vez de llevar corbata y sombrero hongo, lleváramos plumas y un anillo en la nariz, todas nuestras nociones morales cambiarían.

La gente de hoy, alejada de la naturaleza y de las anillos nasales, vive en el artificio de una armonía moral que no existe mas que en la imaginación de esos sacerdotes ridículos del optimismo, que predican desde las columnas de los periódicos. Esta armonía imaginaria hace aborrecer las contradicciones, las incongruencias de lo individual; por lo menos, impulsa a no comprenderlas.

Sólo cuando la inarmonía individual deja de serlo, cuando pierde sus atributos de ser excepcional, cuando el molde se desgasta y se vulgariza y toma un carácter común, obtiene el aprecio de la mayoría.

Es lógico; lo borroso ha de simpatizar con lo borroso; lo vulgar y lo genérico tienen que identificarse con lo genérico y lo vulgar.

Desde un punto de vista humano, lo perfecto en una sociedad sería que supiese defender los intereses generales, y, al mismo tiempo, comprender lo individual; que diera al individuo las ventajas del trabajo en común y la libertad más absoluta; que multiplicara su labor y le permitiera el aislamiento. Esto sería lo equitativo y lo bueno.

Nuestra sociedad no sabe hacer ningnna de estas dos cosas; defiende lo particular contra lo general, porque tiene como norma práctica la injusticia y el privilegio; no comprende lo individual, porque lo individual constituye la originalidad, y la originalidad es siempre un elemento perturbador y revolucionario.

Una democracia refinada sería la que, prescindiendo de los azares del nacimiento, igualara en lo posible los medios de ganar, de aprender y hasta de vivir, y dejara en libertad las inteligencias, las voluntades y las conciencias, para que se destacaran unas sobre otras. La democracia moderna, por el contrario, tiende a aplanar los espíritus, a impedir el predominio de las capacidades, esfumándolo todo en un ambiente de vulgaridad. En cambio, ayuda a destacarse unos intereses sobre otros.

Gran parte de la antipatía colectiva por lo individual procede del miedo. Sobre todo en nuestros países del sur las individualidades fuertes han sido inquietas y tumultuosas. Las manadas de arriba, como las de abajo, no quieren que florezcan en nuestras tierras las semillas de los César o de los Bonaparte. Esas manadas anhelan la nivelación espiritual; que no haya más distinción entre un hombre y otro que un botón de color en la solapa o un título en la tarjeta. Tal es la aspiración de los tipos verdaderamente sociales; las demás distinciones, el valor, la energía, la bondad para los demócratas laminadores, son verdaderas impertinencias de la naturaleza.

España, que no tuvo nunca un medio social completo y que ha desarrollado su vida y su arte por convulsiones espirituales, a medida que han ido brotando hombres de brío y de acción, se siente hoy fracasada en su vida eruptiva, y quiere competir con los demás países en el amor, por lo general y lo ordenado, y en el aborrecimiento por lo individual.

En España, donde el individuo y sólo el individuo fué todo, se aceptan como dogmas indiscutibles las aspiraciones colectivistas de otros pueblos. Hoy nuestra tierra comienza a ofrecer un brillante porvenir al que sepa exaltar las ideas y los sentimientos generales, aunque estas ideas y sentimientos pugnen contra el genio de la raza.

Seguramente sería una humorada lastimosa protestar contra la tendencia democrático-burguesa de hoy; lo que es, es porque debe ser y porque tiene su determinación y su momento, y rebelarse contra los hechos es, sin disputa, infantil.

Unicamente me refiero a estas características de la época actual, y las señalo para legitimar este prólogo que he escrito y que no sé, en último término, si dará más claridad o más obscuridad a mi libro...

LOS HERMANOS

Hace ya muchos años estaba yo de médico en un pueblecillo vasco, en Cestona. Algunas veces, los veranos, al ir a mis visitas a los caseríos solía encontrarme en la carretera y en los caminos paseantes de mal aspecto, enfermos hepáticos que tomaban las aguas en un balneario próximo.

Estas gentes de color de cuero no me producían ninguna curiosidad ni simpatía. El burgués comerciante o empleado de las grandes poblaciones, sano o enfermo, me repugna. Cambiaba con aquellos tipos hepáticos un saludo displicente y me alejaba montado en mi viejo rocín.

Una tarde estaba sentado en una calvera del monte, entre grandes hayas, cuando se acercó al lugar en donde me encontraba una pareja de forasteros. No pertenecían al tipo cetrino y desagradable de los bañistas; él era un joven flaco,

rasurado, grave, taciturno; ella, una mujer rubia, bellísima.

Vestía de blanco y llevaba sombrero de paja con grandes flores; tenía aire elegante y gracioso, los ojos azules, de azul muy obscuro, y el cabello rubio de fuego.

Supuse si sería un matrimonio joven; pero él parecía demasiado indiferente para marido de una mujer tan bonita. Por lo menos no eran recién casados.

El me saludó y dijo luego a su compañera:

—¿Nos sentaremos aquí?

—Bueno.

Se sentaron los dos en el tronco medio carcomido de un árbol.

—¿Va usted de viaje? —me dijo él al fijarse en mi caballo, atado a unas matas.

—Sí. Vuelvo de la visita.

—¡Ah! ¿Es usted el médico del pueblo?

—Sí.

—¿Y vive usted aquí, en Cestona?

—Sí, aquí vivo.

—¿Solo?

—Completamente solo.

—¿En alguna fonda?

—No; en esa casa que hay en la carretera. Mire usted mi casa, aquella es.

—¡Debe ser difícil vivir donde hay tanto cura! —exclamó él.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Este señor puede no tener tus ideas.

—Me parece que tengo las mismas. Y creo que tiene razón: es muy difícil vivir aquí.

—No se podrá hablar con nadie. ¡Claro!

—Absolutamente con nadie. Figúrese usted que no hay un liberal en el pueblo; no hay mas que carlistas e integristas.

—Y eso ¿qué importa para vivir? —preguntó ella burlonamente.

Aquella mujer era encantadora; yo la miraba

un poco asombrado al verla tan espiritual y tan coqueta, y ella me dirigió algunas preguntas acerca de mi vida y de mis ideas con un tanto de ironía.

Yo intenté demostrar que no era precisamente un palurdo, y hablando de lo que se podía hacer en un pueblo como aquel, me lancé a exponer proyectos utópicos y a defenderlos con más calor del que puede tenerse razonablemente con unas personas desconocidas. La sonrisa burlona de la forastera me excitaba y me impulsaba a hablar.

—Hay que ver lo que sería un pueblecito de estos —dije señalando el caserío de Cestona— con una vida humana, y, sobre todo, sin catolicismo. Cada arrendatario podría ser dueño durante su vida de su caserío. Aquí hay tierra cultivable que da dos cosechas, hay bosques, montes y un manantial de aguas medicinales. El vecino de Cestona podría tener el producto de la tierra íntegro, el monte para la construcción y para combustible y, además, los ingresos del balneario.

—¿Y quién se encargaría de la distribución de las ganancias en esa república patriarcal? ¿El municipio? —preguntó él.

—Claro —dije yo—. El municipio podría ir distribuyendo las tierras, haciendo los caminos, suprimiendo los intermediarios inútiles; podría tener para los forasteros hoteles limpios, baratos, y sacarles un buen producto.

—De manera que usted no aceptaría la herencia, doctor.

—¿La herencia? Sí, la aceptaría para lo elaborado por uno. Creo que se debía tener derecho a legar un cuadro, un libro, un objeto labrado; pero no una tierra ni un monte.

—Sí; esa propiedad de la tierra es absurda —murmuró él—. El único inconveniente que tendría el plan de usted —añadió— sería que la gente de los rincones pobres se amontonaría en los pueblos completos y los desequilibrarían.

—Habría que restringir entonces el derecho de ciudadanía.

—Ya eso se me figura una injusticia. La tierra debe ser de todos.

—Sí, es verdad.

—¿Y de religión? Ninguna. Como los animales —dijo ella irónicamente.

—Como los animales y como algunos filósofos ilustres, querida hermana —replicó él—. A la vuelta de una carretera, entre el follaje, pondríamos alguna estatua de mármol adornada con flores. ¿No le parece a usted, doctor?

—Me parece muy bien.

—Sobre todo, para mí, la gran cosa sería olvidar un poco la muerte y el dolor —aseguró él—, ¡que no se oyeran tantas campanas! Yo creo que hasta se debía suprimir la máxima del amor al prójimo. Encargar al Estado o al Ayuntamiento que cuidara de los enfermos y de los tullidos, y dejar al hombre con la ilusión de vivir sano en un mundo sano.

—¡Ay! ¡Qué ideas más feas tienes! —exclamó ella.

—Sí, eso me parece un poco duro —dije yo.

Ibamos bajando hacia el pueblo por una senda hundida y pedregosa. Empezaba a anochecer; el río brillaba con plateados reflejos y los sapos interrumpían el silencio del crepúsculo con la nota sonora y flauteada de sus gargantas.

Al llegar a la carretera nos despedimos; ellos tomaron la diligencia, que en aquel momento pasaba en dirección del balneario, y yo monté en mi jamelgo.

EN MI JARDÍN

Supe que los hermanos se llamaban César y Laura, que ella vivía en Italia y que estaba casada.

Unos días después, por la tarde, los dos hermanos llamaron a la puerta de mi casa. Les hice pasar, les enseñé mi jardín y les acompañé a un cenador abandonado, hecho por unos cuantos palos, a la orilla del río.

Laura paseó por un manzanal, cogió unas cuantas manzanas, y luego, con la ayuda de su hermano y la mía, se sentó en el tronco de un árbol que avanzaba en el río, y estuvo contemplándolo.

Mientras ella hacía observaciones, su hermano César se puso a hablar. Sin que mediara otra explicación, me habló de su familia, de su vida, de sus ideas y de sus planes políticos. Se expresaba con facilidad y con firmeza; pero tenía la expresión inquieta de un hombre que teme algo.

—Yo me figuro —dijo— que sé lo que hay que hacer en España. Yo seré un instrumento. Para eso me estoy preparando. Ideas, costumbres, preocupaciones, quiero crearlas para el papel que voy a representar.

—Tú no sabes cómo es España —dijo Laura—. La vida es muy dura.

—Ya lo sé. Aquí no hay medio social, no hay nada constituído; por eso es más fácil crearse uno a sí mismo.

—Sí, pero se necesita apoyo.

—¡Oh, yo lo encontraré!

—¿En dónde?

—Esa misma gente de iglesia que hemos conocido en Roma pienso que me servirá.

—Pero tú no eres clerical.

—No.

—¿Y quieres empezar tu vida engañando?

—No puedo elegir mis medios. La política es eso: hacer algo con nada, hacer mucho con algo, basar un castillo en un grano de arena.

—Y tú, que tienes tantas preocupaciones morales, ¿quieres comenzar así?

—¿Quién te dice que esa aceptación de todos los medios no sea moral?

—No comprendo cómo pueda serlo —replicó Laura.

—Yo sí —contestó su hermano—. ¿Qué es hoy la moral individual? Casi nada. Casi no existe. La moral individual sólo puede llegar a ser colectiva por contagio, por exaltación. Y como esto no ocurre hoy, cada uno tiene su moral; pero no hemos llegado a una moral científica. Hace años los hombres ilustres aceptaron la moral del imperativo categórico, en substitución de la moral del pecado; pero el imperativo categórico es una moral estoica, una moral de sabio que no tiene valor sentimental para llegar a ser popular.

—No entiendo esas cosas —replicó ella con displicencia.

—El doctor me entiende, ¿verdad? —dijo él.

—Sí, creo que sí.

—Para mí —siguió diciendo César— la moral individual consiste en adaptar la vida a un pensamiento, a un plan preconcebido. El hombre que se propone ser un hombre de ciencia y pone todo su empeño en llegar a serlo, es un hombre moral, aunque robe y sea un canalla en otras cosas.

—Entonces —argüí yo— para usted lo moral es la fuerza, la tenacidad; lo inmoral, la debilidad y la cobardía.

—Sí, en el fondo es eso. El hombre capaz de sentirse instrumento de una idea me parece siempre moral. Bismarck, por ejemplo, era un hombre moral.

—Es un punto de vista enérgico —dije yo.

—Del cual no participa usted, por lo que veo —exclamó él.

—Hoy por hoy, no. Para mí la idea de moral va más bien vinculada a la idea de piedad que a la idea de energía; pero comprendo que la piedad es aniquiladora.

—Yo creo que César y usted —saltó diciendo Laura—, a fuerza de querer ver las cosas claras, las ven más obscuras que los demás. Yo esto lo

veo sencillamente: me parece que a toda persona que obra bien se le llame moral, y, por el contrario, del que hace malas acciones se diga que es inmoral y se le castigue.

—Pero tú prejuzgas la cuestión —exclamó César—, la das por resuelta de antemano. Tú dices: hay el bien y el mal.

—¿Y no los hay?

—No lo sé.

—De manera que si a ti te encargaran de juzgar a los hombres, ¿no verías diferencias entre Don Juan Tenorio y San Francisco de Asís?

—Quizá el santo era el que gozaba más, el más vicioso.

—¡Qué barbaridad!

—No, porque el placer es el resultado, no la forma. A mí, lo que se llama vida de placeres me aburre.

—Y a mí, en lo poco que conozco de ella, también —dije yo.

—Yo veo en general la vida —siguió diciendo él— como una cosa obscura, turbia y sin atractivos.

—Entonces ustedes no pondrían el demonio en la vida, porque la vida les parece sin atractivos. ¿En dónde lo pondrían?

—Creo que en ningún lado —contestó César—; el demonio es una invención estúpida...

AL ANOCHECER

Comenzaba a anochecer.

—Aquí, junto al río, hace fresco —dije yo—. Vámonos a casa.

Subimos por un camino en cuesta, entre perales, y llegamos al vestíbulo de la casa. Se oyó a lo lejos el ruido de las campanillas de la diligencia, brilló un farol, se vió pasar su luz y desaparecer después entre los árboles.

—¡Qué pena, pedirle a la vida más de lo que

puede dar! —exclamó de pronto Laura—. El cielo, el sol, la conversación, el amor, el campo, las obras de arte... mirar todo esto como una fatiga, de la que se está deseando salir con una ocupación violenta, para tener la satisfacción de no notar que se vive.

—Es que notar que se vive es desagradable —replicó su hermano.

—¿Y por qué?

—¡Toma, por qué! Porque la vida no es un idilio, ni mucho menos. Vivimos matando, destruyendo todo lo que hay a nuestro alrededor, llegamos a ser algo deshaciéndonos de nuestros enemigos. Estamos en continua lucha.

—Yo no veo esa lucha. Antes, cuando los hombres eran salvajes, quizá... ¡Pero ahora!

—Ahora, lo mismo. La única diferencia es que la lucha material, de músculos, se ha convertido en intelectual y en social. Hoy, ¡claro es!, el hombre no tiene que cazar al toro o al jabalí en las praderas: encuentra sus cuerpos muertos en una carnicería. Tampoco el ciudadano moderno tiene que derribar a su rival para vencerlo; hoy se vence al enemigo en el bufete, en la fábrica, en la redacción, en el laboratorio... La lucha es tan enconada y tan violenta como en el fondo de las selvas, sólo que es más fría y de formas más corteses.

—No lo creo, no me convencerás.

Laura cogió un ramo de un rosal silvestre con florecillas blancas y se lo puso en el pecho.

—Bueno, César, vámonos al hotel —dijo—, que es muy tarde.

—Les acompañaré un momento —indiqué yo.

Salimos a la carretera. La noche palpitaba llenándose de estrellas. Laura tarareaba canciones napolitanas. Fuimos un momento sin hablar, contemplando á Júpiter, que brillaba espléndido.

—¿Y usted tiene la convicción del triunfo? —le pregunté de pronto a César.

—Sí; tengo, sobre todo, la vocación de ser instrumento. Si llego a triunfar, seré una gran figura; si fracaso, dirán los que me conozcan: Era un canalla, era un bandido; o quizá digan era un pobre hombre, porque los hombres que sienten la ambición de ser fuerzas no tienen nunca un epitafio desapasionado.

—Y prácticamente, ¿qué haría usted si triunfara?

—Algo de lo que usted sueña. ¿Cómo lo haría? Destrozando a los caciques, acabando con el poder de los ricos, sujetando a los burgueses... Entregaría las tierras a los campesinos, mandaría delegados a las comarcas para hacer obligatoria la higiene, y mi dictadura rompería la red de la religión, de la propiedad, de la teocracia...

—¡Qué absurdos! —murmuró Laura.

—Mi hermana no cree en mí —exclamó, sonriendo, César.

—Sí, «bambino» —repuso ella—. Sí, creo en ti. ¿Pero por qué has de tener unas pretensiones tan tontas?

Nos fuimos acercando al balneario, y al llegar frente a él nos despedimos.

Laura se marchaba al día siguiente a Biarritz y César a Madrid.

Nos estrechamos las manos afectuosamente.

—¡Adiós!

—¡Adiós, doctor!

—¡Mucha suerte!

Ellos se dirigieron al balneario y yo me volví a casa por la carretera, envidiando la energía de aquel hombre, que se preparaba a combatir por un ideal. Y pensé melancólicamente en la vida monótona del pueblo.

PRIMERA PARTE

ROMA

I

El exprés París-Vintimille.

¡MARSELLA!

El rápido París-Vintimille, de los Grandes Expresos Europeos, se había detenido un momento en Marsella.

Serían las siete de la mañana de un día de invierno. Los vagones larguísimos, con sus ventanas de cristales biselados, chorreaban agua por todas partes; la locomora resoplaba descansando de la marcha, y los fuelles de entre vagón y vagón, como grandes acordeones, destilaban gotas negras por sus dobleces.

Los railes brillaban, se entrecruzaban y huían hasta perderse de vista. Las ventanillas del tren estaban cerradas; en la estación reinaba el silencio; de cuando en cuando sonaba un martillazo violento en los ejes; alguna que otra cortina se levantaba, y a través del vidrio empañado aparecía una cabeza despeinada de mujer.

En el vagón-comedor el criado iba preparando las mesas para el desayuno; dos o tres señores, envueltos en su gabán, la gorra calada, sentados a las mesas cerca de las ventanas, bostezaban.

En una de las mesitas del fondo se habían instalado Laura y César.

—¿Has dormido, hermana? —preguntó él.

—Yo, sí. Admirablemente. ¿Y tú?

—Yo, no. No puedo dormir en el tren.

—Ya se te conoce.

—Por el mal aspecto, ¿eh? —y César se miró en una de las lunas del vagón—. La verdad es que tengo una palidez absurda.

—El día está también horrible —añadió ella.

Habían salido los dos hermanos de París con un tiempo helado y negro. Durante toda la noche el frío fué intensísimo. No se podía asomar fuera del vagón; la lluvia, la nieve y el viento furioso reinaban con violencia.

—Cuando lleguemos al Mediterráneo cambiará —había dicho Laura.

No fué así; estaban a orillas del mar y seguía el frío intenso y el tiempo oscuro.

¡CHE BELLEZZA!

Comenzó de nuevo el tren su marcha, se vió el caserío de Marsella por entre la bruma de la mañana, el Mediterráneo apareció verdoso, blanquecino, y el campo cubierto de escarcha.

—¡Qué horror! ¡Qué tiempo! —exclamó Laura estremeciéndose—. Cada vez me hace más daño el frío.

Vino el mozo del comedor y llenó dos tazas de café con leche. Laura se quitó los guantes y tomó entre sus manos blancas el tazón caliente.

—¡Oh, qué gusto! —dijo.

César comenzó a sorber el líquido hirviendo.

—No sé cómo puedes resistir. Está abrasando.

—Así se calienta uno —repuso César indiferente.

Laura comenzó a tomar el café a cucharadas. En esto entró en el comedor un caballero alto, rubio, y una señora joven, preciosa, los dos a cual más elegantes. El hombre saludó a Laura con gran ceremonia.

—¿Quién es? —preguntó César.

—Es el hijo segundo de lord Marchmont, que se ha casado con una millonaria yanqui.

—¿Le conoces de Roma?

—No. Le conocí en Florencia el año pasado, y me hizo la corte de una manera un tanto atrevida.

—Sí, te mira mucho.

—Es capaz de pensar que voy de aventura contigo.

—Quizá. Y ella es una mujer espléndida.

—¡Ya lo creo! Es una preciosidad. Casi es demasiado bonita. No tiene carácter, no tiene aire de raza.

—Parece que no hay gran entusiasmo entre ellos.

—No, no se entienden. Bueno, mira, paga y vámonos. Viene ya mucha gente.

Se levantó Laura y luego César. Ella dejó, al pasar, el ruido de sus enaguas de seda. Los viajeros la contemplaron con admiración.

—Creo que esa gente me envidia —dijo César filosóficamente.

—Es muy posible, «bambino» —repuso ella riendo.

Entraron los dos en su departamento. El tren pasaba a la carrera por la costa. El mar verdoso y el cielo anubarrado se extendían hasta cerrar el horizonte. En Tolón seguía el mal tiempo; un poco más lejos salió el sol, pálido, entre la niebla, rodeado de un halo amarillento; rápidamente la niebla se deshizo y el sol brillante iluminó el campo cubierto de nieve.

—¡Oh! «¡Che bellezza!» —exclamó Laura.

La nieve, compacta, pura, acababa de cuajar. Las vides rompían simétricamente este manto blanco como bandadas de cuervos posadas en la tierra, los pinos levantaban su ramaje redondo, y los cipreses, secos y estrechos, se destacaban negrísimos entre tanta blancura.

Al pasar por Hyeres, al desviarse el tren de la orilla, cortando por tierra adentro, se comenzaron a ver durante algún tiempo montes nevados, ceñudos, y el sol desapareció entre las nubes; pero al salir de nuevo hacia el mar por San Rafael, como si estuviera preparado un efecto de teatro, apareció el Mediterráneo, azul, inundado de sol, lleno de luces y de reflejos. El cielo se extendía sobre el mar, radiante, sin una nube, sin una neblina.

—¡Qué maravilla! ¡Qué belleza! —exclamó de nuevo Laura, contemplando con emoción el paisaje—. ¡Qué benditas tierras estas del sol!

—No tienen más inconveniente que los hombres que viven aquí son un poco vagos —dijo César.

—¡Ca!

El aire había templado; sobre la superficie del mar se extendían los meandros de espuma plateada, formados por el batir de las olas; la reverberación del sol en las aguas inquietas arrancaba reflejos y rayos, espadas flamígeras que turbaban la vista.

El tren parecía resoplar alegremente al sumergirse en aquel ambiente suave y voluptuoso; las palmeras de Cannes iban surgiendo como una promesa de felicidad, y la Costa Azul comenzaba a mostrar su belleza luminosa y espléndida.

César, cansado de tanta luz, sacó del bolsillo un libro: el Manual del especulador en la Bolsa, de Proudhon, y se puso a leerlo atentamente y a marcar los pasajes que le parecían interesantes.

EL INGLÉS Y SU MUJER

Laura, cuando no contemplaba el paisaje, miraba a los que iban y venían por el pasillo.

—El inglés está de acecho —advirtió Laura.

—¿Qué inglés? —preguntó César.

—El hijo del lord.

—Ah, sí.

César siguió en su lectura y Laura continuó en la contemplación del paisaje que huía por delante de la ventanilla. Al cabo de un rato la viajera exclamó:

—Jesús, ¡qué cosas más feas!

—¿Cuáles?

—Esos barcos de guerra.

César miró lo que indicaba su hermana. En una rada brillante de luz se veían dos buques de guerra negros y llenos de cañones.

—Así habría que estar para vivir, armado hasta los dientes —exclamó César.

—¿Por qué? —preguntó Laura.

—Porque la vida es dura, y hay que ser también duro como ella para triunfar.

—¿Y tú no te consideras bastante duro?

—No.

—Pues yo creo que sí. Tú eres como esas rocas ásperas y puntiagudas de la costa, y yo como ese mar... Me rechazan y vuelvo.

—Es que quizá, en el fondo, nada te importa nada.

—¡Oh, «bambino»! —exclamó Laura tomando la mano de César con una ironía cariñosa—. Siempre has de ser cruel con tu mamá.

César se echó a reír y guardó entre sus manos la de Laura.

—El inglés nos mira entristecido —dijo—. No supone que soy tu hermano.

—Abre la puerta, le diré que pase.

Lo hizo así César, y Laura invitó a entrar al joven inglés.

—Mi hermano César —dijo, haciendo la presentación—. Archibaldo Marchmont.

Se saludaron los dos, y Marchmont dijo en francés a Laura:

—Es usted muy cruel, marquesa.

—¿Por qué?

—Porque se aleja usted de los que le admiramos y le queremos. Mi mujer deseaba que le presentara a usted. ¿Quiere usted que venga?

—¡Oh, no! Que no se moleste. Iré yo a verla.

—De ningún modo. Un momento.

Marchmont salió al pasillo y presentó su mujer a Laura y a César.

Se entabló entre ellos una animada conversación, interrumpida por las exclamaciones de alegría de Laura al pasar por delante de alguno de esos puntos admirables de la Costa Azul.

—Es usted latina, marquesa, ¿eh? —dijo Marchmont.

—Completamente. Este es nuestro mar. Siempre que lo veo me encanta.

—¿Ustedes se quedarán en Niza?

—No, vamos mi hermano y yo a Roma.

—Pero Niza estará espléndido...

—Sí, es verdad; pero teníamos decidido ir a Roma a visitar a nuestro tío el Cardenal.

El inglés hizo un gesto de incomodidad que no pasó inadvertido para su mujer ni para Laura. Al llegar a Niza, bajaron el inglés y la yanqui, después de prometer que antes de pocos días estarían en Roma.

Quedaron solos Laura y César, y charlaron de sus compañeros de viaje. Según dijo Laura, el matrimonio no se entendía bien y se iban a separar.

EN ITALIA

A media tarde llegaron a Vintimille y cambiaron de tren.

—¿Estamos ya en Italia? —dijo César.

—Sí.

—Esto parece más descuidado que Francia.

—Sí; pero más gracioso.

El tren iba deteniéndose en casi todos los pueblecillos del trayecto. En un vagón de tercera tocaban el acordeón. Era domingo. En los pueblos se veía gente con traje de día de fiesta, reunida en la plaza y delante de los cafés y merenderos; por los caminos pasaban deprisa cochecitos de dos ruedas.

Comenzaba a obscurecer; en las aldeas asentadas a orillas del mar algunos pescadores remendaban las redes, otros sacaban las barcas a encallarlas en la arena, y los chiquillos jugaban descalzos y medio desnudos. El paisaje parecía una decoración de teatro, un escenario de intriga romántica. Se iban acercando a Génova, bordeando playas. Obscurecía; el mar llegaba hasta los mismos rieles; en la noche estrellada, tranquila, resonaba únicamente la música monótona de las olas.

Laura tarareaba canciones napolitanas. César miraba indiferente el paisaje.

Al llegar a Génova cenaron y cambiaron de tren.

—Yo me voy a tender un rato —dijo Laura.

—Y yo.

Laura se quitó el sombrero, la capa blanca y una chaquetilla.

—Buenas noches, «bambino» —dijo.

—Buenas noches. ¿Apago la luz?

—Como quieras.

César apagó la luz y se tendió a lo largo. No podía dormir en el tren y se enfrascó en una serie de planes y de pensamientos fantásticos. Al llegar a alguna estación, después del estrépito de la marcha y en el silencio de la noche, César oía la respiración suave de Laura.

Un poco antes del alba, César, cansado de no dormir, se levantó y se puso a pasear por el corredor del vagón. Llovía; en el horizonte, bajo el cielo, negro y sin estrellas, aparecía una vaga claridad. César sacó el libro de Proudhon y se dedicó a la lectura.

Cuando comenzó a amanecer se encontraban ya cerca de Roma. El tren avanzaba por un campo llano y sin árboles, de aspecto pantanoso, cubierto de hierba verde; de cuando en cuando, se veía una casucha pobre, un montón de heno, en la extensión despoblada y monótona.

El cielo gris iba disolviéndose en lluvia, que, al impulso de las ráfagas de viento, trazaba líneas oblicuas en el aire.

Laura se había despertado y estaba en el tocador. Poco después salió, fresca y de buen aspecto, sin la menor señal de cansancio.

Se comenzaron a ver las murallas amarillentas de Roma y algunos edificios grandes, negruzcos por la humedad. Pasado un momento se detuvo el tren.

—No vale la pena de tomar un coche —dijo Laura—. El hotel está aquí, a un paso.

Dieron a un mozo el encargo de recoger los equipajes. Laura tomó el brazo de su hermano, salieron a la plaza de Esedra y entraron en el hotel.

II

Una familia extraordinaria.

JUAN GUILLÉN

La familia valenciana de los Guillén fué verdaderamente una familia fecunda en hombres de energía y de astucia. Es cierto que, a excepción del Padre Francisco Guillén y de su sobrino Juan Fort, ninguno llegó a ser conocido; pero, a pesar de vivir los miembros de esta familia en la obscuridad y en humilde esfera, realizaron actos de un valor, de un atrevimiento y de un desparpajo inauditos.

Juan Guillén, el primero de los Guillén, de quien se conserva memoria, fué un merodeador de Villanueva.

No se saben los motivos de venganza que tenía Juan Guillén contra la familia de los Peyró. Los viejos de la época, dos o tres que aun viven, suelen decir que estos Peyró se dedicaban a la usura; y alguno habla de cierta hermana de Juan Guillén, deshonrada por uno de los Peyró, a quien hicieron desaparecer del pueblo.

Fuera el motivo el que fuere, ocurrió que un día aparecieron Peyró, padre, y su hijo mayor, acribillados a tiros en un huerto de naranjos.

Juan Guillén fué preso; afirmó su inocencia con gran tesón en el tribunal; pero después de ser condenado a diez años de presidio, dijo que le faltaban otros dos Peyró que matar, y que los dejaba para cuando saliera de la cárcel.

Efectivamente; Guillén quedó libre a los seis años, y

volvió a Villanueva. Los dos Peyró amenazados hicieron lo posible por huír del vengativo Guillén; pero no les valió.

Juan Guillén mató a uno de los Peyró mientras regaba sus tiestos en la galería de su casa. El otro se refugió en una masía lejana, arrendada a campesinos de su confianza. El hombre, asustadísimo, tenía siempre gran cuidado con todas las personas que llegaban, y no se olvidaba de cerrar puertas y ventanas por la noche.

Una mañana apareció en la cama con la cabeza deshecha por un trabucazo. Sin duda, durmiendo le sorprendió la muerte. Se dijo que Guillén había entrado por la chimenea, y, acercándose adonde dormía Peyró, le disparó el trabuco a boca de jarro. Luego se fué por la puerta tranquilamente, sin que nadie se atreviera a detenerle.

Estas dos últimas muertes no causaron a Guillén contratiempo alguno con la justicia. Todos los testigos declararon en el juicio a su favor. Al terminar la causa, Guillén se dispuso a quedarse a vivir tranquilamente en Villanueva.

Había un «roder» en el pueblo, que cobraba pequeñas sumas en las masías por limpiar de raterillos el campo y acompañar a las personas ricas cuando viajaban; Guillén le invitó a dejar su cargo, y el otro no opuso la menor resistencia.

Juan Guillén se casó con una muchacha labradora, compró un huerto y una cueva, tuvo varios hijos y fué uno de los «roders» más respetables de la comarca. Era el terror del campo, sobre todo de la gente maleante; para él no había ni consideraciones ni peligros; la autoridad era siempre el derecho, su única limitación el trabuco.

Vivir en continuo estado de guerra le parecía un hecho natural. Medio en serio, medio en broma, se cuenta de los huertanos de Valencia que el padre suele decir a la mujer o a la hija, cuando va a entenderse con alguien:

—Chica, trae la pístola, que tengo que hablar con un hombre.

A Guillén le parecía indispensable llevar el trabuco para tratar un asunto con cualquiera.

La energía de Juan no disminuyó con la vejez; siguió siendo tan bárbaro y tan brutal como de joven. Su barbarie no le impedía ser fino y atento, porque se hallaba convencido de que su vida era una vida casi ejemplar.

LA GENEROSA

De los hijos del «roder», el mayor estudió para cura, y la menor, Vicenta, se echó a perder.

—Preferiría que fuese un hombre y estuviese en presidio —solía decir Guillén. Lo cual no era nada extraño, porque para el «roder» el presidio era como la escuela de la firmeza y de la hombría de bien.

La Vicenta, la última hija del merodeador, era una muchacha rubia, alborotada e inquieta, de carácter violento a prueba de advertencias, de reprimendas y de palizas.

La Vicenta tuvo varios novios, todos señoritos, a pesar de la oposición y de los golpes del padre. Ninguno de estos novios señoritos se atrevía a llevarse a la muchacha a Valencia, que era lo que ella deseaba, por miedo al «roder» y a su trabuco.

Entonces ella se entendió con una vieja medio Celestina que apareció en el pueblo, y en su compañía se fué a Valencia.

El padre rugió como un león herido y juró por todos los santos del cielo tomar una venganza terrible; fué varias veces a la capital, con la intención de llevar a su hija a rastras al pueblo; pero no pudo dar con ella.

Vicenta Guillén, a quien, no se sabe por qué motivo, se le conocía en Valencia por la Generosa, tuvo sus altas y sus bajas, amantes ricos y pobres, y se distinguió por su atrevimiento y su espíritu de aventura. De ella se decía que, vestida de hombre, había tomado parte en varias algaradas populares.

EL FRAILE

Mientras la Generosa llevaba una vida de escándalo, su hermano Francisco estudiaba en el colegio de Escolapios del pueblo y después ingresaba en el Seminario de Tortosa. No se distinguió allí por su inteligencia ni por su buena conducta; pero, a fuerza de tiempo y de recomendaciones, pudo ordenarse y decir misa en Villanueva. La sangre inquieta del padre bullía en él: era juerguista, brutal y pendenciero. Como en el pueblo la vida le era difícil, se marchó a Amériea, dispuesto a ahorcar los hábitos. No debió de encontrar entre los seglares grandes horizontes, porque unos meses después profesaba, y diez o doce años más tarde volvía a España, como superior de la Orden, a un convento de la provincia de Castellón.

Francisco Guillén había cambiado de nombre, y se llamaba Fray José de Calasanz de Villanueva.

Fray José de Calasanz, al volver de América, había aprendido, si no de cánones, algo más de la vida que en sus primeros años de cura, y se había hecho un hipócrita redomado. Sus pasiones eran de una violencia extraordinaria, y a pesar de su habilidad para disimularlas, no podía ocultar del todo su fondo de barbarie.

Su nombre figuró varias veces de una manera escandalosa, al mismo tiempo que el de la mujer de un labrador, algo ligera de cascos.

Estas habladurías, que le desacreditaron ante la gente del pueblo, no le impidieron avanzar en su carrera, porque de pronto, y sin saber claramente el motivo, se le vió adquirir importancia e influír de una manera decisiva, no sólo en la Orden, sino también en el elemento clerical de la ciudad.

Al mismo tiempo que el Padre José de Calasanz iba prosperando, la Generosa entraba por el buen camino y se casaba en Valencia con el dueño de una tiendecilla de comestibles de una calleja próxima al Mercado, llamado Antonio Fort.

La Generosa, ya casada, escribió a su hermano para que la reconciliara con su padre. El fraile convenció al viejo bandolero; y la Generosa estuvo en Villanueva a recibir el perdón paternal.

La Generosa, después de casada, llevó una vida aparentemente retirada y devota. Su marido era un pobre diablo de pocas luces. La Generosa dió un gran impulso a la tienda. Desde que ella entró a dirigir el establecimiento se vió siempre gran afluencia de curas y frailes recomendados por su hermano.

Algunos de éstos hacían tertulia en la trastienda al anochecer, y se decía de un contertulio, un curita joven y murciano, que andaba en tratos con la dueña.

La tertulia de curas de la tienda de Fort fué un manantial de riqueza y de prosperidad para la casa. Las monjitas de tal convento recomendaban a las señoras conocidas que compraran el chocolate o el dulce en casa de Fort; los frailes de tal otro convento encargaban que les llevaran el azúcar o la canela, y el dinero iba llenando la caja.

La Generosa tuvo tres hijos: Juan, Jerónimo e Isabel.

Cuando los dos chicos mayores estaban en edad de comenzar sus estudios, el Padre José de Calasanz pasó una temporada en Valencia.

El Padre José tenía poderoso influjo entre la clerecía, y ofreció su apoyo a su hermana por si encontraba bien dedicar uno de sus hijos a la Iglesia.

La Generosa, que comenzaba a sentir grandes ambiciones, estimó que de sus dos hijos, el mayor, Juan, era el más serio y aplicado, y no vaciló en sacrificarlo a sus ambiciones.

JUAN FORT

Juan Fort era un muchacho de energía, muy decidido, aunque no muy inteligente. Su tío, Fray José de Calasanz, cuando lo conoció, le tomó afecto. Fray José gozaba de gran predicamento en la Orden, que, no se

sabe si por ironía, se llama Orden Seráfica. Fray José consultó con algunas personas ilustradas y le aconsejaron que enviara a su sobrino a estudiar fuera de España. Sabido es que la Iglesia prefiere entre sus ministros a los hombres sin patria. Catolicismo quiere decir universalidad, y el católico verdadero no tiene más patria que su religión ni más capital que Roma.

Juan Fort, sacado de entre sus camaradas y del seno de su familia, fué llorando en compañía de su tío a Francia y entró a hacer sus estudios en un convento de Mont-de-Marsan.

En este convento hizo su prueba monástica y cambió su nombre, como todos los individuos de la Orden, llamándose desde entonces el Padre Vicente de Valencia.

De Mont-de-Marsan pasó a Tolosa de Francia, y, transcurridos dos años, después de una temporada corta en el convento en donde su tío estaba de prior, se fué a Roma.

Cuando la Generosa fué a abrazar a su hijo a su paso por Valencia, pudo comprender que el cariño de éste había desaparecido. Como sucede a casi todos los jóvenes que ingresan en una Orden religiosa, Juan Fort sentía una antipatía profunda por su familia y por su pueblo.

El joven Padre Vicente de Valencia entró en el convento de Ara Cœli, en Roma, y siguió allí sus estudios.

Era al comienzo del pontificado de León XIII. En aquella época en la Ciudad Eterna se intentaba la iniciación, dentro de la Iglesia, de una política antijesuíta, por algunos elementos candorosos. Liberales y ultramontanos luchaban en la obscuridad, en los periódicos y en las aulas.

En esta lucha se daba el caso, al parecer paradójico, de que los partidarios de la tradición eran los más liberales, y los partidarios de lo moderno los ultramontanos. El bajo clero y algunos cardenales se sentían vagamente liberales, buscaban ese algo que, según dicen, queda todavía de cristiano en el catolicismo; en cambio, las congregaciones, y sobre todo los jesuítas, daban la nota del ultramontanismo radical.

Los hijos de Loyola habían resuelto el problema de cocina de hacer un guisado de carne sin carne; los jesuitas estaban haciendo de su Compañía la más anticristiana de las Sociedades en comandita.

En Roma el primer defensor del ultramontanismo había sido el abate Perrone, profesor elocuente a quien la presión de los teólogos tradicionalistas obligaba a que antes de dar sus lecciones leyese un capítulo de Santo Tomás acerca del mismo punto. Perrone, después de rendir este tributo a regañadientes a la tradición, decía orgullosamente: «Ahora olvidemos estas vejeces y sigamos adelante.»

El Padre Vicente de Valencia se alistó entre los partidarios del ultramontanismo perronesco, y se hizo, como era natural, dado su carácter, un autoritario furibundo. Este hombre sombrío, contrariado en su vocación, que no tenía el menor sentido religioso, que hubiera podido ser quizá un buen militar, tardó mucho en acomodarse por completo a la vida monástica, luchó contra la cadena que le hería, se rebeló obscuramente, y al último, no sólo no rompió su grillete, sino que lo consideró como su único bien.

Poco a poco dominó su rebeldía y se hizo un gran trabajador y un intrigante infatigable.

Los frutos de su voluntad fueron grandes, mayores que los de su inteligencia.

El Padre Vicente escribió un libro de teología en latín, bastante ramplón, al decir de los inteligentes, y que sólo se distinguió por representar la más rabiosa de las tendencias reaccionarias.

Los «Comentarios Teológicos del Padre Vicente de Valencia» no llamaron la atención de los hombres que tienen el «sport» de ocuparse todavía de estas cosas; las prensas no gimieron estampando críticas del libro; pero la Compañía de Jesús tomó nota del autor y ayudó a Fort con todo su poder.

Hombre fanático y de inteligencia media, podía ser aquel fraile, en manos de la Compañía, una fuerza considerable.

Poco después de la publicación de sus «Comenta-

rios», el Padre Vicente acompañó al general de la Orden en una visita canónica a los conventos de España, Francia e Italia; luego fué nombrado sucesivamente visitador general de España, consultor de la provincia monástica de Valencia, definidor de la Orden y consejero con voto en el gobierno de la misma Orden.

La noticia de estos honores llegó vagamente a la familia Fort; el orgulloso fraile no daba cuenta de sus éxitos. Se consideraba sin patria y sin familia.

LOS SOBRINOS DEL CARDENAL

La Generosa murió sin tener el consuelo de ver a su hijo; Jerónimo Fort, el hermano más pequeño, continuó al frente de la tienda, y la Isabel se casó con un militar, Carlos Moncada, con quien fué a vivir a Madrid.

Isabel Fort vivió durante mucho tiempo sin acordarse de su hermano el fraile, hasta que supo, con gran sorpresa, que le habían nombrado cardenal.

El Padre Vicente dejó de llamarse así y se convirtió en el cardenal Fort. La obscuridad que le rodeaba se convirtió en luz, y su figura se destacó con energía.

El cardenal Forte lo llamaban en Roma. Se supo que era de los que dirigían el cotarro vaticano y de los que impulsaban a León XIII a rectificar la política un tanto liberal de los primeros años de su pontificado.

El cardenal Fort ocupó altos cargos. Fué consultor en la Congregación de obispos y regulares, luego de la de Ritos y de la del Santo Oficio, y en algunas ocasiones fué confesor extraordinario de León XIII.

Ciertamente, tener un cardenal en la familia es cosa que viste, e Isabel, desde que lo supo y por consejo de su familia, escribió a su hermano para reanudar con él las relaciones.

El cardenal le contestó interesándose por su marido y por sus hijos. Isabel le envió el retrato de ellos y se cambiaron entre los hermanos frases cordiales de afecto.

Siguieron desde entonces escribiéndose, y en una carta el cardenal invitó a Isabel a ir a Roma. Ella vaci-

laba; pero su marido la convenció de que debía aceptar la invitación. Fueron todos, y el cardenal los recibió muy afectuosamente.

Juan Fort vivía entonces en un convento, en celda, como los demás frailes. Gozaba de una influencia enorme en Roma y en España. Isabel deseaba que ascendiesen a su marido, y el cardenal lo consiguió al momento.

Luego Fort habló a su hermana de la conveniencia de dedicar a César a la Iglesia. Entraría en el Colegio de Nobles, luego pasaría a la Nunciatura, y en poco tiempo sería un potentado.

Doña Isabel se lo dijo a su marido; pero a éste no le gustaba la idea; se habló entre ellos, se discutió, y el chico, entonces de doce años, vino a resolver la cuestión diciendo que antes se mataba que ser cura o fraile, porque era republicano.

El cardenal no se entusiasmó con aquel chiquillo rebelde, que osaba decir lo que él en su infancia no se había atrevido ni a insinuar siquiera; pero si no le agradó César, en cambio quedó prendado de la belleza y de la gracia de Laura.

Volvió la familia Moncada a España, después de pasar unos meses en Roma. Dos años más tarde, el marido de doña Isabel murió, y ella, recordando los ofrecimientos de su hermano el cardenal, dejó a César en un colegio de escolapios de Madrid y se fué con Laura a Roma.

El cardenal, durante aquel tiempo, había cambiado de posición y de domicilio: vivía en el palacio Altemps, de la calle de Sant' Apollinare, y llevaba una vida más regalada.

Se le reprochaba en Roma su aislamiento y, al mismo tiempo, su tendencia al fausto. Se decía que si hacía el silencio alrededor de su persona, no era por modestia, sino porque éste es el procedimiento mejor para llegar a ser candidato a la tiara.

Se añadía que era muy aficionado a presentarse con la toga roja y en coches elegantes, y este gusto fastuoso se explicaba entre los italianos, diciendo: Claro, es español.

Públicamente, se decía que era un gran teólogo; pero, privadamente, se le consideraba como un hombre fuerte, aunque de inteligencia mediana.

«Fort es siempre fuerte», decían de él, haciendo un juego de palabras. «Es una de las eminencias españolas que dominan al Papa», aseguró, refiriéndose a él, un gran periódico inglés.

El cardenal, al recibir a su hermana y a su sobrina, puso en juego toda su influencia en el partido negro para que fuesen aceptadas en la sociedad aristocrática de Roma. Sin gran dificultad lo consiguió. Laura y su madre eran naturalmente distinguidas y discretas, y lograron hacer relaciones pronto.

El cardenal se sentía orgulloso de su familia, y el acompañar a las dos mujeres le daba ocasión para visitar a mucha gente.

La murmuración romana calumnió a Fort, suponiendo que tenía amores con su sobrina. Juan Fort manifestaba por Laura un afecto que a los que le conocían parecía inaudito.

El cardenal era hombre de un orgullo frondoso, pero que sabía dominarse. Sentía gran cariño por Laura; pero si en este cariño había algo más que afección paternal y tranquila, si había algo de pasión, sólo él lo supo; el fuego quedó muy en el fondo de su alma tenebrosa.

Laura hizo, socialmente, una buena boda. Casó con el marqués de Vaccarone, un napolitano charlatán, insubstancial y ligero. Al poco tiempo, viendo que no se entendía con él, concertó una separación amistosa y los dos vivían independientes.

III

César Moncada.

EN LOS ESCOLAPIOS

César estudió en Madrid en un colegio de Escolapios de la calle de Hortaleza, en donde estuvo de interno todo el período del bachillerato.

Su madre había ido a vivir a Valencia después de casar a Laura, y César pasaba con ella las vacaciones en una finca de un pueblo próximo.

Varias veces al año, César recibía cartas y retratos de su hermana, y un verano Laura se presentó en Valencia. Conservaba por César gran cariño; él la quería también, aunque no lo manifestaba, porque su manera de ser era poco dada a expansiones afectuosas.

En el colegio, César se mostró como un joven un tanto extraño y absurdo. Como era delgado y de aspecto enfermizo, los profesores le trataban con cierta consideración.

Un día un profesor notó que César, al moverse, crujía como si llevara la ropa almidonada.

—¿Qué lleva usted ahí? —le preguntó.

—Nada.

—¡Cómo que nada! Desabróchese usted la chaqueta.

César se puso muy pálido y no se desabrochó; pero el maestro, agarrándole por una solapa, le desabrochó la chaqueta y el chaleco, y vió que el estudiante estaba forrado de papeles.

—¿Qué papeles son estos? ¿Con qué objeto los guarda usted?

—Lo hace —contestó uno de los condiscípulos, riendo— porque tiene miedo de enfriarse y de quedar tísico.

Todos comentaron la extravagancia del muchacho, quien, para demostrar que no era cobarde, días después, en una noche fría de invierno, quería salir al balcón con el pecho desnudo.

César tenía entre sus condiscípulos un amigo íntimo, Ignacio Alzugaray, a quien refería y explicaba sus preocupaciones y dudas. Alzugaray no estaba interno, sino a media pensión.

Ignacio llevaba al colegio periódicos anticlericales, que César leía con entusiasmo. La estancia en el colegio religioso iba produciendo en el joven Moncada un odio frenético por los curas.

César se distinguía por la rapidez de sus decisiones y por su falta de vacilación en los juicios. No sentía ninguna timidez, ni para afirmar ni para negar.

Sus convicciones eran absolutas; cuando creía en la exactitud de una cosa, no vacilaba, no volvía a razonar sobre ella; pero si su convencimiento flaqueaba, cambiaba de opinión radicalmente y seguía asegurando lo contrario de lo de antes, sin acordarse de sus ideas abandonadas.

Los demás condiscípulos no gustaban discutir con un muchacho que parecía tener el monopolio de la verdad.

—El profesor Tal es un bestia, el alumno Cual tiene talento, el otro es un majadero. Ese chico es muy valiente, el otro no.

Así, a rajatabla, sentaba sus afirmaciones el joven Moncada, como si tuviera el secreto de todas las cosas encerrado entre sus dedos.

Alzugaray compartía raras veces las opiniones de su amigo; pero a pesar de su divergencia se entendían los dos muy bien.

Alzugaray era de familia modesta: su madre, viuda de un empleado, vivía de su pensión y del producto de unas tierras que poseían en el norte.

Ignacio Alzugaray tenía mucho cariño por su madre y por su hermana, y siempre estaba hablando de ellas. César únicamente oía sin aburrirse las narraciones minuciosas que Ignacio hacía de lo ocurrido en su casa.

Alzugaray era de familia muy católica y muy carlista; pero él comenzaba a protestar de estas ideas y a manifestarse, como César, liberal, republicano y hasta anarquista. Ignacio Alzugaray era sobrino de Carlos Yarza, el escritor español que vivía en París y que había tomado parte en la Commune y en la sublevación de Cartagena.

César, al oír varias veces contar a Alzugaray las hazañas de su tío Carlos Yarza, dijo a su condiscípulo:

—Cuando salga de este colegio, lo primero que voy a hacer es ir a París a hablar con tu tío.

—¿Para qué?

—Le tengo que hablar.

Efectivamente, al concluír el bachillerato, César salió del colegio, tomó un billete de tercera, se fué a París, y desde allá escribió a su madre contándole lo que había hecho.

Carlos Yarza, el tío de Alzugaray, le acogió muy afectuosamente. Le llevaba a comer en su compañía y le explicaba una porción de cosas. César hacía al viejo un sin fin de preguntas y le escuchaba con verdadera avidez.

Carlos Yarza se hallaba entonces empleado en una casa de banca. En esta época su fuerte eran las cuestiones bursátiles. Había puesto su inteligencia y su voluntad en el estudio de tales asuntos y vislumbrado un sistema en donde todo el mundo veía eventualidades sin ley posible.

César acompañó a Yarza a la Bolsa, y se asombró y quedó emocionado al ver aquel enorme movimiento.

Yarza aclaraba las infinitas dudas que se le ocurrían al muchacho.

En la corta temporada que estuvo en París César, sacó la conclusión importantísima de que en la vida hay que luchar de una manera terrible para conseguir algo.

Un día, al despertarse en el cuartucho donde se recogía, se encontró con una mujer muy elegante que le echaba los brazos al cuello. Era Laura, muy contenta y alegre al sorprender al hermanillo calavera.

—Mamá está alarmada —le dijo Laura—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás enamorado?

—¿Yo? ¡Ca!

—Pues ¿qué hacías?

—Iba a la Bolsa.

Laura se echó a reír, y acompañó a su hermano a Valencia. La madre de César quería que el chico estudiase allí mismo para abogado, pero César decidió hacer la carrera en Madrid.

—Una capital de provincia es una cosa insoportable —dijo.

César fué a Madrid y alquiló un gabinete con alcoba, barato e independiente.

Comía en una casa y vivía en otra. Así se encontraba más libre.

César creyó que no valía la pena de estudiar Leyes en serio, y además supuso que un estudio acerca de tantas concepciones rutinarias, que pueden ser falsas, como la concepción del alma, del derecho, de la responsabilidad, etc., le llevaría a una idea de leguleyo vulgar y amanerada de la vida. Para contrarrestar esta tendencia se dedicó a estudiar zoología en la Universidad, y al año siguiente cursó fisiología en San Carlos.

Al mismo tiempo no descuidaba la Bolsa; su gran orgullo era enterarse con detalles de las especulaciones que se hacían y hablar en los corros.

Como estudiante era mediano. Aprendió el procedimiento de salir bien en los exámenes con el mínimum de esfuerzo, y lo puso en práctica. Vió que con saber de cada punto del programa un par de cosas solamente, le bastaba para contestar y salir bien. Así que desde el principio del curso marcaba en el texto dos o tres líneas

en cada página, que le parecían encerrar lo fundamental, y aprendiéndolas consideraba sus conocimientos suficientes.

Tenía César un desprecio profundo por la Universidad y por sus condiscípulos; todas las algaradas y manifestaciones estudiantiles le parecían de una insulsez y de una majadería repulsivas.

Alzugaray estudiaba también Leyes, y le habían conseguido un empleo en un Ministerio. Alzugaray se emborrachaba con la música. Su gran entusiasmo era tocar el violoncello. César iba a visitarle a la oficina y a su casa.

Los empleados del Ministerio le parecían a César formar parte de una humanidad inferior.

En casa de Alzugaray, César se encontraba bien. La madre de Ignacio, una señora de pelo blanco, hacía media a todas horas, y después de cenar rezaba el rosario con la criada; la hermana de Alzugaray, Celedonia, una chica alta y desgarbada, estaba enferma con frecuencia.

Toda la familia consideraba mucho á César; sus consejos se seguían en la casa, y una de las operaciones bursátiles que él indicó con varios títulos del Exterior que guardaba la madre de Ignacio en tiempo de la guerra de Cuba, dió a todos los de la casa una idea extraordinaria de los talentos financieros del joven Moncada.

César se orientaba en sus distintas actividades; unos estudios complementaban los otros. Esta diversidad de puntos de vista le impedía tomar esa posición falsa y unilateral que van adquiriendo los que se preocupan exclusivamente de un grupo de conocimientos.

La actitud unilateral es utilísima para el especialista, para el hombre que piensa permanecer satisfecho en el lugar en que le coloca la casualidad, pero es inútil para el que pretenda entrar a sangre y a fuego en la vida.

Como ocurre casi siempre, la proyección de ideas de distintas procedencias y de diversos órdenes en un mismo plano, llevó a César a un escepticismo absoluto, escepticismo acerca de las cosas y, sobre todo, escepticismo acerca del instrumento de conocer.

Su negación no se refería, ni mucho menos, a las mu-

jeres, al amor o a los amigos, cosas en que generalmente se ceba ese escepticismo pedantesco y aparatoso de los literatos a lo Larra; su nihilismo era más bien la confusión y el desconcierto del que explora mejor o peor una comarca y no encuentra en ella ni orientaciones ni caminos y vuelve creyendo que hasta la brújula no tiene exactitud en lo que indica.

—No existe nada absoluto —se dijo César—; ni la ciencia, ni la matemática, ni aun la verdad, pueden ser una cosa absoluta.

El llegar a aquel resultado sorprendió bastante a César. Viendo que no acertaba a encontrar un sistema filosófico que fuera para él como una guía y que se pudiera razonar como un teorema, buscó dentro de lo puramente subjetivo algo que le contentara y le sirviera de norma.

PLAN FILOSÓFICO

Ya a la terminación de la carrera, César se presentó un día en la oficina de su amigo Alzugaray.

—Creo —le dijo— que voy concretando mi plan filosófico.

—¡Hombre!

—Sí. A mi pragmatismo darwiniano le he añadido algunos perfiles más.

Alzugaray, a quien todos los buceamientos de su amigo producían una gran sorpresa, se le quedó mirando candorosamente.

—Sí, voy construyendo mi plan —siguió diciendo César—, un plan dentro de lo relativo. Es claro.

—Veamos cuál es.

—A nosotros —dijo César, como si estuviera hablando de algo ocurrido en la calle momentos antes— nuestro inseguro instrumento de conocer nos da como reales dos estados aparentes de la naturaleza; uno el estático, en que se nos presentan las cosas inmóviles; otro el dinámico, en que estas mismas cosas se hallan en movimiento. Claro que en el fondo todo está en movimien-

to; pero dentro de lo relativas que son nuestras ideas podemos creer que hay cosas que están en reposo y otras en acción. ¿No es verdad?

—Sí; es decir, creo que sí —contestó Alzugaray, que comenzó a pensar si todo el mundo temblaría bajo sus pies.

—Bien —siguió diciendo César—. Voy a pasar de la naturaleza a la vida; voy a suponer que la vida tiene una determinación. ¿En dónde puede hallarse esta determinación? No lo sabemos. ¿Pero cuál puede ser el mecanismo de esta determinación? Sólo el movimiento, la acción. Es decir, la lucha. Hecha tal afirmación, yo voy o colaborar a su finalidad. Las cosas que llamamos espirituales son también dinámicas. Quien dice algo dice materia y fuerza; quien dice fuerza, expresa atracción y repulsión; atracción y repulsión son sinónimas de movimiento, de lucha, de acción. Ya estoy dentro de mi plan. Este será poner en movimiento, en acción, en lucha, todas las fuerzas próximas a mí. ¿Placer que pueda haber en esto? Primero, el placer de hacer, el placer que pudiéramos llamar de la eficiencia; segundo, el placer de ver, el placer de contemplar... ¿Qué te parece?

—Hombre, bien. Siempre que las cosas que pongas en movimiento sean buenas.

—Ahí está el punto moral. También creo que lo he resuelto.

—¿También?

—Sí; la moral no debe ser mas que la ley verdadera, propia y natural del hombre. ¿Considerado únicamente como máquina espiritual? No. ¿Considerado como un animal que come y bebe? Tampoco; considerado de una manera íntegra. ¿No es eso?

—Creo que sí.

—Sigo adelante. En la naturaleza, las leyes se hacen más obscuras a medida que los objetos del conocimiento se presentan más complicados. Todos vemos claras la ley del triángulo y con la misma claridad la ley del oxígeno o del carbono. Estas leyes se nos aparecen sin excepción, pero viene el mineral y ya vemos variaciones; en esta forma tiene una atracción, en esta forma,

otra distinta. Ascendemos al vegetal y lo encontramos como una caja de sorpresas; estas sorpresas se centuplican en el animal y se elevan a una potencia desconocida en el hombre. ¿Cuál es la ley del hombre-hombre? No la sabemos, probablemente no la sabremos jamás. El derecho y la justicia pueden ser verdad, pero siempre serán verdades fraccionarias. La moral clásica es un pragmatismo útil y eficaz para la vida social, para la vida reglamentada, pero, en el fondo, sin realidad. Resumen de todo esto: primero, que la vida es un laberinto que no tiene más hilo de Ariadna que uno: la acción; segundo, que el hombre está sostenido en sus cualidades altas por el esfuerzo y por la lucha. Esas son mis consecuencias.

—¡Demonio! No sé qué te diga.

Alzugaray afirmó que, sin meterse a decir si eran buenas o malas las ideas de su amigo, no ofrecían nada práctico; pero César insistió una vez y muchas acerca de las ventajas que veía en su metafísica.

ENCHIRIDION SAPIENTIÆ

Dentro de aquella misma orientación, César se mantuvo durante todo el tiempo de la carrera buscando siempre, según sus palabras, el añadir una rueda más a su máquina.

Su vida tenía pocos incidentes: los veranos iba a Valencia, y allí, en la finca, leía y hablaba con los aldeanos. Su madre, entregada a la Iglesia, se ocupaba poco de su hijo.

César concluyó la carrera, y al ser mayor de edad le dieron la parte que le correspondía de su padre.

Inmediatamente tomó el tren, se fué a París y buscó a Yarza. Le explicó sus vagos proyectos de acción. Yarza le escuchó atentamente, y le dijo:

—Quizá te parezca una tontería, pero te voy a dar un libro escrito por mí y que quiero que leas. Se llama *Enchiridion Sapientiæ*. En mi juventud he sido un poco latinista. En esas páginas, que no llegan a cien,

he acumulado mis observaciones acerca del mundo financiero y político. Podría llamarse también Contribución al sentido común o el neomaquiavelismo. Si ves que te sirve, quédate con él.

César leyó el libro con atención concentrada.

—¿Qué te ha parecido? —le dijo Yarza.

—Hay muchas cosas con las cuales no estoy conforme; tendré que pensar de nuevo sobre ellas.

—Bueno, pues quédate con mi *Enchiridíon* y vete a Londres. París es un pueblo que se ha parado. No vale la pena de perder el tiempo estando aquí.

César se fué a Londres, siempre con el pensamiento fijo de emprender algo. De cuando en cuando escribía una carta larga a Ignacio Alzugaray, contándole sus impresiones acerca de la política y las cuestiones financieras.

Estando en Londres se le reunió su hermana y le invitó a ir a Florencia; dos años después le instó para que la acompañase a Roma. César se había negado siempre a visitar la ciudad eterna, hasta que él mismo en aquella ocasión manifestó deseos de ir con su hermana a Roma.

IV

Gente que pasa al lado.

LAS SEÑORITAS DE SAN MARTINO

Llegados a Roma, subieron Laura y César al hotel, y les recibió un señor calvo y de afilado bigote, que les hizo pasar a un gran salón redondo, de techo altísimo.

Era un salón teatral, con muebles antiguos y grandes sillones de terciopelo rojo, de patas doradas. Los espejos, enormes, algo deslustrados por el tiempo, parecían agrandar más el salón; en las consolas y vitrinas brillaban objetos de mayólica y de porcelana.

La gran ventana de este salón daba a la plaza Esedra di Termini. César y Laura se asomaron a los cristales. Comenzaba de nuevo a llover; el gran espacio semicircular de la plaza estaba reluciente por la lluvia.

Pasaban los tranvías deslizándose por la curva de los rieles: una caravana de turistas en diez o doce coches en fila, todos con los paraguas abiertos, se preparaban a visitar los monumentos de Roma; vendedores ambulantes les mostraban baratijas y chucherías religiosas.

Prepararon las habitaciones para César y Laura, y el amo del hotel les preguntó de nuevo si no necesitaban algo más...

—¿Tú qué vas a hacer? —le dijo Laura a su hermano

—Me voy a tender un rato en la cama.

—Se almuerza a las doce y media.

—Bueno, a esa hora me levantaré.

—Adiós, «bambino». ¡Que descanses! Ponte de negro para venir a la mesa.

—Está bien.

Se tendió César en la cama, durmió a ratos, algo febril por la fatiga, y a eso de las doce se despertó con el ruido que hacían al entrar su equipaje en el cuarto. Se levantó para abrir las maletas, se lavó y se vistió, y cuando se oyeron los consabidos campanillazos se presentó en el salón.

Laura charlaba con dos señoritas y una señora: la condesa de San Martino y sus hijas. Se hallaban en Roma de temporada, y vivían habitualmente en Venecia.

Presentó Laura a su hermano a estas damas, y la condesa estrechó la mano de César entre las suyas muy afectuosamente.

La condesa era bajita y seca: una momia, con cara de galgo, la piel sobre los huesos, los labios pintados, los ojos azules, chiquitos y penetrantes, y una gran vivacidad en los gestos. Iba vestida de manera fastuosa: llevaba joyas en el pecho, en la cabeza y en los dedos.

Las hijas parecían dos princesitas rubias: las mejillas sonrosadas, las cejas como dos pinceladas de oro, casi sin color, los ojos azules claros, de un azul celeste, y los labios pequeños y rojos, tanto, que al verlos venía en seguida a la imaginación ese símil clásico de las cerezas.

La condesa de San Martino preguntó a César, de sopetón, si estaba soltero, y si no tenía novia. Contestó César diciendo que estaba soltero y que no tenía novia, y entonces la condesa le volvió a preguntar si no sentía vocación por el matrimonio.

—No, creo que no —respondió César.

Sonrieron las dos señoritas, y la madre, con una familaridad verdaderamente graciosa, dijo que los hombres se iban poniendo imposibles. Luego añadió que estaba deseando que sus hijas se casaran.

—Cuando una de estas chicas se case y tenga un «bambino», ¡voy a estar más contenta! Si Dios me enviara un «cherubino del cielo» no lo estaría más.

Se rió Laura, y una de las rubitas replicó con indiferencia aristocrática:

—Primero es casarse, mamá.

A esto la condesa de San Martino agregó que ella no comprendía la manera de ser de las muchachas de hoy.

—Yo, cuando era jovencita, siempre tenía cinco o seis novios a la vez; pero mis hijas no lo entienden así. ¡Son tan indiferentes, tan desdeñosas!

—Parece que no ponen ustedes toda la atención debida —dijo César a las señoritas, en francés.

—Ya ve usted qué error —repuso una de ellas, sonriendo.

Sonó la última tanda de campanillazos y entraron en el salón varias personas. A la mayoría de ellas las conocía Laura y las fué presentando a su hermano.

OBSERVACIONES DE CÉSAR

El mozo se asomó a la puerta, anunció que el almuerzo esperaba, y pasaron todos al comedor.

Laura y su hermano se instalaron en una mesa pequeña al lado de la ventana.

El comedor, muy grande y muy alto, ostentaba decoración copiada de algún palacio. Consistía en una tapicería con guirnaldas de flores y medallones. Dentro de cada medallón se veían las letras S. P. Q. R., y algunas frases epicúreas de los latinos: «Carpe diem. Post mort nulla voluptas», etc.

—Hermosa decoración, pero mucho frío —dijo César—. Preferiría un poco menos de sentencias y un poco más de calor.

—Eres demasiado exigente —replicó Laura.

Poco después de sentarse todos comenzaron a hablar de mesa a mesa y hasta de un extremo a otro del cuarto. No había entre la gente del hotel esa frialdad clásica que los ingleses han impuesto en todas partes al mismo tiempo que las carnes sangrientas y las salsas embotelladas.

César se dedicó en los primeros momentos a la etnologia.

—Sólo entre la gente que se encuentra aquí se ve que hay una gran diversidad de tipo étnico en Italia —dijo a Laura—. Ese muchacho rubio y las señoritas de San Martino son seguramente de origen sajón; en cambio, el mozo, ese moreno, es un berberisco.

—Es que el muchacho rubio y las de San Martino son del norte, y el mozo debe ser napolitano o siciliano.

—Es que, además, hay otro tipo: el de aquella señorita morena que está allá, que tiene un aire melancólico. Debe ser un tipo celta. Lo que se ve es que en esta gente hay una gran soltura y una gran elegancia en los movimientos. Son como cómicos que trabajan bien.

Interrumpió las observaciones de César la llegada de una mujer morena, opulenta, que venía de la calle acompañada de su hija, muchacha rubia, gruesa, sonriente y un poco tímida.

Esta señora y Laura se saludaron con mucha ceremonia.

—¿Quién es? —preguntó César en voz baja.

—Es la condesa Brenda —dijo Laura.

—¡También condesa! ¿Pero es que aquí todas las mujeres son condesas?

—No digas tonterías.

En el otro extremo del comedor llevaba la voz cantante, hablando alto y haciendo reír a todo el mundo, un joven napolitano de expresión de polichinela y de gesticulación violenta.

Después de almorzar, César salió de casa a echar unas tarjetas postales, y como estaba lloviendo a chaparrón, se refugió en los arcos de la plaza de Esedra.

Cuando se cansó de andar, volvió al hotel, se metió en su cuarto, encendió la luz y se dedicó a seguir la lectura comenzada del libro de Proudhon sobre el especulador en la Bolsa.

Y mientras leía llegaban del salón las notas de un vals de tzíganos tocado en el piano.

EL ARTE, PARA LOS MARIDOS ENGAÑADOS

Estaba César escribiendo al margen del libro cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo César.

Era Laura.

—¿Dónde te metes? —preguntó ella.

—Estoy aquí, leyendo un rato.

—Pero hombre, te estamos esperando.

—¿Para qué?

—¡Toma, para qué! Para hablar.

—No tengo ganas de hablar. Estoy muy cansado.

—Pero «bambino, ¡Benedetto!» ¿Vas a vivir huyendo de todo el mundo?

—No; ya saldré otro día.

—¿Qué quieres hacer esta noche?

—¡Esta noche! Nada.

—¿No quieres ir al teatro?

—No, no; tengo el pulso de una debilidad tremenda y algo de fiebre. Mis manos abrasan en este momento.

—¡Qué tonterías!

—Es verdad.

—¿De manera que no sales?

—No.

—Bueno, como quieras.

—Cuando haga buen tiempo saldré.

—¿Quieres que te traiga un Baedeker?

—No, no me hace falta.

—¿Es que tampoco piensas ver los monumentos?

—Sí, veré buenamente lo que pase por delante de mis ojos; no me conviene que me vuelva a suceder lo que me ocurrió en Florencia.

—¿Qué te ocurrió en Florencia?

—Que perdí el tiempo lastimosamente, estusiasmándome con Botticelli, con el Donatello y con otra serie de tonterías, y cuando volví a Londres me costó un gran trabajo llegar a olvidarme de estas cosas y meterme de lleno en mis asuntos financieros. Así que ahora estoy decidido a no ver nada más que en los mo-

mentos de descanso y sin dar importancia a todas esas chucherías.

—¡Pero qué simplezas! ¿Tanto te va a distraer de tus asuntos, de esos asuntos graves que tienes entre manos, el ir a ver unos cuadros o unas estatuas?

—El verlos, precisamente, no; el preocuparme de ellos, sí. El arte es una cosa buena para los que no tienen fuerza para vivir en la realidad. Es un buen «sport» para solteronas, para maridos engañados que necesitan un consuelo, como los histéricos necesitan morfina...

—Y para la gente fuerte como tú, ¿qué hay? —preguntó Laura irónicamente.

—¡Para la gente fuerte!... la acción.

—¿Y tú llamas acción a estar tendido en la cama, leyendo?

—Sí, cuando se lee con las intenciones que leo yo.

—¿Y qué? ¿Qué es lo que estás urdiendo?

—Ya te lo diré.

Laura vió que no convencía a su hermano, y se volvió al salón. César, un momento antes de llamar para comer, volvió a vestirse de negro, se puso sus zapatos de charol, se contempló ligeramente en el espejo, vió que no estaba mal, y se reunió con su hermana.

V

El abate Preciozi.

LOS PAJARRACOS DE ROMA

Al día siguiente César se despertó a las nueve, saltó de la cama, se vistió y fué a desayunar. Laura había dejado recado de que no comía en casa. César cogió un paraguas y salió a la calle. El tiempo, aunque muy obscuro, se conservaba sin llover.

Tomó César por la vía Nacional hacia el centro. Entre la gente, algunos extranjeros, con la guía roja en la mano, marchaban a grandes pasos a contemplar los monumentos de Roma, que el código del esnobismo mundial considera indispensable admirarlos.

César no tenía propósito determinado. Vió en un plano, sujeto en un quiosco de periódicos, la situación en que se encontraba la plaza de Esedra, el hotel y las calles adyacentes, y siguió andando despacio.

—¡Cuánta gente habrá que al llegar por primera vez a un pueblo histórico de éstos se encontrarán conmovidos y con el pulso agitado! —pensó César—. Yo, en cambio, quedé en esta situación la primera vez que comprendí con claridad el mecanismo de la Bolsa de Londres.

Siguió César por la vía Nacional y se detuvo en una plazoleta con un jardincillo y una palmera. Limitando la plazoleta por un lado, se levantaba una muralla verdosa, y sobre esta muralla, adornada con estatuas, se

extendía un jardín alto, con árboles magníficos, y entre ellos un gran pino de copa redonda.

—Hermoso jardín para pasearse —dijo César—. Quizá sea un lugar histórico, quizá no lo sea. Me alegro mucho de no saber ni su nombre ni su historia, si es que la tiene.

Desde el mismo punto de la vía Nacional, a mano izquierda, se veía una calle con escaleras y abajo una columna de piedra blanca.

—Nada; tampoco sé lo que es esto —pensó César—; la verdad que es uno de una ignorancia terrible. En cambio, en cuestiones de hacienda, ¡qué pozo de ciencia hay en mi cráneo!

Siguió César hasta la plaza Venecia, contempló el palacio de la Embajada de Austria, amarillo, almenado, y se detuvo debajo de una gran sombrilla blanca, colocada para proteger al guardagujas del tranvía.

—Al menos, aquí no se nota el peso de la tradición ni de la historia. No creo que esta lona proceda de la túnica de Bruto, ni de la tienda de campaña de Pompeyo. Me siento tranquilo; esta lona me moderniza.

La plaza, en aquel momento, estaba muy animada: pasaban bandadas de seminaristas con hábitos negros, rojos, azules, violeta y fajas de distintos colores; cruzaban frailes de todas clases, afeitados, con barbas, negros, blancos, pardos; discurrían en grupos curas extranjeros, con unos sombreritos despeinados adornados con una borla; monjas horribles con bigote y lunares negros, y monjitas lindas y blancas, de aire coquetón.

La fauna clerical estaba admirablemente representada. Un fraile capuchino, barbudo y sucio, con aire de bandolero y un paraguas bajo el brazo, a guisa de trabuco o de tercerola, hablaba con una hermana de la Caridad.

—Indudablemente, la religión es cosa muy pintoresca —murmuró César—. Un empresario de espectáculos no tendría imaginación para idear estos disfraces.

Tomó César por el Corso. Antes de que llegara a la plaza Colonna comenzó a llover. Los cocheros sacaron unos enormes paraguas arrollados, y, abriéndolos, los

fijaron en vástagos de hierro, de manera que quedaba el pescante como debajo de una tienda de campaña.

César se refugió en la entrada de un bazar. Comenzaba la lluvia a tomar proporciones de chaparrón. Un fraile viejo, de largas barbas, con hábito blanco y capucha, armado de un paraguas indomesticable, intentaba atravesar la plaza. Se le doblaba el paraguas, por las ráfagas de viento, y las barbas parecía que se le querían escapar de la cara.

—«Povero frate» —dijo uno del público, sonriendo.

Pasó un cura embozado debajo de un paraguas. Un golfo de los refugiados en la puerta del bazar dijo que no se conocía si era mujer o cura, y el presbítero, que oyó sin duda la observación, echó al grupo una mirada amenazadora y sombría.

Dejó de llover, y César siguió su paseo por el Corso. Se desvió un poco para echar un vistazo a la plaza de España. La gran escalinata de esta plaza relucía, mojada por la lluvia; algunos seminaristas, en grupos, iban subiendo las gradas hacia el Pincio.

Llegó César a la plaza del Pueblo y se detuvo ante unos vagos que jugaban echando monedas al aire. Un chiquillo desarrapado escribía con carbón en una pared: «¡Viva Musolino!», y debajo iba dibujando un corazón atravesado por dos puñales.

—Muy bien —murmuró César—. Este chiquillo es como yo: un partidario de la acción.

Comenzó de nuevo la lluvia; César se decidió a volver, tomó el mismo camino, y en un café del Corso entró a almorzar. La tarde quedó espléndida y César anduvo vagando a la ventura.

EL CICERONE

Al anochecer volvió a la fonda, se mudó y fué al salón. Laura estaba conversando con un joven abate.

—El abate Preciozi... mi hermano César.

El abate Preciozi era un familiar del cardenal Fort, y éste lo había enviado al hotel para que sirviera de cicerone a su sobrino.

—El tío ha enviado al abate para que te vaya enseñando Roma.

—¡Oh, muchas gracias! —contestó César—. Utilizaré sus conocimientos; pero no quiero que por mí deje sus ocupaciones ni se moleste.

—No, no. Yo estoy a su disposición —replicó el abate—. Su Eminencia me ha dado la orden de atenderle, y esa no es para mí ninguna molestia.

—¿Comerá usted con nosotros, Preciozi? —dijo Laura.

—¡Oh, marquesa! ¡Tantas gracias!

Y el abate se inclinó ceremoniosamente.

Comieron los tres juntos y después se fueron a charlar al salón. Una de las señoritas de San Martino tocaba la viola y la otra el piano, y les instaron para que luciesen sus habilidades.

El napolitano charlatán revolvió los papeles del musiquero, y después de discutir con las dos «contessinas», puso en el atril el «Intermezzo» de *Cavalleria Rusticana.*

Tocaron las dos hermanas y el público hizo grandes elogios de su habilidad.

Laura presentó a César y al abate Preciozi a la condesa Brenda y a una señora que acababa de llegar de Malta.

—¿Conocía usted Roma? —le preguntó la condesa a César, en francés.

—No.

—¿Y qué le ha parecido a usted?

—Mi opinión no tiene ningún valor —dijo César—. No soy un artista. Figúrese usted que mi especialidad son las cuestiones financieras. Por ahora, lo que más me ha chocado es que Roma tenga murallas.

—¿No lo sabías? —preguntó Laura.

—No.

—Hijo, veo que tienes una gran ignorancia.

—¿Qué quieres? —replicó César, en castellano. Estoy

dispuesto a ignorar todo lo que no me sirva para nada.

César habló burlonamente de una plaza como un agujero desde donde sale una columna blanca parecida a la que hay en París, en la plaza Vendome.

—¿A qué se refiere? ¿A la columna de Trajano? —preguntó Preciozi.

—Eso debe ser —dijo Laura—. Tengo un hermano que es un bárbaro. ¿No has estado tampoco en el Foro?

—¿Cuál es el Foro? ¿Un sitio donde hay muchas piedras?

—Sí.

—He pasado por allá; había una porción de turistas, muchas señoritas que miraban atentamente los rincones y un señor con una cartera al costado, que mostraba unas columnas con un paraguas. Vi después un despacho de billetes. Es que, sin duda, aquí se paga para entrar —dije—, y como estaba el suelo lleno de barro y no quería mojarme los pies, le pregunté a un golfillo que vendía tarjetas postales qué era aquello. No entendí bien su explicación. que debía ser muy graciosa; confundía los emperadores con la Madonna y los santos. Le di una peseta al chico y tuve que escaparme de allí, porque me seguía a todas partes llamándome excelencia.

—Creo que don César se burla de nosotros —dijo Preciozi.

—No, no.

—Pero, bueno: ¿qué le ha parecido a usted Roma en conjunto? —preguntó el abate.

—Pues la encuentro así como una cosa mixta de gran ciudad monumental y de capital de provincia.

—Es posible —repuso el abate—. Indudablemente, la ciudad de provincias es más ciudad que la gran capital moderna, en donde no se ven mas que hoteles elegantes por un lado y barracas horribles por otro. Si viniera usted de América, como yo, vería usted qué agradable le resultaba esta impresión de ciudad que aquí se siente: olvidar aquella geometría, aquellas calles tiradas a cordel, los ángulos rectos...

—Es probable.

El abate parecía tener interés en captarse la amistad de César. Este le dijo que, si quería, podían ir a su cuarto a charlar y a fumar. El abate aceptó con gusto, y César, como hombre desconfiado, pensó si el cardenal le habría enviado al abate para que se enterara de la clase de hombre que era él. Después pensó que a su tío no le debían importar nada sus ideas; pero, por si acaso, se dedicó a despistar al abate, hablando con volubilidad y dando opiniones contradictorias acerca de todo.

Después de charlar largo rato y de dedicarse a la paradoja libre, César pensó que para la primera sesión no lo había hecho del todo mal.

Preciozi se despidió, prometiendo volver al día siguiente.

—Si cuenta nuestra conversación a mi tío, el hombre no va a saber qué opinar de mí —pensó César al acostarse—. No estaría de más que Su Eminencia se interesara y me mandara llamar. Pero creo que no, mi tío no debe ser bastante inteligente para tener curiosidad de conocer a un hombre como yo.

VI

Pequeñas preocupaciones de la gente de un hotel de Roma.

INTIMIDADES

Durante algunos días la preocupación de la gente del hotel fué la intimidad creciente establecida entre la marquesa Sciacca, que era la señora llegada de Malta, y el napolitano de aire de polichinela, el señor Carminatti.

La de Malta debía de ser altiva y desdeñosa, a juzgar por el aire de reina que tomaba. Sólo con el bello napolitano se mostraba amable.

La maltesa se sentaba en el comedor con sus dos hijos, un niño y una niña, al otro extremo de donde acostumbraban a sentarse César y Laura. A su lado, en una mesa inmediata, charlaba y bromeaba el diplomático Carminatti.

El marqués de Sciacca se hallaba enfermo de diabetes; había ido a Roma a ponerse en cura, y por aquellos días no se presentaba en el comedor.

La marquesa era de esos tipos mixtos, inarmónicos, comunes en las razas mezcladas. Su pelo negro brillaba como el azabache, sus labios parecían de una egipcia, y en su rostro, de color bronceado, se abrían sus ojos azules muy claros de un modo extraño. Se empolvaba la cara, se pintaba los labios y se sombreaba los ojos con el kol. Su aspecto era de mujer orgullosa y vengativa.

Comía con mucho melindre, abriendo la boca tan poco que no podía poner entre los labios mas que el pico de la cuchara; hablaba con sus hijos inglés e italiano con la misma perfección, y cuando oía las graciosidades del joven Carminatti se reía con marcada impertinencia.

El signor Carminatti era alto, de bigote negro, la nariz corva, los ojos rasgados y lángidos, la gesticulación graciosa y un poco apayasada; al mismo tiempo estaba triste y alegre, melancólico y risueño, cambiaba de expresión a cada momento. Se solía presentar en el comedor de smoking, con una gran flor en el ojal y dos o tres diamantes gruesos en la pechera. Venía arrastrando los pies, saludaba, decía algún chiste, se quedaba cariacontecido, y esta volubilidad en la expresión y estas gesticulaciones le daban un carácter entre mujer y niño.

Cuando se ponía displicente, sobre todo, parecía una mujer. «¡Macché!», decía a cada paso con una voz agria y el aire de disgusto de una madama histérica.

A pesar de sus displicencias frecuentes, era el elemento más estimado por las señoras y señoritas del hotel.

—Es la coqueluche de las damas —decía burlonamente de él la condesa Brenda.

Laura no le hacía el menor caso.

—Me sé de memoria estos tipos —aseguraba con desdén.

El signor Carminatti no dejaba un momento de hablar, durante el almuerzo y la comida, con la de Malta. Muchas veces los hijos de la marquesa Sciacca querían contar algo a su madre; pero ella les hacía callar para poder oír las gracias del bello napolitano.

Las señoritas de San Martino y la hija de la condesa Brenda buscaban el modo de llevar a Carminatti a su grupo; pero él volvía a la de Malta, porque sin duda su conversación era más divertida y picante.

LA CONTESSINA BRENDA

La hija de la condesa Brenda, Beatrice Brenda, a pesar de su aire de pava, siempre andaba provocando al

napolitano y entablando conversación con él; pero Carminatti, con su ligereza de espíritu, contestaba con un chiste o con una simpleza y volvía a dirigirse a la condesa Sciacca, que hacía callar a sus alborotadores chicos, que no la dejaban enterarse muchas veces de lo que decía al napolitano.

No era desdeñable, ni mucho menos, la signorina Bice por ninguno de los estilos; además de ser muy rica, era una muchacha hermosa que prometía serlo aun más; tenía un tipo de mujer del Tizziano, la tez blanca opalina, como si fuera de nácar; los brazos gruesos, lechosos, y los ojos obscuros. Lo único que le faltaba era expresión.

Solía andar con frecuencia acompañada de una señorita vieja y aristocrática, muy fea, con el pelo rojo y la cara de caballo, pero muy distinguida, que comía al lado de Laura y de César.

Un día Carminatti llevó a comer con él a un paisano suyo, grueso y grotesco, y le hizo decir una serie de inconveniencias acerca de las mujeres y del matrimonio. Oyendo las salidas del rústico, las señoras decían, con una sonrisa amable:

—Es un «benedectto».

La contessina Brenda, atraída por el napolitano, fué a la mesa de la marquesa Sciacca. Al pasar, Carminatti se levantó con la servilleta en una mano, y, accionando con la otra, dijo:

—Contessina. Permita usted que le presente al signor Cappagutti, negociante de Nápoles.

El signor Cappagutti se quedó repantigado en la silla tranquilamente, y la contessina se echó a reír y comenzó a mover los brazos, como si le hubieran puesto un moscardón en la falda. Luego se llevó la mano a la cara, para disimular la risa, y se sentó de golpe.

DE BAILE

Como llovía mucho, la mayoría de la gente prefería no salir de casa. Por las noches se daban bailes. César

no asistió al primero; pero su hermana le dijo que debía ir. César estuvo en el segundo baile por no parecer demasiado ogro. Como no pensaba bailar se instaló en un rincón; y mientras se bailaba estuvo hablando con la Brenda y con la de San Martino.

Habían llegado varios jóvenes a la sala. Manifestaban esa vivacidad meridional, un tanto fatigosa para el que la presencia, y hablaban todos escuchándose. El napolitano y dos o tres amigos suyos fueron presentados a César, pero mostraron por él cierta frialdad algo aparatosa e impertinente.

El signor Carminatti cambió unas palabras con la Brenda, y expresamente hizo como que no notaba la presencia de César.

A César no le molestaba de ningún modo la charla del napolitano, y como no pensaba ser su rival le oyó entretenido.

César notó que las de San Martino y algunas amigas suyas sentían predilección por los tipos como Carminatti, por aquellos italianos del sur, morenos, charlatanes y jacarandosos.

Las señoras tenían una cariñosa familiaridad con las muchachas; las acariciaban y las besaban efusivamente.

ERES UN INQUISIDOR

Laura, que bailaba con un oficial, se acercó a su hermano, que estaba como embutido en un rincón, detrás de dos filas de sillas.

—¿Qué haces ahí? —le dijo, parándose y advirtiendo a su caballero que se iba a sentar un momento.

—Nada —contestó César—, estoy esperando a que acabe este vals para marcharme.

—¿No te diviertes?

—¡Pse!

—Sin embargo, hay cosas divertidas.

—¡Ah! Claro. ¿Sabes lo que me ha pasado con la condesa de Brenda?

—¿Qué te ha pasado?

—Que al entrar y darme la mano me ha dicho: ¡Qué calientes tiene usted las manos; en cambio yo las tengo heladas! Y ha tenido mis manos entre las suyas. Es cómico.

—Cómico, ¿por qué?

—¡Qué se yo!

—Es cómico para ti, que no ves más que malas intenciones. Te ha tomado la mano. ¿Quién sabe lo que querrá? ¿Quién sabe si querrá quitarte algo? Ella, que tiene una renta de ochenta o noventa mil liras, quizá quiera pedirte algún dinero.

—No, ya sé que no.

—¿Pues qué temes?

—¡Temer! No temo nada. Me choca solamente.

—Es que lo ves todo con ojos de inquisidor. Hay que desconfiar. Estar siempre en guardia, siempre en acecho. Es una manera de ser de salvaje.

—No digo que no. No tengo ningún entusiasmo por ser civilizado como esa gente. Lo que sí me parece es que el marido de nuestra ilustre y acaudalada amiga lleva interiormente ese «porte bonheur», que creo que se llama el cuerno.

—Ah, claro, ¿y no has encontrado que su familia es una familia de asesinos? ¡Qué español! ¡Qué español más salvaje tengo por hermano!

César se echó a reír, y aprovechando el momento en que todos iban al buffet salió de la sala. En el pasillo, en un rincón estaba una de las señoritas de San Martino, la más bonita y espiritual de las dos, con uno de los bailarines, y se oía como rumor de besos.

La rubita lanzó una exclamación de susto; César hizo como que no había notado nada y siguió adelante.

—¡Demonio! —exclamó César—, esa espiritual princesita se refugia en los rincones con un «brigante» de estos. ¡Y luego dirá su madre que sus hijas no saben echar el anzuelo! No sé qué querrá más. Aunque es posible que ésta sea la pedagogía del porvenir para las muchachas casaderas.

En la antesala del hotel estaban los dos hijos de la marquesa Sciacca, en compañía de una criada dormida; la niña, sentada en un sofá, contemplaba a su hermano que andaba de un lado a otro con un rollo de papel en la mano. En la antesala, frente a la puerta de entrada del hotel, había un anuncio, que se mudaba todos los días, para indicar las distintas funciones que se representaban por la noche en los teatros de Roma.

El chiquillo paseaba por delante del cartel, y dirigiéndose al público, que era la criada dormida y la niña, gritaba:

—¡Adelante, señores! ¡Adelante! ¡Ahora es el momento! Se va a representar *La Geisha*, la magnífica opereta inglesa. ¡Vayan pasando! ¡Vayan pasando!

Mientras la madre bailaba en el salón con el napolitano, los chicos se divertían así solos.

—La verdad es que esta civilización es un absurdo. Vuelve locos hasta los chicos —pensó César, y se refugió en su cuarto.

Durante toda la noche oyó desde la cama las notas de los valses y rigodones, las risas y carcajadas y el resbalar de los pies de los bailarines.

SON UNOS NIÑOS

Al día siguiente, Laura, antes de hacer una visita, se presentó a la hora del almuerzo elegantísima, con un traje y un sombrero hechos en París, con los cuales estaba verdaderamente preciosa.

Tuvo un gran éxito: las de San Martino, la Brenda, las demás señoras la felicitaron. Sobre todo, el sombrero les parecía ideal.

Carminatti quedó extasiado.

—«E bello, bellissimo» —dijo con un gran entusiasmo, y todas las señoras aseguraban que era «bellissimo», arrastrando la ese e inclinando la cabeza con un ademán de admiración.

—¿Y tú, no me dices nada, «bambino»? —preguntó Laura a César.

—Que estás muy bien.

—¿Y nada más?

—Si quieres que te eche un piropo, te diré que estás bonita hasta legitimar el incesto.

—¡Qué bárbaro! —murmuró Laura medio riendo, medio ruborizándose.

—¿Qué le ha dicho a usted? —preguntaron dos o tres.

Laura tradujo la frase al italiano, y Carminatti la encontró admirable.

—¡Exactísimo! ¡Graciosísimo! —exclamó riendo, y dió una palmada amistosa en el hombro de César.

La marquesa Sciacca contempló varias veces a Laura con miradas de estudio y una sonrisa de rencor.

—La verdad es que estos meridionales son unos niños —pensó burlonamente César—. ¡Qué arraigada tienen la preocupación de lo bello!

El napolitano era uno de los más preocupados por la estética.

César tenía su cuarto frente por frente al del signor Carminatti, y los primeros días creyó que era el de una mujer. Frascos de tocador, pulverizadores, cajas de polvos de arroz; el cuarto parecía una perfumería.

—Es curioso —pensaba César— cómo esta gente de los pueblos ilustres e históricos puede alternar los polvos de arroz y la maffia, el oppopónax y el puñal.

Casi todas las noches, después de comer, había baiioteo en el salón. Se tocaban al piano valses lánguidos de las orquestas de tzíganos. La maltesa y Carminatti solían cantar también canciones románticas de esas cuya letra y cuya música parece siempre la misma, y en las que se oye invariablemente pálpito, fúlgido, el amore y otras palabras sugestivas.

Un domingo por la tarde, que estaba lloviendo, César se quedó en el hotel.

En el salón, Carminatti hacía juegos de manos para entretener a las señoras. Luego se vió al napolitano que perseguía por los pasillos a la marquesa Sciacca y a las dos señoritas de San Martino. Ellas daban chillidos agudos cuando se las agarraba de la cintura. El demonio del napolitano era una especialidad en aquellos juegos de manos.

VII

Las confidencias del abate Preciozi.

VARIEDAD DE LA NATURALEZA EN NARICES Y EN MIRADAS

César reconocía en su fuero interno que no tenía plan ni la menor orientación. El cardenal no sentía, sin duda, deseo de conocerle.

César muchas veces procedía por hipótesis más o menos absurdas. Supongamos —pensaba— que yo tuviera una idea, una aspiración concreta. En este caso me convendría ser reservado en tales y tales cuestiones e insinuar estas y las otras ideas; hagámoslo así, aunque no sea mas que por *sport*.

Preciozi era el único que podía darle alguna luz en sus investigaciones, porque la gente del hotel, la mayoría, por su buena posición, no pensaba mas que en divertirse y en darse tono.

César descubrió que Preciozi era un ambicioso; pero además de faltarle el camino, no tenía el valor y el arranque necesario para hacer algo.

El abate hablaba en un español macarrónico, aprendido en América, que provocaba las carcajadas de César. Decía a cada paso: mi amigo, y mezclaba los galicismos con una porción de giros chabacanos de procedencia india o mulata y con palabras de italiano. La jerga de Preciozi era un galimatías verdaderamente babélico.

El primer día que salieron juntos, el abate quiso mos-

trarle una porción de sitios pintorescos de Roma. Le llevó por detrás del Quirinal, por la vía de la Panatería y del Lavatore, en donde hay un mercado de fruta, hasta la fuente de Trevi.

—¿Es hermosa, eh? —dijo el abate.

—Sí; lo que no comprendo —replicó César— es por qué en un pueblo en donde hay tanta agua las palanganas de los hoteles son tan pequeñas.

Preciozi se encogió de hombros.

—¡Qué tipos tienen ustedes en Roma! —siguió diciendo César—. ¡Qué variedad de narices y de miradas! Jesuítas con facha de sabios y de intrigantes; carmelitas con traza de bandoleros; dominicos, unos con aire sensual, y otros con aire doctoral. La astucia, la intriga, la brutalidad, la inteligencia, el estupor místico... ¿Y de curas? ¡Qué muestrario! Curas decorativos, altos, con melenas blancas y grandes balandranes; curas bajitos, morenos y sebosos; narices finas como un cuchillo; narices verrugosas y sanguinolentas. Tipos bastos; tipos distinguidos; caras pálidas y exangües; caras rojas... ¡Qué colección más admirable!

Preciozi oía las observaciones de César y pensaba si el sobrino del cardenal estaría un poco trastornado.

—Adviértame usted lo que tenga mérito, para admirarme suficientemente —le decía César—, no sea que vaya a prorrumpir en una frase de entusiasmo por alguna cosa que no valga nada.

Preciozi reía de estas salidas como de las ocurrencias de un niño; pero tan pronto César le parecía un inocente, como un hombre maquiavélico que disimulaba sus aviesas intenciones con la extravagancia.

Cuando Preciozi se enfrascaba en alguna disertación histórica, César solía preguntarle con ingenuidad.

—¿Pero oiga usted, abate? ¡A usted le preocupa de veras eso?

Preciozi confesaba que no le importaba gran cosa lo pasado, y entonces, de común acuerdo, se echaban a reír.

César decía que Preciozi y él eran los hombres más antihistóricos que andaban por Roma.

Una mañana fueron los dos a la plaza del Capitolio. Lloviznaba; los tejados, húmedos, relucían; el cielo estaba gris.

—Esta entrada del campo en Roma —dijo César— es lo que da a la ciudad un aspecto romántico. Esas colinas con árboles son muy bonitas.

—¿Bonitas nada más, don César? Son sublimes —replicó Preciozi.

—Qué asombro le producirá a usted, mi querido abate, cuando le diga que todos mis conocimientos respecto al Capitolio se reducen a saber que un orador, no se quién, dijo que cerca del Capitolio está la Roca Tarpeya.

—¿No sabe usted más?

—Nada más. No sé si lo dijo Cicerón, Castelar o sir Roberto Peel.

Preciozi se echó a reír alegremente.

—¿Qué estatua es ésa? —preguntó César, señalando la que hay en medio de la plaza.

—La de Marco Aurelio.

—¿Un emperador?

—Sí, un emperador y un filósofo.

—¿Y por qué le han puesto montado en un caballo tan pequeño y tan panzudo?

—Hombre, no lo sé.

—Parece un hombre que lleva un caballo a beber a un abrevadero. ¿Por qué va montado en pelo? ¿Es que en esa época no se habían inventado los estribos?

Preciozi quedó un poco perplejo; antes de dar contestación miró la estatua, y dijo confuso:

—Yo creo que sí.

Cruzaron la plaza del Capitolio y se asomaron por el lado izquierdo del palacio del Senador. Por la calle del arco de Severo, calle en cuesta que baja al Foro, se veía un arco grande como hundido en el suelo, y luego, a más distancia, otro arco pequeño de una arcada sola, que asomaba a lo lejos como por encima del grande. Una torre cuadrada, amarilla, tostada por el sol, se erguía entre las ruinas; unas colinas mostraban sus filas de románticos cipreses, y en el fondo los azules montes Albanos se destacaban en el cielo gris.

—¿Quiere usted que bajemos al Foro? —dijo el abate.

—¿Ahí donde están las piedras? No. ¿Para qué?

—¿Quiere usted que veamos la Roca Tarpeya?

—¡Hombre, sí! Pero explíqueme usted qué era esa roca.

Preciozi reunió todos sus conocimientos, que no eran muchos.

Fueron por la calle del Monte Tarpeo y volvieron por la vía della Consolazione.

—Echarían a la gente ya muerta por la Roca Tarpeya —dijo César después de oír la explicación.

—No, no.

—Pero si los echaban vivos, la mayoría que tiraran por aquí no morirían. Lo más se dislocarían un brazo, una pierna o una falange. A no ser que los tiraran de cabeza.

Preciozi no podía permitir que se pusieran en duda los efectos mortales de la Roca Tarpeya, y dijo que su altura estaba rebajada y que el suelo se había levantado.

Con estas explicaciones César encontró algo menos fantástico el lugar de las ejecuciones romanas.

—¿No le parece a usted que vayamos a aquella iglesia que hay en el Foro? —dijo Preciozi.

—Yo le iba a proponer que fuéramos al hotel; debe ser hora de almorzar.

—Vámonos.

LA IGLESIA Y LA COCINA

César mandó traer para el abate, que era muy goloso, vino de Marsala y de Asti.

Mientras Preciozi comía y bebía a dos carrillos, César se dedicó a embromarle. Había traído el mozo unos buñuelos de crema, y advertido que era un plato del día, del día de San José. Laura y Preciozi elogiaron los buñuelos, y César dijo:

—¡Qué religión más admirable la nuestra! Para cada día la Iglesia tiene su santo y su plato especial. La

verdad es que la Iglesia católica es muy sabia; ha roto toda relación con la ciencia, pero sigue en buena armonía con la cocina. Como decía hace un momento Preciozi, con gran exactitud, es conmovedora esta estrecha relación que existe entre la Iglesia y la cocina.

—¿Yo le he dicho a usted eso? —preguntó Preciozi—. ¡Qué falsedad!

—No le haga usted caso —dijo Laura.

—Sí, mi querido abate —repuso César—, y hasta creo que ha añadido usted confidencialmente que a veces el Papa, en los jardines del Vaticano, imitando a Francisco I después de la batalla de Pavía, suele decir melancólicamente al secretario de Estado: Todo se ha perdido, menos la fe y... la buena cocina.

—¡Qué «bufone»! ¡Qué «bufone»! —exclamó Preciozi con la boca llena.

—Estás dando una prueba de irreligiosidad de mal gusto —dijo Laura—. Sólo los porteros hablan así.

—En estas cuestiones yo soy un portero honorario.

—Está bien; pero debías comprender que hay aquí personas religiosas... como el abate...

—¿Preciozi?... ¡Si es un volteriano!

—¡Oh! ¡Oh! mi amigo.... —exclamó Preciozi vaciando una copa de vino.

—Volterianísimo —siguió diciendo César—. Aquí no hay nadie que tenga fe, nadie que haga el pequeño sacrificio de comer los viernes de vigilia. Aquí estamos destruyendo con nuestros propios dientes una de las más bellas obras de la Iglesia. Ustedes me preguntarán qué obra es ésa...

—No, no te preguntamos nada —dijo Laura agitando la mano en el aire.

—Pues es esa admirable armonía alimenticia sostenida por la Iglesia. Durante todo el año estamos autorizados para comer los animales terrestres, y en Cuaresma sólo los acuáticos. Promiscuando así, estamos deshaciendo el equilibrio entre las fuerzas marítimas y terrestres, estamos atentando contra el turno pacífico de la carne y el pescado.

—Es un niño —dijo Preciozi—; hay que dejarlo.

—Sí, pero eso no impide para que mi corazón de español, y de sobrino de cardenal, sangre dolorosamente... ¿Vamos al café, abate?

—Sí, vamos.

EL PÁJARO MARAVILLOSO DE ROMA

Salieron del hotel y entraron en un café de la plaza Esedra. Preciozi hizo una vaga tentativa para pagar, pero César no se lo permitió.

—¿Qué quiere usted que hagamos? —dijo el abate.

—Lo que usted quiera.

—Yo tengo que ir al palacio Altemps un momento.

—¿A ver a mi tío?

—Sí; luego, si le parece a usted, daremos un gran paseo.

—Muy bien.

Fueron hacia el centro por la vía Nacional. Hacía una tarde espléndida de sol.

Preciozi estuvo un momento en el palacio Altemps; César le esperó en la calle. Luego, los dos juntos, salieron frente al castillo de Sant Angelo, cruzaron el río y se acercaron a la Plaza de San Pedro. El ambiente era admirable de claridad y de pureza; el cielo azul suave parecía acariciar los remates y adornos de la gran plaza.

Preciozi se encontró con un fraile sucio, moreno, con las barbas negras y la boca de oreja a oreja. El abate no manifestó gran deseo de pararse a hablar con él, pero el otro le detuvo. Llevaba el tal un hábito de color pardo y un paraguas grande debajo del brazo.

—¡Vaya un tipo! —dijo César cuando se le reunió Preciozi.

—Sí, es un rústico —afirmó el abate con disgusto.

—Este, si ve alguno en el camino, le planta el paraguas en el pecho y le pide la bolsa o la vida... eterna.

—Sí, es un hombre desagradable —replicó Preciozi.

Fueron siguiendo su paseo por la plaza de Cavallegeri, por detrás de las murallas. A medida que iban subiendo una de aquellas colinas se veía más cerca el frontón de San Pedro, con todas las grandes figuras, en piedra, de la cornisa.

—La verdad que ese pobre Cristo hace mal papel ahí en medio —dijo César.

—¡Oh! ¡Oh!, mi amigo —exclamó el abate protestando.

—¡Un plebeyo judío en medio de tanto príncipe de la Iglesia! ¿No le parece a usted un absurdo?

—No. Nada absurdo.

—Verdad es que esta religión de ustedes es carne judía con guiso romano.

—Y la de usted. ¿Cuál es?

—¿La mía? Yo no he pasado del fetichismo. Adoro el vellocino de oro. Como la mayoría de los católicos.

—No lo creo.

Miraron hacia atrás; se veía la cúpula de la gran basílica brillando al sol; luego, a un lado, un viaducto pequeño y una torre.

—¡Qué admirable pájaro tienen ustedes en esa hermosa jaula! —dijo César.

—¿Qué pájaro? —preguntó Preciozi.

—El Papa, amigo Preciozi, el Papa. No el papa gayo, sino el papa blanco. ¡Qué pájaro más maravilloso! Tiene un abanico de plumas como el pavo real, habla como las cacatúas; pero se diferencia de ellas en que es infalible, y es infalible porque otro pájaro, también maravilloso, que se llama el Espíritu Santo, le cuenta por las noches todo lo que pasa en la tierra y en el cielo. ¡Qué cosas más pintorescas y más extravagantes!

—Para usted que no tiene fe todo tiene que ser extravagante.

Fueron rodeando César y Preciozi las murallas y leyendo las diversas lápidas de mármol empotradas en ellas, y salieron al Janículo, a la plataforma en donde se levanta la estatua de Garibaldi.

—Pero, ¿de veras es usted anticatólico? —preguntó Preciozi.

—¿Pero de veras cree usted que se puede ser católico? —dijo César.

—Yo si, si no no sería cura.

—¿Pero es usted cura porque cree, o hace usted como que cree porque es usted cura?

—Es usted un niño. Tendrá usted odio a los jesuítas como todos los liberales.

—¿Y usted tendrá odio a los masones como todos los católicos?

—No.

—Yo tampoco odio a los jesuítas. Es más, leí en el colegio la historia de San Ignacio de Loyola, y me pareció un gran tipo.

—¡Ya lo creo!

—¿Y los jesuítas tienen fuerza todavía?

—Sí.

—¿De veras?

—Sí, hombre. Ellos dan el sentido a la Iglesia. ¡Oh! A la Compañía no la engaña nadie. Ya ve usted lo que le pasó al cardenal Tindaro.

—No sé lo que le pasó —dijo César con indiferencia.

—¿No?

—No.

—Pues el cardenal Tindaro se prestó a seguir las inspiraciones de la Compañía e hizo a muchos jesuítas cardenales, con el objeto de que cuando muriera León XIII le eligieran a él Papa; pero los jesuítas olfatearon la jugada, y cuando León XIII se agravó, el Consejo de Asistentes de la Compañía se reunió y decidió en él que Tindaro no fuera Papa, y se encargó a la corte de Austria de poner el veto. Llegó la elección, los cardenales-jesuítas dieron a Tindaro una votación nutrida, por agradecimiento, pero calculada para que no le sirviera para elevarle al solio, y por si acaso, el cardenal

austriaco y el húngaro traían en el bolsillo el veto de su Imperio contra la elección de Tindaro.

—Y este Tindaro ¿es inteligente?

—¡Sí, ya lo creo; muy inteligente! Por el estilo de León XIII.

—Hombres de valer.

—Sí; pero ninguno de los dos tenía el brío de un Pío IX.

—¿Y el de ahora? ¿Es un pobre hombre, eh?

—No sé, no sé...

—Y la Compañía de Jesús ¿está bien con este Papa?

—Claro. Es hechura suya.

—¿De manera que la Compañía es realmente fuerte?

—¡Si lo es! ¡Ya lo creo! Hay una regla genial, y obediencia, y conocimiento, y dinero...

—¿Hay también dinero, eh?

—¡Si lo hay! ¡De sobra!

—¿Y cómo lo tiene? ¿En papel?

—En papel, y en fincas, y en industrias; en compañías de barcos, en fábricas...

—Yo sería un director de negocios admirable.

—Pues para eso, su tío el cardenal le podía poner en relaciones con la Compañía.

—¿Es amigo de ellos?

—Uña y carne.

César calló un momento, y luego dijo:

—Y yo que he oído decir que la Compañía de Jesús era, en el fondo, una sociedad anticristiana, una rama de la masonería...

—«¡Macché!» —exclamó el abate—. ¿Cómo puede usted creer eso? ¡Oh, no, mi amigo! ¡Qué absurdo!

Luego, viendo que César se echaba a reír, se calmó, pensando si se estaría burlando de él.

Bajaron de la colina, en donde se yergue el monumsnto a Garibaldi, hasta la explanada de la Escuela Española de Pintura.

La vista era magnífica; la tarde, al caer, clara; el cielo, limpio y transparente. Desde aquella altura el caserío de Roma se ensanchaba silencioso, con un aire de solemnidad, de inmovilidad y de calma. Parecía un

pueblo llano, casi hundido; no se notaban sus cuestas ni sus colinas; daba la impresión de una ciudad de piedra encerrada en una campana de cristal.

El mismo cielo, puro y diáfano, aumentaba la sensación de encogimiento y de quietud; ni una nube en el horizonte, ni una mancha de humo en el aire; silencio y reposo por todas partes. La cúpula de San Pedro tenía un color de nube, las florestas del Pincio se enrojecían por el sol, y los montes Albanos mostraban en sus laderas sus pueblecillos blancos y sus risueñas villas.

Preciozi señalaba las cúpulas y las torres; César no le oía y pensaba con cierto espanto:

—Nosotros moriremos, y esas piedras seguirán brillando bajo el sol de otras tardes de invierno.

LA FAMILIA VATICANA

Se sustrajo, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, a esta idea penosa, y preguntó, dirigiéndose a Preciozi:

—¿Y usted cree que yo hubiera podido hacer una bonita carrera en la Iglesia?

—¡Usted! ¡Ya lo creo! —exclamó Preciozi—. ¡Con un tío cardenal! «¡Che carriera» podría usted haber hecho!

—Pero, ¿hay bastantes cargos en la Iglesia?

—Desde el Papa hasta los canónigos y guardias pontificios, hay que ver las jerarquías que tenemos en el Vaticano. Primero el Papa, luego los cardenales con órdenes de obispos, después los cardenales con órdenes de presbíteros, luego con órdenes de diáconos, la secretaría, la *compistería* del Sacro Colegio de Cardenales, los patriarcas, arzobispos, obispos y la familia pontificia.

—¿Qué familia es ésa? ¿La del Papa?

—No; se llama así, como quien dice, el Estado Mayor del Vaticano. En ella entran a formar parte los cardenales palatinos, los prelados palatinos, los camareros secretos participantes, los arzobispos y obispos asisten-

tes al Solio Pontificio, los prelados domésticos que componen el Colegio de los Protonotarios apostólicos, los maestros de las ceremonias pontificias, los príncipes asistentes al Solio, los camareros secretos de espada y capa participantes, los camareros secretos de espada y capa de número...

—De espada y capa. Cuando le decía yo a usted que ese pobre Cristo está haciendo un mal papel en ese frontón de San Pedro —exclamó César.

—Hombre, ¿por qué?

—Porque no parece muy propio todo eso de espadas y capas para el alma de un cristiano. A no ser que esos caballeros de capa y espada no manejen la espada para herir y la capa para abrigarse, sino que empleen la espada de la Fe y la capa de la Caridad... ¿Y no tienen ustedes, como en la corte de España, esos gentiles hombres de casa y boca?

—No.

—Pues es una lástima. ¡Es una cosa tan expresiva eso de casa y boca! Casa y boca, capa y espada. ¿Qué más se puede pedir? Hay que reconocer que no hay como la Iglesia y luego la Monarquía para inventar cosas bonitas. Por eso se dice, y se dice bien, que fuera de la Iglesia no hay salvación.

—Es usted un pagano.

—Yo creo que usted también lo es.

—«¡Macché!»

—¿Qué hay después de esos camareros secretos de capa y espada, querido abate?

—Luego hay la Guardia Noble Pontificia, la Guardia Suiza Pontificia, la Guardia Palatina de Honor, el cuerpo de la Gendarmería Pontificia, los capellanes secretos, los clérigos secretos, los familiares de Su Santidad. Luego viene la gente de la administración palatina, las congregaciones y otras secretarías.

—¿Y los cardenales, viven bien?

—Sí.

—¿Cuánto ganan?

—Tienen veinte mil liras de sueldo fijo, y luego otras cosas.

—¡Pero eso es muy poco!

—¡Ah, claro! Antes estaban mucho mejor, cuando los Estados Pontificios. Con esas veinte mil liras tienen que gastar coche.

—¿Los que no sean ricos marcharán muy mal?

—Figúrese usted, algunos tienen que vivir en un tercer piso. Ha habido quien ha comprado la túnica roja de lance.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Pero esa túnica es tan cara?

—Sí es cara, sí. Se hace con un paño especial que se fabrica en Colonia.

—¿Es que hay ya muchos cardenales que no son de familias ricas?

—Muchos.

—Han echado ustedes a perder el oficio.

Fueron al Trastevere y allí tomaron el tranvía; Preciozi bajó en la plaza de Venecia, y César siguió hasta la terminación de la vía Nacional.

SE HABLA DE DINERO

—¿Por dónde andas? —le dijo Laura al verle.

—He paseado con el abate.

—Se conoce que le encuentras más interesante que a nosotras.

—Preciozi es muy interesante. Es un maquiavélico. Tiene la candidez simulada y el aturdimiento simulado. Hace una pequeña comedia para no pagar el café o el tranvía. Es admirable. Yo creo, y perdona que te lo diga, que estos italianos son algo roñosos.

—El que no tiene, por necesidad ha de ser económico.

—No, eso no; yo he conocido en Madrid gente que ganaba tres pesetas al día y gastaba dos en convidar a un amigo.

—Sí, por fantasmonería, por ganas de darse tono; no quiero gente fanfarrona.

—Pues yo casi la prefiero a los tacaños.

—Sí, eso es muy español. El hombre gastando, y mientrastanto la mujer y los hijos muriéndose de hambre. El hombre que no sabe apreciar el dinero, no es el mejor.

—El dinero es una porquería. ¡Si fuera posible suprimirlo!

—Pues yo, hijo, no quisiera que lo suprimieran, sino tener mucho.

—Yo, no; si pudiera realizar mis planes, después me bastaría para vivir una barraca, una guardilla.

—No tenemos las mismas ideas.

—A mí me da hasta asco esa gente que necesita telas, y joyas, y perfumes... Todas esas cosas me parecen de judíos.

—Pues entonces yo debo ser judía.

VIII

Viejos palacios, viejos salones, viejas damas.

EL TÍO CARDENAL

Como el cardenal no manifestaba ninguna curiosidad por ver a César, éste dijo varias veces a Laura:

—Habrá que ir a saludar al tío, ¿eh?

—Haz lo que quieras. El no tiene muchas ganas de verte. Parece que supone que eres un incrédulo.

—Bueno, eso no importa para hacerle una visita.

—Si quieres, yo te acompañaré.

El cardenal vivía en el palacio Altemps. Este palacio se encuentra en la calle de Sant' Apollinare, enfrente de un seminario. Se presentaron los dos hermanos una mañana en el palacio, subieron la gran escalera, y en una antesala vieron a Preciozi con otros dos curas, que hablaban bajo.

Uno de ellos era un viejo raído y pálido, con la nariz y los aledaños de su apéndice nasal extremadamente rojos. César encontró que en aquella cara lívida y espectral una nariz tan roja parecía una linterna en un paisaje triste, iluminado por la luz del crepúsculo. El hombre lívido era el bibliotecario de la casa.

—Su Eminencia está muy ocupado —dijo Preciozi, después de saludar a los dos hermanos, hablando con una voz distinta a la que tenía en la calle—. Dentro de un momento pasaré a ver si pueden ustedes verle.

César se asomó a la ventana de la antesala: se veía el patio del viejo palacio y los pórticos que lo rodean.

—Esto debe ser muy grande —dijo.

—Luego lo verán, si ustedes quieren —repuso el abate.

Poco después Preciozi desapareció, y volvió a aparecer en el hueco de una mampara, diciendo con la voz discreta y apagada, que sin duda usaba para sus funciones de familiar:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Entraron en una habitación grande, fría y destartalada. Por la puerta abierta se veía otro salón desprovisto de adornos, también obscuro y sombrío.

El cardenal estaba sentado a una mesa; vestía de fraile y tenía ceño de malhumor. Laura se acercó a él de prisa y le besó la mano; César se inclinó, y como el cardenal no se dignó mirarle, quedó de pie lejos de la mesa.

Laura, después de saludar a su tío como a una columna de la Iglesia, habló con él como con un pariente. El cardenal echó una rápida ojeada a César, y luego, algo menos ceñudo, le preguntó, con voz seca, si su madre estaba bien y si pensaba estar mucho tiempo en Roma.

César, molestado por una acogida tan glacial, contestó en pocas palabras, cortas y frías, que todos se encontraban bien.

El secretario del cardenal, que estaba junto a la ventana presenciando la escena, dirigió a César miradas iracundas.

Tras de un momento de audiencia, que no pasaría de cinco minutos, el cardenal, dirigiéndose a Laura, exclamó:

—Perdona, hija mía, pero tengo que trabajar—; e inmediatamente, sin mirar a sus sobrinos, llamó al secretario, que le trajo una cartera con papeles.

César abrió la mampara para que saliera Laura.

—¿Quieren ustedes ver el palacio? —dijo Preciozi—. Hay estatuas antiguas, magníficos mármoles y una capilla donde se conserva el cuerpo de San Aniceto.

—Dejaremos el cuerpo de San Aniceto para otro día —replicó César con sorna.

Bajaron Laura y César la escalera.

—Para hacer esto, no debías haber venido —dijo ella incomodada.

—¿Por qué?

—Porque has estado hecho un bárbaro, sencillamente.

—No, el que ha estado hecho un bárbaro ha sido él. Yo le he saludado, y él ni siquiera ha querido mirarme.

—En cambio, tú le has estado mirando como si fuera un bicho raro metido en una jaula.

—El ha tenido la culpa, por no tener cortesía ninguna conmigo.

—¿Pero tú crees que un cardenal es un señor, para decirle: ¡Hola! Cómo está usted? ¿Qué tal van los negocios?

—He conocido a un ministro inglés en un club, y era uno de tantos.

—No es lo mismo.

—¿Es que tú crees que nuestro tío se figura que cumple una misión providencial y divina?

—¡Qué preguntas! Claro que sí.

—Entonces es un pobre diablo. Además, no me importa. Nuestro tío es un estúpido.

—¿Ya lo has conocido en tan poco tiempo?

—Sí. Fanático, vanidoso, fatuo, pagado de sí mismo... No me sirve.

—¿Ah, pensabas que te sirviera para algo?

—¿Por qué no?

A Laura le irritaba y le divertía la manera de ser arbitraria de su hermano.

Creía que se empeñaba en hacer, por tema, todo lo contrario de los demás.

Laura, sus amigas y amigos, se encontraban en los Museos, en los paseos y en las carreras de caballos. César no iba a los Museos, porque decía que no tenía sensibilidad artística; las carreras de caballos tampoco le gustaban, y respecto a los paseos, prefería andar a la casualidad por las calles.

Como su memoria no estaba llena de recuerdos históricos, no sentía grandes efusiones estéticas o arqueológicas, ni solidaridad alguna con las diversas manadas de turistas sobadores de piedras.

Por la noche, en el salón, describía burlonamente, en un francés seco, las escenas de la calle, los soldados italianos con las plumas de gallo puestas en una especie de sombrero hongo, los porteros de las Embajadas y casas grandes con su sombrero de tres picos, su gabán azul y su cachiporra de plata en la mano.

Aquella nota de sus observaciones precisa, burlona y corrosiva, ofendía a Laura y a sus amigas.

—¿Por qué odia usted así a los italianos? —le preguntó un día la condesa Brenda.

—No, si no los odio.

—Habla igualmente mal de todo el mundo —replicó Laura—. Es que tiene mal carácter.

—¿Es que ha sido usted desgraciado en la vida? —preguntó la Brenda con interés.

—No, creo que no —dijo César, queriendo sonreír, pero sin saber por qué y sin motivo hizo una mueca triste.

EJERCICIOS DE HIPOCRESÍA

Desde aquel día Laura, con su perspicacia femenina, notó que la condesa miraba mucho a César y sonreía melancólicamente, y no sólo la madre parecía interesada, sino también la hija.

—No sé mi hermano lo que tiene —pensó Laura—; las mujeres van a él por lo mismo que él no las hace caso. Y él lo sabe, ¡ya lo creo!, aunque hace como que no se entera. ¡La madre y la hija preocupadas por él! Carminatti ha quedado derrotado.

La Brenda sintió de pronto gran simpatía por Laura, y como las dos tenían amistades en la buena sociedad romana, hacían las visitas juntas. Laura se quedó bastante sorprendida al oír decir a César que si no había inconveniente él las acompañaría.

—Pero si la mayoría de nuestras amigas son unas señoras viejas, devotas...

—Mejor.

—Bueno; pero si vas será con la condición de no decir nada que las pueda molestar.

—¡Ah!, claro.

César acompañó a la Brenda y a su hermana a varias casas aristocráticas, y escuchó la misma conversación acerca del rey, del Papa, de los cardenales y de la poca o mucha gente que había en los hoteles. Esto, unido a las murmuraciones, constituía el motivo preferente de conversación en el gran mundo.

César conversaba con las viejas damas, un poco reblandecidas («castanœ molles», como las llamaba Preciozi), con una hipocresía perfecta; contemplaba el clásico decorado de los salones, y mientras oía hablar un francés un poco extraño y un italiano elegante y purísimo, pensaba si entre toda aquella gente papalina habría algo aprovechable para sus ambiciones.

Alguna vez solía encontrar en una reunión un «monsignor» joven, discreto y sonriente, a quien era indispensable besar el anillo de esmeralda. César lo besaba y se decía: Hagamos ejercicios de tolerancia y de labios.

En muchos de aquellos salones se había desarrollado con gran virulencia la manía de ese juego inglés, especie de tresillo, que se llama el «bridge».

César era enemigo de los juegos de cartas. Para un hombre que estudiaba la Bolsa, el mecanismo del juego de cartas era demasiado estúpido para producir interés. No tenía ningún inconveniente en jugar y en perder.

La Brenda y la de San Martino habían adquirido la «bridgmanía» con gran intensidad, y por las noches solían reunirse en el cuarto de la Brenda a jugar.

César, a la semana de jugar al «bridge», vió que se le marchaba el dinero sin sentirlo.

—Oye —le dijo a Laura.

—¿Qué?

—Me tienes que enseñar a jugar al «bridge».

—Yo no lo sé, porque no tengo cabeza para esas cosas y se me olvidan las jugadas; pero me han dado un librito que habla de ese juego. Te lo prestaré si quieres.

—Sí, dámelo.

César leyó el librito, aprendió el intríngulis del juego, y las noches siguientes se desquitó de tal manera, que la de San Martino se marchaba a su cuarto con las mejillas encendidas y medio llorando.

—¡Qué canalla eres! —le dijo unos días después Laura, riendo, durante el almuerzo—. Estás desplumando a esas señoras.

—Ellas tienen la culpa. ¿Para qué se aprovecharon de mi ignorancia?

—Han decidido ir a jugar al cuarto de Carminatti sin decirte nada.

—Me alegro.

—Sabes, «bambino», que me tengo que marchar por unos días.

—¿Adónde?

—A Nápoles. Vente conmigo.

—No; tengo que hacer aquí. Te acompañaré a la estación,

—¡Ah, pillo! Eres un Don Juan.

—No, querida hermana. Soy un financiero.

—Estoy viendo desde aquí tus víctimas. Pero yo las pondré en guardia. Eres una hiena sedienta de sangre. Como los pieles rojas cabelleras, tú quieres coleccionar corazones.

—Querrás decir cupones.

—No, corazones. Te las quieres echar de simple, pero eres siniestro. Se lo diré a la condesa Brenda y a su hija.

—¿Qué les vas a decir?

—Que eres siniestro, que tienes un corazón de hiena, que quieres martirizarlas.

—No les digas eso, porque van a llegar a enamorarse de mí. Un hombre de corazón de hiena es siempre muy solicitado por las damas.

—Tienes razón. Anda, acompáñame a Nápoles.

—¿Pero es tan aburrido tu marido, hermanita?

—Un poco más de crema y un poco menos de impertinencia, «bambino» —dijo Laura alargando el plato con un gesto cómico.

César se echó a reír, y después de almorzar acompañó a Laura a la estación y quedó en Roma solo.

Sus dos ocupaciones principales consistían en hacer el amor respetuosamente a la condesa Brenda y en pasear con Preciozi.

La condesa Brenda se ablandaba de una manera manifiesta; de noche, César se sentaba junto a ella y entablaba una conversación seria acerca de puntos de religión y de filosofía. La condesa era una dama ilustrada y religiosa; pero por encima o por debajo de su cultura aparecía la mujer morena, ardiente, todavía joven, de mirada intensa.

César hacía también ejercicios espirituales al hablar con la condesa. Ella llevaba muchas veces la conversación hacia cuestiones de amor, y razonaba, al parecer, con lucidez y claridad, pero se veía que sus ideas acerca del amor eran completamente novelescas. Sin duda, el marido, tranquilo y vulgar, no llenaba el vacío de su alma, porque la condesa estaba descontenta y tenía una vaga esperanza de que por encima o por debajo de la vulgaridad cotidiana había una región misteriosa, en donde reinaba lo inefable.

César, que no creía gran cosa en esta inefabilidad, la escuchaba con cierto asombro, como si aquella mujer opulenta y fuerte fuese una visionaria incapaz de comprender lo real.

Por el día César paseaba con Preciozi y hablaban de sus respectivos proyectos.

PASEOS SOLITARIOS

Muchas veces César andaba solo, rumiando sus pensamientos por las calles, ideando posibles combinaciones bursátiles o políticas.

Al desviarse de las calles principales, a cada paso encontraba un rincón que le dejaba sorprendido por su

aire fantástico y teatral. De pronto, se encontraba delante de una tapia alta, en cuyo borde se veían estatuas cubiertas de musgo o grandes jarrones de barro cocido. Aquellos adornos se destacaban sobre el follaje obscuro de las encinas romanas y de los altos y negros cipreses. Al final de una calle se enfilaba una alta palmera de ramas curvas en medio de una plaza o un pino redondo como el del jardín del palacio Aldobrandini.

—Esta gente ha sido artista de veras —murmuraba César, y lo decía como un hecho, sin considerarlo elogio ni vituperio.

Su curiosidad se excitaba, a pesar de estar decidido a no parecerse nada a un turista. Las ventanas bajas de un palacio le dejaban ver los techos altísimos pintados o historiados con medallones y letreros; un balcón mostraba, ocultando los barrotes, espesa cortina de hiedras; aquí leía una inscripción en latín grabada en lápida de mármol; allá se asomaba a una calleja negra, con un farol torcido, abierta entre dos casas viejas. En esta parte de Roma, entre el Corso y el Tíber, de callejuelas torcidas y estrechas, le gustaba andar y perderse.

Algunos detalles ya conocidos le regocijaba al verlos de nuevo; se paraba siempre a mirar la calle de la Pillotta, con sus arcos que pasan por encima de la calle, y siempre le daba una impresión de alegría el pequeño mercado de flores de la plaza de España.

Al anochecer, César paseaba por el centro de la ciudad; los bares se llenaban de gente aficionada a tomar golosinas y vino dulce; en las aceras, los vendedores ambulantes voceaban sus chucherías; por el Corso, filas de coches con turistas pasaban de prisa, y volvían algunos carruajes elegantes del Pincio y de la Villa Borghese.

Alguna que otra vez César salió de noche después de comer. Había poca animación en la calle, el teatro no le interesaba y volvía pronto al salón del hotel a charlar con la condesa Brenda.

Después, en su cuarto, escribía a Alzugaray, contándole sus impresiones.

IX

Nuevos conocimientos.

LOS PROTESTANTES
DE LA SIMPATÍA

COMENZÓ a llover de nuevo de una manera desastrosa; los días pasaban entre aguaceros y chubascos, con gran desesperación de los forasteros.

Por la noche, la plaza de Esedra, desde el balcón del hotel, presentaba un gran aspecto. Los arcos voltaicos reflejaban sus rayos brillantes en el suelo inundado de agua, y el surtidor de la fuente central tomaba, al ser herido por los haces de luz eléctrica, tonos azules y nacarados.

En el salón del hotel se repetían los bailes. Se protestaba alegremente del mal tiempo.

Poco antes de la mitad de la Cuaresma se presentó en el hotel una familia de París, compuesta por una señora con dos hijas y la señorita de compañía.

Esta familia podía considerársela como representación de la «entente cordiale». La madre era francesa, viuda primero de un español, el señor Sandoval, con quien había tenido una hija, y viuda después de un inglés, el señor Dawson, con quien había tenido otra.

Madama Dawson era una señora gruesa, imponente, con dos brillantes tremendos en las orejas y los trajes un tanto teatrales; la señorita de Sandoval, la hija mayor, tenía el tipo árabe, los ojos negros, la nariz corva, los

labios pálidos, de color de rosa, y la sonrisa maligna, llena de misterio, como si revelara designios inquietos y diabólicos.

Para contraste, su hermanastra, la señorita Dawson, era el tipo perfecto de la inglesa grotesca de pelo de color de remolacha y cara pecosa.

La institutriz, señorita Cadet, no tenía nada de bonita; pero era alegre y vivaracha.

Las cuatro mujeres, sentadas en medio del comedor, un poco secas, un poco displicentes, parecían desafiar, sobre todo los primeros días, a los que quisieran acercarse a ellas; contestaban con frialdad a los saludos ceremoniosos de los demás, y en los bailes ninguna de ellas quería tomar parte.

El bello «signor» Carminatti dirigió miradas incendiarias a la señorita de Sandoval; pero como ésta se mostraba esquiva, una noche, al salir la familia Dawson del comedor, el napolitano dijo, señalando a las damas:

—«I protestanti della simpatía».

César celebró la frase, porque estaba bien, y supuso que Carminatti consideraba a aquellas señoras protestantes de la simpatía, porque no se daban cuenta de las gracias que él desplegaba en su obsequio.

CONSECUENCIAS DE LA LLUVIA

A los dos o tres días, al pasar por el corredor, la señora Dawson, saludando a César, le preguntó:

—¿Usted es español?

—Sí, señora.

—¿Pero habla usted francés?

—Muy poco.

—Mi hija también es española.

—Tiene todo el tipo español.

—¿De veras? —preguntó la aludida.

—Completamente.

—Pues me alegro.

Por la noche, después de comer, César volvió a reunirse con la señora Dawson y a hablar con ella. Esta

francesa tenía tendencia a filosofar, a criticar y a enterarse de todo. No poseía una gran capacidad de admiración, y lo que veía no llegaba a arrancar de sus labios grandes elogios. No había en sus frases el «¡bello!, ¡bellísimo!», de las señoras italianas, sino una serie de distingos por todo.

La señora Dawson había dejado íntegra su capacidad admiratoria en Francia, y visitaba Italia para llegar cuanto antes a la conclusión de que no había pueblo como París, ni nación como Francia, lo cual a César no le importaba gran cosa afirmar o negar.

La señorita de Sandoval tenía una gran curiosidad por las cosas de España y una idea absurda de todo lo español.

—Parece mentira —pensaba César— lo estúpido que es el francés cuando no se trata de lo suyo.

La señorita de Sandoval hizo a César una porción de preguntas, y después, con un gesto irónico, le dijo:

—Por nosotras no deje usted de ir a hablar con la condesa Brenda, que le está mirando a usted mucho.

César quedó un tanto perplejo; efectivamente, la condesa le miraba de una manera fija y desdeñosa.

—Es una señora muy ilustrada la condesa —dijo César—; creo que les agradaría mucho su trato.

La señora Dawson calló; César se levantó, se despidió de la familia y fué a saludar a la Brenda y a su hija. La condesa le acogió fríamente. César pensó en quedarse el tiempo necesario para cumplir y luego escabullirse, cuando Carminatti, dirigiéndose a él familiarmente y llamándole «mio caro», le pidió que le presentara a la señora Dawson.

Lo hizo así, y cuando dejó al bello napolitano apoyado en el respaldo de un sillón al lado de las francesas, pretextó que tenía que escribir una carta y se despidió.

—Veo que es usted un ogro —le dijo la señorita de Sandoval.

—¿Es que quería usted algo de mí?

—No, no; puede usted marcharse.

César se metió en su cuarto.

—A mí no me fastidia esta gente —dijo—; si creen

que yo soy un hombre para distraer a las damas, están lucidos.

Al día siguiente, la señora Dawson volvió a hablar a César con mucha afabilidad, y la señorita de Sandoval le dirigió algunas ironías acerca de su manera de ser huraña.

De toda la familia, César conceptuó como la más inteligente a la señorita Cadet.

Era ésta una francesa del campo, muy jovial, rubia, de nariz respingona y tipo insignificante. Al hablar tenía unas inflexiones de voz en falsete muy cómicas.

La señorita Cadet se enteraba al momento de todo. César le preguntó en broma acerca de la gente del hotel, y le chocó ver que en tres o cuatro días había averiguado quiénes eran y de dónde venían todos los huéspedes.

Le dijo también la señorita Cadet que Carminatti había enviado una fogosa declaración de amor a la de Sandoval el primer día de verla.

—¡Demonio! —exclamó César—. ¡Qué napolitano más inflamable! Y ella, ¿qué le ha contestado?

—¡Qué le va a contestar! Nada.

—Ya que está usted al corriente de todo cuanto pasa aquí —dijo César—, le voy a hacer una pregunta: ¿qué ruido es ese que hay todas las noches hacia el patio? Siempre estoy pensando en preguntárselo a alguno.

—Pues es para cargar el acumulador del ascensor —contestó la señorita Cadet.

—Me ha sacado usted de una terrible duda que me preocupaba.

—Yo no he oído nunca ese ruido —dijo la señorita de Sandoval, terciando en la conversación.

—Es que su cuarto de usted está hacia la plaza —repuso César—, y el ruido es en el patio; del lado de los pobres.

—¡Pse! No hay que quejarse —replicó la señorita Cadet—; se nos obsequia con música.

—¿Es que usted se considera pobre? —preguntó desdeñosamente a César la señorita de Sandoval.

—Sí, me considero pobre, porque lo soy.

En los días siguientes la señora Dawson y sus hijas fueron presentadas a las demás personas del hotel e intimaron con ellas. La «contessina» Brenda y las de San Martino entablaron amistades con las francesas, y el napolitano y sus amigos mariposearon entre ellas.

La condesa Brenda, al principio, se mostró algo adusta con la señora Dawson y sus hijas, pero luego fué poco a poco cediendo y concediéndolas su amistad.

La Brenda presentó a las francesas a las demás señoras del hotel; pero, sin duda, sus ideas aristocráticas no le permitían considerar a la señorita Cadet como persona digna de ser presentada, porque al llegar a ella hacía como si no la conociera.

La institutriz, al notar estos desdenes repetidos, se ruborizaba, y una vez murmuró, dirigiéndose a César con las lágrimas próximas a brotar de los ojos:

—¡Está bien lo que hace! No creo que porque sea pobre me tengan que despreciar así.

—No haga usted caso —dijo César en voz alta—; estos burgueses suelen ser bastante groseros.

La señorita de Sandoval miró entre asombrada y severa a César, quien sonriendo añadió:

—Es una historia chusca que estoy contando a la señorita Cadet.

La señora Dawson y sus hijas se hicieron pronto amigas de las personas distinguidas del hotel; sólo la condesa Sciacca, la de Malta, las esquivaba como si la inspiraran un profundo desprecio.

La amistad de la condesa Brenda y de César llegó en pocos días a pasar del límite de la amistad; pero se enfrió también en seguida.

INFLUENCIA DE LA INCLINACIÓN DEL EJE DE LA TIERRA EN LO QUE SE LLAMA EL AMOR

Una noche en que la hija de la condesa Brenda se había marchado de Roma con su padre a una quinta

que tenían en el Norte, la condesa y César sostuvieron una larga conversación en el salón. Estaban solos; cantaba un gran tenor en el teatro Constanzi, y todo el hotel se encontraba en el teatro. La condesa charlaba con César, ella reclinada en una «chaise-longue», y él sentado en un silloncito bajo.

La condesa aquella noche se sentía de humor provocativo y se burlaba de la vida y de las ideas de César, no con las frases y los ademanes de una gran dama, sino con la desenvoltura y la gracia de una mujer de pueblo.

Ese ángulo que hace el eje de la Tierra con la trayectoria de la eclíptica y que produce esos fenómenos absurdos que los españoles llamamos estaciones, indicaba en aquel momento la llegada de la primavera, y la primavera tenía, sin duda, estremecidos los nervios de la condesa Brenda.

La primavera daba inflexiones arrulladoras a la voz de la dama, y le hacía expresarse con fuego y con un donaire desgarrado y libertino.

Sin duda, el fondo de su personalidad era alegre, desafiador y algo licencioso.

Sus ojos relampagueaban, y en sus labios había una expresión sensual de desafío y de burla.

Sin saber por qué, César estaba aquella noche torpe de expresión y deprimido. Algunas de las preguntas de la condesa le dejaban en una perplejidad estúpida.

—¡Pobrecito! Me da usted pena —dijo ella de pronto.

—¿Por qué?

—¡Porque es usted tan débil; tiene usted un aire tan grande de agotamiento! ¿Qué hace usted para estar así? Debe usted necesitar que le den algún jarabe ferruginoso como a las niñas anémicas.

—¿De veras cree usted que soy tan débil? —preguntó César.

—¿No se le ve a usted?

—Y, sin embargo, tengo más fuerza que usted, condesa.

—Quizá para discurrir. ¡Pero en lo demás! No tiene usted fuerza mas que en la inteligencia.

—Y en las manos. Deme usted la mano.

La condesa le dió la mano y César fué apretándola gradualmente.

—Sí que tiene usted fuerza —dijo ella.

—Pues eso no es nada; ya verá usted —y César, oprimiendo la mano de la Brenda, le hizo dar un grito penetrante. Un criado entró en el salón.

—No es nada —dijo la Brenda levantándose— es que me he torcido el pie.

—Yo le acompañaré a su cuarto —exclamó César ofreciéndole el brazo.

—No, no; muchas gracias.

—Sí. Es indispensable.

—Bueno, sí —murmuró ella, y añadió—: Ahora me da usted miedo.

—¡Bah! Ya se le pasará, y César entró en el cuarto de su amiga...

Al día siguiente César apareció en el salón con unas trazas de desenterrado.

—¿Qué le pasa a usted? —le dijeron la señora Dawson y sus hijas.

—Nada, que he tenido un ataque de jaqueca y he tomado una dosis fuerte de antipirina.

Todo el mundo notó que la antipirina hacía mucho daño a César, y Carminatti, entre risueño e impertinente, le recomendó que no abusara demasiado de la antipirina.

Pronto las relaciones de la Brenda y de César se enfriaron. Eran divergentes sus temperamentos; no había ninguna armonía entre su imaginación ni entre su epidermis. En el fondo, la Brenda, con todo su romanticismo, no quería relaciones largas y comprometedoras, sino aventuras de hotel, que no dejaran ni grandes recuerdos ni profundas huellas.

César notó que, a pesar de su lirismo y de su palabrería sentimental, había en aquella mujer opulenta una gran fortaleza y un fondo de insensibilidad.

Además, esta mujer, íntimamente tan poco aristocrática, tenía una gran vanidad por cosas estúpidas y una gran pasión por las joyas; pero lo que más contribuyó

a que César experimentara por ella un profundo odio fué el comprobar la salud de que gozaba. Era una salud que a César se le figuraba ofensiva, sobre todo comparándola con la suya, con sus nervios débiles y su cerebro inquieto.

De considerarla como a una señora espiritual y delicada pasó a mirarla como una yegua poderosa, que no merecía mas que el látigo y las espuelas.

Sus amores contribuyeron a desequilibrar a César y a hacerle más sarcástico y más mordaz.

Esta ulceración espiritual de César sorprendía profundamente a la señorita Cadet.

Un día fué un aristócrata romano, un príncipe nada menos, a visitar a la señora Dawson. Habló con ella, con sus hijas y con la condesa Brenda, y disertó acerca de si los hoteles de Roma estaban llenos o vacíos, de los hospedajes y de las comidas de las fondas, con gran lujo de detalles; después se lamentó de que la señora Dawson, siendo pariente suya, aunque muy lejana, hubiese asistido al *ricevimento* de la Embajada de Francia, y se jactó de formar parte del partido negro de Roma.

Cuando se fué, la señorita Cadet se acercó a César, que embutido en un sillón miraba al techo, y le preguntó:

—¿Qué le ha parecido a usted el príncipe?

—¿Qué príncipe?

—Ese señor que estaba hablando aquí hace un momento.

—¡Ah! ¿Era un príncipe?

—Sí.

—Pues como hablaba sólo de los hoteles yo le había tomado por un fondista.

La señorita Cadet contó a la señora Dawson lo dicho por César, y ella y sus hijas celebraron la confusión.

X

Un baile.

Un poco más tarde que en su tiempo verdadero, prepararon en el hotel un baile en celebración de la fiesta francesa de la Mi-Carême.

Preguntado César si pensaba asistir al baile, dijo que no; pero la señorita de Sandoval le advirtió que si no asistía no le volvía ya a dirigir la palabra, y la señorita Dawson y la institutriz le amenazaron con la misma excomunión.

—Pero si son muy divertidos estos bailes —dijo la señora Dawson.

—¿Cree usted?

—Sí, y usted también lo cree.

—Además, que un observador como usted —añadió la señorita Cadet —puede dedicarse a hacer observaciones.

—¿Y por qué se figura usted que yo soy observador? —preguntó César.

—Toma, porque se le nota.

—Y observador de muy malas intenciones —afirmó la señorita de Sandoval.

—Me conceden ustedes cualidades que no tengo.

César tuvo que acceder, y las señoras de Dawson y él fueron los primeros que entraron a sentarse en el salón. Había en un ángulo, colgado del techo por una polea, un vaso de cristal.

—¿Qué es esto? —preguntó la señora Dawson al criado.

—Es un vaso de cristal lleno de bombones, que hay que romper, de un palo, con los ojos cerrados.

—¡Ah, sí!

Como no llegaba todavía nadie a la sala, anduvieron las hijas de la Dawson y César mirando en los armarios y viendo los papeles de música de la condesa Sciacca y del napolitano.

Se asomaron a una de las ventanas del salón. Hacía una noche detestable, llovía y granizaba; las gruesas gotas saltaban en las aceras de la plaza de Esedra. Caían mezclados el agua y el granizo, y, durante un momento, el suelo quedaba blanco, como cubierto de una ligera capa de perlas.

La fuente del centro lanzaba al aire sus hilos de agua, que se confundían con la lluvia, y el surtidor central brillaba a la luz de los arcos voltaicos; de vez en cuando, la claridad lívida de un relámpago iluminaba los arcos de piedra y se oía el retumbar de un trueno...

No llegaba al salón todavía nadie. Las damas, sin duda, preparaban cuidadosamente sus tocados.

Los primeros que aparecieron vestidos para el baile fueron la marquesa Sciacca y su marido, acompañados del inevitable Carminatti.

La marquesa, con su hostilidad habitual para todos los que vivían en la casa, saludó con frialdad ceremoniosa a la señora Dawson y se sentó cerca del piano, lo más lejos posible de las francesas.

La Sciacca vestía traje de seda verde, con encajes y adornos de oro; iba muy descotada y tenía aire de enfado. Su marido era pequeño y encorvado, de bigote largo y fino y ojos brillantes; el pómulo mostraba una mancha roja, frecuente en los enfermos del pecho, y hablaba con una voz aguda.

—¿Le trata usted al marqués? —preguntó la señora Dawson a César.

—Sí, es un chisgarabís molesto —dijo César—, un hombre de lo más majadero que se puede ver. Le detiene a uno en la calle para contarle cosas absurdas. El otro día me hizo esperar un cuarto de hora a la puerta de una agencia de viajes, para preguntar cómo se va

más rápidamente a Moscú. ¿Piensa usted ir? —le dije—. No, era para enterarme... Es un idiota.

—Dios nos libre de sus comentarios. ¡Qué dirá usted de nosotras! —exclamó la señorita de Sandoval.

Entró la condesa Brenda, con su marido, su hija y una amiga. La Brenda, vestida de negro, iba descotada y llevaba un collar de brillantes, gruesos como avellanas, que envolvían su pecho en rayos y luces y reflejos cegadores.

La amiga de la Brenda era una señora joven, de belleza perfecta, una morena de tez sonrosada, con las facciones de una corrección irreprochable, sin el aire serio, ni el tipo de estatua de las grandes bellezas, y sin el tono negruzco de las mujeres morenas. Al sonreír mostraba sus dientes, que eran una ráfaga de blancura. Estaba algo recargada de joyas, lo que le daba aspecto de divinidad antigua.

—A usted, que todo le parece mal —dijo la señorita Cadet a César—, ¿qué tiene usted que decir de esa mujer? Yo la estoy mirando desde que ha entrado y no la encuentro el menor defecto.

—Yo tampoco. Es una cara por la que parece no haber pasado jamás la menor sombra de un disgusto. Es una belleza serena como un paisaje o como el mar cuando está tranquilo. Además, su misma perfección le quita carácter. Más que una figura humana parece como un símbolo de la vida y de la belleza indiferentes.

—Ya le hemos encontrado el defecto —dijo la señorita Cadet.

La condesa Brenda, después de presentar a su amiga a las señoras y a los jóvenes, que quedaron deslumbrados, se sentó cerca de la Dawson en un sillón antiguo. La Brenda estaba imponente.

—Parece usted una reina dando audiencias —le dijo la señorita de Sandoval.

—El amor de usted es un verdadero monumento —murmuró burlonamente la señorita Cadet por lo bajo a César.

—Sí, creo que habría que ponerle un inválido a la puerta— repuso César.

—¡Inválido! ¡No, por Dios! ¡Pobre señora! Un guerrero en activo servicio, a quien no le haga mella toda la antipirina del mundo —replicó la señorita Cadet maliciosamente.

César sonrió con la alusión.

SILENO MACARRONI

Entre la gente había un señor que llamó la atención de la señorita Cadet. Estaba aislado de los grupos, pero conocía a todos los que iban llegando. Era este señor grueso, sonriente, afeitado, con una cara redonda, carnosa y sonrosada, y un cuerpo de Sileno. Al hablar arqueaba y fruncía las cejas alternativamente, ponía los ojos en blanco, accionaba con la mano, gruesa y llena, y sonreía, enseñando los dientes.

Su manera de saludar era espléndida.

—«¿Come sta marchessa?» —decía—. «¡Cavaliere!» «¡Comendatore!» ¿La «contessina va bene?» ¡Oh! ¡Egregio!

Y el buen señor abría los brazos y los cerraba, y parecía querer entrechar sobre su abdomen, cubierto de un chaleco blanco, a la humanidad entera.

—¿Quién será este señor? —preguntó varias veces la señorita Cadet.

—¿Este? Es el signor Sileno Macarroni —dijo César—, comendador de la orden del Vientre Potente, caballero de la Nalga Redonda y de otras distinguidas órdenes.

—Es un cantante —dijo la Brenda a la de Sandoval en voz baja.

—Es un cantante —repitió la de Sandoval a su institutriz en la misma voz.

—Sileno Macarroni es un cantante —añadió con el mismo misterio la señorita Cadet, dirigiéndose a César.

—¿Pero nuestro amigo Macarroni va a cantar? —preguntó César.

La pregunta fué pasando de una persona a otra, y se supo que Macarroni iba a cantar. Efectivamente, el

grueso Sileno cantó, y todo el mundo quedó asombrado al oír aquella voz de tenorino saliendo del fondo de una humanidad tan voluminosa. El grueso Sileno tuvo la mala fortuna de soltar un par de gallos en lo mejor de sus gorgoritos, y el pobre quedó acongojado, a pesar de los aplausos.

—¡Pobre Macarroni! —dijo César—. Su corazón de tenorino ha debido de quedar completamente destrozado.

—Se va —añadió la señorita Cadet—. ¡Qué pena!

Sileno desapareció, y el pianista comenzó a tocar valses.

EL MUNDO COMO
JARDÍN ZOOLÓGICO

Carminatti fué el primero en sacar a bailar a su pareja, que fué la condesa Sciacca.

La maltesa bailaba con un abandono y una languidez felina que imponían respeto. Una de las señoritas de San Martino, vestida de Blanco, en hada vaporosa, bailaba con un militar de traje azul, esbelto, distinguido, con los ojos lánguidos y las mejillas sonrosadas, que causó verdadera sensación entre las señoras.

La otra de las de San Martino, vestida de rosa pálido, charlaba en un sofá con un tipo de espadachín, cetrino, de ojos brillantes y bigote tan largo que llevaba la guía hasta las cejas.

—Es un siciliano —dijo la señorita Cadet a César—; aquí atrás cuentan de los dos cosas un poco extrañas.

La hija de la condesa Brenda estaba espléndida con su tez blanca, como si fuera de leche, los brazos al descubierto entre gasas. A pesar de su belleza no contaba con grandes admiradores, era demasiado sosa y la mayoría de los jóvenes se dirigían con más entusiasmo a las mujeres casadas y a las de tipo muy llamativo.

La señorita de Sandoval, la más solicitada de todas, no quería bailar.

—Mi hija es muy adusta en el fondo —advirtió la señora Dawson—. ¿Son así las españolas?

—Sí, hay mucho de eso —dijo César.

Entre estos italianos, algo comediantes y bufonescos, charlatanes y exagerados, pero con una gran flexibilidad y una gran soltura en los movimientos y en el gesto, había una familia alemana, formada por varias personas: un matrimonio con hijos e hijas que parecían todos hechos de una pieza, cortados en el mismo leño.

Mientras los demás se ocupaban de los pequeños incidentes del baile, ellos hablaban de las termas de Caracalla, de los acueductos, del Coliseo. El padre, la madre y los hijos llevaban su lección de arqueología romana magníficamente aprendida.

—¡Qué gente más absurda! —murmuró César contemplándolos.

—¿Por qué? —dijo la señorita de Sandoval.

—A estos alemanes les parece una obligación hacer un copo de lo artístico que hay en un pueblo, saberlo todo; lo cual a mí, que soy un ignorante, me parece una pretensión estúpida. En cambio, los franceses están más en lo cierto: no comprenden nada de lo que no sea francés, y viajan para tener el gusto de decir que París es lo mejor del mundo.

—Es una dicha ser tan perfecto como usted —replicó la señorita de Sandoval violentamente—; se pueden ver muy bien los defectos ajenos.

—Se engaña usted —repuso César con frialdad—, yo no me baso en mis cualidades para hablar mal de los demás.

—¿Pues en qué se basa usted?

—En mis defectos.

—¡Ah! Tiene usted defectos. ¿Lo reconoce usted?

—No sólo lo reconozco, sino que tengo el orgullo de tenerlos.

La señorita de Sandoval volvió la cabeza desdeñosamente; parecía irritarla el giro que daba a las cuestiones César.

—La señorita de Sandoval tiene poca simpatía por mí —dijo César a la señorita Cadet.

—No. Pues suele hablar bien de usted.

—Quizá le parezca bien mi indumentaria, o mi manera de hacer el lazo a la corbata; pero mis ideas le parecen mal.

—¡Es que usted es tan maldiciente!

—¿Por qué dice usted eso en este momento? ¿Por qué habla mal de esos alemanes? ¿Es que a usted le son simpáticos?

—¡Oh! No. Nada de eso.

—Tienen aire de perros de presa.

—¿Pero a usted quiénes le parecen bien? ¿Los ingleses?

—Tampoco. Es ganado vacuno; gente sentimental y ridícula que se extasía ante su aristocracia y ante sus reyes. Los latinos tienen algo de gato, son de raza felina: un francés es como un gato gordo y bien alimentado; el italiano es como un Angora viejo que conserva su hermosa piel; y el español es como esos gatos de tejado, flacos, sin pelo, que maullan, casi sin fuerzas, de desesperación y de hambre... Luego vienen ya los ofidios, que son los judíos, los griegos, los armenios...

—De manera que el mundo para usted es un jardín zoológico.

—¿Y no lo es?

A media noche se hizo la prueba de romper el jarrón de cristal lleno de bombones. Vendaron los ojos a varios caballeros y uno a uno les hicieron dar un par de vueltas y les invitaron a romper el jarroncito de un bastonazo.

El marqués Sciacca fué el que rompió el vaso de cristal, y se le cayeron los trozos en la cabeza.

—¿Se ha hecho daño? —preguntaron algunos.

—No —aseguró César en voz baja—; tiene la cabeza protegida.

INTERMEDIO QUIROMÁNTICO

Después de este número de piñata hubo otra serie de figuras y de alegorías, que exigieron un espejo de mano, una vela y una botella. La conversación en el grupo de

la señorita Sandoval giró acerca de una porción de cosas y fué a parar a la quiromancia.

La señorita de Sandoval preguntó a César si, como español, sabía leer en las manos el sino de las personas, y él, burlonamente, contestó que sí. Tres o cuatro manos se tendieron hacia César y éste dijo lo que le vino a la imaginación, tonterías, bufonadas, impertinencias; de todo.

Si alguno quedaba un poco perplejo al oír las palabras de César, él replicaba:

—No haga usted caso, son tonterías.

Después la señorita Cadet dijo a César que le iba a hacer el horóscopo.

—Bueno; veamos.

La institutriz, que era lista, estudió la mano de César y se expresó en términos sibilinos:

—Tiene usted de todo poco y mucho; no es usted un individuo armónico.

—¿No?

—No. Es usted muy inteligente.

—Gracias.

—Deje usted hablar a la sibila —dijo la de Sandoval.

—Tiene usted un gran sentido lógico —siguió afirmando la institutriz.

—Es posible.

—Es usted bueno y malo; tiene usted mucha y poca imaginación; es usted, al mismo tiempo, muy valiente y muy cobarde. Tiene usted un amor grande, pero dormido, y poca voluntad.

—Poca y... mucha —dijo César.

—No, poca

—¿Cree usted que tengo poca voluntad?

—Es la mano quien lo dice.

—Sabe usted. La opinión de la mano no me interesa tanto como la de usted, que es una mujer inteligente. ¿Usted cree que no tengo voluntad?

—Una sibila no discute sus afirmaciones.

—Ya está usted preocupado por su falta de voluntad —dijo la de Sandoval, burlonamente.

—Sí, un poco.

—Pues yo creo que tiene usted bastante voluntad —replicó ella—; lo que le falta a usted es ser un poco más amable.

—Afortunadamente para usted y para mí, no es usted tan penetrante en psicología como esta señorita.

—No pienso ganarme la vida diciendo la buenaventura.

—Ni esta señorita creo que tampoco lo piensa. Ya me ha dicho usted lo que soy —añadió César—; dígame usted ahora lo que me ha de pasar.

—A ver —dijo la señorita Cadet—, doble usted la mano. Hará usted un viaje...

—Muy bien; me gusta.

—Entablará usted una lucha fuerte...

—También me gusta.

—Y vencerá usted, y será vencido...

—Eso ya no me gusta tanto.

La señorita Cadet no podía dar otros detalles. Su ciencia sibilina no llegaba más lejos. Durante este intermedio quiromántico, y después de él, se siguió bailando, hasta que ya, cerca de las tres de la mañana, se acabó la fiesta.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

XI

Un sondeo en el mundo negro.

EL CONSEJO DE DOS ABATES

VARIAS veces el abate Preciozi aconsejó a César que hiciera nuevas tentativas para reconciliarse con el cardenal; pero César decía que no.

—Es un hombre incapaz de comprenderme —afirmaba con ingenua jactancia.

Preciozi sentía una gran efusión por el nuevo amigo, que le convidaba a comer en buenos hoteles y le obsequiaba con gran frecuencia. Casi todas las mañanas iba a buscar a César con cualquier pretexto, y paseaban y charlaban de una porción de cosas.

Preciozi comenzaba a creer que su amigo era hombre de porvenir. Algunas explicaciones que César dió acerca del mecanismo de la Bolsa convencieron al abate de que tenía ante sí a un gran financiero.

Preciozi habló a todos sus amigos y conocidos del sobrino del cardenal Fort, pintándolo como un hombre extraordinario; algunos oyeron sus alabanzas burlonamente; otros pensaron que sí, que era muy posible que aquel español tuviera mucho talento; sólo un abate que estaba de profesor en un colegio sintió ganas de conocer al sobrino del cardenal, y Preciozi le presentó a César.

Este abate se llamaba Cittadella, y era grueso, sonrosado, rubio; tenía más aspecto de cantante que de cura.

César convidó a los dos abates a comer en un restaurante y encargó a Preciozi de hacer la lista.

—¿De manera que usted es sobrino del cardenal Fort? —preguntó Cittadella.

—Sí.

—¿Sobrino carnal?

—Sobrino carnal; hijo de una hermana.

—¿Y no hace nada por usted?

—Nada.

—Lástima. Es un hombre de mucha influencia, de mucho talento.

—Influencia, creo que sí; talento, lo dudo —dijo César.

—¡Oh! No, no. Es hombre inteligente.

—Pues yo he oído decir que sus *Comentarios teológicos* son una verdadera tontería.

—No, no.

—Un libro ramplón, vulgar, lleno de necedades...

—«¡Macché!» —exclamó Preciozi indignado, saliendo del conflicto culinario en que estaba metido.

—Bueno. Es igual —replicó César sonriendo—. Sea un hombre ilustre, como ustedes dicen, o un zoquete, como yo creo, el caso es que mi tío no quiere nada conmigo.

—Es que le habrá usted hecho algo —dijo Cittadella.

—No; únicamente que de chico me dijeron que el cardenal quería que yo fuese cura, y yo contesté que no quería serlo.

—¿Y por qué?

—Me parece un mal oficio. Se ve que se gana poco.

Cittadella suspiró.

—Sí, y además —repuso Preciozi— este señor dice, a quien le quiere oír, que la religión es una farsa, que el catolicismo es como un plato de carne judía con salsa romana. ¿Es posible que el cardenal atienda a un sobrino que habla así?

El abate Cittadella se puso serio, y reconoció que había que creer, o por lo menos aparentar creer, en las verdades de la religión.

—¿Y tendrá dinero el cardenal? —preguntó César.

—Sí, ¡ya lo creo! —contestó Preciozi.

—Los únicos herederos serán su hermana y usted —dijo Cittadella.

—Claro —añadió Preciozi.

—¿Habrá hecho testamento? —preguntó César.

—Mejor si no lo ha hecho —dijo uno de los abates.

—¡Si pudiéramos envenenarlo! —suspiró melancólicamente César.

—No hable usted de esas cosas ahora que vamos a comer —dijo Preciozi.

Trajeron la comida y los dos abates la hicieron merecidos honores.

Preciozi mereció plácemes por su acertada elección. Se pidieron buenos vinos y se brindó alegremente.

—¡Qué admirable secretario sería Preciozi si yo llegara a ser un personaje! —exclamó César—. Unos diez mil francos de sueldo, la casa y la obligación de señalar la comida para el día siguiente. Estas serían mis condiciones.

El abate se sonrojó de placer, vació su vaso de vino y murmuró:

—¡Si dependiera de mí!

—La verdad es que la vida de hoy no vale nada —dijo César—. Hace cien años, yo, sólo por el hecho de ser sobrino de un cardenal, hubiera sido algo.

—¡Ya lo creo! —exclamó Preciozi.

—Y como yo no tendría escrúpulos, ni ustedes tampoco, nos lanzaríamos a la vida con brío, y entraríamos a saco en Roma, y el mundo entero sería nuestro.

—Habla como un César Borgia —dijo Preciozi entusiasmado—. Es un verdadero español.

—Hoy hay que tener una base —dijo Cittadella friamente.

—Yo, amigo Cittadella —repuso César—, aquí donde usted me ve, soy el hombre que entiende más de asuntos financieros de España, y creo que llegaré pronto a poder decir de Europa. Yo pongo mi ciencia al servicio del que pague. Soy como uno de vuestros antiguos «condottieri», un general a sueldo. Estoy dispues-

to a ganar batallas con la banca judía o contra la banca judía, con la Iglesia o contra la Iglesia.

—Con la Iglesia es mejor. Contra la Iglesia no podríamos servirle nosotros —dijo Preciozi.

—No; yo intentaré primero con la Iglesia. ¿A quién podría dirigirme primero?

Los dos abates se callaron, y bebieron en silencio.

—Verry quizá le recibiría —dijo Cittadella.

—¡Hum!... —replicó Preciozi— desconfiaría.

—¿Qué clase de tipo es? —preguntó César.

—Es uno de esos «prelati» que salen del Colegio de Nobles —dijo Cittadella—, y que avanzan, aunque no valgan nada. Aquí le tienen por un español fastuoso; le reprochan que viste de túnica y que, cuando va a Castelgandolfo, lleva siempre automóvil. El clero le odia porque es jesuíta y español.

—Y su fuerza, ¿en que está?

—En la Compañía y en que sabe varios idiomas. Se ha educado en Inglaterra.

—Por lo que me dicen ustedes, da la impresión de un fatuo.

Trajeron una botella de *champagne* y bebieron los tres, brindando y chocando las copas.

—Yo, como usted —dijo Cittadella, después de pensar largo rato—, no me dirigía a los altos, sino a gente que está en la sombra y que tiene influencia en su país.

—Por ejemplo...

—Al Padre Herreros, del convento del Trastevere.

—Y al Padre Miró, también —añadió Preciozi—. Y si pudiera usted hablar con el Padre Ferrer, de la Universidad Gregoriana, no estaría mal.

—Será más difícil —dijo Cittadella.

—Usted podría decirles —repuso Preciozi— que le envía su tío el cardenal, e insinuar que no quiere que se enteren de que le protege a usted.

—¿Y si alguno le escribiera a mi tío?

—Usted no afirma nada. Lo dice ambiguamente. Además, en el caso de que le escribieran, ya arreglaríamos la cuestión en la secretaría particular.

César se echó a reír ingenuamente. Después, los dos

abates, un poco turbados por la comida y el buen vino, se pusieron a discutir con violencia y a hablar en italiano. César pagó la cuenta y, pretextando una obligación urgentísima, se despidió de ellos y salió a la calle.

UN FRAILE ESPAÑOL

Al día siguiente fué César en busca del Padre Herreros. Todavía no llegaba a vislumbrar un plan. Su única idea era ver si podía aprovecharse de la casualidad; seguir una pista y estar atento, por si a un lado o a otro surgía algo nuevo.

El Padre Herreros vivía en un convento del Trastevere. César tomó el tranvía en la plaza de Venecia, y lo dejó después de pasar el Tíber, cerca de la Vía delle Fratte.

Dió pronto con el convento; tenía éste una portada amarilla con un letrero en latín, en el cual se cantaban las glorias gimnásticas de San Pascual Bailón. Encima del letrero, en un cuadro, la figura de un fraile, sin duda del Bailón, iba danzando por entre las nubes.

En el dintel de la puerta había un escudo de España, y a los lados, medallones con unas manos heridas en la palma.

La puerta del convento era antigua y de cuarterones. Llamó César en ella.

Salió a recibirle un lego de mirada desconfiada, le dijo que esperara y le dejó solo. Pasado algún tiempo volvió y le invitó a que le siguiese.

Recorrieron un pasillo, subieron una escalera que había a la terminación de aquél, y después avanzaron por un corredor del piso principal. A un lado de ese corredor, en su celda, se hallaba el Padre Herreros.

César, después de saludar y de presentarse, al decirle el fraile que se sentara, lo hizo en una silla, cerca de la ventana, de espaldas a la luz.

Comenzó a explicar César a lo que iba; y como la relación la tenía estudiada, mientras hablaba se fijó en

la jaula y en la clase de pajarraco que se le presentaba ante los ojos.

El Padre Herreros tenía una cabezota ruda, las cejas negras, cerdosas, la nariz corta, la boca enorme, de dientes amarillos, y el pelo gris. Vestía hábito de color de chocolate, y por la abertura se le veía el cuello hasta el pecho. El gesto de los labios del buen fraile era el de un hombre que quiere pasar por comprensivo e insinuante. El hábito lo llevaba sucio, y sin duda tenía la costumbre de dejar colillas sobre la mesa.

La celda tenía una ventana, y enfrente de ésta, un armario con libros. César hizo un esfuerzo para leer los títulos. Eran casi todos libros en latín, de esos que no se leen.

El Padre Herreros comenzó a interrogar a César. En su cerebro, sin duda, se agitaba la cuestión de por qué el sobrino del cardenal Fort se dirigía a él.

Después de muchas palabras inútiles, llegaıon al punto concreto que quería abordar César, a hablar de los conocimientos del Padre Herreros en España, y el fraile dijo que conocía una viuda muy rica que tenía fincas en Toledo. Cuando fuera César a Madrid le daría una carta de recomendación para ella.

—Ahora no puedo atenderle más, porque me espera una señora mejicana —dijo el Padre Herreros.

César se levantó, y después de estrechar la gruesa mano del fraile, salió del convento.

Volvió a pie hacia Roma, cruzó de nuevo el río, contempló la isla Tiberina y llegó despacio al hotel. Escribió a su amigo Alzugaray recomendándole que averiguase, por las señas que le daba, quién podía ser la viuda rica qne tenía fincas en Toledo.

EL LICENCIADO MIRÓ

Al día siguiente, César decidió seguir sus investigaciones y fué a ver al Padre Miró.

El Padre Miró vivía en un colegio de la calle de Montserrato. César inspeccionó el plano de Roma, bus-

cando esta calle, y vió que se encontraba en los alrededores del Campo di Fiori, y se dirigió hacia allí.

El día, de primavera, estaba espléndido; el cielo, azul, sin una nube; los tejados de algunos palacios se mostraban decorados con orlas de hierbajos y de florecillas; por las calles, secas e inundadas de sol, un aguador en un carro lleno de botellas gruesas y verdes pasaba cantando y haciendo restallar el látigo.

Cruzó César por el Campo di Fiori, una plaza popular muy animada, con toldos de lona y puestos de fruta al descubierto. En medio se destacaba la estatua de Giordano Bruno, con una corona seca que le rodeaba el cuello.

Tomó después por la calle de Capellari, callejuela estrecha y bastante sucia. De un lado a otro colgaban ropas puestas a secar.

Llegó al colegio y entró en la contigua iglesia. Preguntó por el Padre Miró; un sacristán de bigote largo y gabán azul, destrozado, le acompañó a otro portal, le hizo subir unas escaleras de madera vieja, y le condujo al despacho del que buscaba.

El Padre Miró era un hombrecito pequeño, moreno, roñoso, con una sotana raída, llena de caspa y una gorra de punto grande y sucia, con su gran borla.

—Usted dirá lo que quiere —dijo el curita en tono displicente.

César se presentó, y en pocas palabras explicó quién era y lo que pretendía.

El Padre Miró, sin invitarle a sentarse, contestó rápidamente, diciendo que no tenía ningún conocimiento en cuestiones bursátiles o financieras.

César sintió un estremecimiento de cólera al ver la grosería con que le trataba el curita lleno de manchas, y tuvo el vehemente deseo de echarle las manos al cuello y retorcérselo como a una gallina.

A pesar de su cólera, no se inmutó, y sonriendo preguntó al cura si sabía quién podría orientarle en estas cuestiones.

—Puede usted verle al Padre Ferrer en la Universidad Gregoriana, o al Padre Mendía. Este es un enci-

clopedista. Es el que escribió la parte teológica de la Encíclica *Pascendi*, acerca del modernismo. Es un hombre de una cultura muy vasta.

—Está bien; muchas gracias —y César se dirigíó hacia la puerta.

—Perdone usted que no le haya invitado a sentarse, pero...

—Es igual —replicó rápidamente César—, y salió a la escalera.

Decidió, en vista del mal resultado de su intento, ir a la Universidad Gregoriana. Le dijeron que estaba en la calle del Seminario, y supuso que sería un edificio grande, con unos puentecillos encristalados sobre dos calles.

Aquel edificio era el Colegio Romano; la Universidad Gregoriana estaba en la misma calle, pero más adelante, enfrente del Ministerio de Correos. El Padre Ferrer no podía recibirle, porque estaba dando clase, y del Padre Mendía, después de subir y bajar y de llevar la tarjeta de César, le dijeron que no estaba.

—César sacó la impresión de que no era tan fácil encontrar la rendija para enterarse de lo que pasaba en el mundo clerical.

—Se ve que la Iglesia les da a todos éstos un instinto de defensa que les sirve. En el fondo son unos pobres diablos; pero tienen una gran organización, y no debe ser fácil meter los dedos por entre las mallas de su red.

XII

Encuentro en el Pincio.

PASEO POR LA
VILLA BORGHESE

Al comenzar la Semana Santa se presentó Laura de nuevo en el hotel, a la hora de almorzar.

—¿Y tu marido? —le dijo César.

—No quiere venir. Roma le aburre. Ahora se dedica a tratarse una enfermedad del corazón que dice que tiene.

—¿Y es grave?

—Yo creo que no. Todas las veces que le veo le encuentro con una nueva enfermedad y con un nuevo régimen alimenticio; tan pronto es vegetariano como carnívoro, como dice que hay que comer sólo uvas o sólo pan.

—Entonces veo que pertenece a la ilustre cofradía de los chiflados.

—Y tú no andas muy lejos de entrar en esa cofradía.

—Yo, querida hermana, soy uno de los pocos hombres cuerdos que anda dando tumbos por este manicomio suelto que se llama la Tierra.

—Lo que dices respecto a los hombres es verdad, aunque tú no seas una excepción. Realmente, cuanto más trato a los hombres, me convenzo más de que el que no es loco, es tonto, o vanidoso, o soberbio... ¡Cuánto más inteligentes, más discretas, más lógicas somos las mujeres!

—¡Ah! No me digas. Sois una maravilla: modestas, de buena intención para vuestras rivales, poco amigas de humillar al prójimo o la prójima...

—Sí, sí; pero no somos ni tan vanidosas ni tan farsantes como vosotros. Que una mujer se cree bonita y amable y elegante, y puede no serlo. Es verdad; pero, en cambio, cada hombre se cree más valiente que el Cid, aunque le espante una mosca, y más talentudo que Séneca, aunque sea un bolonio.

—En resumen, que los hombres son una calamidad.

—Eso es.

—Y las mujeres se pasan la vida pescando esas calamidades.

—Los necesitan; hay cosas inferiores, pero que son necesarias.

—Y hay cosas superiores, pero que no sirven para nada.

—¿Quieres venir a pasear conmigo, hermano filósofo?

—¿Adónde?

—Iremos a la Villa Borghese. Dentro de un momento estará el coche.

—Bueno. Vamos.

Un *milord* de llantas de goma y de dos caballos esperaba a la puerta, y Laura y César entraron en él. El coche pasó por delante del Ministerio de Hacienda, a salir a la Porta Salaria, y entró en los jardines de la Villa Borghese.

La mañana había sido lluviosa; el suelo estaba mojado; el viento agitaba mansamente las copas de los árboles y les arrancaba un murmullo de marea. El coche marchó despacio por las avenidas. Laura estaba muy alegre y charlatana. César la oía como quien oye el gorjear de un pájaro.

Muchas veces, al oírla, pensaba: ¿qué hay dentro de esa cabeza? ¿Cuál es la noción central de su vida? ¿Tendrá realmente una noción de su vida, o no la tendrá?

Después de dar varias vueltas, pasaron por el viaducto que une la Villa Borghese con los jardines del Pincio.

DESDE EL BALCÓN DEL PINCIO

Se acercaron al gran balcón del paseo por una avenida que tiene a un lado y a otro bustos de hombres célebres.

—¡Pobres grandes hombres! —exclamó César—; sus estatuas no sirven mas que para adornar un paseo.

—Ellos ya vivieron —replicó Laura alegremente—; ahora vivimos nosotros.

Laura mandó detenerse al cochero un momento. El aire seguía murmurando en el follaje, los pájaros cantaban y las nubes iban volando despacio por el cielo.

Un hombre con una caja negra se acercó al coche a ofrecer tarjetas postales.

—Cómprale dos o tres —dijo Laura.

César compró unas cuantas y se las guardó en el bolsillo. El vendedor se retiró, y Laura siguió contemplando con entusiasmo Roma.

—¡Oh! ¡Qué bella! ¡Qué hermosa es! No me canso nunca de contemplarla. Es mi ciudad querida. «O fior d' ogni cittá, donna del mondo».

—Ya no es dueña del mundo, hermanita.

—Para mí lo es. Mira San Pedro; parece un trozo de nube.

—Sí, es verdad; tiene un color azul como si fuera transparente.

Sonaban algunas campanadas y seguían pasando las grandes nubes blancas y majestuosas por el horizonte; en el Janículo, la estatua de Garibaldi se levantaba gallardamente en el aire, como un pájaro dispuesto a levantar el vuelo.

—Cuando contemplo así Roma —murmuró Laura—, siento una pena, una tristeza.

—¿Por qué?

—Porque pienso que he de morir y que ya no volveré a ver Roma. Ella estará así todavía siglos y siglos, iluminada por el sol, y yo habré muerto ya... ¡Qué horror! ¡Qué horror!

—¿Y la fe?

—Sí, yo tengo fe; creo que veré otras cosas, pero no éstas, tan hermosas.

—Eres una epicúrea.

—¡Es tan hermoso vivir!

Estuvieron contemplando el panorama. Abajo, en la plaza del Pópolo, se veía deslizarse un tranvía rojo, que desde lejos parecía un juguete.

Un tílburi, dirigido por una mujer, se detuvo cerca del coche de Laura y César. Aquella mujer era una rubia de ojos verdes, pómulos salientes y gorra pequeña, de piel. Llevaba a sus pies un perro enorme de lanas de color de fuego.

—Debe ser una rusa —dijo César.

—Sí. ¿Te gusta ese tipo?

—Tiene mucho carácter. Parece de esas mujeres que han de mandar azotar a los criados.

La rusa sonreía vagamente. Laura dijo al cochero que continuase. Dieron otras vueltas por las avenidas del Pincio. Comenzaba a tocar la música; algunos coches y grupos de militares y seminaristas se acercaban al kiosco; a Laura no la gustaba la música de metal, le parecía demasiado estridente, y dió orden al cochero de que fuera al Corso.

ENCUENTRO CON MARCHMONT

Pasaron por delante de la Villa Médicis, y al llegar cerca de la plaza de Trinitá de Monti, se encontraron con un jinete que, al verles, se acercó inmediatamente al coche. Era Archibaldo Marchmont, que acababa de llegar a Roma.

—Creí que se había olvidado usted de nosotros —dijo Laura.

—¡Yo olvidarme de usted, marquesa! Jamás.

—Dijo usted que venía a Roma...

—Tuve que volver a Londres desde Niza, porque mi padre ha estado gravemente enfermo con un ataque de gota.

—¿Y está ya bien?
—Sí. ¡Muchas gracias! ¿Ustedes vuelven del paseo?
—Sí.
—¿No quieren ustedes venir a tomar el té con mi mujer y conmigo?
—¿Adónde?
—Al hotel Excelsior. Estamos allí. ¿Vienen ustedes?
—Bueno.

Aceptó Laura, y con el inglés al estribo fueron hasta la vía Veneto.

Entraron en el hotel y pasaron al *hall*, lleno de gente. Marchmont avisó a su mujer con un criado para que bajara. Se sentaron Laura y César en compañía del inglés.

—Es insoportable este hotel —exclamó Marchmont—; no hay mas que americanos.

—A su mujer, en cambio, le parecerá bien —dijo César.

—No. Susana está cada día más europeizada, y ya no le gusta la elegancia demasiado estrepitosa de sus paisanos. Además, está su padre, y esto le hace sentirse menos americana.

—Es una forma extraña de entusiasmo filial —replicó César.

—A mí no me choca. Casi yo creo que es lo corriente —repuso Marchmont—; yo, en mi casa, he visto que mis hermanos se odiaban cordialmente, y que todos los de la familia estábamos deseando separarnos unos de otros. El caso de ustedes, de dos hermanos tan unidos, es muy raro. ¿Es que en España es frecuente que los hermanos se quieran?

—Sí, hay casos —contestó César, riendo.

Llegó madama Marchmont, acompañada de un señor viejo, que debía de ser su padre, y de otros dos señores. Susana estaba elegantìsima; saludó muy afablemente a Laura y a César, y presentó a su padre, el señor Russell; luego, a un escritor inglés, alto, flaco, con los ojos azules, la barba blanca y el pelo como un nimbo, y después, a un joven inglés de la Embajada, tipo muy distinguido, llamado Kennedy, que era católico.

EL TÉ

Después de las presentaciones, pasaron al comedor, que hacía un gran efecto. Era una exhibición de mujeres elegantísimas, algunas de una belleza ideal, y de hombres desocupados. Por todas partes sonaba el inglés gangoso a estilo americano.

Sirvió el té Susana Marchmont e hizo los honores a los invitados. Hablaron todos francés, menos el señor Russell, que pronunció muy de tarde en tarde algún monosílabo categórico en su lengua.

El señor Russell no tenía el tipo clásico del yanqui; parecía un inglés vulgar. Era un hombre serio, de bigote corto, canoso, con tres o cuatro dientes de oro.

Lo que le pareció admirable a César de este señor fué la economía de sus palabras. No había en su vocabulario ni una expresión inútil, ni la menor amplificación; todo lo que fuera mérito, influencia, prestigio o nobleza, se condensaba en la idea de valor; todo lo que fuera arreglo, limpieza, orden, se condensaba en la palabra «confort»; así, que el señor Russell, con muy pocas palabras, lo tenía definido todo.

A Susana, imbuída por preocupaciones de supremo «chic», no le parecía, sin duda, su padre un padre completamente decorativo; pero a César le dió la impresión de un hombre fuerte.

Cerca de ellos, en una mesa próxima, se sentó un hombrecito rubio, de nariz ganchuda y perilla rala, con una señora gruesa. Saludaron a Marchmont y a su mujer.

—Este señor tiene facha de judío —dijo César.

—Lo es —repuso Marchmont—. Es el señor Pereyra, un judío rico; creo que de origen portugués.

—¡Bien lo ha conocido usted! —exclamó Susana.

—Tiene ese aire de cabra triste tan frecuente en los judíos.

—Pues su señora no tiene nada de triste ni de flaca —replicó Laura.

—No —dijo César—; la señora representa otro tipo

bíblico: una de aquellas vacas gordas del sueño de no sé quién, que anunciaban la abundancia y la buena cosecha.

El inglés Kennedy tenía también poca simpatía por los judíos.

—Yo no le tengo odio al judío por anticristiano —dijo César—, sino por supercristiano. Tampoco odio a la raza, sino la tendencia que tiene de no ser nunca productores, sino intermediarios, y el haber encarnado también en nuestros tiempos ese amor por el dinero, por la joya y por el placer.

El escritor inglés era muy partidario de los judíos, y aseguró que se distinguían en las ciencias y en las artes como ninguna otra raza.

Esta cuestión de los judíos se abandonó al momento, al ver entrar una señora elegante, en compañía de un hombre pálido, de melena negra y mirada inquieta.

—Es el violinista húngaro Kolozsvar —dijo Susana.

—¡Kolozsvar! ¡Kolozsvar! —se oía decir por todas partes.

—¿Es algún gran virtuoso? —preguntó César a Kennedy.

—No, creo que no —contestó Kennedy—. Este húngaro parece que tiene la especialidad de tocar valses y aires populares de sus país, lo cual no es, seguramente, una gran cosa; pero sus éxitos no los obtiene con el violín, sino con las mujeres. Las damas de Londres se lo disputan. Su *truc* es presentarse ante ellas como un hombre decaído, depravado, sin fuerzas. Tiene ya su fraseología... Ellas ven un hombre a quien regenerar, levantar y convertir en un gran artista, y casi todas caen en esa tentación.

—Es cómico —dijo César contemplando curiosamente al violinista y a su dama.

—Para un español —replicó Kennedy— es cómico; y probablemente para un italiano también lo será; pero allí, en Inglaterra, hay muchas mujeres que tienen un idealismo puramente imaginativo, un romanticismo alimentado por novelas ridículas, que caen en esos lazos,

que en el Mediodía, en donde la gente es más avisada y más realista, parecen burdos y grotescos.

César contempló al buen violinista, que hacía su papel de hombre aplanado con gran perfección.

Después de tomar el té, Susana les invitó a subir a sus habitaciones, y fueron Laura y su hermano, Kennedey y el señor Rusell.

El escritor inglés había encontrado un colega, con quien se quedó hablando, y Marchmont permaneció en el *hall,* como si no le pareciese correcto subir al cuarto de su mujer.

Las habitaciones de Susana eran muy altas, tenían balcones a la vía Veneto y daban casi enfrente del palacio de la reina Margarita. Desde allí se dominaba el jardín y se veía pasearse a la reina viuda, lo cual, para gentes que viven en un país republicano, no deja de tener importancia.

Susana estuvo amabilísima con Laura, repitió a todos la invitación para que fueran a visitarla, y después de prometer unos y otros que se verían con frecuencia, César y Laura bajaron a tomar su coche y dieron una vuelta al obscurecer por el Corso.

XIII

Estética y demagogía.

SUSANA Y LOS JÓVENES

Desde aquel encuentro César vió a Marchmont que hacía la corte a Laura con gran asiduidad. A ella, que era ligera y coqueta, le gustaba ser galanteada por un hombre como el inglés, joven, distinguido y rico; pero no estaba dispuesta a ceder. Su educación, las preocupaciones de clase le impulsaban a considerar el adulterio como una cosa nefanda. El divorcio para ella tampoco era una solución, pues de aceptarlo le obligaría a dejar de ser católica y a reñir para siempre con el cardenal. Marchmont no se recataba para hacer la corte a Laura; no le importaba nada por su mujer, y hablaba de ella con un profundo desdén...

Laura se encontraba asediada por el inglés; no se decidía a desanimarle por completo, y en el momento crítico tomaba el tren, se marchaba a Nápoles y volvía a los dos o tres días, ya sin duda con más fuerzas para resistir el asedio.

—En justa reciprocidad, ya que hace el amor a mi hermana, yo debía hacérselo a su mujer —pensó César, y fué varias veces al hotel Excelsior a visitar a Susana.

La yanqui se encontraba muy quejosa de su marido. Su padre le había aconsejado sencillamente que se divorciora, pero ella no quería. Encontraba esta solución poco distinguida, y consideraba sin duda muy justo el consejo de un escritor de su país, que en un colegio de

señoritas había hecho esta triple recomendación a las colegialas: No bebáis, es decir, no bebáis demasiado; no fuméis, es decir, no fuméis demasiado, y no os caséis, es decir, no os caséis demasiado.

A Susana no le parecía completamente bien casarse demasiado. Además, tenía la veleidad de hacerse católica. Un día le interrogó a César acerca de esto:

—¡Quiere usted cambiar de religión! —exclamó César—. ¿Para qué? Yo no creo que vaya usted a encontrar la fe perdida por hacerse católica.

—¿Y a usted, qué le parece, Kennedy? —preguntó Susana al joven inglés, que estaba allí.

—A mí una mujer católica me parece doblemente encantadora.

—¿Usted no se casaría con una mujer que no fuese católica?

—Yo, no —aseguró el inglés.

César y Kennedy se encontraban en desacuerdo en todo.

Susana razonó sus proyectos, y de paso se refirió a la novela *Cosmópolis*, de Paul Bourget, que sin duda había influído en sus inclinaciones por el catolicismo.

—¿Hay muchas damas judías qne aspiran a bautizarse y a ser católicas, como dice Bourget? —preguntó Susana.

—¡Ca! —exclamó César.

—¿Tampoco cree usted en eso?

—No, porque me parece una candidez de ese buen señor novelista. Para ser católico no creo que se necesiten mas que unas cuantas pesetas.

—Es usted un sobrino de cardenal detestable.

—Es que yo no veo que le pongan a nadie obstáculos para ser católico, como se los ponen para ser rico. ¡El colmo de la ambición! ¡Aspirar a ser católico! Y en todas partes no hacen mas que reírse de los católicos; y ya es sabido: país católico, país que marcha indefectiblemente a la ruina.

Kennedy se echó a reír.

Susana dijo que ella no tenía verdadera fe, pero sí

un gran entusiasmo por las iglesias, por los cantos del coro, por el olor del incienso y la música religiosa.

—Para eso, España —dijo Kennedy—. Aquí en Italia, las ceremonias de la Iglesia son demasiado alegres. En España, no; en Toledo, en Burgos, dentro de las catedrales hay una austeridad, un recogimiento...

—Sí —dijo César—; desgraciadamente, allí no nos quedan mas que ceremonias. En cambio, la gente se muere de hambre.

Discutieron si era mejor vivir en una sociedad decorativa y estética o en una más humilde y práctica, y Susana y Kennedy defendieron la superioridad de la vida estética.

Al salir del hotel, César le dijo a Kennedy:

—Perdone usted una pregunta. ¿Tiene usted algunos proyectos acerca de madama Marchmont?

—¿Por qué lo dice usted?

—Sencillamente, para no ir a su casa con frecuencia, para no estorbar.

—¡Muchas gracias! Pero no tengo ningún proyecto con relación a ella. Es una mujer demasiado hermosa y demasiado rica para que un modesto empleado como yo ponga sus ojos en ella.

—¡Bah! ¡Un diplomático modesto! Eso es absurdo. Es que no le gusta a usted, sencillamente.

—No. Es que es una reina. Se echa de menos en su figura algún defecto que la humanice.

—Sí; eso es verdad. Tiene algo de premio de belleza.

—Es el defecto de estas yanquis: no tienen carácter. El peso de la tradición será fatal para la industria y para la vida moderna, pero es lo único que crea esa espiritualidad de los países viejos. Estas americanas tienen, ¿quién lo duda?, inteligencia, belleza, energía, arranques simpáticos; pero les falta esa cosa especial creada por los siglos: el carácter. A veces tienen golpes muy graciosos. ¿Ha oído usted lo que se cuenta de la mujer del príncipe Torlonia?

—No.

—Pues la actual mujer de Torlonia era una muchacha americana y millonaria que vino recomendada al

príncipe. Este la acompañó por Roma, y al cabo de algunos días la dijo, suponiendo que la hermosa americana tenía intención de casarse: Le presentaré a usted a algunos jóvenes de la aristocracia; y ella replicó: No me presente usted a nadie, porque el que más me gusta es usted; y se casó con él.

—Está bien el golpe.

—Sí, son salidas a la americana; pero si usted viera a una española conducirse así, le parecería mal.

Charlando amigablemente, llegaron a la plaza de Esedra.

—¿Quiere usted almorzar conmigo? —dijo Kennedy.

—Eso mismo le iba a proponer a usted.

—Yo como solo.

—Yo no, yo como con mi hermana.

—¿La marquesa de Vaccarone?

—Sí.

—Entonces usted me perdonará si acepto, porque tengo grandes deseos de ser presentado a ella.

—Pues vamos.

RUSKIN Y LOS FILISTEOS

Llegaron al hotel, y César presentó su amigo Kennedy a Laura.

—Es un admirador tuyo.

—Un admirador respetuoso... y lejano —afirmó Kennedy.

—¿Pero hay admiradores de esa clase? —preguntó, riendo, Laura.

—Aquí me tiene usted a mí —dijo el inglés—, que la conozco a usted desde que vine a Roma, y hasta hoy no he tenido el placer de hablarla.

—¿Y hace mucho tiempo que está usted aquí?

—Cerca de dos años.

—Y le gusta a usted Roma, ¿eh?

—¡Oh! Ya lo creo. Al principio, no, la verdad. Para mí fué una decepción. ¡Había pensado tanto en Roma!

—y Kennedy habló de los libros y guías leídos por él acerca de la Ciudad Eterna.

—Pues yo, la verdad, no había pensado nunca en Roma —dijo César.

—¿Y te envaneces de eso? —preguntó Laura.

—No, no me envanezco; lo digo nada más. Yo comprendo que saber las cosas es agradable. Aquí murió César, allá habló Cicerón, en esta piedra tropezó San Pedro, está bien; pero no saber las cosas es también muy cómodo. Yo soy un poco como un bárbaro que pasea indiferente entre monumentos que no conoce.

—¿Y esa idea, no te avergüenza?

—No. ¿Por qué? Para mí sería una molestia conocer muchas cosas sin aplicación. Pasar por delante de una montaña y saber cómo se levantó, de qué está compuesta, qué fauna y qué flora tiene; llegar a un pueblo y saber su historia en detalles. ¡Qué preocupación! ¡Qué fatiga! ¡Yo que odio tanto la historia! Prefiero con mucho ignorarlo todo, y sobre todo lo pasado, y darme de cuando en cuando una explicación caprichosa y arbitraria.

—Pues yo creo que conocer no sólo no es una fatiga —dijo Kennedy—, sino que es una gran satisfacción.

—¿Y aprender también le parece a usted una satisfacción?

—Se conocía casi sin aprender hace miles de años; hoy, para conocer, hay que aprender. Es natural y lógico.

—Sí, claro. A mí me parece también natural y lógico el esfuerzo que supone el aprender con relación a lo útil; pero no con relación a lo agradable. Aprender medicina o mecánica es lógico; pero aprender a ver un cuadro o a oír una sinfonía es una ridiculez.

—¿Por qué?

—Al menos a mí esos neófitos que van con la exclamacion preparada a ver el cuadro de Rafael, o a oír la sonata de Bach, me dan una impresión de borregos muy triste. Ahora esos sublimes pedagogos del tipo de Ruskin, esos ya me parecen la flor de la farsantería, de la pedantería y del burguesismo más antipático.

—¡Qué cosas dice su hermano de usted! —exclamó Kennedy.

—No hay que hacerle caso —dijo Laura.

—A mí esos pedagogos artísticos me indignan; me recuerdan a los pastores protestantes y a esos frailes que van vestidos de paisano, que creo que se llaman hermanos de la Doctrina Cristiana. Esos pedagogos son los hermanos de la Doctrina Estética, una de las invenciones más estólidas que se les ha ocurrido a los ingleses. Yo no sé qué encuentro más ridículo, si la Salvation Army o los libros de Ruskin.

—¿Pero por qué le tiene usted ese odio a Ruskin?

—Me parece un idiota. No he hecho mas que hojear un libro suyo que se llama *Las siete lámparas de la Arquitectura*, y lo primero que leí fué un párrafo en que se decía que usar un diamante falso u otra piedra falsa era una mentira, una impostura y un pecado. Yo inmediatamente dije: Este hombre, que cree que el diamante es verdad, y el *strass*, mentira, es un estúpido que no merece ser leído.

—Sí, bueno: usted toma un punto de vista y él toma otro. Comprendo que no le guste a usted Ruskin; lo que no comprendo es por qué encuentra usted absurdo que el que tenga deseos de penetrar en las bellezas de una sinfonía o de un cuadro, lo haga. ¿Qué hay de extraño en esto?

—Sí, tiene usted razón —dijo César—; el que quiera debe aprender. Yo he hecho lo mismo en cuestiones financieras.

—¿Es verdad que su hermano entiende de cuestiones de Hacienda? —preguntó Kennedy a Laura.

—El dice que sí.

—Yo no creo gran cosa en sus conocimientos financieros.

—¿No?

—No. Usted tiene un *dandysmo* entre nihilista y financiero. Quiere usted pasar por un hombre tranquilo y equilibrado, por lo que llaman un filisteo, pero no lo puede usted conseguir.

—Lo conseguiré. Yo, es verdad que quiero ser un

filisteo, pero de la vida agitada. Todos esos grandes artistas que ustedes admiran, esos Goethe, Ruskin, eran en su vida unos filisteos que tenían como negocio el ocuparse de versos, de piedras y de estatuas.

—Es usted un ergotista Moncada —dijo Kennedy.

—Quizá no tenga razón discutiendo —replicó César—, pero la tengo sintiendo. A mí los artistas me indignan; me parecen viejas damas con un flato que les impide respirar libremente.

—Se rió Kennedy de la definición.

EL «CHIC» Y LA REVOLUCIÓN

Yo comprendo que se odie a los reyes malos, a los conquistadores, ¡pero a los artistas! ¿qué daño hacen? —dijo Laura.

—¡Los artistas! Están haciendo un daño grande a la humanidad entera. Han inventado una estética para el uso de las gentes ricas y han matado la Revolución. El *chic* acaba con la Revolución. Así, que vuelve todo: el entusiasmo por la aristocracia, por la Iglesia, el culto por el rey; se mira al pasado y la acción revolucionaria queda paralizada. Y los que más me indignan son esos estetas de la escuela ruskiniana, para quienes todo es religioso, tener dinero, comprar alhajas, sonarse... todo es religioso. ¡Canallas! ¡Lacayos!

—Mi hermano es un demagogo —dijo Laura con ironía.

—Sí —añadió Kennedy—; no quiere categorías.

—Pues cada cosa tiene su valor, se quiera o no se quiera.

—Yo no niego el valor, ni aun la categoría. Hay grandes valores en la vida, unos naturales, como la juventud, la belleza, la fuerza; otros más artificiales, como el dinero, la posición social; pero eso de la distinción, de la finura aristocrática, es una farsa. Es una leyenda literaria por el estilo de esa que corre en las novelas de que los aristócratas de la vieja cepa cierran sus puertas a los ricachones americanos, o como esa otra historia

de que nos hablaba madama Marchmont, de las señoras judías que se despepitan por ser católicas.

—No sé qué quieres demostrar con todo eso —dijo Laura.

—Quiero demostrar que debajo de ese mundo distinguido no hay nada más que dinero, y que por lo tanto no importa que se deshaga. El hombre más ingenioso y más fino, si no tiene dinero, se muere de hambre en un rincón; esa sociedad *chic*, que se las echa de espiritual, no lo acogerá jamás, porque ser espiritual e inteligente no es un valor en la plaza; en cambio, si se trata de un animal muy rico, llegará a ser aceptado y festejado por los aristócratas, porque el dinero es un valor real, es un valor cotizable, mejor dicho, es el único valor cotizable.

—No es verdad lo que dices; un hombre, por ser rico, no alterna con la gente distinguida.

—No, claro; inmediatamente, no. Hay un proceso preparatorio. Se empieza robando en un tenducho, y se siente uno demócrata y republicano. Luego se roba en una casa de banca, y, en este momento, se siente uno liberal y se comienza a experimentar vagas ideas aristocráticas. Si los negocios van admirablemente, estas ideas aristocráticas se consolidan. Ya se puede venir a Roma a extasiarse con todas estas paparruchas del catolicismo, y después está uno autorizado para reconocer que la religión de nuestros mayores es una bella religión, y se acaba dando una propina al Papa y otra al cardenal Verry, para que le hagan a uno príncipe del Concilio Ecuménico o marqués de la Santa Cruzada.

—¡Qué ideas más estúpidas y más falsas! —exclamó Laura—. Verdaderamente siento tener un hermano que discurre de una manera tan vulgar.

—Tú eres una aristócrata y no te gusta la verdad. Pero los hechos son así. Ya le estoy viendo al encargado de esa oficina de títulos pontificios. ¡Cómo debe divertirse el hombre pensando en el título más apropiado para el vendedor de tasajo yanqui o para el ilustre general andino! ¡Qué admirable sería reunir a todos los obispos «in partibus infidelium», y a los títulos del

Papa, en un salón. El obispo de Nicea discutiendo con el marqués del Sacro Imperio Romano; la marquesa de la Pascua Florida flirteando con el obispo de Sión, mientras los patriarcas de Tebas, de Damasco y de Trebisonda juegan al «bridge» con el fabricante de conservas señor Smiles, el rey de la carne de cerdo, o con el ilustre general Pérez, el héroe de Guachinanguito. ¡Qué espectáculo más conmovedor!

—Eres un payaso —dijo Laura.

—Es un satírico completo —añadió Kennedy.

EL PLAN DE CÉSAR

Después de almozar pasaron Laura, Kennedy y César al salón, y Laura presentó al inglés a las señoritas de San Martino y a la Brenda. Estuvieron charlando hasta las cuatro, hora en que se prepararon a salir las de San Martino en automóvil, y Laura, con la Brenda y su hija, en coche.

César y Kennedy fueron a la calle juntos.

—Están ustedes aquí admirablemente —dijo Kennedy—, sin americanos, ni alemanes, ni demás bárbaros.

—Sí, este hotel es una colmena de pequeños aristócratas.

—Su hermana me decía que podría usted elegir aquí, entre estas muchachas, una novia rica y buena.

—Sí, mi hermana quiere que viva aquí, en un país extranjero, con una tranquilidad de vaca, mirando cuadros y estatuas y viajando sin plan. Para mí esto no sería vivir; yo no soy un hombre de sociedad. Yo necesito la agitación, el peligro... y le advierto a usted que no soy nada valiente.

—¿No?

—No. Ahora, creo que en algunos momentos sabría dominarme y tomar una trinchera sin vacilar.

—¿Pero usted tiene algún plan fijo?

—Sí; pienso volver a España pronto, y trabajar allí.

—¿En qué?

—En la política.

—¿Es usted patriota?

—Sí, hasta cierto punto. No tengo del patriotismo una idea trascendental, eso no. El patriotismo, como yo lo entiendo, es una curiosidad. Yo creo que en España hay fuerza. Si se encauzara esa fuerza en una dirección fija, ¿hasta dónde llegaría? Ese es mi patriotismo; como le digo a usted, una idea experimental.

Kennedy contemplaba a César con curiosidad.

—¿Y de qué le puede servir estar aquí en Roma, para sus planes? —preguntó.

—Sí me puede servir. En España no me conoce nadie. Sólo aquí tengo cierta posición por ser sobrino de un cardenal. En eso quiero basarme. ¿Cómo me las voy a arreglar? No lo sé. Voy orientándome, sondeando.

—Pero la fuerza que pueda usted encontrar aquí será siempre de un carácter clerical —dijo Kennedy.

—¡Ah! Claro.

—¿Pero usted no es clerical!

—No; la cuestión es encaramarse; luego habrá tiempo de ir cambiando.

—Usted no cuenta, amigo César, con que la Iglesia es fuerte todavía, y que no perdona a quien la engaña.

—¡Bah! No le tengo miedo.

—¡Y decía usted que no es valiente! Sí, hombre, es usted un valiente... Ahora dudo de su éxito.

—Me faltan datos.

—Si yo se los puedo proporcionar...

—¿No le molestaría a usted ayudar a un enemigo en ideas?

—No. Yo también tengo ahora alguna curiosidad por ver si llega usted a hacer algo. Si le puedo ser útil, dígamelo usted.

—Se lo diré.

César y Kennedy dieron un paseo por las calles, y al anochecer se despidieron afectuosamente.

XIV

Nuevas tentativas, nuevos callejeos.

EL CARDENAL SPADA

Le he preparado a usted dos conferencias interesantes —dijo Kennedy unos días después.

—¡Hombre!

—Sí; una con el cardenal Spada, la otra con el abate Tardieu; a los dos les he hablado de usted.

—Muy bien. ¿Qué clase de gente son?

—El cardenal Spada es un hombre muy inteligente y muy amable. Es en el fondo liberal y amigo de los franceses; respecto al abate Tardieu, es un cura muy influyente de la iglesia de San Luis.

Fueron inmediatamente, después de almorzar, a una calle solitaria de la antigua Roma. A la puerta del palacio, grande y triste, en donde vivía el cardenal Spada, un portero con tricornio, gabán gris y bastón con bola de plata, miraba a los pocos transeúntes de la calle.

Entraron por el ancho portal, hasta un sombrío patio de columnas, empedrado con grandes losas ribeteadas por cintas de hierba verde.

En medio del patio, un surtidor de poca altura caía en un vaso de piedra cubierto de musgo.

Kennedy y César subieron la ancha escalera monumental; en el primer piso, una hermosa galería encristalada daba la vuelta al patio. Toda la casa tenía aire de solemnidad y de tristeza. Entraron en el despacho del cardenal, grande, triste y severo.

Monseñor Spada era hombre fuerte, a pesar de su edad; tenía tipo franco e inteligente, pero en su persona se adivinaba un fondo de amargura y de desolación. Vestía una sotana negra, con ribetes y botones rojos.

Kennedy se acercó para arrodillarse delante del cardenal, pero éste lo impidió.

César explicó sus ideas al cardenal con modestia. Comprendía que aquel hombre era digno de todos sus respetos.

Monseñor Spada escuchó atentamente, y luego dijo que él no entendía de asuntos financieros, pero que en principio era partidario de que la administración de los bienes de la Iglesia fuera completamente familiar, como en tiempo de Pío IX. León XIII había querido reemplazar este régimen paternal por una sabia burocracia, pero la Iglesia no había salido ganando nada, y habían ido al descrédito con los negocios desgraciados de compras de terrenos y de préstamos.

César comprendió que era inútil intentar convencer a un hombre de la inteligencia y de la austeridad del cardenal, y le escuchó respetuosamente.

Monseñor Spada conversó amablemente, les acompañó hasta la puerta y les despidió estrechándoles la mano.

EL ABATE TARDIEU

Fueron después a ver al abate Tardieu. El abate vivía en la plaza Navona. Su gabinete, alhajado a la moderna, hacía un efecto de contraste violento, llevando todavía el recuerdo del despacho suntuoso del cardenal Spada. El cuarto de trabajo del abate Tardieu era pequeño, mundano, lleno de libros y de fotografías.

El abate, joven, alto, flaco, de cara sonrosada, la nariz larga y boca casi de oreja a oreja, tenía aire de hombre astuto y jovial, y reía de todo cuanto le decían. Era la viveza personificada. Cuando entraron en su despacho estaba escribiendo y fumando.

César explicó sus conocimientos financieros y cómo

los había ido adquiriendo, hasta ver la ley, el sistema, dentro de donde los demás no ven mas que la casualidad.

El abate Tardieu prometió que si sabía manera de utilizar los conocimientos de César, le avisaría. Respecto a darle cartas de recomendación para personas influyentes de España, no tenía ningún reparo.

Se despidieron del abate.

—Esto ha de ser lento —dijo Kennedy.

—¡Ah! Claro. No se puede tener la pretensión de que sea en seguida.

BERNINI

—Si no tiene usted nada que hacer pasearemos —dijo el inglés.

—Lo que usted quiera.

—¿Se ha fijado usted en las fuentes de esta plaza?

—No.

—Pues vale la pena de fijarse.

César contempló el obelisco central. Se halla éste asentado sobre una roca excavada, como una caverna, en cuya abertura aparece un león. Después vieron las fuentes de los lados de la plaza.

—Estas esculturas son de Bernini —añadió Kennedy—. Bernini ha tenido una época en que ha sido muy maltratado por la crítica, pero ahora se le elogia mucho. A mí me encanta.

—Es algo macarrónico, ¿eh?

—Sí.

—¿No vivirá el autor?

—No, hombre; ¡por Dios!

—Porque si viviera hoy sería el encargado de hacer esas chucherías que algunos regalan a las primeras actrices y a los diputados del distrito. Sería el rey de los fabricantes de barómetros complicados.

—Sí, es indudable que Bernini tenía el gusto barroco.

—Da la impresión de un hombre algo farsante y afectado.

—Sí, era un napolitano exuberante, frondoso; pero cuando quería hacía maravillas. ¿No ha visto usted su Santa Teresa?

—No.

—Pues hay que verla. Vamos a tomar un coche.

Fueron hasta la plaza de San Bernardo, una plazuela con tres iglesias y una fuente, y entraron en Santa María della Vittoria.

Kennedy se dirigió directamente al altar mayor y se detuvo a la izquierda.

En un altar del transepto, escupildo en mármol, se ve un grupo que representa el éxtasis de Santa Teresa. César contempló el grupo absorto. La santa es una muchachita preciosa, caída de espaldas en un espasmo sensual; tiene los ojos cerrados, la boca entreabierta y la mandíbula un poco desencajada. Delante de la santa desmayada hay un angelito que le amenaza, sonriente, con un dardo.

—¿Eh, qué le parece a usted? —dijo Kennedy.

—Es admirable —exclamó César—. Pero ésta es una escena de alcoba, en donde se ha escamoteado el galán.

—Sí, es verdad.

—Es bonito de veras; en la cara de la santa parece que se nota la palidez, las ojeras, el aflojamiento de todos los músculos. Luego, el angelito es un guasón, que se está sonriendo de los éxtasis de la santa.

—Sí, es verdad —dijo Kennedy—; por eso mismo es más admirable, porque es tierno, sensual y gracioso a la vez.

—Ahora que esto no es sano —murmuró César—, esta clase de contemplaciones quita fuerza para vivir. Se quiere encontrar hecho en las obras artísticas lo que se debe buscar en la vida, aunque en la vida no se encuentre.

—Bueno, ya apareció el moralista. Parece usted un inglés —exclamó Kennedy—. Vámonos.

—¿Adónde?

—Yo tengo que pasar un momento por la Embajada francesa; luego iremos donde usted quiera.

RINCONES DE ROMA

Volvieron a tomar el coche, y atravesando el centro de Roma bajaron delante del palacio Farnesio.

—Dentro de unos diez minutos salgo —dijo Kennedy.

El palacio Farnesio le produjo a César una gran admiración; no había pasado nunca por delante de él. Desde una de las fuentes de la plaza estuvo contemplando aquel enorme edificio cúbico, que parecía un dado tallado en un inmenso bloque de piedra.

—Esto sí que da una impresión de grandeza y de fuerza —se dijo a sí mismo—. ¡Qué admirable palacio! Parece un antiguo caballero, cubierto de su armadura, que mira indiferente las cosas, seguro de su valor.

Paseó César de un extremo a otro de la plaza, absorto ante aquella majestad de piedra.

Kennedy le sorprendió en su contemplación.

—¡Y luego dirá usted que es un buen filisteo!

—Es que este palacio es magnífico. Se ve la grandeza, el poder, la fuerza avasalladora.

—Sí, es magnífico; pero muy incómodo, según dicen los colegas franceses.

Kennedy explicó a César la historia del palacio Farnesio. Fueron los dos por la vía del Mascherone a salir a la vía Giulia.

—Esta vía Giulia es una calle de capital de provincia —dijo Kennedy—; siempre triste, desierta; todavía vive por aquí algún cardenal amigo del recogimiento.

Enfrente de la vía de los Farnesios se detuvo César a mirar dos lápidas de mármol empotradas en la pared a ambos lados de la puerta de una capilla.

En las lápidas, grabados en negro, se veían unos esqueletos; en una ponía: «Limosna para los pobres muertos que se encuentran en el campo»; y en la otra: «Limosna para la lámpara perpetua del cementerio».

—¿Qué es esto? —dijo César.

—Es la iglesia de la Oración de la Cofradía de la Muerte. Las lápidas son modernas.

Pasaron de nuevo por delante del «Mascherone», y fueron callejeando hasta llegar a la Sinagoga y al Teatro Marcelo.

Recorrieron calles angostas y sin aceras; pasaron por encrucijadas que parecían de una ciudad muerta y por rincones de aldea. En algunas calles se alzaban los palacios, altísimos y sombríos, de piedra negruzca. Estos palacios misteriosos parecían deshabitados; las rejas estaban tomadas por el moho, en sus tejados nacían toda clase de hierbajos y sus balcones se cubrían de plantas trepadoras. En las esquinas, empotrados en las paredes, se veían nichos cubiertos de cristal. Una madona pintada, y ya ennegrecida, con adornos y corona de plata, se adivinaba en su fondo, y delante oscilaba un farolillo colgando de una cuerda.

Súbitamente, por una de estas calles estrechas y sin aceras, venía un carro a gran velocidad, y pasaba ahuyentando a las mujeres y a los chicos, sentados en el arroyo.

En todas aquellas barriadas pobres se veían callejuelas cruzadas por cuerdas llenas de harapos; tenduchos negros, de donde salía olor a grasa; callejones estrechos con montones de basura en medio. En los mismos palacios, ya exonerados de su grandeza, aparecía esta decoración de pingajos flotantes. En el Teatro Marcelo se hundía la vista en los arcos, convertidos en fraguas. Parecía algo infernal ver en el fondo de una de aquellas cuevas negras los herreros destacándose entre las llamas.

Esta mezcla de suntuosidad y de miseria, de belleza y de fealdad, se veía reflejada en la misma gente; mujeres jóvenes, bellísimas, alternaban con viejas gordas, negruzcas, cubiertas de harapos, de ojos sombríos, y tipo que recordaba las judías viejas de Africa.

LO QUE SE LEE EN LAS TAPIAS

Salieron César y Kennedy hacia el templo de Vesta, y siguieron por la orilla del río hasta donde acaban los malecones del Tíber.

Las orillas aquí eran verdes, y el río más claro y más poético. A la izquierda se erguía el Aventino con sus villas; en el puerto descansaban dos o tres remolcadores; y alguna que otra grúa se erguía a lo largo del muelle.

Caía la tarde y el cielo se llenaba de nubes rojas.

Se sentaron un momento al borde del camino, y César se entretuvo en descifrar las inscripciones trazadas con carbón en una tapia.

—¿Se dedica usted a la epigrafía moderna? —preguntó Kennedy.

—Sí. Es una de las cosas que me gusta leer en los pueblos adonde voy; los anuncios de los periódicos y los letreros de las tapias.

—Está bien esa curiosidad.

—Sí; yo creo que se ve mejor la vida actual de un pueblo en los letreros que en las guías y libros de estudio.

—Es posible. ¿Y qué consecuencias ha obtenido usted con sus observaciones?

—No valen gran cosa. No he edificado, como hubiera hecho ese farsante de Lombroso, una ciencia sobre la epigrafía de las tapias.

—Pero, en fin, ya la edificará usted cuando haya encontrado el sistema.

—Usted cree que la ciencia mía epigráfica está a la altura de mi ciencia financiera. ¡Qué error!

—Bueno, ¿y qué ha observado usted respecto a los pueblos?

—Por ejemplo, Londres he visto que es infantil en sus letreros y algo clownesco. Al londinense del pueblo, cuando no se le ocurre alguna tontería sentimental, se le ocurren brutalidades o payasadas.

—Es usted muy amable —dijo Kennedy riendo.

—París tiene el gusto encanallado y cruel; se ve en el francés del pueblo, alternativamente, el tigre y el mono. Allí lo que domina en las tapias es la nota patriótica, los insultos a los políticos, llamándoles asesinos y ladrones, y luego un sentimiento de venganza expresado en un ¡A muerte Dupin! o ¡A muerte Duval! También se ve un gran entusiasmo por la guillotina.

—¿Y Madrid?

—Madrid es un pueblo, en el fondo, arisco, moral y de poca imaginación, y los letreros de las tapias y de los bancos son primitivos.

—¿Y en Roma, qué se ve?

—Aquí se ve una mezcla de pornografía, de romanticismo y de política. El corazón atravesado por una flecha y las frases poéticas, alternan con alguna suciedad muy grande y con los vivas a la Anarquía y al Papa-rey.

—Está bien —dijo Kennedy—; veo que la epigrafía que usted cultiva no está mal. Hay que sistematizarla y darle un nombre.

—¿Qué le parece a usted que la llamemos, tapiografía?

—Muy bien.

—Entonces, la sistematizaremos uno de estos días, Ahora podemos irnos a cenar.

Tomaron el tranvía que tornaba de San Pedro extramuros y volvieron hacia el centro.

EL FRAILE DE LA NARIZ ROJA

Al día siguiente, César estaba acabando de vestirse, cuando le avisó el mozo que un señor le esperaba.

—¿Quién es? —preguntó César.

—Es un fraile.

Salió César al salón y se encontró con un fraile alto y mal encarado, de nariz rojiza y hábito raído.

César recordaba haberlo visto, pero no sabía dónde.

—¿Qué se le ofrece a usted? —preguntó César.

—Vengo de parte de su eminencia el cardenal Fort. Necesito hablar con usted.

—Podemos pasar al comedor. Estaremos solos.

—Sería mejor que habláramos en su cuarto.

—No, aquí no hay nadie. Además, tengo que desayunar. ¿Quiere usted acompañarme?

—Gracias —dijo el fraile.

César recordó haber visto aquella cara en el palacio

Altemps. Era sin duda uno de los familiares que estaban con el abate Preciozi.

Vino el mozo a traer el desayuno de César.

—Usted dirá —dijo César al eclesiástico, mientras llenaba su taza.

El fraile esperó a que se fuera el criado, y luego, con voz dura, dijo:

—Su eminencia el cardenal me ha enviado con la orden de que no vuelva usted a presentarse en ninguna parte dando su nombre.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir eso? —preguntó César con calma.

—Quiere decir que su eminencia se ha enterado de sus intrigas y maquinaciones.

—¿Intrigas? ¿Qué intrigas son esas?

—Usted lo sabrá. Y su eminencia le prohibe seguir por ese camino.

—¿Que me prohibe a mí hacer visitas su eminencia? ¿Y por qué?

—Porque toma usted su nombre para presentarse en ciertos sitios.

—No es verdad.

—Usted ha dicho donde ha ido que es sobrino del cardenal Fort.

—¿Y no lo soy? —preguntó César después de tomar un sorbo de café.

—Es que usted se quiere valer de su parentesco, no se sabe con qué fines.

—¿Que yo me quiero valer del parentesco del cardenal Fort? ¿Y por qué no?

—¿Lo confiesa usted?

—Sí, lo confieso. La gente es tan imbécil, que cree que tener un cardenal en la familia es un honor; yo me aprovecho de esa idea estúpida, aunque no la comparto, porque para mí un cardenal es solamente un objeto de curiosidad de museo arqueológico...

César se detuvo, porque la fisonomía del fraile se ensombrecía. En el crepúsculo de su cara pálida, su nariz parecía un cometa que indicase una calamidad pública.

—¡Desgraciado! —murmuró el fraile—. No sabe us-

ted lo que dice. Está usted blasfemando. Está usted ofendiendo a Dios.

—¿Pero de veras cree usted que Dios tiene alguna relación con mi tío? —preguntó César atendiendo al pan tostado más que a su intelocutor.

Y luego añadió:

—La verdad es que sería una extravagancia por parte de Dios.

El fraile miraba a César con ojos terribles. Aquellos ojos grises, debajo de las cejas largas, negras y cerdosas, fulguraban

—¡Desgraciado! —volvió a repetir el fraile—. Debía usted tener más respeto con lo que es superior a usted.

César se levantó.

—Me está usted molestando e impidiéndome tomar el café —dijo con finura—, y tocó el timbre.

—¡Tenga usted cuidado! —exclamo el fraile, agarrando del brazo a César con violencia.

—No vuelva usted a tocarme —dijo César, desasiéndose violentamente, con la cara pálida y los ojos brillantes—, porque tengo aquí un revólver de cinco tiros, y tendré el gusto de disparárselos uno a uno, tomando por blanco ese faro que lleva usted en la nariz.

—Dispare usted, si se atreve.

Afortunadamente, al ruido del timbre había entrado el mozo.

—¿Quiere algo el señor? —preguntó.

—Sí, que le acompañe usted a la puerta a este eclesiástico y que le diga usted de paso que no vuelva más por aquí.

Días después, César supo que en el palacio Altemps había habido gran revuelo, a consecuencia de sus visitas. Preciozi había sido castigado y enviado fuera de Roma, y los varios conventos y colegios de españoles, advertidos para que no recibieran a César.

XV

Juan Bautista, el pagano.

Amigo César —dijo Kennedy—, creo que es muy difícil que usted encuentre lo que pretende, a fuerza de buscarlo. Hay que dar un poco a la casualidad.

—¿Abandonarse a los acontecimientos si vienen? Me parece bien.

—Luego, si encuentra usted algo aprovechable, lo utiliza.

Kennedy llevó a su amigo a una tienda de estatuas, en donde solía pasar él algunas horas. Estaba esta tienda en una callejuela próxima al Foro, y se vendían en ella antigüedades, mayólicas y vaciados en yeso de dioses paganos.

La tienda era obscura y algo sombría, con un pequeño patio en el fondo, cubierto con parras. El dueño era un viejo de bigote y perilla y melena blanca. Se llamaba Juan Bautista Lanza, profesaba ideas revolucionarias y tenía gran entusiasmo por Mazzini. Se expresaba de una manera irónica y maliciosa.

La señora Victoria, su mujer, era una vieja gruñona y un poco aficionada al vino. Hablaba como el bajo pueblo de Roma, tenía color de aceituna, estaba arrugada, y de su antigua belleza le quedaban, como restos, los ojos negrísimos y el cabello todavía negro.

La hija, Simonetta, una muchacha parecida al padre, rubia, con un cuerpo de diosa, era la que atendía a los parroquianos y llevaba las cuentas.

Simonetta, como administradora, distribuía las ganancias; el hijo mayor era el maestro del taller y el que

ganaba más; después, dos operarios de fuera; luego, el padre, a quien se le conservaba el jornal por consideraciones a su edad, y, por último, el hijo pequeño, de doce o catorce años, que hacía de aprendiz.

Simonetta daba a su madre lo indispensable para el gasto de la casa, y lo demás lo manejaba ella.

Estos detalles contó Kennedy el primer día en que fueron a casa de Juan Bautista Lanza. César pudo ver a Simonetta llevando las cuentas, mientras el hermano pequeño, con una blusa blanca que le llegaba a los talones, perseguía a un perro, con una pipa en la mano, agarrada por la parte gruesa, como si fuera una pistola. El perro ladraba y le tiraba de la blusa; el chico gritaba y reía, cuando salió la señora Victoria vociferando.

Kennedy presentó a Simonetta a su amigo César, y ella sonrió y le dió la mano.

—¿Está el señor Juan Bautista? —preguntó Kennedy a la señora Victoria.

—Sí, está en el patio —contestó ella con su aspecto sombrío.

—¿Tiene algo la mamá? —dijo Kennedy a Simonetta.

—Nada.

Entraron en el patio, y Juan Bautista se levantó muy fino y saludó a César. El hijo mayor y dos operarios, con blusas blancas y gorros de papel, estaban limpiando con agua y unos alambres un molde en yeso que acababan de sacar.

El molde era de un bajorrelieve grande, para un *vía crucis*. Juan Bautista se permitió hacer varias consideraciones burlonas acerca del *vía crucis*, que su hijo y los otros dos obreros oyeron con gran indiferencia; pero cuando estaba vaciando el depósito de sus ironías anticristianas, se oyó la voz de la señora Victoria, que gritó imperiosamente:

—¡Juan Bautista!

—¿Qué hay?

—Que ya basta, que ya basta, que te estoy oyendo desde aquí.

—Es mi mujer —dijo Juan Bautista—, que no quiese que falte al respeto a los santos de yeso.

—¡Eres un pagano! —gritó la vieja—. Ya verás, ya verás lo que te va a pasar.

—¿Qué quieres que me pase, hija mía?

—Déjele usted —exclamó el hijo mayor, incomodado—; siempre tiene usted que estar haciendo rabiar a la madre.

—No, muchacho, no; es ella la que me hace rabiar a mí.

—Juan Bautista está acostumbrado a vivir entre dioses —dijo Kennedy— y desdeña a los santos.

—No, no —replicó el vaciador —; hay santos que están bien. Si todas las iglesias tuvieran figuras de Donatello o de della Robbia, yo iría a la iglesia con más frecuencia; pero ver esas estatuas de las iglesias jesuíticas, esas figuras con los brazos abiertos y los ojos en blanco... ¡Oh, no! Eso yo no lo puedo ver.

César pudo notar que Juan Bautista se explicaba muy bien; pero que no era un águila precisamente para el trabajo. Después de que el molde del bajorrelieve quedó limpio y arreglado, el vaciador invitó a César y a Kennedy a tomar un vaso de vino en un establecimiento próximo.

—¿Pero qué, se va usted ya, padre? —dijo Simonetta, cuando pasó por la tienda para ir a la calle.

—Sí, vuelvo, vuelvo en seguida.

SUPERSTICIONES

Se metieron los tres en una taberna, un tanto sucia, de la misma callejuela, y se colocaron en la ventana. El sitio era buen punto de observación en aquella vía estrecha, popular y pintoresca.

Pasaban obreros, vendedores ambulantes, mujeres con un pañuelo medio toquilla medio bufanda, de ojos negros y tipo expresivo. Enfrente había un puesto de caramelos de color, higos secos atravesados por un trozo de caña, y diversas clases de dulces.

Pasó un carro de vino, y Kennedy hizo fijarse a César en lo decorativo que resultaba, con su gran sillón

en medio y su capota encima como la concha de un apuntador.

Juan Bautista pidió un frasco de vino para los tres. Mientras charlaba y bebía fueron a saludarle algunos amigos. Eran de estos hombres de barba, melena y sombrero blando, tipos a lo Garibaldi y a lo Verdi, que tanto abundan en Italia.

Entre ellos había dos viejos extraños: uno era modelo, nacido en Frascati, y tenía facha de apóstol venerable; el otro, en cambio, parecía un bufón y poseía una nariz grotesta, larga y ancha en la punta, adornada por una verruga roja.

—Mi mujer los odia a todos estos a muerte —dijo Juan Bautista riendo.

—¿Y por qué? —preguntó César.

—Porque hablamos de política y me piden alguna vez unos cuartos...

—Su mujer debe tener el genio vivo... —dijo César.

—Sí, es una infeliz; buena, buenísima; pero muy supersticiosa. El cristianismo no ha creado mas que supersticiones.

—Juan Bautista es un pagano, como dice muy bien su mujer —afirmó Kennedy.

—¿Y qué supersticiones tiene su mujer? —preguntó César.

—Todas. El romano es muy supersticioso, y mi mujer es romana. Si ve un jorobado, es buena suerte; si se ven tres, ya la suerte es magnífica y hay que tragar la saliva tres veces; en cambio, si se ve una jorobada es mal augurio y hay que escupir al suelo para echar la «jettatura». Tres curas juntos es muy buen signo. En Roma todos debíamos vivir muy bien, porque vemos tres y hasta treinta curas juntos.

—La araña también es muy significativa —dijo Kennedy—; por la mañana es mala señal y por la tarde buena.

—¿Y al mediodía? —preguntó César.

—Al mediodía —contestó Lanza riéndose— significa muy poca cosa. Pero si se quiere asegurarse de si es buen indicio o malo, se mata a la araña y se cuentan

las patas; si son pares, es buena señal, y si son nones, mala.

Pero yo creo que todas las arañas tienen siempre un número par de patas —dijo César.

—Claro —contestó el viejo—; pero mi mujer jura que no; que ha visto muchas de siete y de nueve patas. Es la extravagancia religiosa.

—¿Y hay mucha gente así, crédula? —preguntó César.

—¡Oh! Mucha —respondió Lanza—; por las tiendas verá usted amuletos, cuernos, manos de coral o herraduras, para quitar la mala suerte. Mi mujer y las vecinas juegan a la lotería combinando el número del nacimiento, la edad de los padres, de las madres y de los hijos. Cuando se muere algún pariente, en seguida hacen una cábala con la fecha que nació y murió, y con el día y el mes, y compran un billete de la lotería. No les toca nunca, y en vez de comprender que sus combinaciones no sirven para nada, dicen que les faltó tener en cuenta el número de las letras del nombre del difunto o cualquier otra cosa por el estilo. Es cómica tanta religión y tanta superstición.

—Pero usted confunde la religión y la superstición, amigo Lanza —dijo Kennedy.

—Es igual —contestó el viejo, sonriendo con su sonrisa suave e irónica—. No hay mas que la naturaleza.

—¿Y usted no cree en el milagro, Juan Bautista? —preguntó el inglés.

—Sí; creo en el milagro de la tierra al hacer que nazcan árboles y flores, y en el milagro de que los hijos nazcan de sus madres. En los demás milagros no creo. ¿Para qué? ¡Son tan insignificantes al lado de los hechos de la naturaleza!

—Es un pagano —afirmó de nuevo Kennedy.

JÓVENES PINTORES

Estaban charlando cuando se presentaron en la taberna tres muchachos jóvenes, los tres con aire de artistas, traje negro, sombrero blando, corbata flotante, melena y pipa.

—De éstos, dos son paisanos de usted —dijo Kennedy a César.

—Son pintores españoles —añadió el viejo—. El otro es un escultor que ha estado en la Argentina, y habla también el español.

Entraron los tres y se sentaron en la misma mesa y fueron presentados a César. Hablaron por los codos. El italiano Buonacossi era todo un tipo. De estatura pequeña, tenía un torso de gigante y unas piernas fuertes y cortas. Su cabeza era de aguilucho, la nariz corva, afilada y rojiza, los ojos redondos y el pelo negro.

Buonacossi se manifestó alegre, exagerado, cambiante y lleno de vehemencia.

Expuso sus ideas artísticas con un fuego pintoresco, mezclándolas con blasfemias y maldiciones. Las cosas le parecían lo mejor o lo peor del mundo. Para él, sin duda, no había términos medios.

De los dos españoles, uno era serio, grave, cetrino, de cara avinagrada, y se llamaba Cortés; el otro, grueso, ordinario, encarnado y basto, tenía trazas de matón.

Juan Bautista no podía estar mucho tiempo fuera del taller, porque sin duda le remordía la conciencia, y, aunque con gran pena, se levantó y se fué. Kennedy, César y los dos españoles fueron hacia la plaza del Capitolio, y Buonacossi se marchó en sentido opuesto.

Al llegar a la vía Nacional, Kennedy se despidió y César quedó con los dos españoles. El grueso y rojo, de aire de matón, se puso a burlarse cómicamente de los italianos, y a remedar sus saludos y sus reverencias; luego dijo que tenía una cita con una mujer y se apresuró a despedirse.

Al marcharse, el español grave, de cara avinagrada, le dijo a César:

—Este es igual que los guapos de aquí, por eso los imita tan bien.

Después Cortés le habló de sus estudios de pintor; adelantaba poco, no tenía dinero y, además, no le gustaba nada Roma. Todo le parecía malo, absurdo, ridículo.

César, cuando se despidió de él, murmuraba:

—La verdad es que los españoles somos una gente imposible.

XVI

El retrato de un Papa.

Dos o tres días después se encontró César con el español Cortés en la plaza Colonna. Se saludaron. El pintor, flaco y de aire avinagrado, iba con un joven alemán imberbe, rojo y chato. Este joven era también pintor, según dijo Cortés; llevaba sombrero verde con una pluma de gallo, esclavina azul, anteojos gruesos, grandes botas, y tenía cierto aire de chino rubio.

—¿Quiere usted venir con nosotros a la Galería Doria? —preguntó Cortés.

—¿Qué hay en esa galería?

—Un retrato de Velázquez tremendo.

—Yo le advierto a usted que no entiendo nada de pintura.

—Nadie entiende nada —afirmó rotundamente Cortés—. Cada cual dice lo que le parece.

—¿Está cerca esa galería?

—Sí, aquí un paso.

En compañía de Cortés y del alemán del sombrero verde con la pluma de gallo, fué César a la plaza del Colegio Romano, en donde se encuentra la Galería Doria. Vieron una porción de cuadros, que a César no le parecieron mejores que los de las tiendas de antigüedades y prenderías, y que merecieron sabios comentarios del alemán. Luego Cortés les llevó a un saloncillo tapizado de verde y alumbrado por la luz de una claraboya. En el saloncito únicamente se veía el retrato del Papa. Para contemplarlo cómodamente desde el frente había instalado un sofá.

—¿Este es el retrato de Velázquez? —preguntó César.

—Sí, éste es.

César lo contempló con atención.

—Este hombre había comido y bebido bien antes de que lo retratasen —dijo César—; tiene la cara inyectada.

—¡Es extraordinario! —exclamó Cortés—. ¡Hay que ver cómo está hecho! ¡Qué bárbaro! Todo es rojo, la muceta, el capelo, el fondo de las cortinas... ¡Vaya un tío!

El alemán manifestó sus opiniones en su lengua y sacó un cuaderno y un lápiz y escribió varias notas.

—¿Y qué clase de hombre era éste? —preguntó César, a quien la cuestión técnica de la pintura no le preocupaba como a Cortés.

—Dicen que era hombre de inteligencia roma y que vivió dominado por una mujer.

—Lo grande es —murmuró César—, cómo el pintor lo ha dejado ahí viviendo. Parece que hemos entrado a saludarle y que espera que le hablemos. Esos ojos claros nos están interrogando. Es curioso.

—¿Curioso? No —exclamó Cortés—. Es admirable.

—Para mí, más curioso que admirable. Hay en este Papa algo de bruto; por entre la barba gris, tan poco espesa, se ve el mentón saliente. El buen señor tenía un prognatismo marcado, tipo de degeneración, indiferencia, torpeza intelectual, y, sin embargo, llegó a lo alto. Quizá en la Iglesia, como en el agua, sólo floten los corchos.

LA LEYENDA Y LA HISTORIA

César salió del saloncillo, dejando al alemán y a Cortés sentados en el sofá, absortos delante de la pintura; contempló varios cuadros de la galería, volvió y se sentó al lado de los pintores.

—Este retrato —dijo después— es como la historia al lado de la leyenda. Toda esa pintura que hay en estas galerías es la leyenda, el «folk- lore», creo que se dice así. Esta es la historia.

—Eso es. Esto es la verdad —afirmó Cortés.

—Sí, pero hay gente a quien no le gusta la verdad, amigo Cortés. Yo diré: éste es un hombre de carne, algo enigmático, como la misma naturaleza, con arterias en donde late la sangre; éste es un hombre que respira y que digiere, y no una amable abstracción; usted, que lo entiende, dirá que el dibujo es perfecto y el color tal como es en la realidad; pero, ¡y al que no le guste la realidad!

—A ese escritor Sthendal le pasaba eso con este retrato —dijo Cortés—: le chocaba que estuviera entre obras maestras.

—Le parecía malo, sin duda.

—Muy malo.

—¿Ese Sthendal era inglés?

—No, francés.

—¡Ah!, entonces no le choque a usted. Un francés no tiene la obligación de comprender nada que no sea francés.

—Sin embargo, era un hombre inteligente.

—¿Sería muy respetuoso?

—No, él se jactaba de no serlo.

—Pues sin duda lo era, sin sospecharlo. A un hombre que no sea respetuoso, ¿qué le importa que en medio de cosas buenas haya una mala?

El alemán del sombrero verde, que entendía algo de la conversación, estaba indignado con las ideas irreverentes de César. Le preguntó si sabía latín, y César le dijo que no, y entonces, en una extraña jerga, medio latina, medio italiana, soltó una serie de datos, de fechas y de nombres. Luego afirmó que todo lo artístico verdaderamente grande era germánico. Grecia, Roma, el arte gótico, el Renacimiento italiano; Leonardo de Vinci, Velázquez, todo germánico.

El joven chato de la esclavina y del sombrero verde con la pluma de gallo no dejaba salir una rata de su ratonera germánica.

Para César eran demasiados datos los del alemán gallístico, y se despidió de los pintores.

XVII

Malos días.

César, acompañado de Kennedy, visitó repetidas veces a los más conspicuos miembros del elemento clerical francés que vivían en Roma, y encontró gente más culta que entre los cerriles frailes españoles; pero, como era natural, nadie le dió una indicación útil que le ofreciera la posibilidad de poner sus talentos financieros a prueba.

—Algo ha de venir —se decía—, y al menor indicio nos lanzaremos a trabajar.

César estaba reuniendo datos acerca de la gente que tenía relación en España con el mundo negro de Roma; visitó varias veces al Padre Herreros, a pesar de la prohibición de su tío, y logró que el fraile escribiera a la marquesa de Montsagro, preguntándole si no habría medio de que fuera diputado conservador por su distrito César Moncada, el sobrino del Cardenal Fort.

La marquesa contestó diciendo que era imposible; el diputado conservador por el distrito era muy estimado y de mucho arraigo.

Al terminar Semana Santa, Laura, con la Brenda y su hija, decidieron ir a pasar una temporada a Florencia, e invitaron a César a acompañarlas; pero éste se encontraba en muy mala armonía con la Brenda, y dijo que necesitaba quedarse en Roma.

Pocos días después se marcharon la Dawson con sus hijas, las de San Martino y la marquesa Sciacca, y una avalancha de ingleses y alemanes, armados de sus Boe-

deker rojos tomaron por asalto el hotel. Susana Marchmont había ido a pasar unos días a Çorfú.

En menos de una semana César se quedó solo, sin conocer a nadie en la casa, y, a pesar de que creía que esto le iba a ser perfectamente igual, se sintió abandonado y triste. La influencia del tiempo primaveral influía también en él. El cielo, azul profundo, sin una nubecilla, denso, obscuro, le hacía languidecer. En vez de entretenerse en algo, casi durante todo el día no hacía mas que andar.

DOS HOMBRES ABSURDOS

Tengo en el hotel de continuo a mi lado —escribía César a Alzugaray— dos compañeros absurdos: el uno es un alemán de estos rojos, fornidos, de cogote cuadrado; el otro, un noruego delgado y fino. El alemán, que es comandante de no sé qué arma, es un hombre inquieto, que no comprendo qué demonios hace. Continuamente anda llevando y trayendo maletas y cajas, acompañado de un criado triste, vestido de negro, que parece que está renegando de su oficio. El comandante debe dedicarse por las mañanas a hacer gimnasia, porque desde mi cuarto, que está pared por medio del suyo, le oigo dar saltos y echar pesas al suelo, que deben ser de media tonelada cada una, a juzgar por el ruido que hacen.

Todo esto lo hace a la voz de mando, y cuando algún movimiento no le sale bien se riñe a sí mismo.

Este alemán no para un momento; abre la puerta del salón, lo atraviesa, se asoma a la ventana, toma un periódico, lo deja. Es un tipo que me pone nervioso.

El noruego, al principio parecía un hombre razonable, algo adusto. A mí me miraba foscamente; yo le contemplaba con parecida fosquedad y me lo figuraba un pensador, un ibseniano que tenía la imaginación perdida entre los hielos de su país. Alguna que otra vez le veía paseándose en el pasillo, frotándose las ma-

nos de una manera tan continua y tan frenética que sacaba un ruido de huesos.

De pronto, este señor se transforma como por arte de magia, empieza a bromear con los criados, baila agarrado a una silla, y el otro día lo vi solo dando vueltas al salón con un sombrero de papel en la cabeza, como los chicos que juegan a los soldados, y tocando una corneta, también de papel.

Le miré atónito, él se sonrió como un niño y me preguntó si me molestaba.

—No, no; nada de eso —le dije.

He preguntado en el hotel si este hombre está loco, y me han dicho que no, que es un profesor, un hombre de ciencia, a quien se conoce que le dan estos extraños arrechuchos de alegría.

Otra de las ocurrencias del noruego ha sido componer una serenata, una melodía vulgarísima que a ti te indignaría y que la ha dedicado «A la bella Italia». El mismo ha puesto la letra en italiano; pero como no sabe música, ha mandado venir a un pianista y le ha hecho escribir su serenata. Sobre todo, lo que quiere es que tenga mucho sentimiento; así que el pianista ha intercalado una serie de acotaciones con muchas pausas, que han dejado al noruego satisfecho. Casi todas las noches se canta la serenata «A la bella Italia». Alguno que se quiere divertir se pone al piano, el noruego toma una actitud lánguida y entona su serenata. Unas veces va delante, otras detrás del piano, pero invariablemente cuando acaba oye el estrépito de los aplausos y saluda muy entusiasmado.

No sé si es que la gente se ríe de él, o si es él quien se ríe de la gente.

El otro día me dijo, en italiano macarrónico:

—Señor español; yo tengo buena vista, buen oído, buen olfato y... mucho sentimiento.

Yo no comprendí bien lo que me quería dar a entender y no le hice caso.

Parece que el noruego se va pronto, y a medida que se acerca el día de la marcha se va poniendo fúnebre.

TRISTEZA DE VIVIR

No sé por qué no me voy —escribía César otro día a su amigo—. Cuando salgo por la tarde y veo estas casas de ocre a un lado y a otro, arriba el cielo azul, me entra una tristeza horrible. Estos días de primavera me abruman, me dan ganas de llorar; me parece que sería mejor haber muerto, no dejando la tumba y el nombre y otras cosas ridículas y desagradables, sino desapareciendo en el aire o en el mar. Parece mentira; nunca me he divertido tanto como una vez que me encontré en París, enfermo, solo y con unas calenturas. Estaba en un cuarto de un hotel y daba la ventana a un jardín de una casa rica, y se veían las copas de los árboles, y yo transformaba aquello en un bosque virgen, en el que me pasaban aventuras admirables.

Después de esto, he pensado muchas veces que las cosas, probablemente, no son buenas ni malas, ni tristes ni alegres de por sí; el que tiene nervios sanos y normales, y el cerebro igualmente sano, refleja bien las cosas ambientes como un buen espejo, y siente con seguridad la impresión de su acuerdo con la naturaleza; ahora, los que tenemos los nervios desquiciados y el cerebro, probablemente, desquiciado también, formamos imágenes defectuosas. Así, yo en París, enfermo y recluído, me encontraba alegre; y aquí, sano y fuerte, cuando contemplo al anochecer estos cielos espléndidos, estos palacios, estas tapias amarillas que toman tonos extraordinarios, me siento uno de los hombres más miserables del planeta...

UN DOMINGO POR LA TARDE

La intranquilidad inducía a César a tomar resoluciones absurdas que luego no realizaba.

Un domingo, en los primeros días de abril, salió a la calle dispuesto a marcharse de Roma, por el camino, a cualquier parte. Caía una lluvia densa y menuda, el

cielo estaba gris, el tiempo templado, las calles llenas de charcos, las tiendas cerradas; algunos vendedores ofrecían ramos de almendro llenos de flor.

Sentía César una gran depresión. Entró en una iglesia a guarecerse de la lluvia. Estaba la iglesia llena; había mucha gente en medio; no sabía qué hacían. Estaban, sin duda, congregados para algo, aunque César no comprendió para qué. César se sentó en un banco, aniquilado; hubiera querido oír la música del órgano, oír un coro de niños. No se le ocurrían mas que ideas sentimentales. Pasó algún tiempo, y un cura empezó a predicar.

César se levantó y se fué a la calle.

—Hay que olvidar estas impresiones miserables, volver a las ideas nobles; hay que luchar con esta lepra sentimental.

Se puso a marchar a grandes pasos por las calles desiertas y tristes.

Salió hacia el río y se encontró con Kennedy, que volvía, según le dijo, del estudio de un escultor amigo suyo.

—Tiene usted aire de desolación, ¿qué le pasa a usted?

—Nada, pero estoy de un humor de dos mil diablos.

—Yo también estoy melancólico. Será el tiempo. Daremos un paseo.

Fueron los dos por la orilla del Tíber. El río, arcilloso, más turbio que de ordinario y muy crecido, encerrado entre dos paredones blancos, parecía una gran alcantarilla.

—Este no es el «Cœruleus Tibris» de que habla Virgilio en la *Eneida* y que se presenta a Eneas bajo las apariencias de un anciano con la cabeza coronada de rosas —dijo Kennedy.

—No. Es un río horrible —afirmó César.

Siguieron la orilla, pasaron por delante de Sant Angelo y del puente de las estatuas.

Ahora, a la derecha, desde un pretil, se veían callejuelas angostas, hundidas casi por debajo del nivel del

río. En la otra orilla se erguía entre la lluvia un edificio nuevo y blanco.

Siguieron hasta la plaza de Armas, y luego volvieron al anochecer a Roma. Iba cesando la lluvia y el cielo parecía más amenazador; una fila de mecheros de gas, verdosos, seguía el malecón del río, y luego pasaba por encima del puente.

Fueron a la plaza del Popolo, y por la calle del Balbuino a la plaza de España.

—¿Quiere usted que mañana vayamos a una abadía de benedictinos? —le dijo Kennedy.

—Bueno.

—Y si sigue usted melancólico, le dejaremos allá.

LA ABADÍA

Al día siguiente, después de almorzar, fueron Kennedy y César a visitar la abadía de San Anselmo, en el Aventino. El abad, Hildebrandus, era amigo de Kennedy, y también inglés.

Tomaron un coche y Kennedy mandó parar en la iglesia de Santa Sabina.

—No es hora todavía para ir a la abadía. Veremos esta iglesia, que es, entre las romanas, de las que se conservan mejor.

Entraron en la iglesia; pero hacía tanto frío, que César salió en seguida y se quedó en el pórtico. Había allí un vendedor de rosarios y de fotografías que no hablaba apenas italiano ni francés, pero sí español. Probablemente sería judío.

Le preguntó César en dónde fabricaban aquellas baratijas religiosas, y le dijo el vendedor que en Westfalia.

Kennedy fué a contemplar un cuadro de Sassoferato que hay en una capilla de la iglesia, y mientrastanto el vendedor de rosarios le enseñó a César la puerta y le explicó los distintos bajorrelieves esculpidos en madera de ciprés por artistas griegos del siglo v y que representan escenas del Antiguo y Nuevo Testamento.

Volvió Kennedy, montaron de nuevo en el coche y se detuvieron en la abadía de los benedictinos.

—¿Está el abad Hildebrandus? —preguntó Kennedy.

Salió el abad, un hombre de unos cincuenta años, con una cruz dorada en el pecho. Cambiaron algunas palabras amables, y el superior les enseñó el convento.

El refectorio era limpio y muy espacioso; la mesa, larga, de madera brillante; el suelo, hecho de mosaico. La cripta tenía una estatua, que supuso César si sería de San Anselmo. La iglesia era severa, sin un adorno, sin un cuadro, de aire primitivo, con columnas de granito fino que parecía mármol. Un fraile estaba tocando el armonium, y en aquella luz opaca y velada, esta música débil daba la impresión extraña de algo fuera de la vida.

Atravesaron después el gran patio con palmeras. Subieron al segundo piso y recorrieron un pasillo con celdas, las cuales tenían en el dintel el nombre del santo protector de cada uno de los frailes. Todas las puertas tenían una tarjeta con el nombre del que ocupaba el cuarto.

Aquello parecía más bien un balneario que un convento. El interior de las celdas era confortable, sin ningún aire triste; cada uno tenía su cama, su diván y su pequeña biblioteca.

Por una ventana que había al final del corredor se veían, a lo lejos, los montes Albanos, como una cordillera azul, oculta a medias por brumas blancas, y cerca se divisaban los árboles del cementerio protestante y la próxima pirámide de Cayo Cestio.

César iba sintiendo como una gran repugnancia por aquella gente recluída allí, alejada de la vida y defendida de ella por una porción de cosas.

—Ese hombre que toca el armonium en esa iglesia de una luz opaca es un cobarde —se dijo—. Hay que vivir y luchar al aire libre, entre los hombres, en medio de las pasiones y de los odios, aunque tiemble y se estremezcan estos miserables nervios.

Después de enseñar el convento, el abad Hildebrandus les llevó a su despacho, en donde trabajaba revi-

sando traducciones antiguas de la Biblia. Tenía copias fotográficas de todos los textos latinos y los iba cotejando con el original.

Se habló de la marcha de la Iglesia, y el abad comentó con cierto desprecio el éxito mundano de las iglesias jesuíticas, con sus santos, que sirven lo mismo para encontrar maridos y novias ricas que para ganar en la lotería.

Antes de salir se asomaron a una ventana que daba al otro extremo del corredor, adonde se habían asomado antes. Abajo se veía el Tíber, hacia el puerto de Ripa; enfrente, las alturas del Janículo, y más lejos, San Pedro.

Al salir Kennedy, le dijo a César:

—¿Qué demonio de efecto le ha hecho a usted la abadía, que sale usted más jovial?

—Me ha corroborado en mi idea, que estos días había perdido.

—¿Qué idea es ésa?

—Que en la vida no hay que defenderse, sino atacar, atacar siempre.

—¿Y ya está usted tranquilo con eso?

—Sí.

EL JARDÍN DE PIRANESI

—Me alegro, porque estando triste tiene usted un aire lastimoso. ¿Quiere usted que veamos el Priorato de Malta, que está aquí, a un paso?

—Bueno.

Bajaron en el coche hasta el Priorato de Malta. Llamaron a la puerta y salió una mujer que conocía a Kennedy, y les dijo que esperasen un momento y abriría la iglesia.

—Aquí tiene usted —dijo Kennedy— lo que queda de la famosa Orden de San Juan de Jerusalén. Bonaparte, ese hombre antihistórico, la arrojó de Malta. La Orden intentó establecerse en Catania, y luego en Ferrara, hasta refugiarse aquí. Ya no tiene bienes y no le quedan mas que sus recuerdos y sus archivos.

—Así verán a nuestra Santa Madre Iglesia nuestros

descendientes. En Chicago o en Boston el viajero verá una capillita abandonada y preguntará: ¿Qué es esto?; y le dirán: Es lo que queda de la Iglesia Católica.

—No discurra usted como un Homais —dijo Kennedy.

—No sé quién es Homais —repuso César.

—Un boticario ateo de la novela de Flaubert: *Madame Bovary*. ¿No la ha leído usted?

—Sí; tengo una vaga idea de haberla leído. Una cosa muy pesada; sí..., creo que la he leído.

Abrió la mujer y entraron los dos en la iglesia. Era pequeña, recargada de adornos: vieron la tumba del obispo Spinelli y la virgen del Giotto, y después pasaron a una sala engalanada con banderas rojas, con una cruz blanca, y en cuyas paredes se leían los nombres de los Grandes Maestros de la Orden de Malta. La mayoría de los nombres eran franceses y polacos. Había dos o tres españoles, y entre ellos, el de César Borgia.

—Su paisano y tocayo fué también Gran Maestre de Malta —dijo Kennedy.

—Eso parece —repuso César con indiferencia.

—Veo que habla usted con desdén de aquel hombre extraordinario. ¿No le es a usted simpático?

—La verdad, no conozco su historia.

—¿De veras?

—¿Sí?

—¡Qué extraño! Mañana mismo tenemos que ir a la sala Borgia del Vaticano.

—Bueno.

Vieron el modelo de una galera antigua que había en la misma sala, y salieron de la iglesia al jardín trazado por Piranesi. La mujer les mostró una palmera viejísima, agujereada por una granada desde el año 49. Había durado así más de medio siglo, y hacía solamente unos días que el tronco de la palmera se había roto.

Del jardín, por una calle entre árboles, salieron al baluarte de Pablo III, una plazoleta desde la que se divisaba a los pies el Tíber, y enfrente el panorama de Roma y de sus alrededores, bajo la luz de un hermoso sol de primavera...

XVIII

La divisa de César Borgia «Aut Cæsar, aut nihil».

LOS BORGIAS

El día siguiente era día propicio para visitar la sala de los Borgias; se citaron César y Kennedy en la plaza de San Pedro, entraron en el Museo del Vaticano y fueron por una serie de escaleras y de pasillos a la galería de las inscripciones.

Bajaron después a una sala en cuya puerta había guardias vestidos con trajes acuchillados con cuchilladas rojas, amarillas y negras. Algunos de éstos llevaban alabardas, y otros espadas.

—¿Por qué aquí los guardias visten de otra manera? —preguntó César.

—Es que esto ya pertenece a los dominios del Papa.

—¿Y qué clase de guardias son éstos?

—Son los suizos pontificios.

—Tienen un aire bastante zarzuelesco —dijo César.

—Hombre, no diga usted eso. Estos trajes fueron dibujados nada menos que por Miguel Angel.

—Sí; entonces parecerían bien; pero ahora dan una impresión teatral.

—Es que usted no tiene respeto. Si fuera usted respetuoso le parecerían admirables.

—Bueno, esperaremos a ver si me nace el respeto. Ahora vaya usted explicando lo que hay aquí.

—Esta primera sala, sala de las Audiencias o de los

Pontífices, no tiene nada de particular, como usted ve —dijo Kennedy—; ahora, las cinco que vienen, aunque restauradas, se conservan lo mismo que en el tiempo en que el paisano de usted, Alejandro VI, era Papa. Las cinco están decoradas por el Pinturicchio y sus discípulos, y se refieren a los Borgias. Estos Borgias tienen su historia, no del todo bien conocida, y su leyenda, más extensa y más pintoresca. Realmente, no es fácil distinguir una de otra.

—Vengan la historia y la leyenda mezcladas.

—Haré a usted el resumen en pocas palabras: Alfonso Borja era un valenciano nacido en Játiba; fué secretario del rey de Aragón; luego, obispo de Valencia; después, cardenal, y al último, Papa, con el nombre de Calixto III. Mientras vive Calixto, los españoles son todopoderosos en Roma. Calixto protege a sus sobrinos, hijos de su hermana Isabel y de un valenciano que se llamaba Lanzol o Lenzol. Estos sobrinos dejan su primer apellido y adoptan el de la madre, italianizando su ortografía: Borgia. Al mayor, don Pedro Luis, su tío el Papa le nombra capitán de la Iglesia, y al segundo, don Rodríguez...

—¿Cómo don Rodríguez? —dijo César—. En español no se dice don Rodríguez.

—Pues así le llama Gregorovius.

—Pues, sin duda, Gregorovius no sabía español.

—En latín le llaman Rodericus.

—Entonces debe ser Rodrigo.

—Eso es, Rodrigo. Pues a este don Rodrigo, también setabense, su tío le hace cardenal, y a la muerte de Pedro Luis le llama a Roma. Rodrigo tiene varios hijos antes de ser cardenal, y, al parecer, no siente espontáneamente grandes entusiasmos por las dignidades eclesiásticas; pero, al verse en Roma, le asalta la ambición de ser Papa, y a la muerte de Inocencio VIII compra la tiara. ¿Es leyenda, o es historia que compra la tiara? No está claro. Ahora entremos a ver el retrato de Rodrigo Borgia, que en la serie de los Papas lleva el nombre de Alejandro VI.

ALEJANDRO VI Y SU HERMANO

Entraron Kennedy y César en la primera sala, o sala de los Misterios, y el inglés se detuvo ante un cuadro de la Resurrección.

—Aquí tiene usted a Alejandro VI, de rodillas, adorando al Cristo que sale de la tumba. Es un tipo de meridional; tiene la nariz corva, el cráneo largo y tonsurado, la frente estrecha, los labios gruesos, la barba saliente, el cuello fuerte y las manos pequeñas y regordetas. Viste manto pontifical de oro, cubierto de pedrería; la tiara está a su lado, en el suelo. De los soldados, ese que duerme junto al sepulcro y el otro que se despierta y se levanta, poniéndose de rodillas, apoyado en una lanza, se supone que son dos de los hijos del Papa, César y el duque de Gandía. Yo más bien creo que este soldadito de la lanza sea una mujer, quizá la misma Lucrecia. ¿Qué le parece a usted su paisano, amigo César?

—Es un mediterráneo, el dolicocéfalo ibérico; tiene la cabeza amelonada y pequeña, los rasgos sensuales. Es leptorrino. Es de una raza intrigante, comerciante, mentirosa y charlatana.

—A la que usted tiene el honor de pertenecer —dijo Kennedy riendo.

—Es cierto.

—Dicen que este hombre era muy entusiasta de sus paisanos y de las costumbres de su tierra. Estos azulejos, restos del antiguo pavimento, y los platos que ve usted aquí, son valencianos. Un pintor español me ha dicho que en el archivo de la catedral de Valencia se conservan varias cartas de Alejandro VI, y entre ellas, una pidiendo que le manden azulejos.

Kennedy, avanzando un poco, se plantó delante de una Ascensión de la Virgen, y dijo:

—Este hombre sombrío, vestido de rojo, con un flequillo de pelo sobre la frente, se supone que es un hermano del Papa.

—Mal tipo para encontrárselo en un tribunal de la

Inquisición —dijo César—; figúrese usted lo que hubiera hecho este purpurado con ese judío, el señor Pereira del hotel Excelsior, si lo llega a tener en su poder.

—Como ve usted —siguió diciendo Kennedy—, en las bóvedas se repiten los símbolos de Iris, Osiris y el buey Apis, sin duda por el parecido que tienen con los símbolos cristianos, y, además, porque el buey Apis recuerda el toro de las armas de los Borgias.

—¿Sus armas eran un toro?

—Sí; era un escudo inventado por un rey de armas cualquiera, un símbolo de la fiereza y de la fuerza.

—¿Eran de familia noble estos Borjas?

—No; probablemente, no. Aunque creo que algunos suponen que descendían de la familia aragonesa de Atarés.

Ahora que conocemos a Alejandro VI, vamos a echar una ojeada por su corte. Se ha dicho muchas veces, tomándolo sin duda del libro de Vasari, que el Pinturicchio había pintado en las habitaciones de los Borgias al Papa Alejandro VI adorando a la Virgen, representada por los rasgos de su amante, Julia Farnesio. El crítico, sin duda, debió confundirse, porque ninguna de estas «madonnas» recuerda la figura de «Giulia la Bella», a la que llamaban la esposa del Cristo. El cuadro a que se refiere Vasari debe ser uno que está en el museo de Valencia.

LA SALA DE LOS SANTOS

Pasaron a otra sala, la Sala de los Santos, y Kennedy llevó a César delante del fresco llamado «La disputa de Santa Catalina con el emperador Maximiliano».

—El lugar de la escena —dijo Kennedy— lo ha puesto el Pinturicchio delante del arco de Constantino. El artista le ha añadido esta inscripción: «Pacis cultori», y más arriba ha estampado el toro de los Borgias. El asunto es la discusión entre el emperador y la santa. Maximiliano, sentado en un trono, bajo dosel, escucha

a Santa Catalina, que cuenta los argumentos que ha empleado en su disputa con los dedos. ¿Quién es el que sirvió de modelo para la figura de Maximiliano? Primero se supuso que César Borgia; pero, como usted puede observar, el tipo del emperador representa un hombre de veintitantos años, y cuando el Pinturicchio pintó esto, César tendría diez y siete; así que es más lógico suponer que el modelo debió de ser el hijo mayor del Papa, o sea el duque de Gandía. De este duque de Gandía dice un cronista del tiempo, que así como su hermano César era grande entre los impíos, era éste bueno entre los grandes. Luego la leyenda o la historia, lo que sea, dice que César mandó asesinar a s : hermano mayor en un rincón del Ghetto, y que el Papa, su padre, al saberlo, se volvió como loco, y se presentó en pleno Consistorio con las vestiduras rasgadas y los cabellos cubiertos de ceniza.

—¡Qué amor por el simbolismo tradicional! —dijo César.

—No todos son tan antitradicionalistas como usted. Sigo con mi explicación —añadió Kennedy—. La Santa Catalina tiene los rasgos de Lucrecia Borgia. Es pequeña y esbelta. Lleva el pelo suelto; una gorrita con una cruz de perlas que le cae sobre la frente, y un collar, también de perlas. Tiene los ojos grandes; la expresión candorosa. Cagnolo de Parma dirá de ella, cuando vaya a Ferrara, que tiene «il naso profilato y bello, li capelli aurei, gli occhi bianchi, la bocca alquanto grande con li denti candidissimi». A esta muchachita rubia, con facciones dulces, la literatura la pintará como una Mesalina, envenenadora e incestuosa con sus hermanos y con su padre.

Lucrecia en esta época se acaba de casar con Juan Sforza, aunque realmente los casados no llevan vida marital. Juan Sforza es ese jovencito que aparece ahí, en en fondo del cuadro, y que monta un caballo brioso. Sforza lleva el pelo como una mujer, sombrero de alas anchas y manto rojo. Poco tiempo después César Borgia intentará asesinarle varias veces.

—¿Y por qué? —preguntó César.

—Sin duda le consideraba como un estorbo. Este hombre que está en el primer plano, derecho, junto al trono del emperador, es Andrés Paleólogos— siguió diciendo Kennedy—. Es ese que viste un manto de púrpura pálido y que tiene un aire tan melancólico. Se supuso primero que era Juan Borgia. Ahora se dice que es Paleólogos, a quien por esta época, la muerte del emperador Constantino XIII le había hecho perder la corona de Bizancio.

Ahora, aquí, a la derecha, montado en un caballo berberisco, está el príncipe Dschem, segundo hijo de Mahomet II, a quien Alejandro VI guarda en rehenes. Dschem, como ve usted, tiene cara expresiva, nariz acusada, ojos vivos, barba larga, en punta, melenas y gran turbante. Monta a la mora, con los estribos muy altos, y lleva un corvo alfanje en el cinto. Es gran amigo de César Borgia, lo cual no es obstáculo para que, según la voz pública, entre César y su padre le envenenen en un banquete de despedida en Capua. Aquí aparece otra vez Juan Sforza, a pie. ¿Estos dos niños son los hijos menores de Alejandro VI? ¿O son otra vez Lucrecia y César? No lo sé. Detrás de Paleólogos están los familiares del Pontífice, y entre ellos el mismo Pinturicchio.

LA VIDA DE CÉSAR BORGIA

Después de explicar con detalles el cuadro, pasó Kennedy, seguido de César, a la otra Sala, de las Artes liberales, adornada con una gran chimenea de mármol.

—Y de César Borgia, ¿no hay aquí ningún retrato? —preguntó César.

—No. Aquí tengo yo una fotografía del de Giorgione —dijo Kennedy mostrando una tarjeta postal.

—¿Y qué clase de hombre era? ¿Qué hizo?

Kennedy se sentó en un banco que había cerca de la ventana, y César, junto a él.

—En esta época, próximamente —dijo Kennedy—, César Borgia vino a Roma desde la Universidad de Pisa, cuando le hicieron Papa a su padre. Tendría entonces

unos veinte años, y era fuerte, ágil, domaba caballos, manejaba las armas admirablemente y mataba toros.

—¿También?

—Era un buen español. En un patio, que desde aquí no se ve por estos cristales esmerilados, pero adonde caen estas ventanas, César Borgia toreó, y el Papa se asomó aquí a ver los quiebros y las estocadas de su hijo.

—¡Qué granujas! —exclamó sonriendo César.

El inglés siguió la historia de Borgia, sus intrigas con el rey de Francia, la muerte del marido de Lucrecia, los asesinatos atribuídos al hijo del Papa, la ejecución misteriosa de Ramiro del Orco, que hace decir a Maquiavelo que César Borgia es el príncipe que mejor sabe hacer y deshacer los hombres, según sus méritos; luego, el golpe de Sinigaglia con los «condottieri».

Ya tenía César Moncada una gran curiosidad. Estos Borgias le interesaban. Su simpatía iba hacia aquellos grandes bandoleros que dominaban Roma y querían apoderarse de Italia, penca a penca, como una alcachofa. Su propósito le parecía bien, casi moral. La divisa «Aut Cæsar, aut nihil» era digna de un hombre de energía y de valor.

Kennedy, que veía el interés de César, contó luego la escena en la casa de campo del cardenal Adrián Corneto; la intención de Alejandro VI de dar una comida allí a varios cardenales y de envenenarlos con un vino encerrado en tres botellas, para heredarlos; la superstición del Papa, que envía al cardenal Caraffa al Vaticano por una caja de oro en donde guarda una hostia consagrada, y de la cual no se desprende nunca, y la equivocación del sumiller, que sirve del vino envenenado a César y a su padre.

—Aquí, a este cuarto, le trajeron al Papa moribundo —dijo Kennedy, y mostró una puerta en cuyo dintel, de mármol, se lee: Alexander Borgia Valentin P. P.— Ocho días dicen que pasó aquí entre la vida y la muerte, hasta morir, y que su cadáver, al ser expuesto, se descompuso horriblemente.

Luego Kennedy contó la historia de César, curándo-

se por el extraño método de meterse en el vientre de una mula recién muerta; la fuga de Roma, enfermo, en andas, con sus soldados, hacia la Romaña; su prisión en el castillo de Sant Angelo; su captura por el Gran Capitán; sus esfuerzos para escaparse de su prisión de Medina del Campo, y su muerte oscura en el camino de Mendavia, cerca de Viana de Navarra, por un soldado del conde de Lerín, llamado Garcés, natural de Agreda, que dió tal lanzada al Borgia, que rompiéndole el arnés le pasó todo el cuerpo de parte a parte.

César estaba emocionado. El oír relatar estas historias de gentes que habían vivido allí, en aquellas mismas habitaciones, le daba una impresión de realidad completa.

Al salir los dos y al tomar por la galería de las inscripciones, miraron por una ventana.

—¿Aquí torerería? —dijo César.

—Sí.

El patio era grande, con una fuente en medio, de cuatro surtidores.

—La vida entonces debía ser más intensa que ahora —dijo César.

—¡Quién sabe! Quizá fuera lo mismo que ahora —repuso Kennedy.

—¿Y la historia? La historia depurada, ¿qué dice de estos Borgias?

—Del Papa Alejandro VI dice que sus hijos los tuvo de matrimonio; que fué un buen administrador; que el pueblo estaba contento con él; que defendió la influencia de España, porque era español; que no parece cierta la historia de los envenenamientos, y que él mismo no debió morir envenenado, sino de una fiebre malaria.

—¿Y de Lucrecia?

—De Lucrecia dice que era una mujer por el estilo de las de su época; que no hay datos para creer en sus incestos y sus envenenamientos, y que sus primeros matrimonios, que no se llevaron realmente a cabo, no eran mas que maniobras políticas de su padre y de su hermano.

—¿Y de César?

—César es el que aparece realmente terrible en la familia. Su divisa «Aut Cæsar, aut nihil», no era una frase cualquiera, sino la decisión-inquebrantable de ser rey o de no ser nada.

—Al menos éste no es una mixtificación —murmuró César.

FRENTE AL CASTILLO DE SANT ANGELO

Salieron del Vaticano, cruzaron la plaza de San Pedro y se acercaron al río.

Al pasar por delante del castillo de Sant Angelo, Kennedy dijo:

—En este castillo se encerró Alejandro VI para llorar al duque de Gandía. Desde una de esas ventanas contempló el cortejo de su hijo muerto, que conducían a Santa María del Pueblo. Según antiguo uso italiano, llevaban el cadáver en un ataúd descubierto. El funeral era de noche, y doscientos hombres, con antorchas, alumbraban el camino.

Cuando el cortejo entró en este puente, los familiares del Papa vieron a éste que retrocedía con horror y se tapaba la cara, lanzando un grito agudo.



XIX

Reflexiones de César.

He tenido —escribía César a su amigo Alzugaray— la curiosidad de enterarme de la vida de los Borgias, y pasando de uno a otro he llegado a San Francisco de Borja, y de San Francisco he ascendido en el tiempo hasta San Ignacio de Loyola.

Me ha extrañado el paralelismo de la obra de César Borgia y de Iñigo de Loyola; lo que intentó uno en la esfera de la acción, lo hizo el otro en la esfera del pensamiento. Estas dos figuras españolas gemelas, las dos odiosas para la mayoría, han dado la dirección a la Iglesia: una impulsándola al poder espiritual, Loyola; otra, al poder temporal, César Borgia.

Se puede decir que España dió a la Roma de los Papas el pensamiento y la acción, como a la Roma de los Césares le dió también pensamiento y acción con Séneca y Trajano.

Realmente es curioso ver la huella que queda del vasco Iñigo en Roma. Aquel hombre, medio farsante, medio golfo, que tenía los caracteres de un anarquista moderno, era un genio de la organización; Bakunin y Mazzini son unos pobres diablos a su lado. La Iglesia vive todavía de Loyola, es su último reformador.

La Compañía de Jesús es el nudo de todo el tinglado católico; los jesuítas son los únicos que tienen el sentido exacto de la fuerza de la Iglesia. Estos jesuítas saben que el día que ese nudo que forma su Compañía se corte o se distienda, todo ese armazón de vejeces y de

mentiras que defiende el Vaticano se viene abajo con un estrépito horrible.

Roma vive del jesuítismo; indudablemente sin Loyola el catolicismo se hubiera descompuesto mucho más pronto; claro que hubiera sido mejor, pero de eso no se trata. Un buen general no es el que defiende causas justas, sino el que gana batallas.

Entre los Borgias, Lutero y San Ignacio mataron el predominio latino.

Los Borgias desacreditaron ante las naciones la vida libre del Renacimiento; Lutero llevó el centro de la espiritualidad y de la filosofía a Alemania y a Inglaterra; San Ignacio impidió que el catolicismo romano se desmoronase; al cuerpo que se doblaba le puso férulas de hierro, y por dentro de sus férulas el cuerpo ha ido pudriéndose y ha envenenado los países latinos.

Al oír esta opinión me preguntaban aquí:

—De manera que usted cree que el catolicismo está muerto.

—No, no; para los efectos civilizadores está ya muerto; pero para los efectos sentimentales está muy vivo... y lo que vivirá todavía, desgraciadamente. Eso de tener a la Virgen del Pilar y a la Virgen del Carmen, los santos, las procesiones, las iglesias magníficas... es una fuerza terrible... Si hubiera una burguesía emancipada y obreros conscientes, el catolicismo ya no sería un peligro; pero no los hay, y el catolicismo, si no una expansión aplastante, tendrá momentos de recrudecimiento. Mientras haya el rico perezoso y el pobre embrutecido, el catolicismo será fuerte.

Dejando la parte utilitaria y moral, atendiendo sólo a la cantidad de esfuerzo y de huella dejada por este esfuerzo, se ve que Roma vive de la obra de Loyola y que sueña todavía con la obra de Borgia. Esos peregrinos que en la plaza de San Pedro gritan con entusiasmo ¡Viva el Papa-rey!, aclaman la memoria de César Borgia. Así puede darse el absurdo de una gente que hable con horror de una figura histórica y que tenga admiración por su obra.

Este brío español que en sus dos impulsos, espiritual

y material, dió nuestro país a la Iglesia —institución no sólo extraña, sino contraria a nosotros—, debía intentar España hoy en beneficio de sí misma. La obra de España debía ser organizar el individualismo extrarreligioso.

Somos individualistas; por eso, más que una organización democrática, federalista, necesitamos una disciplina férrea, de militares.

Planteada esa disciplina, debíamos propagarla por los países afines, sobre todo por Africa. La Democracia, la República, el Socialismo, en el fondo no tienen raíz en nuestra tierra. Familias, pueblos, clases, se pueden reunir con un pacto; hombres aislados, como somos nosotros, no se reúnen mas que por la disciplina.

Además, nosotros no reconocemos prestigios, ni aceptamos con gusto ni rey, ni presidente, ni gran sacerdote, ni gran mago.

Lo único que nos convendría es tener un jefe... para tener el gusto de devorarlo.

El Loyola del individualismo extrarreligioso es lo que necesita España. Hechos, hechos siempre, y una filosofía fría, realista, basada sobre los hechos, y una moral basada en la acción. ¿No te parece?

Yo pienso, y ahora me afirmo más en mis ideas, que los únicos que podemos dar un sentido, hacer una nueva civilización con caracteres propios, con esa vieja raza ibérica, nacida probablemente en las orillas del Mediterráneo, somos los españoles.

—¿Por qué los españoles solos? —me preguntaba este amigo mío Kennedy; y yo le decía:

—Me parece indudable. Francia se va inclinando cada vez más hacia el Norte. En Italia sucede lo mismo; Milán y Turín son las verdaderas capitales de Italia, allí donde predomina el sajón y el galo; en cambio, en España no sucede esto: nos encontramos separados del resto de Europa por los Pirineos y unidos a Africa por el mar y por el clima; nuestro plan debía ser constituír un gran imperio euroafricano, imponer nuestras ideas en la península y luego irradiarlas por todas partes.

XX

Don Calixto en San Pedro.

DON CALIXTO ENTIENDE

KENNEDY quería que César volviese por el buen camino. El buen camino, según él, era el del arte.

—Soy en el fondo —advertía el inglés— uno de esos hermanos de la Doctrina Estética que a usted le indignan, y tengo que catequizarle.

—Yo no me opongo a que intente usted catequizarme.

Fueron los dos juntos a visitar varias veces los museos, sobre toco el del Vaticano.

Uno de aquellos días, al salir de la Capilla Sixtina, en donde habían tenido larga discusión acerca de los méritos de Miguel Angel, encontró César al pintor Cortés, que fué a saludarle.

—Estoy aquí con un señor de mi pueblo que es senador —dijo Cortés—. Un tío lata. ¿Quiere usted que le presente?

—Bueno.

—Es un majadero que no entiende nada de nada y habla de todo.

Cortés presentó a César a don Calixto García Guerrero, hombre de unos cincuenta y tantos años, senador y gran cacique de la provincia de Zamora.

Don Calixto invitó a comer con él a César y a Kennedy; el inglés se excusó y César dijo que iría. Se des-

pidieron de Cortés y de don Calixto, y salieron a la plaza de San Pedro.

—Me parece que se va usted a aburrir mañana comiendo con ese paisano suyo —dijo Kennedy.

—¡Ah! Seguramente. Tiene todas las trazas de un hombre soporífero; pero, ¿quién sabe? Un tipo de esos tiene a veces influencia.

—De manera que va usted a comer con él con un objeto casi político.

—¡Ah! Claro.

A la noche siguiente, César, vestido de etiqueta, se presentó en un hotel de la plaza de España, en donde se hospedaba don Calixto García Guerrero. Don Calixto le recibió muy amablemente. Sabía, sin duda, que César era sobrino del cardenal For, hermano de unos marqueses, y a don Calixto le halagaba, sin duda, esto.

Don Calixto obsequió a César con una comida excelente, y a los postres se franqueó con él. Había ido a Roma para ultimar el que le fuera concedido un título pontificio. Era amigo del embajador de España en el Vaticano, y no le hubiera costado más hacerse príncipe, duque o marqués; pero prefería el título de conde. Tenía una magnífica posesión llamada la Sauceda, y quería ser el conde de la Sauceda.

César comprendió que aquel señor podía ser la casualidad en forma de buena suerte, y se dedicó a cultivarle, a contarle anécdotas de la vida aristocrática de Roma, unas que había leído en los libros y otras oídas en cualquier parte.

—¡Qué vicios! ¡Qué vicios debe haber aquí! —exclamaba don Calixto—. Por eso se dice: «Roma veduta, fede perduta».

César notó que don Calixto tenía un entusiasmo aristocrático grande; así que se dedicó, siempre que hablaba con él, a barajar en la conversación nombres de príncipes y marqueses; dió a entender también que vivía entre ellos, y hasta insinuó la posibilidad de ayudarle en Roma, de una manera bastante ambigua, para retirar el ofrecimiento en caso necesario. Afortunadamente para César, don Calixto había arreglado por completo sus

asuntos; lo único que deseaba era que César, a quien suponía peritísimo en cuestiones de arqueología, le acompañase en los tres o cuatro días que pensaba quedarse en Roma. Una semana entera la había pasado haciendo visitas y no había visto aún nada.

César no tuvo más remedio que comprar un *Baedeker* y leerlo, y aprenderse una porción de cosas para él desprovistas de interés.

Al día siguiente, don Calixto le esperaba en coche a la puerta y fueron los dos a visitar monumentos.

Don Calixto era un hombre que hacía frases y las adornaba con muchos adverbios terminados en ente.

—Verdaderamente —dijo después de dar su primer paseo arqueológico por Roma—; verdaderamente parece extraño que después de haber pasado más de dos mil años se conserven todavía estos monumentos.

—Es muy exacto —replicó César, mirándole con su aire impasible.

—Yo entiendo —siguió diciendo don Calixto—, que Roma es la verdadera escuela para conocer, íntegramente, tanto la historia antigua como la moderna.

—Muy cierto —aseguró César.

Don Calixto, que no sabía italiano ni francés, vió un recurso, para los días que tenía que pasar en Roma, en la amistad de César y le hizo que le acompañara a todas partes. César pudo recoger y guardar, no precisamente esculpidas en bronce, las frases que dijo don Calixto ante los principales monumentos romanos.

Frente al Coliseo, su exclamación primera fué decir: ¡Cuánta piedra! Luego, recordando su carácter de orador, exclamó:

—Ciertamente el ánimo se asombra y se entenebrece al pensar cómo los hombres pueden llegar a estos abismos de maldad.

—Don Calixto se refiere a esos agujeros —pensó César, mirando los subterráneos del Circo Romano.

Del Coliseo, el coche se dirigió hacia el Capitolio, y entonces don Calixto afirmó con energía:

—No se puede negar que Roma es, digan lo que uieran, uno de los lugares más fecundos en recuerdos.

Don Calixto era un viajero cómodo para un «cicerone»; le gustaba mucho más hablar que no que le dieran explicaciones; César le había dicho:

—Don Calixto, usted, por intuición, lo comprende todo.

Y con esta seguridad, don Calixto decía una de disparates terribles.

Un día don Calixto fué a ver al Papa vestido de frac y con el abdomen lleno de condecoraciones, y preguntó a César si no podría un fotógrafo retratarle en el momento de bajar del cocbe, para que la fotografía tuviese como fondo San Pedro.

—Sí, ya lo creo, ¿por qué no? Todo será que le lleve más el fotógrafo.

—Eso no me importa. ¿Usted podría encargarse de eso?

—Sí, hombre.

Se hizo lo que quería don Calixto.

—¿Qué le ha parecido a usted el Papa? —le dijo César al salir.

—Bien, muy bien.

—Tiene facha de estólido, ¿verdad?

—No, hombre, no. Es como un buen cura de pueblo. El anterior, sin duda, era más diplomático, más inteligente.

—Sí, el otro parecía más granuja —dijo riendo César de las precauciones que tomaba don Calixto para exponer sus juicios.

Las pruebas de las fotografías las llevaron por la noche, y don Calixto quedó encantado; en una de ellas se veía al suizo de la puerta con su alabarda. Era admirable. Don Calixto no permitió que César fuera a su hotel, y le convidó; y después de comer le aseguró que estaba tan agradecido, que todo lo que le pidiese lo haría con entusiasmo.

—¿Por qué no me hace usted diputado?— dijo riendo César.

—¿Quiere usted serlo?

—Sí, hombre.

—¿De veras?

—Ya lo creo.
—Pero tendría usted que vivir en Madrid.
—¡Ah! Claro.
—¿Y dejaría usted esto?
—Sí, ¿por qué no?
—Pues, nada, no hablemos más. Cuando venga la ocasión usted me escribe y me dice: Don Calixto, ha llegado el momento de recordar su promesa: quiero ser diputado.
—Muy bien. Lo haré y me presentará usted candidato en Castro... ¿Castro... qué?
—Castro Duro.
—Pues allí me tendrá usted.
—Muy bien. Ahora, otro favor. Hay aquí un canónigo de Zamora, amigo mío, que ha venido con la peregrinación, y quiere ver, sobre todo San Pedro y las Catacumbas, con algún detenimiento. Yo le podría explicar todo, pero no tengo seguridad en las fechas. ¿Quiere usted venir con nosotros.
—Con mucho gusto.
—Entonces le esperamos aquí a las diez.
—Me parece muy bien.
Efectivamente, a las diez fué César. Esperaban allí don Calixto y su amigo el canónigo don Justo, que era un señor grueso, alto, encarnado y de nariz larga. Entraron los tres en el coche.
—No vaya a ser este cura uno de esos ratones de biblioteca que saben la mar —pensó César—; pero cuando le oyó decir «haiga» y mismamente, se tranquilizó.

TEODORA Y MAROZIA

Al pasar por delante del castillo de Sant Angelo, César empezó a contar la historia de Teodora y de su hija Marozia; estas dos mujeres, que habían vivido allí, y que durante cerca de cuarenta años cambiaron los Papas como quien cambia de cocinera.
—¿Ustedes conocen la historia de estas mujeres? —preguntó César.

—Yo, no —dijo el canónigo.

—Ni yo —añadió don Calixto.

—Pues la contaré mientras llegamos a San Pedro. Teodora, dama influyente, se enamora de un cura joven de Rávena, y le hace elegir Papa, con el nombre de Juan X. Su hija Marozia, jovencita y virgen, se entrega al Papa Sergio III, que era un hombre caprichoso y fantástico, que tuvo una vez la humorada de desenterrar al Papa Formoso y someterle, ya putrefacto, al juicio de un sínodo. De este hombre estrafalario la Marozia tiene un hijo; luego se casa hasta tres veces. Esta dama ejerce en la Santa Sede una influencia omnímoda.

A Juan X, el querido de su madre, lo destituye y lo envía a morir a la cárcel. Con el sucesor, León VI, a quien nombra ella Papa, pero que quiere emanciparse de su yugo, hace otro tanto.

El Papa siguiente, Esteban VII, muere de enfermedad, veinte meses después de su reinado, y entonces Marozia da la corona pontifical al hijo que había tenido con Sergio III, y que toma el nombre de Juan XI. Este Papa y su hermano Alberico comienzan a sentir de una manera pesada la influencia de su madre, y en una revuelta popular se deciden a apoderarse de Marozia y la cogen y la sepultan viva en el «in pace» de un convento.

—¿Pero esto es histórico? —preguntó el canónigo, completamente estupefacto.

—Absolutamente histórico.

El canónigo hizo un gesto de resignación y miró a don Calixto con asombro.

Mientras contaba César la historia, pasó el coche por una calle estrecha y bastante abandonada, llamada del Borgo Vecchio, en cuyas ventanas colgaban trapos puestos a secar, y salieron a la plaza de San Pedro. Dieron una vuelta por esta enorme plaza. El cielo estaba azul. Una fuente echaba el agua, que se convertía en nube en el aire y producía un brillante arco iris.

—La verdad es que se pregunta uno —dijo César— si San Pedro no será uno de los edificios de peor gusto que haya en el mundo.

Bajaron delante de la escalinata.

—Su amigo debe ser inteligente en cuestiones arqueológicas... —preguntó César.

—¿Quién, don Justo? Nada.

César se echó a reír, subió delante de los otros dos las escaleras, levantó la cortina de cuero y pasaron los tres a San Pedro.

NO HAY DRAMA

César comenzó sus explicaciones sobre la traza de la iglesia. El canónigo pasaba la mano por todas las piedras y decía:

—Esto también es mármol —y añadía:— ¡Qué riqueza!

—A usted le gusta esto, don Calixto? —le preguntó César.

—¡Hombre, qué pregunta!

—Sí; claro que es muy rico y muy suntuoso; pero a un fanático que venga aquí desde lejos, le debe dar la misma impresión que a uno que esté acatarrado y pida una bebida caliente, y le den un vaso de horchata helada.

—Que no le oiga a usted don Justo —dijo don Calixto, como si aquel secreto de la horchata tuvieran que guardarlo entre los dos.

Vieron la estatua de San Pedro, y César dijo que era costumbre que los forasteros la besaran el pie. El canónigo lo hizo con devoción; pero don Calixto, que no las tenía todas consigo, frotó disimuladamente con el pañuelo el pie desgastado de la estatua y besó después.

César se abstuvo de besar, porque dijo que la eficacia del beso era principalmente para los forasteros.

Luego fueron viendo los tres los sepulcros de los papas; César se equivocó varias veces en sus explicaciones, pero sus amigos no notaron la equivocación.

Al canónigo le chocó, más que nada, el sepulcro de Alejandro VII, porque hay en él un esqueleto. Don Calixto se detuvo con más curiosidad ante la tumba de Pablo III, en la cual se ven dos mujeres desnudas. Cé-

sar dijo que la leyenda popular asegura que una de estas estatuas, la que representa la Justicia, es Julia Farnesio, hermana del Papa Pablo III y amante del Papa Alejandro VI; pero tal suposición parece inverosímil.

—Completamente —afirmó el canónigo con gravedad—; esas son cosas inventadas por los librepensadores.

Don Calixto se permitió decir que la mayoría de los papas tenían tipo de alabarderos.

Don Justo siguió valorando todo lo que veía con un criterio de maestro de obras. César se dedicó a contar a don Calixto sus observaciones, mientras el canónigo marchaba solo.

—Le advierto a usted —le dijo— que el sábado se puede subir a la cúpula, pero sólo las personas decentemente vestidas. Así lo advierte un cartel que hay en esa puerta. Si por casualidad resucitara un apóstol y tuviera el capricho de hacer un poco de gimnasia y de ver Roma desde una altura, como probablemente estaría sucio y mal vestido, se fastidiaría, no le dejarían subir. Y entonces podría decir él: Invente usted una religión como la cristiana para que luego no le dejen a uno subir a la cúpula.

—Sí, claro, claro —repuso don Calixto—. Son absurdos. Pero que no le oiga a usted el canónigo. Ciertamente, no parece esto muy religioso; pero es magnífico.

—Sí, este es un hermoso escenario, pero no hay drama —dijo César.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó don Calixto.

—Que esto es una cosa vacía. Un templo tan grande, tan claro, estaría bien que se hubiese levantado en honor de la ciencia, que es la gran construcción de la humanidad. Esas estatuas, en vez de ser de un Papa estólido o guerrero, debieran ser del inventor de la vacuna o del cloroformo. Entonces se comprendería bien esta frialdad y hasta ese aire de reto que aquí tiene todo. Que la gente tenga confianza en la verdad y en el trabajo, está bien; pero una religión basada en miste-

rios, en obscuridades, que hace un templo claro, desafiador y petulante, es ridículo.

—Sí, sí —dijo don Calixto, siempre preocupado con que no les oyera el canónigo—. Usted habla como un hombre moderno. Yo, en el fondo, también... ¿sabe usted?... Creo que me comprende usted, ¿verdad?

—Sí, hombre.

—Pues yo entiendo que esto ya no tiene trascendencia... es decir...

—No la tiene, no; puede usted afirmarlo, don Calixto.

—Pero la ha tenido, eso no se puede dudar, ¡eh!, y grande. Eso es indiscutible.

ES UN MAGNÍFICO NEGOCIO

—Esto, en el fondo, ha sido un magnífico negocio —dijo César—. Monopolizar el cielo y el infierno, cobrar las acciones en la tierra y pagar los dividendos en el cielo. No hay banco hipotecario, ni casa de préstamos que dé tanta renta. Y a su sombra, ¡cuántos negocios se han desarrollado! Aquí, en esta plaza, tengo un amigo que es un judío vendedor de rosarios, y me ha dicho que sus asuntos van muy bien. En tres semanas ha vendido ciento cincuenta kilogramos de rosarios bendecidos, doscientos kilogramos de medallas y cerca de medio kilómetro cuadrado de escapularios.

—¡Qué exageración! —dijo don Calixto.

—No; si es verdad. El se alegra que estas cosas, que considera nefandas, se vendan, porque en el fondo es liberal y judío; lo único que hace, si puede, en descargo de su conciencia, es cobrar el diez por ciento más en todo, y dice por lo bajo: ¡Que se fastidien los católicos!

—Qué historias; ¡si le oyera a usted el canónigo!

—No, si todo eso es verdad. Ahora, es lo que dice mi amigo: el comercio es el comercio. Porque me ha hecho observar que cuando vienen los garibaldinos hacen un gasto de unas cuantas botellas de vino de Chianti, y luego se acuestan en cualquier perrera, y ya no gastan nada. En cambio, los ricos católicos compran

y compran..., y allá van los kilos de rosarios y de medallas, las toneladas de velos para visitar al Papa, las resmas de bulas para comer carne, y para comer carne y pescado, y hasta para sonarse con las páginas de la Biblia si se quiere.

—No sea usted tan irrespetuoso.

Después de que el canónigo se enteró de todos los metros cuadrados que había de mármol en San Pedro, salieron de nuevo a la plaza. César mostró ese conjunto de edificios irregulares que forma el Vaticano.

—Aquél debe ser el cuarto del Papa —dijo César, mostrando una ventana cualquiera—. ¿Usted estaría allí, don Calixto?

—No sé; mire usted —dijo él—, no me figuro bien dónde estuve.

—No tiene ni idea por dónde ha andado —pensó César, y añadió—: Aquella es la Biblioteca; allí está la habitación del secretario de Estado; allí se reúne el Santo Oficio —y dijo todo lo que se le ocurrió con un completo desahogo.

Al tomar el coche y pasar por una tienda de objetos religiosos, don Calixto dijo al canónigo:

—Qué le parece a usted, don Justo; según dice don César, los dueños de estas tiendas, donde se venden medallas y cruces, son judíos.

—¡Ca! Eso no puede ser —replicó el canónigo rotundamente.

—¿Por qué no?

—¡Ca!

—¿Por qué le choca a usted? —exclamó César—. Si vendieron a Jesucristo vivo, ¿por qué no lo van a vender muerto?

—Pues me alegro saberlo —saltó el canónigo, de pronto—, porque tenía que comprar unas medallas para hacer unos regalos, y ya no las compraré.

Don Calixto sonrió, y César comprendió que el buen canónigo se aprovechaba de la noticia para no gastar un cuarto.

XXI

Don Calixto en las Catacumbas.

Don Calixto y el canónigo tenían gran interés en visitar las Catacumbas; César sabía que no era del todo agradable la visita, e intentó disuadirles de su propósito.

—No sé si ustedes sabrán que hay que pasar allí todo el día.

—¿Sin almorzar? — preguntó el canónigo.

—Sí.

—¡Oh, no! Es imposible.

—Hay que sacrificarse por el cristianismo —dijo César.

—Usted no tiene muchas ganas de sacrificarse —replicó don Calixto.

—Es que creo que aquello es húmedo y malsano, y una bronquitis cristiana no sería del todo agradable, a pesar de su origen religioso. Y además, ya sabe usted, hay que estar sin comer.

—Se puede comer allí algo —dijo don Justo.

—¡Comer allí! —exclamó César—. ¡Comer un trozo de jamón delante de esos nichos de las Catacumbas! A mí me molestaría.

—Pues a mí, no —contestó el canónigo.

—¡Delante de las tumbas de los mártires y de los santos!

—Ellos, aunque fueran santos, comerían —replicó el canónigo con su excelente buen sentido.

César tuvo que reconocer que, aunque fueran santos, comerían.

Había en el hotel una familia francesa, que también pensaba ir a visitar las Catacumbas, y decidieron don Calixto y don Justo ir con ellos el mismo día.

La familia francesa estaba compuesta por un señor bretón, alto, de patillas, que había sido marino; su mujer, que tenía aspecto de lugareña, y la hija, una señorita delgada, pálida y triste. Llevaban en su compañía, medio de institutriz, medio de criada, a una campesina, flaca, de aire desconfiado.

La señorita confesó a César que hacía mucho tiempo que soñaba con las Catacumbas. Se sabía de memoria la descripción que hace de ellas Chateaubriand en *Los Mártires*.

Al día siguiente, la familia francesa, en un landó, y don Calixto, con el canónigo y César en otro, fueron a ver las Catacumbas.

La familia francesa llevaba como «cicerone» a un abate grueso y sonriente.

Cinco personas no cabían en el landó, y el señor bretón tuvo que sentarse en el pescante. Don Calixto le ofreció un asiento en su coche; pero el bretón, que debía de ser terco como una mula, dijo que no, que desde el pescante disfrutaba más del panorama.

Pararon un momento, por indicación del abate, en las termas de Caracalla, y las recorrieron. El «cicerone» explicó dónde estaban las diferentes salas de baños y el tamaño de las piscinas. Aquellas construcciones ciclópeas, aquellas bóvedas altísimas, los muros enormes, le dejaron a César asombrado.

No se comprendía una cosa así mas que en un pueblo que tuviera la locura de lo gigantesco, de lo titánico.

Salieron de las termas y se pusieron en marcha. Siguieron la vía de San Sebastián, entre dos tapias; dejaron atrás las ruinas imponentes de las termas de Caracalla y varios establecimientos de reconstrucciones arqueológicas, y el coche se detuvo a la puerta de las Catacumbas.

Avanzaron, dirigidos por el abate, y llegaron a una especie de despacho.

Pagaron todos una peseta por una cerilla que fué dándoles un fraile, y se reunieron en grupo, sin saber bien lo que esperaban. En este grupo había dos dominicos alemanes: uno alto, de barbas rojas, como si fueran de fuego, que le llegaban hasta la cintura, y el otro, delgado, de nariz como un cuchillo.

«CICERONE» IRRESPETUOSO

No tardó mucho tiempo en salir por un agujero del suelo otro grupo numeroso de turistas, y entre ellos apareció un fraile trapense, que se acercó adonde estaban don Calixto y César. El trapense llevaba un bastón, y en el extremo del bastón, una cerilla enroscada. Preguntó si todos entendían el francés; el que no lo entendiera se podía quedar para otro turno.

—Yo no lo entiendo —dijo el canónigo.

—Ya le traduciré a usted lo que dice —replicó César.

—Bueno —contestó el canónigo.

—«En avant, messieurs— dijo el trapense, encendiendo la cerilla e invitando a todos a hacer lo mismo.

Uno a otro se fueron dando la luz, y, con las velitas encendidas, comenzaron a bajar a las Catacumbas.

Entraron por una galería angosta como la de una mina, que se ensanchaba a trechos por espacios más amplios.

En algunos sitios se abrían agujeros en el techo.

César nunca había pensado cómo serían estas célebres Catacumbas, pero no se las figuraba tan pobres y tan siniestras.

La impresión era desagradable, de ahogo de sofocación, sin que realmente se experimentase sensación alguna de grandeza. Aquello parecía un hormiguero abandonado. Los anchurones que se abrían a los lados del pasillo eran capillas, según dijo el fraile.

El trapense «cicerone» contribuía a alejar toda idea grave con su charla y con sus chirigotas. Familiarizado con aquellas tumbas, las había perdido el respeto, como los sacristanes a los santos, a quienes quitan el polvo

con el plumero. Además, juzgaba todo con un criterio estético completamente irrespetuoso; para él no había más que sepulcros de carácter artístico, o sin carácter, de buena o de mala época, y a estos últimos les daba con el palo desdeñosamente.

El marino bretón, irritado, le preguntó varias veces a César.

—¿Cómo se permite esto?

—Yo no sé —contestó Cesar.

El fraile hacía observaciones extraordinarias.

Explicando la vida de los cristianos en los primeros tiempos del cristianismo, dijo:

—En este siglo las costumbres de los pontífices eran tan relajadas, que el Papa tenía que salir acompañado por dos personas que vigilaran su honestidad.

—¡Oh, oh! —dijo un joven francés, con acento petulante.

—¡Ah! «C'es l'histoire» —contestó el fraile.

César tradujo lo dicho por el trapense a don Calixto d al canónigo, y los dos quedaron verdaderamente perylejos.

Siguieron estas largas y estrechas galerías. Hacía una impresión extraña ver la procesión de turistas con sus velitas encendidas. No se advertían los trajes modernos ni los tocados de las señoras, y de lejos, la procesión alumbrada por las llamitas de las velas tenía un aspecto misterioso.

Al final del grupo iban dos señores hablando inglés. El uno era un *gentleman* poco versado en cuestiones arqueológicas; el otro, un señor alto, con facha de sabio. César se acercó a oírles. Uno de ellos explicaba a su compañero todo lo que iban viendo, la significación de los emblemas grabados en las lápidas y las costumbres funerarias de los cristianos.

—¿No ponían cruces? —preguntó el *gentleman* poco ilustrado.

—No —dijo el otro—. ¡Si dicen que la «crux» para los romanos representaba la horca! Así, la más antigua representación del crucifijo es una figura del museo Kircher, que es un cristiano arrodillado delante de un

hombre con cabeza de burro colgado de una cruz. En letras griegas pone: Alexamenes adora a su Dios. Dicen que esta figura procede del Palacio de los Césares, y se considera como una caricatura de Cristo, hecha por un soldado romano en una pared.

—¿Tampoco se ponían imágenes de Cristo?

—No; no ve usted que estaban en el gran período de discusión acerca de si Cristo era feo o hermoso.

El señor alto se enfrascó en una larga disertación acerca de los motivos que tenían, unos para asegurar que el cuerpo de Cristo era de una gran belleza, y los otros para afirmar que era de una terrible fealdad.

César hubiese querido seguir oyendo lo que decía este señor, pero don Calixto se acercó a él. Estaba el trapense explicando algo delante de dos momias, y quería que César le tradujese lo que decía.

Sirvió César de intérprete. Comenzaban a consumirse las velas y había que salir.

El «cicerone» les llevó rápidamente por una galería, en cuyo fondo había una escalera, y salieron al sol. El fraile apagó la cerilla de su bastón y comenzó a gritar:

—Ahora, señores, ¿quieren ustedes escapularios, medallas, chocolate?

César contempló a sus compañeros de expedición. El canónigo estaba indiferente. El viejo marino bretón daba muestras de una indignación profunda, y su hija, la francesita mística, tenía lágrimas en los ojos.

—Esta pobre francesita, que ha venido tan entusiasmada, ha salido de las Catacumbas como una rata de una alcantarilla —dijo César.

—¿Y por qué? —preguntó don Calixto.

—Por lo que ha dicho el fraile. Ha estado realmente escandaloso.

—Es verdad —dijo gravemente el canónigo—, nunca lo hubiera creído.

—«Roma veduta, fede perduta» —dijo don Calixto—. ¿Y a usted, César, no le ha preocupado esta visita?

—Sí, he estado preocupado con no constiparme.

AGRO ROMANO

Tomó el landó donde iba la familia bretona por la vía Appia, y el coche de César y don Calixto siguió tras él.

Pasaron por delante de la tumba de Cecilia Metela, y pudieron tender la vista por este viejo camino, a cuyos lados se ven esos restos de acueductos, que al caer de la tarde tienen una grandeza imponente.

Don Calixto y don Justo discutían una cuestión de política del pueblo.

Magníficamente indiferentes, no les producía la menor impresión aquellos sepulcros rotos, aquellos arcos abandonados, invadidos por la hierba, aquellos vestigios de una civilización gigantesca.

El cochero señaló Frascati, en la falda de un monte, Albano, Grottaferrata y Tívoli.

César sentía la grandeza del paisaje; la enorme tristeza de aquellos trozos de acueductos de color de hierro roñoso, bajo un cielo espléndido de nubes rojas.

Volvieron al anochecer. César se encontraba aplanado. Los muros de las termas de Caracalla le parecían amenazadores. Aquellos paredones altísimos, rotos, de color de ladrillo, quemado por el sol, le daban la impresión de la fuerza del pasado. Cerca no había árboles, ni casas, como si estas ruinas imponentes impidieran toda vida a su alrededor. Sólo un almendro humilde extendía sus flores blancas.

Don Calixto y el cura seguían charlando.

XXII

Sentimentalismo y arqueología.

Se fueron don Calixto y el canónigo a España; César pensó que estaba perdiendo el tiempo en Roma y que debía largarse, pero se quedó. Le preocupaba que Susana Marchmont se hubiera marchado y no le escribiera. Dos veces preguntó en el hotel Excelsior por ella, y le dijeron que no había vuelto.

A principios de mayo, una tarde en que se hallaba decidido a hacer su equipaje y a marcharse, recibió una tarjeta dé Susana, en que le participaba su llegada, y le citaba para tomar el té en el «Ristorante del Castello dei Cesari».

César salió inmediatamente de casa y tomó un coche, que le llevó a la parte alta de la colina del Palatino.

Bajó a la entrada del jardín del «Ristorante», lo cruzó y pasó a una gran terraza.

Había unos cuantos americanos tomando el té, y en un grupo de éstos estaba Susana.

—¡Qué tarde ha venido usted —dijo ella.

—He recibido ahora mismo su tarjeta. ¿Y qué ha hecho usted por Corfú? ¿Cómo le ha ido por allá?

—Muy bien. Es admirable todo aquello. He estado también en el Epiro y en la Albania.

Susana contó sus impresiones en aquellos países, con muchos detalles, leídos seguramente en el *Baedeker*.

Estaba muy elegante y más bonita que nunca. Dijo

que su marido debía encontrarse en Londres; hacía ya más de un mes que no tenía noticias suyas.

—¿Y cómo sabía usted que yo estaba aquí todavía? —le preguntó César.

—Por Kennedy, que me ha escrito. Es un amigo excelente. Me hablaba mucho de usted en sus cartas.

César creyó notar que Susana le hablaba con más entusiasmo que de ordinario. Quizá en ella el alejamiento había producido un efecto parecido de preocupación como en él. César la contemplaba casi apasionadamente.

Desde la terraza se veían las ruinas trágicas del palacio de los Césares, arcadas rotas cubiertas de hierba, restos de muros todavía en pie y agujeros de los arcos y de las ventanas, y algún ciprés afilado, y algún pino de copa redonda en medio de los paredones derruídos. A lo lejos se veía el campo, Frascati y los montes azules de la lejanía.

Como era ya tarde, el grupo de los americanos amigos de Susana decidieron volver en coche.

—Yo voy andando —dijo Susana en voz baja—. ¿Quiere usted acompañarme?

—Con mucho gusto.

Se despidieron de los demás, atravesaron la avenida del jardín, adornada a un lado y a otro con estatuas antiguas y lápidas, y salieron a la vía de Santa Prisca, una calle entre dos tapias negras, con algún farol de trecho en trecho.

—¡Oh, qué cielo! —exclamó ella.

—Es espléndido.

Era un azul de un brillo de nácar; en el cenit brillaba imperceptiblemente alguna estrella; en el poniente nadaban nubes doradas y rojas.

Fueron bajando la calle, en cuesta, a lo largo de una tapia. En algunos sitios, por encima de las paredes bajas, se destacaban grupos de pitas, mostrando sus ramas, duras y afiladas como puñales.

Había en este anochecer un gran silencio; se oía entre el ramaje de los árboles el piar de los gorriones. De lejos llegaba, de cuando en cuando, el resoplido de un tren.

DESOLACIÓN

Marcharon, sin hablar, dominados por la melancolía del ambiente. Alguno que otro campesino, tostado por el sol, con su fardelillo lleno de hierbas, venía del campo, cantando.

Pasaron César y Susana por delante del cementerio israelita, y se detuvieron a mirarlo por una reja. La tapia ocultaba la zona incendiada del crepúsculo; en el cenit dominaba un azul verdoso.

Siguieron adelante. Comenzó a sonar una campana.

César estaba abatido. Susana callaba.

Cruzaron una calle con casas nuevas y negras; pasaron por delante de una plazoleta con una iglesia triste. La calle que tomaron se llamaba de San Teodoro. A la izquierda, por la vía del Velabro, se veía un arco con varias hornacinas a los lados de la única arcada.

Pasó una bandada de seminaristas negros.

—¡Pobre gente! —murmuró César.

—Compadece usted mucho —dijo Susana, burlonamente.

—Sí. Estos chicos me dan lástima.

Ahora, a mano derecha, se erguían ante ellos las ruinas furiosas del Palatino; murallas de ladrillo, arcos derruídos, paredes decrépitas, y encima, una terraza de un jardín con un barandado. Sobre la terraza se perfilaban en el cielo cipreses altos y negruzcos, encinas romanas de tupido follaje y una ancha palmera de arqueadas hojas.

De aquellas ruinas tan trágicas se exhalaba como una gran desolación, bajo el cielo profundo y verde.

Susana y César se acercaron al Foro.

A la luz opaca del anochecer, el Foro tenía aire de cementerio. Dos ventanas brillaban, iluminadas, en el muro alto y negro del Tabularium, y comenzaban a tocar unas campanas agudas.

Subieron los dos la escalera que conduce al Capitolio, y en una pequeña terraza se detuvieron a contemplar el Foro.

—¡Qué terrible desolación! —exclamó Susana.

—Todas las piedras parecen tumbas —dijo César.

—Sí. Es verdad.

—¿Y qué son esas tres bóvedas abiertas que dan una impresión tan extraña de grandeza? —preguntó César.

—Es lo que queda de la basílica de Constantino.

Contemplaron los dos durante largo rato esta extensión abandonada, con sus columnas melancólicas y sus piedras blancas.

En una calle que desemboca en el Foro comenzaron a brillar dos filas de luces de gas de color verdoso.

Al pasar por la cuesta que sube al Capitolio, en una callejuela de la izquierda, en la vía del Monte Tarpeo, vieron reunido el cortejo de un entierro. En aquel instante estaban sacando el cadáver a la calle. Varias mujeres, de negro, esperaban a la puerta de la casa, con cirios encendidos.

El cura, con sobrepelliz blanca y cruz alzada, dió la orden de marcha, y se puso al frente de la comitiva; cuatro hombres levantaron el ataúd y lo pusieron en hombros, y el cortejo de mujeres de negro, de hombres y de niños, siguió detrás. Las campanas, agudas, volvieron a sonar en el aire.

—¡Oh, qué emoción! —dijo Susana, llevándose la mano al pecho.

Contemplaron cómo se alejaba el cortejo, y entonces César murmuró, de malhumor:

—Es estúpido.

—¿Qué? —preguntó Susana.

—Digo que es estúpido complacerse en sentirse miserable. Esto que hacemos es absurdo y malsano.

Susana se echó a reír, y al despedirse de César le estrechó la mano con energía.

XXIII

El escudo de una iglesia.

Susana Marchmont —escribía César a su amigo Alzugaray— es una mujer hermosa, rica y al parecer inteligente. Me ha dado a entender que siente cierta inclinación por mí, y que si yo le agrado definitivamente, se divorciará y se casará conmigo.

La razón de esta inclinación yo la encuentro, primero, en el deseo de vengarse de su marido, casándose con el hermano de la mujer de la cual él se ha enamodo; segundo, en no haberle hecho yo el amor, como la mayoría de los hombres que ha conocido.

Realmente, Susana es una hermosa mujer; pero así como otras ganan a medida que se las ve y que se las oye, a ella no le pasa lo mismo. Hay algo en esa mujer hermosa, seco, utilitario, que no llega a disimular con sus efusiones artísticas. Además, tiene mucha vanidad, pero una vanidad estúpida; me ha preguntado si yo no podría llegar a adquirir en España un título sonoro y decorativo.

Si Susana supiera que yo, en el fondo, sigo con su amistad por inercia, porque no tengo plan ninguno, y que sus millones y su belleza me dejan frío, se asombraría, creo que quizá me admiraría.

Ahora nos dedicamos a pasear, a hablar y a contarnos nuestras impresiones. Cualquiera diría que jugamos intencionadamente a los despropósitos; todo lo que ella encuentra admirable a mí me parece digno de

desprecio, y al contrario. Es extraño que pueda existir una discrepancia tan absoluta.

. . . .

Hoy domingo, por la tarde, hemos dado un gran paseo, entre sentimental y arqueológico.

La he ido a buscar a su hotel, ha bajado muy elegante, con una amiga soltera, también americana y también muy guapa.

Hemos marchado los tres hacia el Foro. Pasamos por debajo del arco de Constantino. Un chico que pedía limosna nos precedió, poniéndose delante y dando volteretas. Yo le di unos cuartos. Susana se rió. A esta mujer que paga cuentas de miles de pesetas a la modista, le molesta dar una moneda de cobre a un golfo.

Nos hemos desviado un poco de la avenida, y hemos subido a la derecha, hacia el Palatino. Entre las ruinas, unas mujeres arrancaban plantas y las metían en sacos. Al final del camino, en cuesta, había un calvario, y unos chicos de algún colegio jugaban, vigilados por curas de babero blanco.

Como no se podía seguir más adelante, hemos bajado de la colina hacia la plaza de San Gregorio. En esta plaza, en el raso que hay delante de la iglesia, estaban tendidos en el suelo unos vagabundos; un viejo de larga barba canosa, pipa con cadena, dos jóvenes morenos de greñas negras, y una mujer de pelo rojo con aros de plata en las orejas y un niño en brazos.

Estos dos muchachos jóvenes me han lanzado una mirada de odio, y han contemplado a Susana y a su amiga con avidez extraordinaria.

¡Qué ideas más falsas habrán pasado por su imaginación! Yo me hubiera acercado y les hubiera dicho atentamente:

—No crean ustedes que estas damas son de distinta pasta que esa mujer roja que está con el niño en brazos. Son iguales. No hay más diferencia que la que da un poco de jabón y algún dinero.

—Vamos a ver esta iglesia —dijo Susana.

—Bueno, vamos.

La iglesia tiene una escalinata de piedra y a un lado dos cipreses.

Entramos en un patio con sepulcros, y estuvimos leyendo los nombres de los enterrados allí. La amiga de Susana es una especie de diablillo con gusto de chico, que se metió por todos los rincones a curiosear.

Cuando salimos de la iglesia nos encontramos con la plaza, antes desierta, llena de gente. En el tiempo que pasamos dentro, un numeroso grupo de turistas había formado un corro, y un señor explicaba en inglés lo que había sido la vía Appia.

—Estas son las cosas que a usted le gustan —me dijo Susana riendo.

Yo le contesté con un chiste. La verdad es que, por muchas explicaciones que me den, un romano antiguo me parece siempre una figura de cartón, o a lo más, de mármol. No es posible suponer lo que yo me he aburrido leyendo *Los Mártires*, de Chateaubriand, y ese famoso *Quo Vadis?*

De la plaza de San Gregorio hemos tomado por una calle en cuesta «via di San Giovanni e Paolo», que pasa por debajo de un arco con varios contrafuertes de ladrillo.

Salimos a una plazoleta, en cuyo ángulo hay una antigua torre con arcadas que tiene empotrados en la pared azulejos, unos redondos y otros en forma de cruz griega.

El pórtico moderno de la iglesia, con columnas, tiene una verja, y ésta se hallaba abierta. Encima de la puerta se ve un cuadro de San Juan y San Pablo; a los lados, dos escudos con la mitra y las llaves. En uno, alrededor, pone en latín «Omnium rerum est vicisitudo»; en el otro se lee escrito en español: «Mi corazón arde en mucha llama».

—¿Está en español? —me ha preguntado Susana.

—Sí.

—¿Qué quiere decir?

Yo traduje la frase al inglés, y Susana la repitió varias veces, y quiso que se la escribiera en su tarjetero.

La amiga hojeó el *Baedeker*, y dijo:

—Parece que aquí se conserva la casa de dos santos martirizados por Juliano el Apóstata.

Yo les aseguré que era un error. Precisamente hace unos días he leído un libro acerca de Juliano el Apóstata, y resulta que este emperador era un hombre admirable, bueno, generoso, valiente, lleno de virtudes; pero los cristianos necesitaban calumniarle y le calumniaron. Todas las persecuciones de Juliano contra los cristianos son represiones lógicas contra los que alteraban el orden público, y la frase «Venciste, Galileo», es una piadosa invención. Juliano era filósofo, quería la ciencia, la higiene, la limpieza, la paz, en un mundo de histéricos y de adoradores de cadáveres que deseaba vivir en la ignorancia, en la porquería y en el rezo.

Pero el cristianismo, que ha sido una religión de alucinados y de mixtificadores, no ha vacilado en cantar las alabanzas de los parricidas como Constantino, ni en calumniar la memoria de los grandes hombres como Juliano.

Susana y su amiga consideran que el que Juliano haya sido calumniado o no por la historia no tiene ninguna importancia.

Verdad es que a mí me pasa lo mismo.

De la vía di San Giovanni e Paolo salimos a una plazoleta cerca de una iglesia que tiene delante del atrio una barca labrada en mármol. Esta calle vimos que se llama de la Navicella.

IDILIO REAL

Al lado de la iglesia de la Navicella pasamos por la villa Mattei, y Susana quiso que entráramos. ¡Qué hermosa posesión! ¡Qué admirables terrazas las de este jardín! ¡Qué laureles! ¡Qué limoneros! ¡Qué fuentes! ¡Qué viejas estatuas! ¡Qué espesas sombras de pinos y de encinas!

Kennedy, que conoce admirablemente la historia de todos los rincones de Roma, me ha contado que a prin-

cipios del siglo XIX la villa Mattei era propiedad de Godoy. El rey Carlos IV y su mujer estaban en Roma, viviendo en el palacio Barberini, y pasaban los días en este retiro de la villa Mattei, y mientras el favorito y la reina, hecha ya una arpía, pasaban por estas poéticas avenidas, bordeadas de boj y de laureles, el buen Borbón, ya viejo, con la frente adornada como un fauno, iba tras ellos, mirándoles encantado, no se sabe si tocando el caramillo.

La amiga de Susana se ha reído al pensar en el buen Carlos IV, con su chupa y su casaca, y sus aditamentos de sátiro, y su flauta campestre; pero a Susana no le ha hecho gracia la alusión, sea porque piensa en las infidelidades de su marido, o sea porque considera que si su padre llega a ser el rey de los borceguíes de cuero, tendrá entonces cierto parentesco espiritual con los Borbones. Hemos visto en la villa Mattei un «edículo» que se yergue al borde de una terraza, entre plantas trepadoras. Allá, según dice una inscripción, San Felipe de Neri hablaba a sus discípulos de las cosas divinas. Desde la terraza se ven las termas de Caracalla, y por encima, la campiña de Roma.

Hemos salido de la villa Mattei y de la plaza de la Navicella, y bajado por un sitio en donde se levanta una muralla, con arcos, bajo los cuales algunos mendigos han hecho chozas con latas de petróleo. Por allí hay un merendero que se llama Osteria di Porta Metronia.

Ha consultado la amiga de Susana su libro, y ha resultado que nos encontramos en el valle de Egeria.

De aquí hemos salido a un camino estrecho, que bordea un muro, no muy alto, sobre el cual salen ramas verdes de laureles. Enfilando el camino se veía un obelisco egipcio, y el acroterio de San Juan de Letrán. Esta reunión de estatuas, de un color rojizo, destacándose en el cielo azul, tenía mucho de extraño.

Tomamos hacia abajo, por la calle de San Sixto Vecchio, que pasa también al lado de una pared; al final de la cuesta hay un molino, con una acequia profunda. La amiga de Susana decía que le gustaría bañarse allá.

Salimos, ya al anochecer, casi enfrente de las termas de Caracalla.

—Estas ruinas las debían derribar definitivamente —he dicho yo.

—¿Y por qué? —ha preguntado Susana.

—Porque parece que están en pie para demostrar la inutilidad del esfuerzo humano.

A Susana tampoco le preocupa gran cosa el que el esfuerzo humano sea útil o inútil.

A mí, sí, porque el esfuerzo mío entra dentro del esfuerzo humano, no por otra cosa.

Hemos vuelto, pasando por el Foro; pero hoy no hemos encontrado ningún entierro. Exigir que todos los días muriera uno y sacaran su cadáver durante el crepúsculo para la emoción del turista, creo que sería exigir demasiado.

Al llegar a su hotel, Susana ha dejado que suba primero su amiga, y luego sola, mirándome expresivamente, poniéndose la mano en el pecho, me ha dicho en español nasal:

—Mi corazón arde en mucha llama.

No lo creo.

XXIV

Intermedio turista.

DE VIAJE

SUSANA me ha dicho: Tengo alguna inclinación por usted, pero no le conozco lo bastante. Si a usted le pasa lo mismo que a mí, sígame usted. Viajemos juntos. Yo la sigo, y, sin embargo, estoy convencido de que lo que hago es una estupidez.

Vamos esta mañana de domingo en el tren. En la campiña se ve trabajar a los labradores con unos bueyes grandes, de largos y retorcidos cuernos; en un campo pantanoso unos braceros desecan fatigosamente la tierra. Desde el tren se ve la isla de Elba y de Capraya, y el mar azul con un color de añil.

—El *Mare nostro* —dice con una voz aflautada un señor elegante, y muestra en el horizonte algo que dice que es Córcega y que se adivina a lo lejos.

Mientras en el vagón-restaurante nos reunimos unos cuantos inútiles y desocupados, la gente del campo sigue trabajando, hundidos en el barro, desecando los pantanos.

—¡Qué cantidad de esfuerzo tienen que hacer esos pobres diablos para que vivamos nosotros! —he dicho yo.

—Nosotros no vivimos de ellos —replica Susana.

—No, vivimos de otros esclavos que trabajan por nosotros —le he contestado—. Estos que están ahí sirven para alimentar esos militares, esos curitas almiba-

rados, llenos de polvos de arroz, todos los que representan esa función teatral del Vaticano. Estos infelices ayudan a sostener las ocho basílicas y las trescientas y tantas iglesias de Roma.

Susana se ha encogido de hombros y ha sonreído.

DE CERCA

Viajar con una mujer a quien no se quiere, por muy bonita que sea, produce una serie de desencantos. Parece que se van buscando y analizando los defectos con microscopio. En estos días que he acompañado a Susana he descubierto en ella una porción de imperfecciones físicas y morales. Hay momentos en que se transparenta en ella una expresión de egoísmo y de brutalidad verdaderamente desagradables; luego es autoritaria, vanidosa, y trata de imponer su voluntad siempre.

Hemos estado en Siena, que es una especie de Toledo, formado por callejones estrechos. Hacía mucho calor. Nos hemos aburrido, sobre todo ella, que no tiene sentido artístico alguno.

Hemos pasado dos días en Florencia, una noche en Bolonia, otra noche en Milán, y después de vacilar si sería mejor ir al lago de Como o a Suiza, hemos venido a Ginebra a pasar unos días.

Viajando así, en trenes de lujo, se encuentran los viajes más insípidos que de ningún otro modo. Todos los *sleeping* iguales, toda la gente igual, todos los hoteles iguales. Realmente es estúpido.

Es más estúpido todavía viajando con una mujer que llama la atención por donde pasa. Llama la atención nada más; pero no despierta ninguna simpatía. Ella, en el fondo, no se explica el por qué siendo una mujer hermosa y distinguida no tenga nadie que la quiera desinteresadamente. Nota que todos los jóvenes elegantes que se dirigen a ella van a la mujer hermosa y rica.

Y ella cree que debían de extasiarse ante su espiritualidad y ante el repertorio de frases hechas que tiene para sus conversaciones.

UN HOTEL FASTIDIOSO

En este hotel inmenso, lujoso, colocado a dos mil y tantos metros sobre el nivel del mar, según dicen los carteles anunciadores que se ven por todas partes, nos reunimos más de cien personas en el comedor a la hora del almuerzo. El mayor frío, la más helada compostura reina entre nosotros.

Se ve que, albergados y reunidos por la casualidad en este hotel, nos estorbamos; una muralla de prejuicios y de convencionalismos nos separa. Las solteronas inglesas leen su novela romántica; las familias alemanas hablan entre sí; algún ruso bebe *champagne* mientras mira con los ojos vagos e inexpresivos, y algún hombre moreno, de país cálido, parece apabullado ante este silencio lúgubre.

Por las ventanas se ve el lago Leman, encerrado aquí cerca en montañas, azul como una gran turquesa, surcado por velas blancas, triangulares. Se oye de cuando en cuando el ruido estridente de la sirena de un vapor y el murmullo del tren funicular.

UNA FAMILIA MODESTA

En este albergue del fastidio entró hace dos días una familia de aire modesto. Era una familia formada por cinco personas: dos señoras, una de ellas fea, alta, flaca, con anteojos; la otra, más gruesa y bajita; una muchacha alegre, sonriente, sonrosada, y una niña melancólica, con el rostro de color de cera. Las acompañaba un hombre de aire distinguido y cansado.

Todos van de luto. Son ingleses; tienen entre sí rasgos de afabilidad simpática. La señora bajita, madre de las dos muchachas, estuvo el primer día durante el almuerzo oprimiendo la mano del hombre y acariciándola. El sonría con un aire dulce y fatigado. Sin duda no podía pasar mucho tiempo aquí, porque por la noche no

apareció y las cuatro mujeres estuvieron solas en el comedor.

Están las dos señoras y la muchacha fresca y rozagante muy preocupadas con la niña pálida, tanto, que no notan la expectación que causan entre la gente. Todas estas viejas mises, cargadas de joyas, miran a la familia de luto como preguntándose: ¿Cómo están aquí si no son de nuestra posición? ¿Cómo se atreven a mezclarse con nosotras no siendo de nuestra clase?

Y es cierto; no deben serlo: hay algo que indica que la familia no es rica. Además, y esto es ya bastante extraordinario, parece que no han venido aquí para desdeñar a los demás, ni para darse tono, sino para pasear y contemplar las cimas inmaculadas del monte Blanco. Así se les ve a las dos muchachas que salen sin adorno ninguno al campo, llevando un libro o una naranja en la mano, y que vuelven con ramos de flores...

TRAGEDIA EN EL CUARTO DEL HOTEL

Esta mañana, a la hora del almuerzo, sólo una de las señoras se ha presentado en el comedor.

—Quizá hayan ido las otras a alguna partida de campo —he pensado yo.

Por la noche, en la comida, estaban la mujer alta de los anteojos y la mayor de las muchachas sentadas a la mesa. No comían, y en sus rostros se retrataba la inquietud; la muchacha tenía las mejillas rojas y los ojos hinchados.

—¿Qué les pasará? —me he preguntado yo.

En esto ha venido la señora bajita, con dos frascos de medicina en la mano, y los ha dejado sobre el mantel. Por lo que oigo de la conversación, viene de Lausana de llamar a un médico. La niña melancólica, la de la cara de cera, debe de estar mala.

Sin duda viene la familia a Suiza por la niña enferma, probablemente haciendo un sacrificio. Así se ex-

plica el aire modesto, la marcha rápida del hombre que las acompaña.

Las tres mujeres se miran entristecidas. ¿Qué tendrá esa pobre muchacha? No recuerdo de ella mas que su cabello, dividido en dos bandas, y el color pálido de la piel exangüe, y, sin embargo, pensar en que está enferma me entristece.

Yo quisiera en este momento ofrecerme a estas mujeres; yo quisiera decirles: Yo soy un hombre humilde, sin dinero; pero si pudiera serles útil en algo, lo haría con el alma; lo que no haría por esa morralla llena de brillantes.

El señor alemán, que come en una mesa junto a la familia, ha comprendido lo que les pasa, y dejando de comer las mira a ellas, y luego me mira a mí con sus ojos azules. Al último se encoge de hombros, baja la cabeza y vacía de golpe un vaso de vino.

Las tres mujeres se levantan y suben a sus habitaciones. Se las oye ir y venir por el corredor; luego un criado sube la comida al cuarto.

Y mientras arriba la familia anda desolada, abajo, en el «hall», las mises se siguen mirando con desprecio, luciendo en sus dedos alhajas que centellean, y que bastarían para la vida de cientos de personas; y mientras arriba lloran, abajo una yanqui rubia, amiga de Susana, con un gran sombrero azul, que flirtea con un joven de Chicago, ríe a carcajadas, enseñando una dentadura blanca, en donde brilla una chispa de oro.

SUSANA NO SE ENTERA

He hablado a Susana de la pobre muchacha inglesa, que, según dicen, se muere, y me ha dicho que no le cuente cosas tristes. Ella no puede presenciar el sufrimiento ajeno. Dice que es más sensible que los demás. ¡Qué cosa más cómica!

Esta dama, que se cree tan espiritual y tan sensitiva, tiene una epidermis interior de hipopótamo; está acora-

zada con un magnífico egoísmo, que debe ser, por lo menos, de acero galvanizado. Su coraza la protege contra la acción de las miserias y de los dolores ajenos.

Esta mujer tan hermosa es de un egoísmo grotesco; se comprende que su marido la desprecie.

Yo la abandono con sus millones y me voy a España.

SEGUNDA PARTE

CASTRO DURO

I

La llegada.

CÉSAR EN ACCIÓN

Durante la noche, César Moncada y Alzugaray fueron charlando en el tren. Alzugaray celebraba esta primera y quijotesca salida de su amigo.

—Vamos a atravesar el Rubicón, César —le dijo al meterse en el tren.

—Ya veremos.

Alzugaray le había oído varias veces exponer sus planes a César, pero no confiaba gran cosa en su realización. Tampoco le parecía aquél el momento oportuno de entrar en campaña. Todo el mundo opinaba que el ministerio liberal estaba más fuerte que nunca; la gente seguía veraneando; no pasaba nada.

César, sin embargo, afirmaba que la crisis era inminente, y que él se encontraba en el momento preciso para entrar en la política. Con este objeto llevaba una carta de Alarcos, el jefe de los conservadores, para don Calixto García Guerrero.

—Tu don Calixto estará en San Sebastián o en algún balneario —dijo Alzugaray, sentándose en el vagón.

—Me es igual; pienso seguirle hasta dar con él —contestó César.

—¿Y te decides a presentarte como conservador?

—Claro.

—No te vaya a pesar luego.

—¡Ca! Luego se salta a la posición que convenga. En esos primeros escalones de la política, o hay que tener mucha suerte, o hay que andar como los saltamontes, de aquí para allá. Ese es el punto de arranque, en que todas las mediocridades ambiciosas se unen contra el que manifiesta talento. Yo, como es natural, no pienso hacer nada para demostrar el mío. La política española es como un estanque: un trozo de madera fuerte y densa se va al fondo; un pedazo de corteza, o de corcho, o un haz de paja se queda en la superficie. Hay que disfrazarse de corcho.

—Y luego te irás significando.

—Natural. Ya que me encuentro en vena de hacer comparaciones, diré que en la política española se da el caso de las antiguas comedias de enredo, en donde los lacayos hacen de señores. Cuando yo esté entre los señores, sabré demostrar que soy más amo que los que me rodean.

—Qué fachendoso estás.

—La seguridad que uno tiene en sí mismo —dijo César irónicamente.

—¿Pero la tienes de verdad, o la simulas?

—¿Qué importa que la tenga o no la tenga, si vivo como si la tuviera?

—Importa mucho. Como importa tener serenidad, o no, en el momento del peligro.

—La serenidad es mi musa inspiradora. No la tengo en mis pensamientos, ¡pero en la vida activa! me has de ver.

Se tendieron los dos amigos en el vagón de primera, y fueron medio dormidos hasta el amanecer, en que se levantaron.

El tren marchaba de prisa por la llanura; el sol, amarillo, entraba en el vagón; por los campos, recién segados, pasaban hombres a caballo.

—Todavía éstos no son mis dominios —dijo César.

—Nos faltan dos estaciones para Castro Duro —repuso Alzugaray, consultando la guía. Se quitaron las gorras, las metieron en la maleta. César se puso un

cuello postizo nuevo y se sentaron los dos delante del cristal.

—Parece bastante feo esto, ¡eh! —dijo Alzugaray.

—Naturalmente —contestó César—. ¿Qué quieres, que haya aquí aquellos paisajes verdes de tu tierra, que a mí me indignan?

LA DILIGENCIA CLÁSICA

Llegaron a Castro Duro. En la estación se veían grupos de aldeanos. Salieron los viajeros con sus equipajes fuera de la estación. Había dos coches destartalados a la puerta.

—¿Van ustedes a la fonda del Comercio? —preguntó un mozo.

—No, van a la fonda de España —dijo otro.

—Pues saben ustedes más que nosotros —contestó Alzugaray—, porque nosotros no sabemos adónde ir.

—¡Al Comercio!

—¡A España!

—¿De quién es este coche? —preguntó César, señalando el menos sucio de los dos.

—Del Comercio.

—Bueno, pues vamos al Comercio.

El coche, a pesar de ser el mejor de los dos, era un ómnibus destartalado y deshecho, con los cristales rotos y manchados. Tiraban de él tres mulas escuálidas y llenas de mataduras. Se metieron César y Alzugaray dentro y esperaron. El cochero, con la fusta al cuello, y un joven con traza de seminarista se pusieron a charlar y a fumar.

Al cabo de cinco minutos de espera, César preguntó.

—¿Qué, no salimos?

—Dentro de un momento, caballero.

El momento se iba alargando bastante: llegó un cura tan grueso que sólo él cogía todo el coche; después, una mujer de pueblo con una cesta, que puso sobre sus rodillas; luego subió el cartero con la valija; el cochero cerró la ventanilla del coche, y siguió bromeando con

el joven con traza de seminarista y con un mozo de la estación.

—Que hay prisa —dijo Alzugaray.

—Ahora vamos, caballero, Bueno. ¡Adiós!

—¡Adiós! —contestaron el mozo de la estación y el seminarista.

El cochero subió al pescante, hizo restallar el látigo y el coche comenzó a marchar, con un traqueteo estrepitoso y un temblor de todas sus maderas y cristales. En la carretera se levantó una nube de polvo espesísima.

—Ya, ya, ¡Coronela! —gritó el cochero—. Que te vas metiendo donde no debías meterte. ¡Maldita mula! Montesina, que te voy a dar dos palos. ¡Anda ahí, Coronela! Vamos adelante... «¡Güeno!» «¡Güeno!...» Ya basta... Ya basta... ¡Déjalo ya! ¡Déjalo ya!

—Qué cantidad de oratoria está gastando este hombre —exclamó César—. ¡Si creerá que las mulas van a andar mejor por los esfuerzos de su garganta! Valdría más que tuviera unos animales más fuertes y no éstos, que se están muriendo.

Los viajeros no hicieron caso de la observación, y Alzugaray dijo:

—Estos cocheros regalan la oratoria.

Mientras la destartalada diligencia marchó por la carretera que va rodeando el cerro de Castro, al son de los cascabeles y de los estallidos del látigo, fué posible estar sentado en el coche con relativa comodidad; pero al llegar a la primera calle del pueblo, en cuesta, torcida y empedrada de pedruscos, los vaivenes y bamboleos fueron tales, que los viajeros caían unos sobre otros.

La primera calle se iba estrechando rápidamente, y a medida que se estrechaba, los riscos de su empedrado eran más agudos y salientes. En la parte más alta de la calle, y en medio, había un carromato interceptando el paso. El cochero bajó del pescante y entabló larga discusión con el carretero, acerca de quién tenía la obligación de retroceder.

—¡Qué idiotas! —exclamó César incomodado; luego, más tranquilo, murmuró dirigiéndose a Alzugaray—:

La verdad es que esta gente no quiere mas que hablar.

Como la discusión entre el cochero y el carretero llevaban las trazas de no concluír, César dijo:

—Vámonos —y luego, dirigiéndose al hombre de la valija, le preguntó—: ¿Hay mucho de aquí a la fonda?

—No; está ahí cerca, en la misma casa del café.

LA FONDA

Efectivamente, la fonda estaba a un paso. Entraron en el zaguán, húmedo y sombrío, subieron la escalera torcida y avanzaron por el pasillo hasta la cocina.

—¡Buenos días! ¡Buenos días! —gritaron.

No apareció nadie.

—¿Será en el segundo piso? —dijo Alzugaray.

—Vamos a ver.

Subieron al otro piso, entraron por un corredor de ladrillos rojos, desgastados, y llamaron repetidas veces. Una vieja, desde el fondo de una alcoba obscura, en donde estaba barriendo, les dijo que bajaran al comedor y les llevaría el desayuno.

El comedor tenía balcones al campo, y era muy soleado; en cambio, las alcobas adonde les condujeron eran obscuras, lóbregas y hundidas. Alzugaray pidió a la vieja que le enseñara los demás cuartos vacantes, y eligió dos en el segundo piso, más claros y más aireados.

La vieja les advirtió que no les había querido llevar allí, porque las paredes no tenían papel.

—Sin duda en Castro la perspectiva de las chinches es una perspectiva agradable —dijo César.

Después de lavarse y vestirse, César se dirigió a la busca y captura de don Calixto, y Alzugaray fué a echar un vistazo al pueblo. Estaba acordado que cada cual exploraría el terreno a su modo.

II

Castro Duro.

LA MAÑANA

Hay una hora en estos pueblos castellanos, adustos y viejos, de paz y serenidad ideales. Es el comenzar de la mañana. Todavía los gallos cantan, las campanadas de la iglesia se derraman por el aire y el sol comienza a penetrar en las calles en ráfagas de luz. La mañana es un diluvio de claridad que se precipita sobre el pueblo amarillento.

El cielo está azul, el aire limpio, puro y diáfano; la atmósfera transparente no da casi efectos de perspectiva, y su masa etérea hace vibrar los contornos de las casas, de los campanarios y de los remates de los tejados. El viento, frío y sutil, juega en las encrucijadas y se entretiene en torcer los tallos de los geranios y de los claveles que llamean en los balcones. Hay por todas partes un olor de jara y de retama quemada que viene de los hornos donde se cuece el pan, y un olor de alhucema que viene de los zaguanes.

El pueblo se despereza; pasan algunos curas camino de la iglesia; salen de su casa algunas devotas y comienzan a llegar vendedores y vendedoras de los pueblecillos próximos. Las campanas hacen ese tilín talán triste que parece exclusivo de estos pueblos muertos. En la calle principal los comercios se abren; un muchacho con una pértiga cuelga las mantas, las alpargatas, las boinas en la portada. Recuas de mulos se ven delante

de los almacenes de trigo; algunos carboneros pasan, vendiendo carbón, y mujeres campesinas llevan del ronzal borriquillos cargados con cántaros y cazuelas.

Se oyen todos los pregones, todos los ruidos característicos del pueblo. El que vende leche, el que vende miel, el que vende castañas, tiene sus inflexiones propias y tradicionales. El velonero da unos golpes sonoros con dos candeleros de cobre; el afilador silba en su flauta...

Luego, al mediodía, vendedores y campesinos desaparecen, el sol aprieta y la tarde es aburrida y enervante.

DESDE EL MIRADERO

Castro Duro se encuentra asentado sobre un cerro de tierra roja.

Se escala el pueblo por carretera polvorienta, con restos de arbolillos que plantó un alcalde europeizador, y que murieron todos; o por unos caminos en zig-zag, por donde suelen subir las caballerías y las recuas.

Desde la tierra llana, Castro Duro destaca su silueta en el cielo, entre dos edificios altos y poligonales: uno amarillo, de color de miel, viejo y respetable, la iglesia; otro blanco, alargado, moderno, la cárcel.

Estos dos pilares del orden social se divisan por todas partes, desde cualquier punto de la llanura que se contemple a Castro.

El pueblo, antigua ciudad importante, tiene, desde lejos, aire señorial; de cerca, en cambio, presenta ese aspecto terroso de las ciudades castellanas en ruina; es vasto, extenso, formado en su mayor parte por callejones y plazoletas, con casas bajas, torcidas, de tejados negruzcos y alabeados.

Desde el paseo que hay al lado de la iglesia, llamado el Miradero, se ve la gran hondonada, llanura sin fin, plana y desierta que rodea a Castro. Al pie del cerro que sustenta la ciudad, un río ancho, que antiguamente

besaba las viejas murallas, traza una gran S sobre una faja de arena.

Las aguas del río cubren este arenal en invierno y lo dejan descubierto a medias en verano. A trechos, en la margen del río, se levantan bosquecillos de álamos que se espejean en la tranquila superficie del agua. Un larguísimo puente, de más de veinte arcos, cruza de una orilla a otra.

El cerro que sirve de asiento a la histórica ciudad tiene muy diversos aspectos: por un lado aparece escalonado en graderías, formadas por pequeñas parcelas de tierra sostenidas con muros de pedruscos. En estos rellanos hay matas de viñas y algunos almendros que brotan hasta por las junturas de las piedras.

En otra parte del cerro, que se llama las Trincheras, el terreno todo está roto por grandes cortaduras que, sin duda, fueron aprovechadas en otro tiempo para la defensa de la ciudad. Cerca de las trincheras se ven restos de murallas almenadas, tejares y ruinas de una población antigua, quizá destruída por las aguas del río, que fueron socavando sus cimientos.

Desde el Miradero se divisa abajo, como desde un globo, el puente por donde pasan los hombres, las caballerías y los carros, achicados por la distancia. Las mujeres lavan la ropa y la tienden al sol, y por la tarde caballos y rebaños de cabras beben en la orilla del río.

Esta gran llanada, esta inmensa planicie, tiene campos de sembradura cuadrados, rectangulares, que varían de color según las estaciones, desde el verde claro del alcacel, hasta el dorado de las mieses y el amarillo sucio de los rastrojos. Cerca del río hay huertas y josas con almendros y otros árboles frutales.

Por la tarde, desde el Miradero, desde la altura en que se encuentra Castro, se siente uno aplanado ante ese mar de tierra, ante el vasto horizonte y ante el profundo silencio. Lanzan los gallos al aire su cacareo metálico; marcan las horas las campanadas del reloj con un golpe triste y lento, y al anochecer, el río, brillante en sus dos o tres curvas de fuego, palidece y se vuelve azul. En los días claros el crepúsculo es de una magia extraordina-

ria. El pueblo entero queda nadando en oro. La colegiata, de amarilla, pasa a un tono de limón y a veces de naranja; y se ven muros viejos que a la luz vespertina toman un color de corteza de pan muy cocido al horno. Y el sol desaparece en la llanura y las campanadas del *Angelus* suenan en el espacio inmenso.

EL PUEBLO

Castro Duro tiene muchísimas calles, tantas como una capital importante. Sólo rodeando a la plaza se pueden contar la calle Mayor, la calle del Laurel, la calle del Cristo, la calle de los Mercaderes, la calle de las Herrerías, de la Zapatería, del Perezal, el Muro de la Penitencia y la calle de la Cadena.

Estas calles están constituídas por casas grandes de ladrillo y por casas pequeñas de adobes. El empedrado lo forman riscos puntiagudos, que dejan en medio un arroyo negro.

Las casas grandes tienen en la fachada, limitando la puerta, dos columnas de granito, y estas columnas y las piedras del umbral toman un color violáceo, por las heces del vino que suelen poner a secar en las aceras.

Muchos de los caserones de Castro ostentan gran escudo sobre la puerta, torrecillas derrengadas con su veleta de hierro en el tejado, y en algunos se ve un gran nido de cigüeñas.

Las calles alejadas del centro no tienen empedrado, y sus casas son bajas, de adobes y están prolongadas por corrales, por encima de cuyas tapias aparecen las ramas de las higueras.

Tienen estas casas salientes y entrantes, balcones desvencijados, saledizos que se sostienen por un prodigio de estabilidad, y rejas antiguas rematadas por una cruz y embellecidas por florones forjados a martillo.

Los dos principales monumentos de Castro Duro son la iglesia mayor y el palacio.

La iglesia mayor es románica, de color pardo amarillento, dorada por el sol. Se levanta en un extremo del

cerro, como centinela que espía el valle. Tiene la vieja fábrica, sólida y fuerte, filas de aspilleras debajo del tejado, que denuncian su carácter guerrero.

La cúpula principal y las más pequeñas son en aristas, como en casi todas las iglesias románicas de España.

El ábside, redondo, ostenta medias columnas ornamentales, varios rosetones y una porción de labores y de signos masónicos. En el interior de la iglesia, lo más notable que puede verse es el retablo del Renacimiento y un arco románico que da entrada al baptisterio.

La segunda obra arqueológica del pueblo es el antiguo palacio de los duques de Castro Duro.

El palacio, gran fábrica de piedra y de ladrillo ennegrecido, se levanta al lado del Ayuntamiento, y tiene, como éste, una hilada de arcos a la plaza. En el balcón central muestra columnas de adorno, y sobre ellas, dos gigantes de piedra carcomidos, con grandes mazas, que parecen vigilar el escudo; un extremo del edificio lo alarga una torre cuadrada.

El palacio ofrece ese aire noble que dan a las construcciones antiguas los grandes lienzos de pared con ventanas muy espaciadas, muy pequeñas y llenas de adornos.

Por las inscripciones de sus varios escudos se puede colegir que fué construído por el duque de Castro Duro, y por su mujer, doña Guiomar.

Por la parte de atrás del palacio, como alto mirador edificado sobre la muralla, aparece una galería formada por diez arcos de media punto, apoyados en esbeltas pilastras. Debajo de la galería quedan los restos de un jardín con rampas y plataformas y algunas viejas estatuas. Al pie casi de los jardines llega el río.

Hoy el palacio pertenece a don Calixto García Guerrero, conde de la Sauceda.

Don Calixto y su familia no tienen bastantes necesidades para vivir en todo aquel gran palacio, y se han contentado con reformar la parte frontera a la calle Mayor; han mandado abrir miradores nuevos y cedido las habitaciones que dan a la plaza y a la calle del Cristo para los Juzgados y las escuelas.

Otro caserón que sorprende a todo el que se detiene en Castro Duro es el convento de la Merced, por su tamaño. Está medio destruído por un incendio; quedan en las aristas unas grandes ménsulas de los balcones del Renacimiento, y en un ala del edificio, habitada por las monjas, hay ventanas con celosías y una torre bastante alta, rematada en su veleta y su cruz.

LA VIDA EN CASTRO

Castro Duro es un pueblo principalmente de agricultores y de trajineros. Su término municipal es extensísimo; la vega que le rodea es bastante fértil. En el invierno hay muchos días de niebla, y entonces la llanura parece un mar, en que flotan, como islas, las lomas y los bosquecillos.

El vino y los frutos de las huertas constituyen la principal riqueza de Castro; el vino es áspero, mal elaborado; hay uno espeso, obscuro, que siempre tiene gusto a la pez, y otro claro, que encabezan con alcohol y que llaman aloque.

El otoño es la época de mayor animación en el pueblo: se guarda la cosecha, se hace la vendimia, se recogen las almendras dulces y se les saca la cáscara en los portales.

Antes en todas las casas, en las ricas y en las pobres, se quemaba el cascajo del vino en la alquitara y se fabricaba un aguardiente un poco amargo. Fuese a consecuencia del aguardiente, o del dinero, o de las dos cosas, lo cierto era que en aquella época se desarrollaba en Castro una gran pasión por el juego y se cometían más crímenes que en el resto del año.

Los procedimientos de la industria de Castro son primitivos; todo se elabora a brazo, y la gente castreña supone que esto constituye una superioridad. En los alrededores del pueblo hay una fábrica de electricidad, otra de ladrillos, varios molinos y hornos de cal y de yeso.

El comercio es más abundante que la industria, aunque no más próspero. En la plaza y en la calle Mayor,

bajo los soportales, se ven las lencerías, las pañerías, las tiendas de gorras, las platerías, una junta a otra. Los tenderos sacan al arco sus géneros, los basteros y talabarteros decoran las portadas con jáquimas y correajes, y los que no tienen arco ponen toldos. En la plaza suele haber continuamente puestos de cántaros y de botijos y de cosas de hoja de lata.

En las calles excéntricas hay posadas, a cuya puerta se ven, casi constantemente, cinco o seis mulas que juntan las cabezas; cacharrerías con escobas y toda clase de jarras y de lebrillos; tiendas pequeñas de puerta de calle con capachos llenos de grano; tabernas negras, que son también casas de comidas, adonde van a comer los campesinos los días de mercado, y cuyo anuncio son ristras de pimientos secos y de guindillas y alguna rama de olmo. Hay en los letreros esa gracia castellana, castiza y serena. En el horno del Riojano pone: Se «cueze» el pan y lo que «benga»; y en la posada del Campico dice: Despacho de vino por la propia Furibis. Los comercios y las posadas tienen también nombres pintorescos. Hay la posada del Moro y la posada del Judío, y la posada del León, y la de los Ladrones.

Las calles de Castro, sobre todo las más céntricas, en donde la aglomeración es mayor, el verano están sucias y mal olientes. Nubes de moscas revolotean y se posan sobre alguna pareja de bueyes que duerme con beatitud; el sol derrama su claridad cegadora; no pasa un alma, y sólo algunos galgos, blancos y negros, elegantes y tristes, recorren las calles...

En todas las estaciones, al anochecer, algunos señoritos pasean por la plaza. A las nueve de la noche, en invierno, y a las diez en verano, entra el dominio de los serenos, con su cántico dramático y lamentable.

. . . .

Estos datos iba dando Alzugaray a César, mientras sentados ambos en la fonda se preparaban a cenar.

—¿Y el tipo? El tipo étnico. ¿Cuál es, según tú? —praguntó César.

—El tipo más bien delgado que grueso, esbelto, nariz arqueada, ojos negros...

—Sí, el tipo ibérico —dijo César—, es lo que me ha parecido a mí también. Alto, esbelto, dolicocéfalo... Me parece que se puede intentar algo en este pueblo...

III

Trabajos de César.

PRIMEROS PASOS

Y tú, ¿qué has hecho en todo el día? Cuenta.

—Creo, amigo Alzugaray —dijo César—, que puedo decir, como mi tocayo Julio: «Veni, vidi, vici».

—¡Demonio! ¿El primer día?

—Sí.

—¿A ver? Qué ha pasado.

—He salido de casa y he entrado en el café de abajo. No había nadie mas que un chico; le he pedido una botella de cerveza y le he preguntado si se publicaba algún periódico aquí; me ha dicho que el *Correo de Castro*, semanario independiente. Le he indicado que buscara algún número, aunque fuera atrasado, y me ha traído estos dos. Les he echado un vistazo, y luego, como si no me interesara gran cosa, he interrogado al chico acerca de don Calixto.

Primera impresión que he obtenido, que don Calixto es la persona más influyente del pueblo; segunda, que al lado de él, con él o en contra de él, hay un señor don Platón Peribáñez, casi tan influyente como don Calixto. Después he leído con atención los dos números del periódico de Castro, y por su lectura he visto que hay aquí una cuestión un tanto turbia de un Asilo, en donde parece que se han cometido irregularidades. Hay un librero republicano, que es concejal, a quien apoya un Centro Obrero, y que pide en el Ayuntamien-

to el esclarecimiento de los hechos, y los partidarios de don Calixto y de don Platón rechazan esta idea, como atentatoria a la hidalguía, a la honradez y al buen nombre de personalidades tan respetables.

Averiguadas estas noticias, para mí de interés, me he largado a la iglesia y he oído la misa de once entera.

—Muy bien. Eres todo un hombre.

—Al terminar la misa me he acercaco al arco del baptisterio y me he quedado contemplándolo, como si sintiera los más terribles síntomas de la efusión por la piedra tallada. Después he entrado en la capilla mayor, que es al mismo tiempo panteón de los duques de Castro Duro, cuyas tumbas se encuentran en los nichos del costado del presbiterio. Estos nichos están adornados por una florecencia de arte gótico de lo más alegre y bonito, y entre tanta filigrana de piedra se ven las estatuas yacentes de unos cuantos caballeros y de un obispo, que a juzgar por su espada debía ser también un guerrero.

No quedaba gente; el cura, un viejo simpático, se ha fijado en mí y me ha preguntado lo que me parecía el arco; yo, como llevaba la lección aprendida, he hablado del arte románico del siglo XII y XIII, como un profesor, y entonces, él me ha llevado a la sacristía y me ha enseñado dos tablas que yo he dicho que eran del siglo XV.

—Eso dicen —añadió el cura—. ¿Usted cree que serán italianas, o alemanas?

—Italianas, seguramente; italianas del Norte. Lo mismo podría haber dicho alemanas del Sur; pero había que decidirse por algo.

—¿Y valdrán? —me ha preguntado él entonces con ansiedad.

—Hombre, según —le he dicho yo—. Un chamarilero ofrecería a usted cien o doscientas pesetas por cada una; en Londres o en Nueva York, bien vendidas, pueden valer veinte o treinta mil francos.

El «páter» ha echado fuego por los ojos.

—¿Y qué habría que hacer para eso? —me ha preguntado.

—Hombre, yo creo que habría que hacer unas fotografías buenas, y enviarlas a unos cuantos marchantes y a los Museos de los Estados Unidos.

—¿Habría que escribir en inglés?

—Sí; sería lo más conveniente?

—Aquí no creo que hay nadie que sepa...

—Yo lo haría, con mucho gusto.

—¿Pero usted va a estar algún tiempo aquí?

—Sí; es probable.

Me ha preguntado a qué venía a Castro Duro, y le he dicho que no tenía más objeto que visitar a don Calixto García Guerrero.

Asombro del cura.

—¿Le conoce usted?

—Sí. Le he conocido en Roma.

—¿Sabe usted dónde vive?

—No.

—Pues yo le acompañaré.

—Hemos salido el cura y yo a la calle; él ha querido cederme la acera; yo me he opuesto como si fuera un crimen; él me ha dicho que estaba más acostumbrado que yo a andar sobre los guijarros, y al fin, él por la acera y yo por el arroyo, hemos llegado a casa de don Calixto.

. . . .

—¿Estaba en casa? —preguntó Alzugaray.

—Sí —dijo César—. Por cierto que hemos saludado en el camino al actual diputado a Cortes, el que será mi contrincante en las próximas elecciones, el señor García Padilla.

—¡Hombre! ¡Qué casualidad! ¿Qué tipo es?

—Es alto, de nariz aguileña y rojiza, bigote entrecano, lleno de cosmético, mal tipo.

—¿Y es liberal?

—Sí; es liberal, porque don Calixto es conservador. En el fondo, nada.

—Bueno. Sigue.

DON CALIXTO EN SU CASA

Como digo, don Calixto estaba en su casa, en un cuarto grande de la planta baja, que le sirve de despacho. Don Calixto es un hombre alto, esbelto, de pelo negrísimo, que comienza a blanquear en las sienes, y de bigote cano. Se encuentra en la edad romántica de las ilusiones, de las esperanzas...

—¿Pues qué edad tiene? —preguntó Alzugaray.

—No tiene mas que cincuenta y cuatro años —replicó César con sorna—. Don Calixto viste de negro, muy acicalado, y resulta elegante, pero tiene aire de notario. Por más esfuerzos que hace para parecer suelto y fácil en sus ademanes, no lo consigue; tiene el encogimiento inicial del que ha obedecido de chico o de hombre en alguna oficina o comercio.

Don Calixto me ha recibido con gran amabilidad, pero con cierto aire de reserva, como diciéndome: En Roma era para ti un alegre camarada; aquí soy un personaje. Hemos charlado de una porción de cosas, y antes de que me preguntara lo que quería, he tirado de carta y se la he presentado. El hombre se ha puesto los lentes, ha leído con atención y me ha dicho:

—Bueno, bueno; luego hablaremos.

El cura ha pensado, sin duda, si estaría estorbando, y se ha marchado.

Al quedarnos solos, don Calixto me ha dicho:

—Muy bien, César, me alegro de verle. Veo que se ha acordado usted de nuestra conversación de Roma. Comerá usted conmigo y con mi familia.

—Con mucho gusto.

—Les voy a decir que pongan un cubierto más.

Don Calixto ha salido y me ha dejado solo. He estudiado durante un momento el despacho del gran cacique; en la pared, diplomas, nombramientos en marcos de cristal, un árbol genealógico, probablemente dibujado anteayer; en un armario, libros de Derecho...

Ha vuelto don Calixto, me ha preguntado si estaba cansado, le he dicho que no, y atravesando toda la casa,

que es enorme, me ha enseñado el jardín. Chico, ¡qué rincón más admirable! Cae sobre el río, y es una maravilla. La parte más alta, que es la que tienen cuidada, vale poco; está de una manera lamentable; figúrate tú que hay una fuentecilla que es un negro de latón, y que echa agua por todas partes.

En cambio, la parte antigua del jardín, la más baja, ¡qué belleza! Hay un torreón que asoma encima del río, convertido en un mirador, entre granados, rosales y plantas trepadoras, y hay, sobre todo, una adelfa que es una maravilla...; parece un castillo de fuegos artificiales, o una lluvia de flores.

. . . .

-Abandona ese punto —dijo Alzugaray—. Estás hablando como un mal discípulo de Ruskin.

—Tienes razón. Pero cuando veas esos jardines te entusiasmarás también.

—Adelante.

LAS FUERZAS POLÍTICAS DE CASTRO

En su paseo, don Calixto me ha hablado de los inmensos beneficios que ha hecho al pueblo y de las ingratitudes que va recogiendo.

Yo recordaba, al oírle, un periodiquito de Madrid, que no tenía más objeto que dar bombos a precios módicos, y que hablando de un fabricante de Cataluña decía: El señor Tal es el cacique más poderoso de la provincia de Tarragona, y aun así, hay algunos que le disputan su cacicato.

Don Calixto se asombra de que después de haber hecho el honor a los castreños de prestarles al ochenta o al noventa por ciento, no le tengan cariño. Tras del jardín hemos visto la casa; no te digo nada de ella, no quiero que me vuelvas a acusar de ruskiniano.

Al llegar a la sala, don Calixto me ha dicho—: Voy a presentarle a mi familia.

Ha habido entrada, saludos ceremoniosos por mi parte, sonrisas... toda la lira. La señora de don Calixto es una gorda insignificante; las dos hijas, sosas, desgarbadas, y nada bonitas, y con ellas estaba una chiquilla de unos quince a diez y seis años, sobrina de don Calixto, un verdadero diablillo que se llama Amparo. Esta Amparo es chatilla, menudita, con los ojos negros y una vivacidad y una malicia extraordinarias. En la comida me llegó a azorar la tal niña.

He hablado con la mujer de don Calixto y con sus hijas gravemente de Madrid, de las compañías de teatros que vienen al pueblo, de sus conocimientos cortesanos.

La niña nos ha interrumpido trayéndonos el gato y poniéndole un lacito, y haciéndole andar luego sobre el teclado del piano.

A la una y media hemos ido al comedor; la comida ha sido kilométrica; la conversación ha versado acerca de Roma y París; don Calixto ha bebido de más; yo también, y al final de la comida ha habido su poquito de brindis, en el cual se han puesto de manifiesto mis intenciones políticas.

La hija mayor, que se llama Adela, me ha preguntado si me gustaba la música; la he dicho que sí, casi cerrando los ojos, que con delirio, y hemos pasado al salón. He escuchado, sin darme cuenta, una porción de sonatas en los horrores de la digestión, diciendo de cuándo en cuándo: ¡Magnífico! ¡Qué admirable!

El padre estaba encantado, la madre encantada, la hermana lo mismo; la chiquilla era la que me miraba con sus ojos negros interrogadores; debía pensar: ¿Qué clase de pájaro será éste? Creo que la condenada chica se daba cuenta de que estaba representando una comedia.

A eso de las cuatro las señoras y yo hemos salido al jardín. Don Calixto tiene la costumbre de dormir la siesta y se ha marchado. Yo he logrado despejarme con el aire libre. La señora de don Calixto me ha enseñado

una parte abandonada de la casa, en donde hay una cocina antigua, que es grande como una catedral, con una chimenea de piedra como un altar mayor, con las armas de los duques de Castro. Hemos charlado; he estado muy amable con la madre, atento con las hijas y frío e indiferente con la sobrinita. Estaba ya aburrido, después de agotar tados los motivos de conversación, cuando ha aparecido de nuevo don Calixto y me ha llevado a su despacho.

La conferencia ha sido importante; me ha explicado la situación de las fuerzas conservadoras del distrito. Estas fuerzas están representadas, principalmente, por tres hombres: don Calixto, un señor don Platón y un fraile. Don Calixto pepresenta la tendencia conservadora moderna, y es como si dijéramos el Cánovas del distrito; con él están los socios ricos del Casino, el juez de Instrucción, los médicos, los grandes propietarios, etcétera. Don Platón Peribáñez, platero de la calle Mayor, representa los mestizos; su gente es menos brillante, pero más convencida y más disciplinada; forman este partido platoniano o platónico cereros, plateros, pequeños comerciantes y los curas pobres. El fraile, que representa el tercer núcleo conservador, es el padre Martín Lafuerza. El padre Martín es prior del convento de franciscanos que se estableció aquí desde que la Congregación fué expulsada de Filipinas.

El padre Martín es un ultramontano con toda la barba; él dirige curas, frailes, monjas, beatas, y es el dueño absoluto de un pueblo de al lado que se llama Cidones, en donde las mujeres son muy devotas.

A pesar de su devoción, la fama de estas damas no debe ser muy buena, porque hay un proverbio, por cierto no muy galante, que dice así: En Cidones, ni mujer, ni mula tomes; en Griñón, ni mujer ni mula, ni lechón.

Contra estos tres núcleos conservadores hay los amigos del actual diputado, que no representan nada más que el elemento oficial, que está siempre con los que mandan, y una pequeña guerrilla que se reúne en el Casino Obrero, y que está compuesta principalmente

por un librero republicano, por un boticario inventor de explosivos, también republicano; por un médico anarquista, por un tejedor librepensador, y por un tabernero a quien llaman el Furibis, que es, además, contrabandista y hombre de pelo en pecho.

DON PLATÓN PERIBÁÑEZ

Después de darme estos datos, don Calixto me dijo que, contando con el señor Peribáñez, las elecciones eran seguras; y como las cosas cuanto más rápidas mejor, me propuso que fuéramos a verle, y yo inmediatamente acepté.

Don Platón Peribáñez tiene una platería montada a la antigua usanza; escaparate pequeño, lleno de sonajeros, ajorcas, collares, crucecitas, etc.; tienda estrecha y negra; después un pasillo largo, y en el fondo un obrador con una ventana a un patio.

Don Platón tiene en la platería de dependiente un muchacho que es una especialidad. Yo creo que si lo llevara uno a Londres y lo expusiera diciendo de antemano: «Cuidado, señores, que esto no es un mono, ni un antropoide, sino un hombre», se ganaba una barbaridad de libras esterlinas.

Hemos entrado en la tiendecita de don Platón, hemos preguntado por él al joven macaco y hemos pasado al obrador.

El señor Peribáñez es hombre de mediana estatura, vestido de negro, de barba blanca recortada, ojos grises y ademanes modestos. Habla friamente y pensando mucho lo que dice; tiene una voz monótona y lenta, y no se le escapa nada.

Me presentó a él don Calixto; el platero me dió la mano como si tuviera cierta repugnancia y le explicó el gran cacique quién era yo y lo que pretendía.

Don Platón dijo que él no podía contestar categóricamente sin consultar con sus amigos y con el padre Martín. Este tiene otros candidatos; uno, el mismo du-

que de Castro Duro; y el otro, un agricultor rico del pueblo.

El duque de Castro Duro no presenta otro inconveniente que el encontrarse preso en París por una insignificante estafa que ha cometido; pero parece que un cubano rico quiere sacarle del atolladero, a condición de que se case con su hija.

Si saliera de la cárcel y se casara, entonces le presentarían diputado por aquí.

Yo le he dicho a don Platón que, en el caso de que el apreciable duque no salga de la cárcel, si tendrá inconveniente en que yo sea su candidato; él ha contestado que yo soy muy joven, y después de muchos circunloquios, ha dicho crudamente que no sabe si sería aceptado o no como candidato por los suyos; pero en el caso de que lo fuese, las condiciones previas serían: primera, que yo no intervendría para nada en los asuntos del distrito, los cuales se ventilarían en el pueblo, como hasta ahora; segunda, que yo costearía los gastos de la elección, que se elevarían, próximamente, a unas diez mil pesetas.

Don Calixto me ha mirado interrogándome; yo he sonreído dando a entender que aceptaba, y después de arrancar a don Platón la promesa de que en esta semana daría una respuesta definitiva, nos hemos despedido de él y hemos ido al Casino.

Allí me han presentado al juez, un andaluz que tiene una fama irreprochable de chanchullero, y al alcalde, que es un agricultor rico; y reunidas en una mesa las personas de más significación de la ciudad, hemos charlado de política, de mujeres y de juego.

Les he contado una porción de bolas; les he dicho que una vez perdí en Monte Carlo diez mil duros, jugando con dos príncipes rusos y con una millonaria yanqui; les he hablado de misterios y de crímenes de las casas de juego y de esos grandes centros de placer, y han quedado atónitos. A las nueve y media, con un dolor de cabeza terrible, he venido aquí. Creo que no he perdido el día ¿eh?

—No. ¡Demonio! ¡Qué rapidez! —exclamó Alzuga-

ray—. Pero veo que no cenas. ¿No piensas tomar nada?

—No; voy a ver si duermo. Oye, pasado mañana estamos los dos convidados a comer en casa de don Calixto.

—¿Yo también?

—Sí; he dicho que eres un turista rico y quieren conocerte.

—¿Y qué voy a hacer allá?

—Puedes estudiar a esa gente, como el entomólogo estudia a los insectos. Oye, no estaría de más que te dieras un paseo por ese pueblo de al lado, que se llama Cidones, a ver si te enteras de qué clase de pájaro es ese padre Martín.

—Bueno.

—Y si no te molesta, entra con cualquier pretexto en la librería de ese librero republicano y habla con él.

—Así lo haré.

—Entonces, hasta mañana.

—¿Te vas ya?

—Sí.

—Pues buenas noches.

Salió César de su cuarto y se marchó a dormir.

IV

El librero y los libertarios.

Al día siguiente, muy por la mañana, Alzugaray fué a una administración de coches que le habían indicado en la fonda; pidió un caballo en alquiler, le trajeron uno grande y viejo, se montó en él, y más despacio que si fuera andando cruzó el pueblo y se dirigió hacia Cidones.

Dejó al llegar a este pueblo el caballo en casa de un herrador y subió por las callejuelas de Cidones, horriblemente empinadas, sombrías y en cuesta.

Luego ascendió a la Peña, en donde se levanta el convento de los franciscanos; pero no pudo obtener ningún dato nuevo del padre Martín y de sus frailes. La gente con quien habló no estaba dispuesta a franquearse, y no quiso insistir por no parecer sospechoso.

Después bajó de nuevo a Cidones y volvió a Castro Duro; César seguía aún en la cama. Alzugaray entró en en su cuarto.

—¿No piensas levantarte? —le preguntó.

—No.

—¿Ni piensas comer tampoco?

—Tampoco.

—¿Estás enfermo?

—No.

—¿Qué tienes? ¿Pereza?

—Algo de eso.

Comió Alzugaray solo, y después de tomar café se dirigió a la librería del concejal republicano de quien le había hablado César. Se hallaba ésta en un rincón de

la plaza y era al mismo tiempo tienda de objetos de escritorio y puesto de periódicos. Había tras del mostrador un viejo y un chico.

Entró Alzugaray. Compró varios periódicos de Madrid al chico, y dirigiéndose después al viejo, le preguntó:

—¿No tendrán ustedes algún plano de la provincia o de los alrededores de Castro Duro?

—No, señor; no hay.

—¿Ni alguna guía tampoco?

—Tampoco. En el Ayuntamiento tenemos un plano del pueblo...

—¿Pero sólo del casco?

—Sí.

—Entonces no me sirve.

—Usted quería un plano para hacer excursiones, ¿eh?

—Eso es, sí.

—Pues no los hay. Estamos muy atrasados.

—Sí, es verdad; eso no costaría gran cosa y les serviría para siempre, para los de aquí y para los forasteros.

—¡Vaya usted a decir eso a nuestro Ayuntamiento! —exclamó el viejo librero—. Todo lo que no sea favorecer a los ricos y al elemento clerical, no hay que esperarlo.

—¿Es que esa gente tiene aquí mucha influencia? —preguntó Alzugaray.

—¡Uf! ¡Enorme! Cada día mayor.

—Pues no parece que hay mucho convento.

—No, mucho convento no hay; pero hay uno que vale por cien, y es ese de Cidones.

—¿Y por qué?

—Porque tiene un prior que es una fiera. El padre Martín Lafuerza. Es célebre por todos estos contornos. Y es hombre de talento, no se puede negar, pero despótico y absorbente. Se mete en todas partes, catequiza a las mujeres, domina a los hombres. No hay manera de luchar con él. Yo estoy aquí con esto de los libros porque tengo mi retiro de teniente, que me da para vivir con mucha pobreza, y con algo que saco de los periódicos voy marchando. Además, soy republicano y muy

liberal y me gusta la propaganda. Si no, esto yo lo hubiera dejado hace tiempo, porque me han hecho una guerra a muerte, de esa infame que no puede comprender uno que vive en Madrid; calumnias que no se sabe de dónde vienen, denuncias atroces, todo...

Alzugaray se fijó en los ojos grises del librero, que tenían un brillo extraordinario. Era el viejo alto, encorvado, entrecano, la nariz prominente y la barba recortada a punta de tijera.

—Pero usted ha seguido firme en su puesto —dijo Alzugaray.

—Para algo le ha de servir a uno haber sido soldado —contestó el librero—. Se aprende a no retroceder ante el peligro. Y ésta es mi vida. Ahora soy concejal y trabajo lo que puedo en el Ayuntamiento, aunque sé que no haré nada. Los chanchullos pasan por delante de mí; yo sé que los hay, pero no es posible descubrirlos. Hace seis meses denuncié al juez las irregularidades que se cometían en un asilo de hermanitas, cosas probadas... El juez dió carpetazo a mi denuncia, y como si no hubiera pasado nada.

—España anda mal. ¡Es una lástima! —exclamó Alzugaray.

—Ustedes los de Madrid, y no es por molestarle, no se enteran de lo que pasa en los pueblos.

—Hombre, yo no he intervenido nunca en cuestiones políticas.

—Pues yo creo que todo el mundo debía intervenir en la política, porque son los intereses generales.

En este momento entraron dos personas en la librería. Alzugaray iba a marcharse, pero el librero le dijo:

—Si no tiene usted nada que hacer, siéntese usted un rato.

Se sentó Alzugaray y contempló a los recién venidos. Uno de ellos era un hombre flaco, melenudo, con patillas; el otro, un tipo afeitado, bajete, de mirada atravesada, vestido de pana de color de cobre y ceñido en ancha faja negra.

—¿No ha venido *El Rebelde*? —preguntó el de las patillas.

—No —contestó el librero—. Esta semana no ha salido.

—Lo habrán denunciado —dijo el de las patillas.

—Sí, es probable.

—¿Ha estado el doctor? —preguntó a su vez el hombrecillo afeitado de la faja negra.

—No.

—Bueno, vamos a ver si le encontramos en el Centro. ¡Salud!

—Adiós.

—¿Quiénes son estos pejes? —preguntó Alzugaray cuando salieron.

—Son dos anarquistas que tenemos aquí, y que a mí me acusan de burgués... ¡ja... ja!... Este afeitado es el hijo de una tabernera que se llama la Furibis, y a él le dicen lo mismo. Antes era federal. Al otro le llaman el «Patillas», y ha venido hace poco de Linares.

—¿Y qué hacen aquí?

—Nada. Ahí están en el Centro charlando, y ahora se reúne con ellos un médico que tenemos aquí, el doctor Ortigosa, que es medio loco. No tardará en venir. Ya verá usted qué tipo. Es hombre de muy malhumor, y que anda siempre buscando ocasiones de reñir. Sobre todo, es enemigo de la religión. Nunca dice ¡Adiós!, sino ¡Salud! o ¡Abur!; tampoco dice la Semana Santa, sino la Semana clerical. Su gran placer es encontrarse con un temperamento de fibra como el suyo; entonces le brillan los ojos y comienza a injuriar. Y si le pegan, se aguanta.

—¿Y es anarquista?

—¡Qué sé yo! Ni él mismo lo sabe. Antes, durante cuatro o cinco meses, escribió un periódico semanal titulado *La Protesta,* y unas veces hablaba de la canalización del río y otras de los habitantes de Marte.

Charlaron el librero y Alzugaray de otras muchas cosas, y al cabo de algún tiempo el librero dijo:

—Ahí tiene usted al doctor Ortigosa, aquí viene.

Se abrió la puerta y apareció un tipo flaco, desmedrado y enfermizo, de barba negra y anteojos. Llevaba la corbata torcida, el traje sucio y el sombrero en la mano. Contempló impertinente a Alzugaray, echó una ojeada

a un periódico y se puso a vociferar y a hablar mal de todo el mundo.

—Este es un pueblo de bestias —decía de cuando en cuando con una energía exasperada.

Luego, suponiendo que Alzugaray venía de Madrid, se puso a hablar mal de los madrileños.

—Son una colección de majaderos —dijo rotundamente varias veces—. No saben nada; no entienden nada, y, sin embargo, hablan con autoridad de todo.

Alzugaray aguantó el chaparrón sin darse por aludido, hojeando un periódico; y cuando más enfrascado estaba el médico en su discurso, se levantó, y estrechando la mano del librero y dándole las gracias, salió de la tienda.

El médico le miró con furor por encima de sus anteojos, y se puso a pasear por la librería.

Alzugaray fué hacia la fonda, reuniendo en la memoria los datos recogidos.

César se encontraba bien, y hablaron los dos del librero y de sus amigos, y del padre Martín Lafuerza.

—Todos esos datos los voy a ir apuntando —dijo César—. No estaría mal que siguieras cultivando al librero.

—Se le cultivará.

—Mañana, ya sabes —dijo César—. Gran comida en casa de don Calixto. Empiezan las maniobras políticas.

—Muy bien.

V

El banquete.

LOS INVITADOS

La mesa se había puesto en aquella admirable galería del antiguo palacio de los duques de Castro Duro que daba hacia el jardín; el tiempo, de principios de otoño, era de una suavidad y de una dulzura encantadoras.

César y Alzugaray se presentaron elegantes, charolados, la raya en el centro del pantalón: César, vestido de negro, con el aspecto ceremonioso que conviene a un hombre grave; Alzugaray, de claro, con un pañuelo de color en el bolsillo del pecho.

—Creo que estamos hechos unos *gentlement* —dijo César.

—Me parece que sí.

Entraron en la casa y les pasaron a la sala. Estaban ya la mayoría de los invitados; hubo las correspondientes presentaciones y saludos. César quedó en el grupo de los hombres, que permanecían de pie, y Alzugaray fué a parar a la esfera de la señora de don Calixto y de la mujer del juez.

El juez, desde el primer momento, consideró a César como hombre de importancia, y comenzó a llamarle don César a cada momento y a encontrar bien todo cuanto decía.

En el grupo de las señoras estaba un cura viejo, muy amigo de la casa, hombre alto, grande y sordo, llamado don Ramón.

La mujer del juez le dijo a Alzugaray que el tal don Ramón era un bendito.

Estaba de cura en una ermita próxima, muy rica, la ermita de la Vega, y había gastado todo el dinero de una herencia suya en arreglar la iglesia.

Era el pobre hombre infantil y dulce. Dijo varias veces que tenía muchas capas para la Virgen en el camarín de su iglesia, y que deseaba que se regalaran a las parroquias pobres, porque en la suya con tres o cuatro había bastantes.

LA AMPARITO

Estando hablando se oyó la bocina de un automóvil, y poco después entró en la sala la sobrina de don Calixto.

Era la Amparito, la muchacha chatilla de los ojos negros de que había hablado César a Alzugaray. Le acompañaba su padre.

El cura acarició las mejillas de la muchacha.

El padre era hombre basto, rojo, tostado por el sol, con facha de contratista o de minero.

La chica se quitó la gorra y el velo que traía en el automóvil, y se sentó entre las hijas de don Calixto. Alzugaray la contempló. La Amparito realmente era graciosa; tenía la nariz corta, los ojos negros, brillantes; los labios rojos y demasiado abultados, los dientes blancos y las mejillas tersas. Llevaba el pelo suelto, en bucles, pero a pesar de su indumentaria, algo infantil, se veía que era ya una mujer.

—César tiene razón; la niña ésta se las trae —murmuró Alzugaray.

Vino luego el hijo del alcalde y su hermana. El era un señorito insignificante, atento, cortés; había estudiado leyes en Salamanca, y parecía que tenía ciertas pretensiones sobre la segunda hija de don Calixto.

Reunidos todos los invitados, el amo de la casa dijo que, puesto que no faltaba nadie y era la hora, podían pasar a la galería, en donde estaba puesta la mesa.

En una de las cabeceras se sentó la señora de la casa, teniendo a un lado al cura y al otro al juez; en la otra cabecera, don Calixto, en medio de la señora del juez y de la hija del alcalde. César tenía designado su asiento entre la hija mayor de don Calixto y Amparito, y Alzugaray, entre la hija segunda y la niña del juez.

Momentos antes de sentarse, Amparito salió corriendo de la galería al jardín.

—¿Adónde ha ido esta muchacha? —preguntó la señora de don Calixto.

—Alguna cosa que se le habrá ocurrido —dijo el padre de la Amparito riendo.

La muchacha apareció poco después con unos cuantos crisantemos amarillos y rojos en la mano.

Dió uno rojo a la hija del alcalde y a sus primas, que eran las tres morenas, y uno amarillo a la hija del juez, que era rubia. Luego siguió con los hombres.

—Este para ti —al hijo del alcalde—; éste para usted —y dió a Alzugaray uno amarillo—; éste para usted —y dió a César uno rojo—, y ésta para mí—, y se puso una flor igual en el pecho.

—¿Y nosotros? —preguntó don Calixto.

—A ustedes no les doy crisantemos, porque tendrían celos sus señoras —replicó la Amparito.

—¡Hombre! ¡Hombre! —exclamó el juez—. ¿Qué le parece a usted, don Calixto? Cómo conocen estas niñas el corazón humano.

—Estas chiquillas no saben apreciar nuestros méritos —dijo don Calixto.

—Sí, sus méritos son para sus señoras —replicó la Amparito.

—Le advierto a usted que mi amigo César está también casado —dijo Alzugaray riendo.

—¡Ca! —exclamó ella sonriendo y enseñando sus dientes blancos y fuertes—. No tiene cara de casado.

—Sí, sí tiene cara de casado. Obsérvele usted bien.

—Bueno, pues como no está aquí su mujer no me reñirá.

Alzugaray examinó a la muchacha; tenía gran vivacidad; cualquier idea que se le ocurría se reflejaba en

su rostro de manera tan viva y tan graciosa, que el contemplarla era un espectáculo interesante.

La conversación tomó al principio un carácter lánguido y aburrido; don Calixto, el juez y César se pusieron a cambiar reflexiones políticas de maciza vulgaridad. César atendía galantemente a la hija mayor de don Calixto, y con menos galantería a su vecina Amparito; el hijo del alcalde, a pesar de que su misión oficial era cortejar a una de las chicas de don Calixto, miraba más a la Amparito que a su novia, y Alzugaray escuchaba sonriendo las salidas de la muchacha.

A la mitad de la comida la conversación se animó; el juez contó, con mucho arte, un crimen misterioso ocurrido en un pueblo de Andalucía entre gente del campo, y llegó a tener a todos pendientes de sus labios.

Al concluír el relato la conversación se generalizó; el elemento joven habló entre sí, y César hizo comentarios acerca de lo dicho por el juez, y defendió, como si fueran ideas conservadoras, las soluciones más inmorales y absurdas.

Las observaciones de César se discutieron por los hombres, y el juez y don Calixto convinieron en que César era hombre de verdadero talento que haría gran papel en el Congreso.

—Deme usted un poco de vino —dijo Amparito extendiendo la copa a Alzugaray—; su amigo de usted no me hace caso; le he pedido un poco de vino dos veces, y nada.

César hizo como que no oía y siguió hablando; la Amparito tomó la copa, mojó en ella los labios y miró a Alzugaray maliciosamente.

Después de comer y de tomar café, como las dos señoras y las muchachas se hallaban aburridas de comida tan larga, se levantaron, y tras ellas fueron Alzugaray, el hijo del alcalde y el padre de la Amparito. En la mesa quedaron don Calixto, el juez y César. El cura se había dormido.

Trajeron una botella de *Chartreuse* y se pusieron a beber y a fumar.

César tenía la garganta seca y estaba mareado de beber, de fumar y de hablar.

A las cinco el juez se despidió, porque tenía que dar un vistazo al Juzgado; don Calixto quería echar la siesta, y después de acompañar a César al jardín se fué. Estaban solas las dos señoras, porque los jóvenes, con el padre de Amparito, habían ido de excursión al Tranco del Diablo, un desfiladero por donde pasa al río por entre unos acantilados rojos llenos de quebraduras.

César acompañó a las dos señoras, y sostuvo una conversación monótona y aburrida acerca de las costumbres de la ciudad.

Al anochecer volvieron todos los excursionistas de su paseo. Una señorita tocó en el piano algo muy ruidoso, y la hija del juez fué rogada para que recitara una poesía de Campoamor.

—Es una cosa muy bonita —dijo la señora del juez—, una muchacha que se queja porque su amante la abandona.

—Pues dadas las costumbres españolas ya estará esa muchacha en una casa de prostitución —dijo César por lo bajo con ironía.

—¡Cállate! —replicó Alzugaray.

Recitó la muchacha la poesía, y César preguntó a Alzuragay con sorna si aquellos versos eran del padre de la muchacha, porque le parecían versos de notario o de juez de primera instancia.

Luego alguien propuso que cenaran allí.

César notó que al ama de la casa no le agradaba el plan, y dijo:

—Hay que tener medida en todo. Yo voy a acostarme.

Después de esta frase, un tanto pedante, que a don Calixto le pareció de perlas, César se despidió de sus nuevos conocidos con mucha ceremonia y frialdad. Alzugaray dijo que se quedaba todavía allí.

Al saludar a la Amparito, ésta preguntó burlonamente a César:

—¿Es su señora la que le tiene tan bien acostumbrado?

—¡Mi señora! —exclamó sorprendido César.

—No decía su amigo...

—¡Ah!, sí. Es ella, es ella la que me impone tan buenas costumbres.

Dicho esto salió de la sala y bajó de prisa las escaleras; el aire fresco de la noche le hizo estremecerse, y con la cabeza pesada y dolorida se fué a la fonda y se metió en la cama. Durmió con un sueño muy profundo, que no duraría más de una hora, y se despertó sudoroso y sediento.

Se le había pasado el dolor de cabeza; no eran aún más de la once; encendió la luz, e incorporado en la cama se puso a pensar en las probabilidades de éxito de su empresa.

En esto se fijó en el crisantemo rojo que estaba en el ojal de la chaqueta, y se acordó de la Amparito.

—La tal niña es un portento de coquetería y de mala educación —pensó con enfado—; estas señoritas de pueblo emancipadas son antipáticas como ellas solas. Prefiero la hija de don Calixto, que al menos es de una estupidez sencilla y nada molesta. Pero esta otra es insoportable.

Sin saber por qué sentía por esta muchacha mayor antipatía que la natural en el caso. No quería reconocerlo ante sí mismo; pero había en él esa hostitilidad que produce en los caracteres fuertes y voluntariosos la presencia de otra persona también de carácter fuerte que intenta manifestarse.

COMENTARIOS DE LOS DOS AMIGOS

Pensando en los detalles de la visita estaba César cuando entró Alzugaray; y viendo que había luz en el cuarto de César, pasó adentro. Alzugaray venía muy animado. Pasaron los dos amigos una revista irónica a las personas conocidas aquel día, y en general estuvie-

ron conformes en todo, menos en apreciar el carácter de la Amparito...

César la encontraba antipática, descarada e impertinente; en cambio, a su amigo le había parecido muy simpática, muy amable y muy graciosa.

—A mí —dijo César— me parece de esas niñas de pueblo que tienen amores con un estudiante, luego con un capitán y al último se casan con un animal rico, y engordan y se ponen hechas unas cerdas y se les marca el bigote.

—Creo que eres de una injusticia fundamental —dijo Alzugaray—. Amparito no es una chica de pueblo, porque vive en Madrid casi todo el año. Además, eso no tiene importancia; lo que yo no he visto es que haya cometido ninguna ligereza ni impertinencia.

—Hombre, eso va en apreciaciones. A mí me ha parecido mal, y a ti te ha parecido bien.

—Eres un absolutista, porque te advierto que has estado hasta grosero con ella.

—Tanto como grosero creo que no, pero frío y poco amable, sí.

—¿Y por qué?

—Primero, porque está en mi política; la familia de don Calixto no le quiere a la Amparito; y segundo, porque a mí tampoco me ha gustado la chica.

—¿Y por qué no te ha gustado? ¿Sin razón ninguna?

—No soy partidario de las razas platirrinas.

—¡Qué tontería! ¡Y tú quieres ver claro en las cosas! ¡Un hombre que juzga a las personas por sus narices!

—¿Y te parece poco dato? Una muchacha morena, braquicela y algo platirrina..., ya no hay más que hablar.

—Y si hubiera sido rubia, dolicocéfala y nariguda, ¿te hubiera parecido bien?

—Me hubiera parecido bien su tipo étnico.

—No discutamos. ¿Para qué? Pero siento que tu arbitrariedad llegue a tal extremo.

—La chica, si supiera nuestra discusión, no podría quejarse, porque si en mí ha tenido un detractor sistemático, en cambio en ti ha encontrado un defensor entusiasta.

—Hombre, sí; porque yo veo tan de tarde en tarde una persona con ingenuidad y con entusiasmo, que cuando la encuentro llevo una verdadera alegría.

—Eres un sentimental.

—Es verdad, y tú estás hecho un inquisidor.

—Muy cierto. Creo que en eso y en todo lo demás estamos conformes.

—Me parece que sí. Bueno. ¡Adiós! —dijo Alzugaray malhumorado.

—¡Salud! —contestó César.

VI

El tío Chino.

CIDONES

César esperaba con impaciencia la contestación del señor Peribáñez para volver a Madrid. Estaba ya harto de las conversaciones de don Calixto y de su señora, y de la familiaridad que habían establecido con él.

En cambio, Alzugaray se encontraba entretenido y contento. El padre de la Amparito le demostraba una gran simpatía y le llevaba en automóvil a todas partes.

César, para satisfacer su necesidad de aislamiento, había comenzado a levantarse muy temprano y a marchar paseando por la carretera. Casi siempre andaba demasiado, y durante todo el día estaba rendido, y al principio, por las noches, dormía mal.

Quería ir viendo con sus propios ojos los lugares de su futuro dominio, el escenario donde había de desarrollar sus iniciativas y de realizar sus planes.

Se le ocurrían una porción de cosas: aquí hacer un puente, allá aprovechar el desnivel del río y establecer una fábrica de fluido eléctrico para la industria. Le hubiera gustado modificar todo cuanto veía en un instante.

El pensar en aquellas fuerzas dormidas le irritaba: el asalto de agua perdido sin dejar su energía en algo; la hondonada, que podía transformarse en pantano de riego; el río, que marchaba mansamente, sin fecundar las tierras; el campo de la ermita, que hubiera podido

convertirse en parque, con una escuela alegre y clara; todo esto que se podía hacer y no se hacía se le figuraba de mayor realidad que las personas con quienes hablaba y convivía.

Una mañana, César fué a Cidones; el sol apretaba de firme en la carretera, y llegó al pueblo sofocado y sediento.

Las calles de Cidones eran tan estrechas, tan frías y tan húmedas, que al entrar en una de ellas César se estremeció y volvió, y en vez de meterse en aquel pólipo de hendiduras sombrías, fué rodeándolo por un camino. En una casa pequeña, con un emparrado y que hacía esquina, vió un letrero que decía: «Café español», y entró dentro.

EL CAFÉ ESPAÑOL

El café era obscuro y estaba completamente desierto, pero al final había un balcón por donde entraba el sol. César cruzó el café y se sentó cerca del balcón.

Llamó varias veces, palmoteó y apareció una muchacha.

—¿Qué quiere usted? —le preguntó.

—Algo para beber. Una botella de cerveza.

—Ahora llamaré al tío Chino.

Se fué la muchacha, y poco después vino un hombre grueso, rechoncho, con una botella de cerveza en la mano, a mostrar la etiqueta a César y a decirle si quería de aquélla.

—Sí, señor, de ésta; muy bien.

Abrió el hombre la botella con su sacacorchos, la dejó en la mesa, y como parecía tener ganas de entrar en conversación, le preguntó César:

—¿Por qué me ha dicho la muchacha que vendría un tío Chino? ¿Quién es el Chino?

—El Chino, o el tío Chino, como usted quiera, soy yo.

—¡Hombre!

—Sí, aquí todos tenemos apodo. A mi padre le llamaban así, y a mí también. ¡Psch! Es igual. Porque si uno

se incomoda es peor. Hace unos días llegó un arriero de un pueblo de al lado y fué a la posada, y, como no tenía apodo, y aquí en Cidones son muy aficionados a ponérselo a todo bicho viviente, le dijeron: Por poco tiempo que estés aquí, te pondrán un apodo; y él contestó desdeñoso: ¡Bah! Poco miedo. Al poco rato, al pasar por la plaza, una muchacha le dijo: ¡Adiós, Pocomiedo!, y en Pocomiedo se quedó.

Como el tío Chino parecía muy comunicativo, César le hizo algunas preguntas acerca de la vida del pueblo.

El tío Chino habló mucho y con gran claridad. Según él, la causa de todo lo malo del pueblo era la cobardía. Los dos o tres caciques de Castro y el padre Martín mandaban, arbitrariamente, en el partido, y los demás no se atrevían a resollar.

Los pobres no comprendían que, uniéndose, podían contrarrestar la influencia de los ricos y hasta llegar a dominarlos. Además, el miedo no les dejaba moverse.

—¿Pero miedo a qué? —dijo César.

—Miedo a todo: a que les carguen la contribución, a que no les den trabajo, a que les lleven el hijo soldado, a que le metan a uno en la cárcel por cualquier cosa, a que los dos o tres matones que están al servicio de los caciques le den una paliza.

—¿Pero a tanto llega la dominación?

—Hacen lo que quieren.

El Chino, que por su tipo más parecía un tártaro, se explicaba bien. Si no hubiera sido porque tergiversaba las palabras y porque tenía el prurito de buscar las más raras, hubiera dado la impresión de hombre inteligentísimo.

Dijo que era anticlerical, y se manifestó panteísta, y habló de las «contraversías» que entablaba con la gente.

—Un pariente que tengo, que es fraile —dijo— me suele increpar, diciendo: Lucas, tú eres un librepensador. Y a mucha honra, le contesto yo.

Luego, a propósito del fraile pariente suyo, contó una historia escandalosa. Con este fraile se había ido a vivir una sobrina del Chino, que durante algún tiempo servía en el café.

La explicación del tío Chino fué un tanto grotesca.

—Yo tenía en casa —dijo— una sobrinita, ¿sabe usted?, muy guapa, muy frescachona, con un pecho duro como una piedra. Mi mujer la quería «talmente» como si fuera una hija, y yo también. De pronto se dijo que la chica había tenido un desliz..., o dos deslices..., y al poco tiempo la muchacha quedó en mal estado. Bueno: se fué al pueblo, volvió aquí al café, y otra vez se dijo que la chica había tenido un desliz..., o dos deslices; y como yo tengo hijas, ¿sabe usted?, pues no me gusta esta «pro... miscuidá», y fuí yo y le dije: Mira, María, eso no está ni medio bien siquiera, y lo que debes hacer es largarte. Ella lo comprendió y se fué, y se va a buscar a su tío el fraile, y se «ajuntan» los dos... ¡Maldita sea! Yo fuí tras ellos, y si los encuentro los mato. Porque bueno que la chica hubiese tenido un desliz..., o dos deslices; pero eso de «ajuntarse» con el tío fraile, eso es un «ludibrío» para la familia. Crea usted que ha tenido uno que apurar el cáliz hasta las «hélices».

EL PADRE MARTÍN

César estaba entretenido oyendo al tío Chino, cuando vió desde el balcón del café que pasaban dos frailes por el camino.

—Estos serán del convento de la Peña —dijo.

El Chino se asomó y contestó:

—Uno es el prior, el padre Lafuerza. El otro es un jovencillo intrigante que ha venido hace poco.

—Hombre, los tengo que ver —dijo César.

—Ahora subirán por la calle.

Se fueron el tío Chino y César al otro extremo del café y esperaron a que pasaran.

De los dos frailes, el joven tenía aire de falsa humildad, era flaco, de barbucha amarillenta y de mirada solapada; el padre Martín, por el contrario, parecía un pachá recorriendo sus dominios. Era alto, grueso, de aspecto imponente; la barba rubia entrecana, los ojos azules, la nariz recta y bien hecha.

Subían los dos frailes por la calle angosta y en pendiente, y se paraban a hablar con las mujeres que cosían y bordaban en los portales.

César y el Chino les siguieron con la vista hasta que los dos frailes doblaron una esquina. Luego César salió del café y volvió a Castro Duro andando.

VII

Una escena enojosa.

La contestación de don Platón Peribáñez tardaba más de lo prometido. No se sabía si el duque de Castro Duro se casaba o no se casaba, si salía de la cárcel o se quedaba en ella. César no tuvo más remedio que esperar, aunque se encontraba ya harto de su estancia allí. Alzugaray se divertía: visitaba los pueblos inmediatos en compañía de la Amparito y de su padre; en cambío, César comenzaba a aburrirse. Acostumbrado a vivir con una independencia de salvaje, el trato social de un pueblo como Castro le irrritaba.

Su buena opinión por la gente estaba en razón directa de la indiferencia que sentían por él. El padre de la Amparito era de los que más antipatía le manifestaba; alguna vez le invitó a ir con él, pero sólo por atención. A estas invitaciones César contestaba negándose cortésmente.

La Amparito, que sin duda estaba acostumbrada a ver a todos los del pueblo mariposeando a su alrededor, se sentía herida por aquella indiferencia, y buscaba a César y le lanzaba pullas y le mortificaba con acritud. Era más inteligente la niña aquella de lo que parecía al principio, y razonaba con mucha claridad.

César no podía permitir que una chiquilla, por entretenimiento, quisiera embromarle y discutir sus ideas.

—Vamos a ver, Moncada —le dijo una vez la Amparito en la galería de casa de don Calixto—. ¿Cuáles son sus planes políticos de usted?

—No los va usted a entender —contestó César.

—¿Por qué no? ¿Tan estúpida cree usted que soy?
—No. Es que la política no es cosa para la infancia.
—¡Ah! Pero, ¿qué edad cree usted que tengo? —preguntó ella.
—Tendrá usted doce o trece años.
—Es usted un farsante, señor Moncada. Sabe usted que voy a cumplir diez y siete.
—Yo, no; ¿cómo lo voy a saber?
—Porque se lo he dicho a Ulzugaray, al amigo de usted...
—Sí, pero como yo no le pregunto a mi amigo lo que usted le dice.
—¿No le interesa a usted? Muy bien. Es usted muy fino. Pero a mí sí me preocupa la política de usted. Vamos a ver. ¿Qué reformas piensa usted hacer en el pueblo? ¿Qué ventajas va usted a dar a los aldeanos? Porque le advierto a usted, señor Moncada, que si no todos van a votar contra usted. Yo se lo diré a mi padre.
—No creo que llegará a tanto su fervor político.
—Sí llegará, llegará, y mi padre hará lo que yo le diga. Mi padre dice que es usted un ambicioso.
—Si fuera así le haría el amor a usted, que es rica.
—¿Y piensa usted que yo le correspondería?
—No sé, pero lo intentaría como otros, y ya ve usted que no lo intento.
La Amparito se mordió los labios, y dijo con ironía:
—¿Se reserva usted para mi prima Adelaida?
—No me reservo para nadie.
—No es usted muy amable, que digamos.
—Es verdad, nunca lo he sido.
—Si sigue usted así cuando sea diputado...
—¿Pero qué le importa a usted que sea diputado o no? ¿Es que tiene usted algún novio que quiere serlo? Si es así, dígamelo usted. En su obsequio, renunciaré. Ya ve usted que no puedo hacer más —dijo César burlonamente.
—¡Y cómo me odiaría usted entonces, si por mí tuviera usted que dejar de ser diputado!
—No.
—Me mira usted con odio ya ahora.

—No. Se engaña usted.

—Sí. Creo que si pudiera usted me pegaría.

—No, lo más que haría sería encerrarla en el cuarto obscuro.

—Es usted un hombre odioso, antipático; creí que le tenía alguna simpatía, pero no le tengo mas que odio.

—Ya sabe usted, Amparito, que soy candidato para la diputación, pero no para usted.

—Está bien. Está bien. No quiero oír más estupideces.

—No, las estupideces son las de usted.

Y César, que comenzaba a sentirse colérico, le reprochó demasiado duramente a la Amparito su coquetería, su mala intención y su afán de rebajar y de mortificar a la gente sin motivo.

La Amparito le escuchaba pálida y anhelante.

—Y al final —dijo César—, todo esto no me importa nada. Si les molesto a ustedes, o a usted sola, me voy y se acabó.

—No, no se vaya usted —murmuró la Amparito, llevándose el pañuelo a los ojos y comenzando a llorar amargamente.

César sintió una profunda pena; toda su cólera desapareció, y quedó parado, atónito, y sin saber qué hacer.

—No llore usted —exclamó César—; ¿qué van a pensar de mí? Vamos, no llore usted. Es una chiquillada.

En aquel momento entró en la galería el padre de la Amparito, y corriendo se puso al lado de la muchacha.

—¿Qué ha hecho usted a mi hija? —gritó, acercándose amenazadoramente a César.

—Yo, nada —dijo él.

—Sí. ¿Qué te ha hecho? —vociferó el padre.

—Nada, papá. No grites así, por Dios —gimió la Amparito—; he sido yo la que he tenido la culpa.

—Es que sí...

—No, te digo que no me ha hecho nada.

César, que había quedado inmóvil ante la amenaza del padre de la Amparito, dió una vuelta sobre sus talones y despacio se marchó.

EL ETERNO JUEGO DEL DESDÉN

César volvió a la fonda muy preocupado. Alzugaray le preguntó qué le pasaba, y César contó a su amigo lo ocurrido en la galería. Al escuchar el relato, Alzugaray adquirió un gran aspecto de desolación.

—No comprendo qué le pasa a esta muchacha, por qué me manifiesta esa antipatía —concluyó diciendo César.

—Pues es muy sencillo —dijo Alzugaray tristemente—; la muchacha está interesada por ti. Este eterno juego del desdén ha producido su efecto. Ha visto que te mostrabas indiferente con ella, que le hablabas con sequedad y se ha ido preocupando por ti, y hoy piensa en ti nada más. Eso es lo que ha pasado.

—¡Bah! No lo creo. Me parece que te vas a la novela.

—No hay novela. Es la verdad.

Al día siguiente, al levantarse César, la criada le entregó dos cartas: una era de don Calixto; decía que el señor Peribáñez le aceptaba como candidato. Se había averiguado que el duque de Castro Duro estaba casado en Inglaterra con su patrona; la combinación con el señor cubano era imposible y el pobre duque tenía que invernar definitivamente en París en la cárcel, en compañía de los distinguidos apaches Bibi de Montmartre y la Pantera de Batignolles.

La otra carta era de Amparito.

La sobrina de don Calixto le decía que no creyese que ella le tuviese odio; si le había dicho algo, era sin mala intención; ella se alegraría mucho de que realizase todos sus proyectos.

A pesar de sus planes ambiciosos y del deseo que tenía de que la cuestión de su candidatura se arreglase definitivamente, le preocupó mucho más la carta de la Amparito que la de don Calixto.

Un elemento nuevo, perturbador, intervenía en su vida, porque sí, sin preparación y sin razón alguna. No dijo nada a su amigo Alzugaray de la carta de la Am-

parito; le sentía rival, y a pesar de no tener pretensiones de seguir adelante, le molestaba la idea de una rivalidad entre los dos. No quería ofenderle presentándose ante él como un hombre afortunado.

Salió a la calle y se fué a pasear por la carretera.

—Es extraño —pensó— esta psicología tan burda, que demuestra que el hombre y la mujer, sobre todo la mujer, no son seres complicados, sino de una simplicidad estólida. Lo complicado en la mujer no es la inteligencia ni su alma, es el instinto: ¿por qué rechaza la mujer al hombre que le agrada? Por la misma razón que rechaza la hembra al macho en los animales, y sin embargo le llama.

Y este amor instintivo, esta mezcla de odio y atracción es lo curioso, lo enigmático de la naturaleza humana. En cambio lo intelectual de cada individuo ¡qué pobre es! ¡qué claro!

Esta muchacha, rica y atrayente, halagada por todos, se aburre en el pueblo; ve a un hombre que no se fija en ella, que va a otro fin, y sólo por eso se siente ofendida, y busca la manera de mortificarle, por entretenimiento y por despecho, y al ver que no lo consigue llega a preocuparse.

Y este despecho, esta vanidad herida se convierte en preocupación. ¿Por qué no ha de llamar amor a esta preocupación? Sí, está enamorada y experimenta una gran satisfacción al creerlo.

No es ya una muchacha insignificante, hija de un señor vulgar; es ante sí misma una figura romántica, parece que está preocupada por otro, y no, lo que pasa es que está preocupada por sí misma. ¡Qué ridículo es todo esto!... Y esto es la vida. ¿Es que la vida entera será una cosa ridícula?

—Volvió César a casa, y escribió a escondidas de Alzugaray una carta para la Amparito. Echó la carta en el buzón y fué luego a visitar a don Calixto y a despedirse de él. Don Calixto convidó a comer a César y a Alzugaray para el día siguiente, y fueron los mismos convidados que la primera vez.

La comida fué fría y ceremoniosa. La Amparito es-

tuvo seria, como una persona mayor; sin hablar apenas, contestó sonriendo discretamente a alguna frase de Alzugaray, pero no tuvo humor para embromar a nadie.

A media tarde salía el tren, y don Calixto había dispuesto enganchar el coche y acompañar a los viajeros a la estación.

César estaba inquieto pensando en la despedida. El momento de saludar a la Amparito y a su padre le parecía un momento difícil. Sin embargo, todo pasó correctamente. El padre le tendió la mano, sin rencor. La Amparito enrojeció un poco y le dijo:

—¿Nos volveremos a ver, Moncada?

—Sí, creo que sí —contestó César; y los dos amigos, con don Calixto, tomaron el coche para la estación.

El viaje de vuelta a Madrid de los dos amigos fué poco agradable. Alzugaray estaba ofendido por el éxito personal de César ante la Amparito; César comprendía la situación espiritual de su compañero y no sabía qué decir ni qué hacer.

A los dos les pareció el viaje largo y antipático, y al llegar a la estación se despidieron, con ganas de verse solos.

VIII

La elección.

LO QUE DECÍAN EN LOS PUEBLOS

Poco tiempo después, la eventualidad supuesta por César ocurría; el Ministerio liberal estaba en crisis, y tras de varios intentos de Gabinetes mixtos intermedios entraban los conservadores en el Poder.

César no tuvo necesidad de insistir con el ministro de la Gobernación. Era de los indiscutibles. Fué encasillado como adicto desde el primer momento.

El Gobierno había dado el decreto de disolución de Cortes en febrero, y preparaba para mediados de abril las elecciones generales.

César hubiera ido inmediatamente a Castro Duro, pero temía que si manifestaba interés complicase el asunto; había allí una porción de elementos cuya actitud no era fácil de prever; los amigos de don Platón, el padre Martín y su gente, el padre de la Amparito, los amigos del contrincante García Padilla. César pensó que valía más que le considerasen como un gomoso, sin otras ambiciones que darse tono, que no como un futuro amo del pueblo.

Escribió a don Calixto, y éste le dijo que no había ninguna prisa, todo estaba arreglado; le bastaba con presentarse cinco o seis días antes de las elecciones.

César tenía impaciencia por entrar en faena, y se le ocurrió visitar los pueblos que componían el distrito, sin decir a nadie nada ni darse a conocer. A principios

del mes de abril comenzó la excursión; se detuvo en el tren en una estación antes de Castro. Compró un caballo y fué recorriendo los pueblos. Nadie sabía en las aldeas que iba a haber elecciones, y a nadie le importaban estas cosas.

Desde la entrada del nuevo Gobierno había en cada aldea una pequeña revolución, producida por el cambio del Ayuntamiento y por el disfrute de todas las gabelas caciquiles del Municipio, que pasaban de manos de los que se llamaban liberales a las de los que se llamaban conservadores.

César se enteró de que, además del señor García Padilla, el candidato liberal, había otro patrocinado por el Padre Martín Lafuerza, pero parecía que los clericales lo iban a abandonar. En un pueblo, llamado Val de San Gil, el maestro de escuela le explicó, con unos detalles fantásticos, la política de Castro Duro. Este maestro era liberal y hombre franco, brusco e inteligente, pero juzgaba con los prejuicios de un periódico republicano de Madrid, que era el único que leía, la política de Castro Duro.

Según él, el señor Moncada, a quien no conocía nadie, no era mas que un testaferro de los jesuítas. El Padre Martín Lafuerza estaba ganando demasiado terreno en Castro, y quería que todo fuese para su convento. Los jesuítas se habían enterado de esto y mandaban al joven Moncada para que deshiciese las combinaciones del fraile franciscano e instaurara el mando de los Loyolas.

En otro lugar llamado Villavieja, se encontró César con que las cuatro o cinco personas interesadas en la marcha política de Castro estaban en contra suya. Parecía que el candidato conservador que ellos deseaban era el patrocinado por el Padre Martín, que les había prometido grandes ventajas.

En general, en los pueblos no estaban enterados de política; cuando César les iba preguntando qué pensaban de los diversos asuntos que preocupaban a un país, se encogían de hombros.

En los poblados lejanos no sabían ni quién era el rey ni cómo se llamaba.

Para lo único que sirvió el viaje al futuro candidato fué para darse cuenta de cómo se hacían las elecciones, para saber quiénes llevaban las actas a Castro Duro, y conocer de estas gentes a los que tenían garantías de honradez y a los que eran unos pillos.

INDIFERENCIA EN CASTRO

Tres días antes de la elección se presentó César en Castro Duro, y se alojó en casa de don Calixto. Nadie estaba enterado de sus correrías por los alrededores. No había preparativo alguno; se hablaba de que iban a cambiar de diputado, pero realmente esto no influía gran cosa en la vida del pueblo.

La noche del sábado se citó a la Junta del partido en el Casino de Castro, a las siete. César llegó unos minutos antes; no había nadie. Le pasaron a un salón destartalado, iluminado por un quinqué de petróleo.

Hacía frío en el cuarto, y César esperó paseando. En el techo temblaban, con las ráfagas de aire, toda una decoración de telas de araña plateadas y cubiertas de polvo.

A las ocho y media vino el primer individuo de la Junta; los demás fueron llegando perezosamente. Todos tenían algún pretexto para excusar su tardanza.

En el fondo, a nadie le interesaba el asunto; la política del distrito iba a seguir como hasta entonces, y realmente no valía la pena de pensar en ella. César era una figura decorativa, sin ningún relieve.

A las nueve estaban los individuos de la Junta en el Casino. Don Calixto echó un discurso que se fué prolongando de una manera alarmante; César le contestó con otro discurso, que fué escuchado con absoluta frialdad.

Luego se desarrolló una charlatanería frenética; todos querían hablar. Se entregaban a los distingos con fruición. Si es cierto que... Si bien es verdad... No tanto por... y se elogiaban unos a otros como oradores, con una gran seriedad.

Al día siguiente, domingo, se celebraba la proclamación de candidatos. Estos eran tres: Moncada, adicto; García Padilla, liberal, y San Román, republicano.

San Román era el viejo librero republicano; estaba descontado que no había de triunfar, pero a César le convenía que se presentase, para que los elementos del Círculo Obrero no votasen por el candidato liberal.

Dos días antes de la elección fué César a Cidones y entró en el café Español.

Preguntó por el tío Chino, y le dijo que era el futuro diputado. El tío Chino sabía quién era el joven con quien había hablado meses antes en su café, le recordaba con simpatía y lo recibió con grandes extremos.

—Hombre —le dijo César—, quisiera que me hiciera usted un favor.

—Usted dirá.

—Es una cuestión de elecciones.

—Bueno; vamos a ver qué es.

—Hay unos cuantos pueblos en donde los partidarios de Padilla están dispuestos, después del escrutinio, a cambiar las actas verdaderas por otras falsificadas. Está todo preparado para eso. Como yo he mandado gente a los colegios, querrán dar el cambiazo en el camino, quitándoles las actas a los peatones y entregándoles las falsas. Yo quisiera tener veinte o treinta hombres seguros, y mandarles de cuatro en cuatro a acompañar a los peatones que vengan con las actas, o a traerlas ellos.

—Bueno, yo se los busco a usted —dijo el tío Chino.

—¿Qué dinero necesita usted?

—Veinte duros me bastan.

—Tome usted cuarenta.

—Está bien. ¿Qué pueblos son?

César le dijo el nombre de los pueblos en donde temía el cambio. Luego le advirtió:

—De esto no diga usted nada.

—Nada.

César dió instrucciones precisas al cafetero, y al despedirse, el tío Chino le dijo:

—Yo ya sé que usted en el fondo es de los míos.

—¿Cree usted?

—Sí.

El domingo comenzaron las elecciones con absoluta desanimación. En la ciudad, el republicano sacaba mayoría, sobre todo en el arrabal. Padilla venía muy en baja. Sin embargo, en el Casino se decía que era posible que, al último, Padilla ganase la elección, porque en cinco o seis colegios rurales podía tener una mayoría aplastante.

A las cuatro de la tarde el resultado de la ciudad daba el triunfo a Moncada. Tras él venían San Román, y en último lugar, Padilla.

Comenzaron a llegar las actas de los pueblos. En todas, los resultados eran parecidos. Se veía que el elemento oficial votaba por el adicto, y los comprometidos con el Ayuntamiento anterior, por el liberal.

A las ocho de la noche llegó el acta del primer pueblo de donde Padilla esperaba su triunfo. El peatón, rodeado de cuatro hombres de Cidones, venía azorado. Entregó las actas y se fué. El resultado era parecido al de los otros colegios rurales.

Sólo en un pueblo el presidenle había podido escapar de la vigilancia de los guardianes enviados por César y el tío Chino, y cambiar los números de los votos en las actas; pero a pesar de esto la elección estaba ganada por César.

Al día siguiente se conoció el resultado exacto de las elecciones. Era así:

Moncada, 3.705.

García Padilla, 1.823.

San Román, 750.

Al comprender que César se la había jugado a sus amigos y a sus enemigos a la chita callando, entró por él una gran estimación.

El juez dijo:

—Creo que se han engañado ustedes. Suponían ustedes que don César era una palomita y nos va a resultar un buitre.

César escuchó las felicitaciones y recibió los agasajos sonriendo, y unos días después volvió a Madrid.

IX

César, diputado.

LA ZANCADILLA

Los que no conocían íntimamente a César se preguntaban: ¿Qué interés ha podido tener Moncada en hacerse diputado? No habla, no toma parte en los grandes debates.

Su nombre sólo aparecía de cuando en cuando en alguna comisión de cuestiones de Hacienda; pero nada más.

Su vida era completamente opaca; no se le veía en los estrenos, ni en los salones, ni en los paseos: era un hombre al parecer olvidado, perdido en la vida madrileña. Alguna vez al salir del Congreso veía a la Amparito en automóvil; ella le buscaba con la mirada y sonreía; él la saludaba ostentosamente con una gran reverencia.

Para muy contadas personas, César tenía fama de hombre inteligente y peligroso. Se le suponía de una ambición personal grande. No era lógico pensar que este hombre, frío y poco expansivo, fuera en el fondo un patriota que sintiera dolorosamente la decadencia de España y buscara los medios de levantarla.

Nada de placeres, ni de satisfacciones burguesas —pensaba—; vivir para un ideal patriótico, empujar a España hacia adelante y hacer con la carne de su patria una gran estatua que fuera su figura histórica.

Este era su plan. En el Congreso, César callaba; pero

hablaba en los pasillos, y sus comentarios irónicos, fríos y desapasionados comenzaban a cotizarse.

Se había relacionado con el ministro de Hacienda, hombre que pasaba por ilustre y era un mediocre, y pasaba por honrado siendo un granuja. César frecuentaba mucho su trato.

El ilustre hacendista había comprendido que Moncada sabía mucho más que él de cuestiones financieras, y ante sus amigos lo reconocía; pero daba a entender que César era sólo hombre teórico incapaz de tener un golpe de vista rápido.

Al ministro le convenía la amistad de César, y a César la del ministro. Este en el fondo odiaba a César, y César sentía por el ilustre hacendista un desprecio profundo.

Al verlos juntos en el coche, hablando afectuosamente, nadie hubiera podido suponer que entre ellos existiera una cantidad de odio y de hostilidad tan grandes.

La mayoría de la gente, con una falta de penetración absoluta, creía que César era un hombre arrastrado por la inteligencia brillante del ministro; pero había quien comprendía la situación de los dos, y decía:

—Moncada tiene sobre el ministro la influencia del cura en la familia.

Y había algo de cierto en esto.

César llevaba sus procedimientos experimentales de la Bolsa a la política. Tenía un libro de notas, en donde apuntaba todos los datos de la vida privada de ministros y diputados y archivaba las cartas después de clasificarlas.

En Castro Duro se comenzaba a sentir la gestión de César. El secretario del Ayuntamiento, los empleados, todos los que tenían amistades y relaciones con el elemento caciquil de la parte de don Platón iban saliendo de Castro.

Los destituídos y sus protectores escribían cartas y cartas al diputado. Al principio se creía que César no se tomaba interés; pero pronto pudieron comprender en Castro que sí se tomaba interés, pero en contra de ellos.

El ministro de Hacienda le servía de ariete para golpear sobre los clericales de Castro Duro.

Don Calixto en el fondo se alegraba de ver a sus rivales reducidos a la impotencia.

César comenzaba a entablar relaciones políticas con el librero republicano y con sus amigos. Cuando llegó a ver que contaba con el elemento liberal y obrero, empezó sin tardanza a minar el terreno a don Calixto. El juez, amigo suyo, fué trasladado, algunos actuarios lo fueron también, y pronto pudo comprender el conde de la Sauceda, el ilustre cacique, que su protegido tiraba contra él.

—He alimentado una serpiente en mi seno —dijo don Calixto—; pero yo sabré aplastarle la cabeza.

No debía tener mucha seguridad en sus fuerzas, porque don Calixto se vió en la precisión de pedir gracia. César se la concedió con tal de que no interviniera en la política de Castro.

—Ustedes han mandado ya y no lo han hecho muy bien para el pueblo. Déjenme ustedes ahora a mí.

A cambio del licenciamiento de don Calixto, César conseguiría que refrendaran su título pontificio.

Al cabo de año y medio César había metido en un puño a los caciques de Castro Duro.

—Mi procedimiento de suprimir a los caciques en el distrito ha sido fácil —solía decir César—; he hecho que uno me inutilizara a los demás, y después a ese uno, que era don Calixto, le he inutilizado yo y le he dado un título.

César no desatendía ni olvidaba el menor detalle. Escuchaba a todos los que le hablaban, aunque no le fueran a decir mas que necedades; contestaba siempre a las cartas, de su puño y letra.

Tenía para la gente del pueblo la táctica de fijarse en los nombres, sobre todo de los viejos, y para esto llevaba un cuadernito con sus notas. Ponía, por ejemplo: señor Ramón, estuvo en la guerra carlista; tío Juan, padece de reúma.

Cuando, valiéndose de sus notas, recordaba estos detalles, producía entre la gente un efecto extraordinario. Todo el mundo se consideraba el preferido.

LA VIDA DE CÉSAR

César vivía modestamente; tenía un cuarto en un hotel de la Carrera de San Jerónimo, donde recibía las visitas; pero no se le encontraba nunca allí, fuera de las horas de despacho.

Solía ir de tarde en tarde a cada de Alzugaray, hablaba con la madre y con la hermana de su amigo de una porción de menudencias, se enteraba de todo y se iba después de darles algunos consejos acerca de cuestiones de manejo de rentas, que casi siempre eran escuchados y seguidos.

Ignacio Alzugaray era el más incrédulo de todos, con relación a su amigo; la madre y la hermana creían en César como en un oráculo. Muchas veces pensaba César que debía enamorarse definitivamente de la hermana de Ignacio y casarse con ella; pero ninguno de los dos parecía tener empeño en pasar los límites de una amistad cordial.

César contaba su vida a la familia Alzugaray y producía risa y asombro.

Había alquilado por cinco duros un piso alto y bastante grande en una calle de Valle Hermoso. Los días que no tenía nada que hacer iba por allá. Se ponía una pelliza vieja y raída, pero que abrigaba bien, un sombrero blando, tomaba un bastón y se marchaba por los alrededores.

Su paseo favorito era los alrededores del Canalillo y la Dehesa de Amaniel.

En general, salía desde su casa enfrente de la Cárcel Modelo, luego marchaba hacia la Moncloa y, tomando a la derecha, pasaba por cerca del Instituto Rubio y entraba por un descampado, atravesando una tapia rota, al Cerro del Pimiento.

Desde allá, a lo lejos, se veía la Sierra del Guadarrama como una cortina de montañas azules y de crestas con nieve; El Escorial, los días que estaba claro; Aravaca, la Casa de Campo y la Sierra de Gredos, que avanzaba a mano izquierda como un promontorio. Cer-

ca se veía un pinar próximo al Instituto Rubio y un barranco con unas huertas y campos de la Escuela de Tiro de la Moncloa.

Avanzaba César por el camino sinuoso, se paraba a mirar a la derecha el cementerio de San Martín con sus cipreses negros y sus murallones amarillentos.

Luego seguía las vueltas del Canalillo y pasaba por delante del Tercer Depósito al camino de Amaniel.

Por allí hubiese construído César una casa si hubiese tenido la idea de vivir retirado.

Aquel paisaje seco, duro, era el que le gustaba. Las mañanas eran admirables, el cielo azul radiante, el aire limpio y sutil.

Los crepúsculos tenían un encanto extraordinario. Toda aquella vasta extensión de tierra, los montes, las colinas de la Casa de Campo, los cipreses del cementerio se iluminaban con una laz violada.

En el invierno había por estos lugares cazadores de verderones y jilgueros, que colocaban en el suelo sus redes de cuerdas y sus reclamos, y se pasaban horas y horas vigilando la caza.

Los domingos, sobre todo, era muy grande el número de estos cazadores. Iban en euadrillas de tres; uno llevaba un gran bulto, que era la red arrollada a la espalda; el otro, las jaulas de los reclamos, atadas con una correa, y el tercero, una cazuela, una bota de vino y unas cuantas astillas para hacer fuego.

César hablaba con los guardas de Amaniel, con los consumeros y se hizo muy amigo de un jorobadillo, cazador de pájaros.

Era curioso oír a este jorobadillo hablar de las costumbres de los pájaros y de las influencias del viento. Sabía cómo construían sus nidos los jilgueros, los verderones y las currucas, y la predilección que tenían unos por el algodón del tusílago y otros por la lana o por el pelo de las vacas. Contaba una porción de cosas, entre ellas muchas que sólo podían existir en su imaginación, pero a César le entretenían.

UN DÍA DE NOCHEBUENA

Un día de Nochebuena Alzugaray fué a buscar a César por la mañana. Sabía dónde encontrarle y marchó directamente a la calle de Galileo.

En la casa le dijeron que César estaba comiendo en una taberna de al lado.

Entró Alzugaray en la tasca y se encontró a su amigo el diputado sentado en un rincón comiendo. Tenía el aspecto de un obrero distinguido, un electricista, escultor o cosa semejante.

—Si saben que haces estas extravagancias van a creer que estás loco —dijo Alzugaray.

—¡Ca! No hay nadie que venga por aquí —contestó César—. El mundo político y éste son dos mundos aparte. Este es de la gente que tiene que cargar con el peso de todo, y aquél es el mundo de la gentuza, de los ladrones, de los idiotas y de los mentecatos. Realmente es difícil encontar nada tan vil, tan inepto y tan inútil como un político español. La burguesía española es un vivero de granujas y de miserables. Yo siento una repugnancia enorme al rozarme con ella. Por eso vengo aquí de cuando en cuando a hablar con esta gente; no porque éstos sean buenos, no; el que más y el que menos es un canalla, pero siquiera dicen lo que sienten y blasfeman con naturalidad.

—¿Y qué vas a hacer después de comer? —le preguntó Alzugaray—. ¿Tienes novia en alguna trapería del barrio?

—No. Pensaba dar un paseo nada más.

—Pues vamos.

Salieron de la taberna y fueron por una calle entre desmontes de arena cortados a pico a salir al Cerro del Pimiento. La niebla vaga y suave dejaba destacarse el Guadarrama.

—A mí este paisaje me encanta —dijo César.

—A mí me parece duro y hosco —repuso Alzugaray.

—Sí, es verdad, duro y hosco, pero noble. Cuando se empapa uno en esa vida miserable de la política,

cuando entra uno a formar parte de ese Olimpo de botarates que se llama Congreso, uno necesita purificarse. ¡Cuánta miseria! ¡Cuánta vileza hay en esa vida política! ¡Qué de caras pálidas por la envidia! ¡Que de odios más bajos y más repugnantes! Cuando yo salgo asqueado de ver esas gentes; cuando estoy saturado de repugnancia, entonces vengo a pasear por aquí, veo esos montes graves, ceñudos y fuertes, y sólo su vista me parece como un fuego purificador que me limpia de ruindades.

Veo que sigues tan absurdo como siempre, César. A nadie se le ocurre venir a solazarse delante de unos montes tristes, entre un hospital abandonado, que parece una leprosería, y un cementerio también abandonado.

—Pues a mí me dan estos montes una impresión de energía y de nobleza que me levanta el ánimo. Esa leprosería, como tú dices, hundida en el hoyo, ese cementerio abandonado, esos montes lejanos, son mis amigos; ellos se me figura que me dicen: Hay que ser duro, hay que ser fuerte como nosotros, hay que vivir en la soledad...

No siguieron muy adelante su paseo, porque la noche, en combinación con la niebla, hizo que no se viera bien la senda contigua al Canalillo, lo que daba la posibilidad, poco satisfactoria, de caerse.

Volvieron por donde habían ido. Desde el alto de un cerro se veía Madrid al anochecer, envuelto en la niebla, y en las calles recién abiertas entre los desmontes de arena, brillaban, con un nimbo irisado, las luces de los faroles de gas...



X

Trabajos políticos.

EL DINERO DE LA BOLSA

A pesar de que César no se distinguía gran cosa en el Congreso, trabajaba mucho. Su actitud se desarrollaba principalmente en dos puntos: la Bolsa y Castro Duro.

César había encontrado un socio para jugar a la Bolsa, un capitalista bilbaíno, a quien había convencido de la exactitud de sus métodos. El señor Salazar había depositado, a nombre de César, treinta mil duros; César con esta suma jugaba millones y arrancaba a la Bolsa un dividendo extraordinario.

Las jugadas se hacían a nombre de Alzugaray, que era el que tenía el cargo de ir todos los meses a ver al agente, a firmar y a recoger los papeles de la Bolsa. César daba las órdenes por teléfono, y Alzugaray se las comunicaba al agente.

Muchas veces Alzugaray iba a ver a César y le decía:

—El agente ha venido espantado a mi casa, a decirme que es un disparate lo que se va a hacer.

—Tú, déjalo —decía César—. Ya sabes nuestro contrato. Tú tienes el diez por ciento de las ganancias por dar las órdenes. No te metas en más.

Muchas veces, al ver el resultado positivo de las especulaciones de César, Alzugaray le preguntaba:

—¿Pero es que te enteras en el ministerio de lo que va a pasar?

—¡Ca! —decía César—; la Bolsa no es una cosa caprichosa como crees tú, hay indicios; yo me atengo a una porción de datos que me dan indicaciones: el cupón, el valor de las primas, el cálculo de probabilidades, y todo esto científico lo relaciono con observaciones empíricas difíciles de explicar. En esta situación, el acontecimiento es lo que menos me importa. ¿Qué va a ver revolución o guerra carlista?... Me tiene sin cuidado.

—Pero eso es imposible —decía Alzugaray—. Yo, permíteme que te lo diga, pero no te creo; tú tienes tu secreto y eso te sirve.

—¡Pero qué fantásticos sois todos! —exclamaba César—; os resistís a creer en el razonamiento y, sin embargo, creéis en el milagro.

—No, si yo no creo en el milagro; pero no me explico tus procedimientos.

—¡Claro! ¡Qué te vas a explicar! ¡Si no conoces el mecanismo de la Bolsa! Tengo la seguridad de que no te has fijado en el mecanismo del alza producida por la integración del cupón, y en cómo se limita esa alza por la dobla. Di. ¿Sabes tú lo que es eso?

—No.

—Pues, entonces, ¡cómo vas a entender nada!

—Bueno; pues explícame eso.

—No hay inconveniente. Tú sabes que la tendencia natural de la Bolsa es a subir.

—A subir y a bajar —interrumpió Alzugaray.

—No, a subir sólo.

—No lo veo.

—La tendencia general de la Bolsa es a subir, porque teniendo que bajar cada trimestre ochenta céntimos que representa el cupón, si la Bolsa no subiera para compensar esta pérdida, el papel llegaría a cero...

—No comprendo —dijo Alzugaray.

—Figúrate tú un hombre que está en una escalera; si de cuando en cuando le obligas a bajar un escalón, necesariamente, para quedar en el mismo punto que antes, tendrá que volver a subirlo, porque si no hiciera esto iría llegando al portal.

—¡Ah! Claro.

—Pues ese hombre que está en la escalera es la cotización, y ese trabajo mecánico de ir ganando esa pérdida trimestral, es lo que se llama la integración del cupón.

—No me convences.

Alzugaray no quería oír estas explicaciones; se había formado una opinión que no tenía mucha base, pero no aceptaba que César, razonando, pudiera llegar a vislumbrir un procedimiento de inducción y de deducción, donde otros no veían mas que casualidad.

CÉSAR COMIENZA SU OBRA

Con el dinero de la Bolsa, César se estaba haciendo el amo de Castro Duro. En el Congreso iba tomando una actitud liberal, y se encontraba en situación de abandonar la mayoría conservadora con cualquier motivo.

A esta posición política correspondía su campaña en Castro Duro: había levantado el Centro Obrero y pagado sus deudas. El Centro había sido fundado por los obreros de una fábrica de hilados, ya cerrada. El número de socios era muy pequeño, y lo sostenían principalmente los obreros y empleados del tren y algunos tejedores.

Al saber que iba a ser cerrado por falta de recursos, César se comprometió a sostenerlo. Pensaba dotar de una biblioteca al Centro e instalar en el campo una escuela. Al ver que el diputado patrocinaba el Centro; una porción de trabajadores de toda clase se inscribieron. Se nombró una nueva Junta, en la cual César era el presidente honorario, y el Centro Obrero renació de sus cenizas. Los republicanos y el pequeño grupo de socialistas, tejedores casi todos, estaban con César y le prometieron votarle en las elecciones próximas.

Algunos republicanos, al ir a Madrid a saludar a César, le decían que debía declararse republicano. Ellos le votarían con entusiasmo.

—No, ¿para qué? —les contestaba César—. ¿Vamos

a hacer algo más en Castro siendo yo republicano que no siéndolo? Además de que no saldría diputado y de que no podría tener entonces influencia, a mí me tienen sin cuidado las formas de Gobierno; hasta no me importa que se tenga una idea verdadera o mentirosa. Yo lo que quiero es que el pueblo se mueva: por un mito o por una realidad. Un político debe buscar, antetodo, la eficacia, y hoy el mito republicano en Castro no sería eficaz.

Los republicanos en general no iban muy satisfechos de las palabras de César, y decían al dejarle:

—Es un hombre muy raro, pero nos favorece y hay que seguirle.

A la reapertura del Centro Obrero se le dió en Castro proporciones de acontecimiento. César era partidario de inaugurar el Centro sin solemnidad alguna, sin llamar la atención de los clericales, pero los socios del Centro querían, por el contrario, dar un trágala a los reaccionarios, y César no tuvo más remedio que prometer su asistenria a la inauguración.

—¿Quieres venir a Castro? —le dijo César a Alzugaray.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Vamos a inaugurar un Centro.

—¿Y vas a hablar?

—Sí.

—Bueno, iremos a oírte. Probablemente lo harás bastante mal.

—Es posible.

—Y no le gustará a nadie lo que digas.

—También es posible. Pero eso no importa. ¿Vendrás?

—Sí. ¿Habrá oradores pintorescos?

—Los hay, pero no hablarán. Hay uno, el tío Chino, que es una especialidad. Ese ha dicho, pintando el estado actual de España, esta frase magistral: «El clericalismo en auge, la imoralidad en las alturas, la deuda cada vez más flotante...»

—Está muy bien.

—Ya lo creo; ha tenido otra frase feliz criticando la administración española. «¿Para qué se escriben, inútil-

mente, tantos papeles?» —dijo una vez—. «Para que las ratas, esos inmundos reptiles, los vayan devorando...»

—También está muy bien.

—Es un hombre sin ilustración, pero muy inteligente. ¿Conque vas a venir?

—Sí.

—Entonces en la estación nos reuniremos.

¿SE PUEDE CAMBIAR O NO?

—Tomaron por la noche el tren y fueron charlando. César explicó a Alzugaray las dificultades que había tenido que vencer para que el Centro Obrero se constituyera de nuevo, y fué detallando sus proyectos para el porvenir.

—¿Pero tú crees que ese pueblo se va a transformar? —preguntó Alzugaray.

—Sí. ¡Claro! —dijo César mirando a su amigo.

—¿De manera que tú, un darwinista que tiene como dogma científico que sólo la acción lenta del medio puede transformar las especies y los individuos, crees que una raza pobre, extenuada y rutinaria se va a levantar de golpe en unos años! Un darwinista, ¿puede creer en el milagro revolucionario?

—Antes, no; hoy, sí.

—¡Hombre! ¿Y eso por qué?

—¿Tú no has leído algo referente a los trabajos de ese botánico holandés que se llama Hugo de Vries?

—No.

—Pues esos trabajos han demostrado que hay ciertas especies vegetales que, de repente, sin preparación alguna, sin nada que lo haga prever, cambian en absoluto de tipo y toman otros caracteres.

—¡Demonio! Eso sí que es extraordinario.

—Vries ha comprobado primeramente esta transformación rápida en una planta llamada *Œnotheria Lamarckiana*, que de golpe, sin influencia del medio, sin nada que lo justifique, cambia a veces y se metamorfosea en otra planta.

—Pero esta transformación puede ser debida a una enfermedad —dijo Alzugaray.

—No, porque la mutación, después de efectuada, persiste de generación en generarión; no con caracteres patológicos, sino con caracteres completamente normales.

—Es rarísimo.

—Estas experiencias han constituído el neodarwinismo. Cos neodarwinistas, con Hugo de Vries a la cabeza, creen que las especies no se transforman en general gradualmente, sino que de una manera súbita y brusca producen formas nuevas que hacen a los hijos diferentes de sus padres. ¡Y si estas variaciones bruscas se pueden dar en un carácter tan fijo como la forma fisiológica, qué no será en una cosa tan mudable como la manera de pensar! Así, es muy posible que los hombres del Renacimiento italiano o de la Revolución Francesa fueran mentalmente distintos a sus antecesores y a sus sucesores, y hasta podrían ser distintos orgánicamente.

—Pero esto echa abajo toda la doctrina de la evolución —dijo Alzugaray.

—No. Esto lo único que ha hecho es separar dos formas de cambio, una la variación lenta comprobada ya por todos, otra la variación brusca señalada por ese Hugo de Vries. Se ve que estos impulsos, que en política se llaman evolución y revolución, no son mas que reflejos de los movimientos de la naturaleza.

—De manera que podemos esperar que Castro Duro se transforme en una Atenas —preguntó Alzugaray.

—Podemos esperar —dijo César.

—Bueno, pues esperemos durmiendo.

Se avisó al criado para que preparara dos camas en el vagón, y se tendieron los dos.

EL RECIBIMIENTO

Por la mañana César se dirigió al tocador y volvió poco después limpio y atildado como si fuera a un baile.

—¿Qué peripuesto vienes? —le dijo Alzugaray.

—Sí, es que saldrán a recibirme a la estación.

—¿De verás?

—Sí.

—¡Ja... ja.. ja...! —rió Alzugaray.

—¡De qué te ríes? —preguntó César sonriendo.

—De que te hayas preparado un recibimiento y me traigas a mí de testigo.

—No, hombre, no —dijo César—; yo no he preparado nada. Saldrán los obreros del Círculo por agradecimiento.

—¡Ah! vamos. Entonces serán pocos.

En esto se abrió la puerta del vagón y apareción un hombre con traje sucio de mecánico.

—¿Don César Moncada? —preguntó.

—¿Qué hay? —dijo César.

—Soy del Círculo Obrero de Castro, y vengo a saludarle antes que nadie —y tendió su mano—. ¡Salud!

—¡Salud! Recuerdos a los compañeros —dijo César estrechándole la mano.

—Caramba, ¡qué antusiasmo! —murmuró Alzugaray.

El empleado desapareció. Al llegar a la estación Alzugaray miró por la ventanilla y vió, con asombro, que el andén estaba lleno de gente.

Al entrar el coche en el recinto cubierto de la estación resonó un estrepitoso aplauso. César abrió la portezuela y saludó cortésmente con el sombrero.

—¡Viva Moncada! ¡Viva el diputado por Castro! ¡Viva la libertad! —se oyó gritar.

César, seguido de Alzugaray, bajó del vagón, y se vió rodeado por una porción de gente; había algunos obreros y campesinos, pero la mayoría eran vecinos bien acomodados.

Todos se apresuraban a estrecharle la mano.

Rodeados por esta multitud salieron al raso de la estación. Allí César se despidió de todos sus conocidos y entró en un coche con Alzugaray, mientras resonaban vivas y aplausos.

—¡Eh! ¿Qué te ha parecido el recibimiento? —preguntó César.

—Chico, ¡magnífico!
—No dirás que he estado populachero.
—Al revés. Has estado demasiado seco.
—Ya saben que soy así y no les asombra.

César tenía casa alquilada en Castro, y allí fueron los dos amigos. Durante toda la mañana y parte de la tarde no hicieron mas que presentarse comisiones de los pueblos, que querían hablar con César y consultarle acerca de asuntos de sus respectivos Ayuntamientos.

INAUGURACIÓN DEL CENTRO

Por la noche se inauguraba el Centro Obrero. En Castro no se hablaba de otra cosa. Los elementos clericales recomendaron a todas las personas religiosas que no asistieran a la reunión.

La gran sala del Centro se había iluminado profusamente; a las seis y media ya estaba llena de bote en bote.

A las siete comenzó el acto. Habló el presidente del Centro, un impresor que explicó los beneficios hechos por César; después pronunció un discurso el librero republicano San Román; y tras él tomó la palabra César.

Explicó con detalles su política en el Congreso. La gente le escuchaba un poco asombrada, queriendo sin duda encontrar ocasión oportuna para aplaudirle, y no encontrándola.

Algunos viejos ponían sus manos, como si fuera un pabellón, en la oreja para oír mejor.

Después César pasó a hablar de la vida de Castro, y explicó las necesidades del pueblo.

—Aquí —dijo— tienen ustedes tres problemas fundamentales, como en casi todos los pueblos del interior de España. Primero: el agua. No tienen ustedes agua buena para beber, y tampoco para regar. Por la falta de agua potable, la mortalidad en Castro Duro es grande; por la falta de riego no se puede cultivar mas que una zona, muy pequeña, en buenas condiciones. Hay que hacer, por lo tanto, una traída de aguas, y comenzar un

canal para riego. Segundo problema: las subsistencias. Aquí, como en toda Castilla, hay acaparadores de grano, que encarecen el trigo, y acaparadores de los artículos de primera necesidad, que los elevan de precio todo lo que les parece. Para evitar esto es necesario que el Ayuntamiento establezca una Alhóndiga que regule los precios. De lo contrario, el pueblo queda condenado al hambre, y pueblo que no come, ni puede trabajar ni ser libre. Tercer problema: los medios de transportes. Aquí tienen ferrocarril; pero no tienen ustedes ni buenas carreteras, ni buenos caminos, y el transporte es dificilísimo. Yo, por mi parte, haré lo posible para que el Estado no abandone la comarca; pero hay que excitar también a los pequeños Ayuntamientos para que cuiden los caminos vecinales.

Estas tres cuestiones son las que hay que resolver cuanto antes.

El agua, las subsistencias, los transportes; todo esto no representa un lujo, sino una necesidad; representa la vida. Es lo que podría llamarse la política del pan.

Yo no puedo hacer esas reformas solo; primero, porque no tengo medios; después, porque aunque los tuviera, si había de dejar esas mejoras en un pueblo que no las vigilara, ni las atendiera, pronto desaparecerían; serían como los canales hechos por los moros y luego cegados por la incuria de los cristianos. Por eso es necesaria la política, para convencer a los reacios.

Al mismo tiempo, y mirando al porvenir, vamos a comenzar la escuela, que yo quisiera que no fuese solamente una escuela primaria, sino una escuela para obreros.

Intentaremos también convertir el prado de San Roque en un parque.

Después de exponer su programa, César hizo un llamamiento a todos los hombres progresivos de ideas liberales y amantes de la ciudad a que colaboraran en su obra.

Al terminar su discurso, todo el público aplaudió estruendosamente. Alzugaray pudo comprobar que la mayoría de la gente no había entendido lo dicho por César.

—No han comprendido nada. Unas cuantas frases de relumbrón les hubieran gustado mucho más.

—¡Ah! Claro; pero eso no importa —replicó César—. Ya se acostumbrarán.

Terminada la inauguración se reunieron en la secretaría del Centro el librero San Román, el doctor Ortigosa, el señor Camacho, que era el boticario, que se decía inventor de explosivos, y algunos otros, y se habló con gran entusiasmo de la transformación que se estaba verificando en Castro.

XI

La emboscada de Sinigaglia.

UN ENCARGO DEL MINISTRO

Unos días después, en la época de Carnaval, el ministro de Hacienda se presentó en el hotel de César. El ilustre hacendista estaba un tanto nervioso.

—Venga usted conmigo —dijo.

—Vamos.

Entraron en el automóvil, y el ministro, de pronto, preguntó.

—¿Podría usted ir inmediatamente a París?

—No tengo inconveniente; ¿qué hay que hacer?

—Ya sabe usted que el gran financiero Dupont de Sarthe estudia un proyecto de saneamiento de la moneda para España.

—Sí.

—Pues hoy el presidente me ha dicho repetidas veces si estaba terminado. Yo necesito presentarlo pronto, lo más pronto posible, y con el proyecto del saneamiento, el de la supresión del affidávit.

—¿Y el presidente quiere que se presenten esos proyectos?

—Sí, quiere que los presente en seguida.

—Eso indica que la situación de los conservadores es muy fuerte —dijo César.

—Claro.

—¿Y qué quiere usted que yo haga?

—Vea usted a Dupont de Sarthe, que le explique su

proyecto con claridad, que le exponga sus dificultades; si tiene un boceto de él, que se lo entregue a usted; si no, que le dé sus notas.

—Bueno. Entonces, ¿salgo esta noche?

—Si puede usted, sería lo mejor.

—No tengo ningún inconveniente. Vuélvame usted al hotel, y preparo el equipaje.

Mandó el ministro al *chauffeur* que volviera a casa de César.

—En seguida que llegue usted, mándeme las señas por telégrafo, y escríbame usted explicando el proyecto con la mayor suma de detalles.

—Está bien.

—Necesitará usted dinero; no sé si aquí llevaré —dijo el ministro, buscando la cartera.

—Para hacer el viaje, tengo —contestó César—. Ahora, por si acaso lo necesito en París, no estaría de más que me abriera usted una cuenta allí con un banquero o me diera usted un cheque.

El ministro quedó vacilante, luego entró en el escritorio del hotel y firmó un cheque para un banquero parisiense de la rue de Provence, que entregó a César.

—Hasta la vuelta —dijo.

—Adiós.

César llamó al criado y le advirtió:

—Telefonee usted a mi amigo Alzugaray, ya sabe usted las señas. Que dentro de una hora esté aquí.

—Está bien, señor.

Dicho esto se asomó al portal, y vió que el automóvil del ministro se dirigía hacia el centro. Inmediatamente, César tomó un coche y fué al Congreso; el subsecretario de la Presidencia era amigo suyo; algunas veces le daba consejos para jugar a la Bolsa.

César le buscó y al verle le dijo:

—¿Qué tal vamos?

—Hombre, bien —contestó el subsecretario.

—Venga usted, que le vea al trasluz —replicó César —y tomándole de la mano, le miró a los ojos.

—La verdad —dijo el subsecretario, riendo— que la situación no está muy firme.

—¿Dónde está el peligro?

—El único peligro es su amigo de usted, el ilustre hacendista: Ese es el que nos puede hacer una charranada.

—Pero ustedes barruntan algo?

—No. Claramente, no. Eso usted lo puede saber mejor que nadie.

—He visto ahora mismo al ministro, y me ha dado la impresión de que está contento.

—Entonces todo va bien, pero no me fío.

César se separó del subsecretario, salió del Congreso y volvió a su casa en coche. Alzugaray le estaba esperando en el portal. Desde el mismo coche le llamó:

—Me voy a París —le dijo— a pasar unos días.

—Bueno.

—Necesito sacar el dinero mío que haya en el Banco.

—Ahora mismo iremos allá.

—Fueron al Banco, a la cuenta corriente, y César sacó veinte mil pesetas de su ganancia de Bolsa de unos meses.

—¿Este mes no vas a hacer ninguna operación? —preguntó Alzugaray.

—No, este mes, no.

Salieron del Banco.

—Te mandaré mis señas en París por telégrafo —dijo César.

—Está bien. ¿Y no se va a hacer nada?

—No. Es decir, el socio y yo no vamos a jugar. A pesar de esto, te voy a dejar dos mil pesetas, y, si te parece bien, haces la operación que creas conveniente.

—Bueno —dijo Alzugaray, satisfecho de la confianza de César en sus talentos bursátiles.

—En el caso de que necesite alguna indicación que no convenga que se sepa —siguió diciendo César—, te telegrafiaré con clave. ¿Tú conoces la clave de Aran?

—No.

—Pues yo te la daré ahora en mi casa. Si recibes un telegrama mío desde París, que comience con tu nombre, diciendo: Ignacio, haz esto o lo otro, ya sabes que va con clave.

—Enterado. ¿Qué pasa?

—Un negocio que se trae el ministro, y que no le dejaremos pasar sin arrancarle nuestra parte. Ya te lo explicaré al volver.

—¿Cuánto tiempo piensas estar allí?

—Lo más, quince días; pero quizá venga en seguida.

INDUCCIÓN

Al llegar el tren, César compró todos los periódicos de la noche. En uno vió un artículo titulado *Los proyectos del ministro de Hacienda*, y lo leyó con atención. El articulista decía que nunca había estado el ministro de Hacienda tan identificado con el Gabinete conservador como en este momento; que tenía en estudio una porción de proyectos para la salvación de la Hacienda española, que en breve expondría.

—Tiene gracia la broma —pensó César.

Estaba demasiado enterado de las cuestiones bursátiles y financieras, y demasiado enterado de la moralidad del ilustre hacendista para no comprender la trama de su negocio.

César sabía que el ministro, no sólo no se encontraba en buenas relaciones con sus compañeros de Gobierno, sino que estaba a matar con ellos, y además dispuesto a dejar el Ministerio de un día para otro.

¿De dónde venía aquella prisa por lanzar el proyecto de la supresión del affidávit y del saneamiento de la moneda? ¿Por qué le encargaba a César y no a alguien del ministerio de aquel trabajo?

La prisa de lanzar el proyecto era fácil de comprender. El ministro iba a dar un empuje decisivo a todos los valores; la supresión del affidávit y el proyecto de saneamiento de la moneda impulsarían al Interior en España y al Exterior en París a alturas extraordinarias. Después, una dificultad con el presidente, un momento de cólera explicable en un carácter como el del ministro, le obligarían a presentar la dimisión... los valores tendrían una caída formidable, y el ministro, que había

preparado ya una gran jugada a la baja en París, se guardaría unos cuantos cientos de miles de francos y quedaría con una reputación de patriota y definanciero excelente.

¿Por qué le enviaba a César? Sin duda porque desconfiaba de su secretario, a quien probablemente habría encargado antes misiones parecidas.

César conocía bien al ministro. Lo tenía definido en sus apuntos con estas palabras: Es un braquicéfalo moreno; hombre de tradición y de buen sentido; inteligencia mediana, astuto, buen padre de familia y buen católico. Se cree más listo de lo que en realidad es. Sus dos pasiones grandes son la vanidad y el dinero.

César conocía al ministro, pero el ¡ministro no conocía a César; suponía que era un hombre de inteligencia brillante, pero incapaz de darse cuenta de la realidad.

Después de pensar largo tiempo en el asunto, mientras se desnudaba para meterse en la cama del *sleeping*, César dijo.

—Aquí no hay que saber mas que una cosa. Quién es el agente que en París trabaja con el ministro, y quién es su banquero. Esto, con ayuda de Yarza, no me ha de ser difícil averiguar. Cuando sepamos con qué agente trabaja y con qué banquero, el negocio está hecho.

Después de esta conclusión se metió en la cama, apagó la luz y quedó dormitando.

EN PARÍS

Al llegar a París, de noche, dejó el equipaje en el mismo hotel de la estación del muelle de Orsay. Telegrafió al ministro y a Alzugaray sus señas, e inmediamente fué a buscar a Carlos Yarza. No pudo dar con él hasta muy entrada la noche. Explicó a su amigo lo que le traía, y Yarza le dijo que estaba a su disposición.

—Cuando me necesites, avísame.

—Bueno.

César se fué a acostar, y a la mañana siguiente se dirigió a la casa de banca de la calle de Provence, don-

de tenía que cobrar el cheque entregado por el ministro de Hacienda.

Entró en la casa de banca y preguntó por el jefe. Salió un empleado y le explicó que al llegar al hotel se le había extraviado un cheque de tres mil francos, precisamente del ministro de Hacienda español. Se dió a conocer como diputado, como amigo íntimo del ministro y se manifestó muy enfadado. El jefe de la sección le dijo que ellos no podían hacer nada más que tomar nota del nombre y no pagar si alguno se presentaba con el cheque a cobrarlo.

—¿Ustedes no trabajan con el ministro? —preguntó César.

—No, muy rara vez —dijo el jefe.

—¿No saben ustedes quién es su banquero habitual?

—No; lo preguntaré, porque es muy posible que el jefe de la casa lo sepa.

Salió el empleado y volvió poco después, manifestando que, con quien se decía que tenía relaciones el ministro de Hacienda español era con la casa de Recquillart y Compañía, de la rue Bergere.

La calle ésta se hallaba cerca, y César tardó muy poco en llegar a ella. La casa era obscura, iluminada con luz eléctrica, a pesar de ser de día, de esos rincones clásicos de judío usurero en donde se amasan las grandes fortunas.

No era cuestión de emplear el mismo pretexto que en la calle Provence, y César pensó en otra cosa.

Preguntó por el señor Recquillart, y apareció un señor grueso, entre rubio y canoso, con el cráneo sonrosado y anteojos de oro.

César le dijo que era secretario de un minero rico español que se encontraba en París. Este señor quería intentar negocios de bolsa, pero no podía acudir a la casa de banca por hallarse enfermo con una hidropesía.

—¿Y quién le ha recomendado nuestra casa a ese señor? —preguntó el banquero.

—Creo que ha sido el mismo ministro de Hacienda de España.

—¡Ah! Sí, muy bien, muy bien. ¿Y cómo nos vamos a entender con él? ¿Por intermedio de usted?

—No, me ha dicho que preferiría que fuese un empleado que supiese español para darle sus órdenes.

—Está muy bien, irá; tenemos un empleado español precisamente. ¿A qué hora tendrá que ir? —dijo el señor Recquillart tomando un lápiz.

—A las nueve de la noche.

—¿Por quién preguntará?

—Por el señor Pérez Cuesta.

—¿En qué hotel?

—En el mismo de la estación de Orsay.

—Está muy bien.

Saludó César, y después de mandar un aviso telefónico a Yarza, citándole para después de la Bolsa en el café Riche, tomó un automóvil y se fué en busca del gran financiero Dupont de Sarthe. Este vivía en la otra orilla del Sena, cerca de la estación de Montparnasse.

Tenía un despacho grande, suntuoso, con una enorme biblioteca. Dos escribientes trabajaban en mesas pequeñas colocadas delante de los balcones, y el maestro escribía en una gran mesa de ministro, llena de libros. Al presentarse César, el gran economista se levantó, le dió la mano, y hablando con una voz aguda y un acento parisiense le preguntó qué deseaba.

César le dijo lo que pedía el ministro, y el gran economista se indignó.

—¿Es que cree ese señor que estoy a su servicio para comenzar un trabajo y dejarlo cuando a él le parezca, y volver a tomarlo cuando él lo ordena? No, dígale usted que no. Que el proyecto que me pide no está hecho, ni terminado; que no le puedo dar ningún dato ni ninguna indicación.

César, en vista de la indignación del maestro, no replicó y se fué a la calle. Comió en su hotel, indicó que si alguno traía alguna carta o aviso para el señor Pérez Cuesta lo recogieran, y fué de nuevo a la calle de Provence, donde dijo que había tenido la suerte de encontrar el cheque.

Con todas estas idas y venidas habían dado las tres,

y César se dirigió al café Riche. Yarza se encontraba allí y hablaron los dos largamente. Yarza conocía las maniobras del ministro de Hacienda, y dió su opinión acerca de ellas, con su gran conocimiento en las cuestiones bursátiles. Conocía también al dependiente de Recquillart, el catalán Puchol, de quien tenía una idea no muy buena.

Se citaron los dos amigos para el día siguiente y César corrió a su hotel. Escribió al ministro diciéndole cuáles eran las bases del proyecto de Dupont de Sarthe, y entre sus ideas acerca del asunto y las que había expuesto Yarza, pudo enjaretar un plan bastante completo.

—El ministro, como es un hombre que no entiende nada de esto —pensó César—, al saber que las ideas que le expongo son del ilustre Dupont de Sarthe, le parecerán una maravilla.

EL DEPENDIENTE DE RECQUILLART

Después de escribir su larga carta y tomar un poco de té, estuvo tendido en un diván, hasta que le avisaron que un joven preguntaba por el señor Pérez Cuesta.

—Que pase.

Entró el señor Puchol, un hombre bajito, moreno, con un sombrero de alas planas ribeteadas y un chaqué.

Le saludó afablemente César y le hizo sentarse.

—¿Pero usted es español? —le preguntó César.

—Sí; he nacido en Barcelona.

—Le hubiera tomado a usted por un francés.

—En costumbres y en todo lo demás soy un parisiense completo.

—Este es un pobre hombre lleno de vanidad —pensó César—; mejor.

Inmediatamente comenzó a explicarle el asunto.

—Mire usted —le dijo—, aquí no se trata mas que de lo siguiente: El ministro de Hacienda español, mi jefe, hace operaciones en gran escala con la casa de

banca Recquillart; esto usted lo sabe y yo también; pero la casa Recquillart, además de cobrarle un tanto por ciento exagerado, interviene en las compras y en las ventas con tan poco acierto, que siempre que compra da la casualidad de que compra más caro de lo que está el papel en el mercado, y siempre que vende, vende más barato de lo que la cotización marca. El ministro no quiere prescindir de la casa Recquillart...

—No puede, debía usted decir —replicó Puchol de una manera insinuante.

—Puesto que está usted enterado... —repuso César.

—¡No lo he de estar!

—Puesto que está usted enterado de todo —siguió César—, diré que, efectivamente, no puede prescindir de la casa Recquillart; pero el ministro quiere hacer operaciones con otra persona, sin pasar por las horcas caudinas del patrón.

—Necesitaría poner fianza aquí con otro agente —dijo Puchol.

—¡Ah! Claro. Yo traigo unos veinte mil francos con ese objeto.

—Entonces no hay inconveniente.

—Pero es necesario un intermediario. El ministro no quiere dirigirse a un banquero cualquiera y explicarle sus combinaciones.

—Para eso estoy yo.

—Bien, pero hay que saber de antemano lo que usted ha de llevar. Tales podrían ser sus exigencias que le convendría más seguir con Recquillart.

—Recquillart le lleva el diez por ciento de las ganancias, además de una pequeña comisión como agente; yo le llevaré el cinco.

—¡Es mucho!

—Yo no acepto menos; la combinación me puede costar el destino... Consúltelo usted...

—¡Si se pudiera consultar! El caso es que puede no haber tiempo. Aceptaremos el cinco.

—¿En qué quiere operar el ministro? ¿Cómo con Recquillart? ¿En el Exterior y en Nortes?

—En nada más. Igual que antes.

—Muy bien. El negocio, como ve usted, es seguro —siguió diciendo Puchol—. Yo pondría en él mi fortuna, si la tuviera. Hay una porción de periódicos pagados; las revistas financieras todas están aconsejando el alza.

El dependiente sacó una revista doblada y se la entregó a César. Este leyó:

«Se asegura que el proyecto del ministro de Hacienda de España ha de hacer subir el papel Exterior en París de una manera considerable. Los Nortes seguirán el mismo camino, y hay indicios de que su subida será rapidísima y de varios enteros».

—Va a quedar el campo sembrado de cadáveres —dijo César.

El señor Puchol se echó a reír; César le invitó a cenar con él y le dió una cena opípara con buenos vinos.

Puchol era un vaninoso completo, y se jactó de sus triunfos bursátiles; él dirigía a Recquillart en las negociaciones que hacía con los españoles, en las cuales habían desplumado una porción de incautos.

—¿A cuánto llegará la operación del ministro? —le preguntó César.

—Por lo menos, los trescientos mil de ganancia nadie se los quita. Con la ampliación que a usted le ha ordenado llegará a los seiscientos mil. Los dos enteros de baja nos los tragamos.

—No sé si mientras venía yo a París en el tren habrá habido alguna nueva orden... —dijo César.

—No, su operación es ya conocida —contestó Puchol; y sacó un cuaderno y lo consultó—. Vendimos como pan bendito diez millones de Exterior y quinientos Nortes el día 17, 18 y 20.

—¿Y el golpe será?... —preguntó César.

—Allá para el día 27.

—¿De manera que en estos días venderemos otro tanto?

—Y lo venderemos mucho más caro.

Dejaron este punto y hablaron de otras cosas. El señor Puchol era literato y estaba escribiendo un drama simbólico que se lo tenía que leer a César.

A las doce se despidieron. Puchol diría a su patrón que no había podido entenderse con el señor Pérez Cuesta. Respecto a los otros asuntos quedaron citados para las diez de la mañana del día siguiente en un café de los alrededores de la Bolsa.

No hubo grandes dificultades que vencer. Se vieron con un agente llamado Müller. César entregó de fianza sus veinte mil francos, e insinuó al agente que la jugada se hacía a cuenta de personas ricas, que no tendrían inconveniente en enjugar la pérdida si pasaba de los veinte mil francos.

El agente le dijo que podía jugar la suma que quisiera.

Como César no tenía entera confianza en Puchol, y tampoco quería advertir al agente que la jugada había de ser sólo a la baja, hizo que interviniera Yarza.

Puchol le diría a Yarza: El ministro ha dado la orden de vender; y Yarza, primeramente, si pudiera comprobarlo, lo comprobaría; después diría al agente: Venda usted. Podía llegar a operar sobre veinte millones de Exterior y hasta mil Nortes.

Para llegar a atar bien todos los cabos, César tuvo que andar de un lado a otro, sin un momento de descanso.

EN MADRID

Arreglada la trampa, cansado y febril, César se metió en el tren. Llegó a Madrid, tomó un baño y fué a ver al ministro, y después de la entrevista se marchó a su casa de la calle de Galileo y pasó dos días en la cama, solo, en el mayor silencio.

Al tercer día se presentó Alzugaray inquieto.

—¿Qué tienes? ¿Estás enfermo? —le preguntó.

—No. ¿Cómo sabes que estoy aquí?

—Por tu portera, que ha venido a decirme que estás en cama.

—Pues no me pasa nada, chico.

—Sabrás que ahora hay ocasión admirable para ganar.

—¡Hombre!

—Sí, y nosotros sin hacer nada en la Bolsa mas que una jugada miserable.

—¿Y por qué crees qu hay una ocasión tan buena?

—Porque sí, porque lo ve todo el mundo —dijo Alzugaray—. Los valores van a subir con el proyecto del ministro de Hacienda; se intenta un gran negocio; todos, sin querer, han sido indiscretos, y en la Bolsa se compra y se compra; todo el mundo tiene la seguridad del alza... y nosotros, nada.

—Nosotros, nada —repitió César.

—Pero es un disparate.

—¿Qué día es hoy?

—Veintidós.

—El veintisiete por la noche hablaremos.

—Qué misterioso estás, chico.

—Por ahora no puedo decirte más. Si has comprado algo, véndelo.

—Pero ¿por qué?

—No lo puedo decir.

—Bueno, ya que tomas esos aires de sibila, no te digo nada. Hay otra cosa. Varios señores han venido a decirme que querían hacer operaciones; han oído que la Bolsa iba a tener un alza...

—¿Quiénes son?

—Entre ellos, el padre de la Amparito y don Calixto García Guerrero...

—Si ellos quieren poner la fianza díselo al agente, y todo lo que compren ellos se lo vendo yo.

—¿De veras?

—De veras. Tengo mis razones para hacerlo.

—Esta vez vamos a ganar todos, menos tú.

—Querido Ignacio, estoy en Sinigaglia.

—¿Qué quiere decir eso?

—Si tienes un momento libre lee la historia de los Borgias —murmuró César dando una vuelta en la cama.

En los días siguientes César vivió en una constante

intranquilidad. Yarza le telegrafió, diciendo que habían hecho la operación íntegra. El día 27 por la tarde, a las cuatro, César se asomó por la calle de Alcalá; Madrid tenía aspecto normal, no voceaban extraordinarios de los periódicos; César, más inquieto que lo que hubiera deseado, fué a dar su vuelta por el Canalillo y se metió en su casa. Por la noche salió anhelante y compró los periódicos. Su primera impresión fué de pánico; no había nada; al llegar a la tercera plana lanzó una exclamación y sonrió. El ministro de Hacienda acababa de presentar la dimisión.

Por la mañana, César fué al hotel de la Carrera de San Jerónimo, en donde tenía su cuarto, y por la tarde, al Congreso. Se avisó por teléfono a Alzugaray para que fuera a verle después de la Bolsa.

Alzugaray se presentó pálido, en compañía del padre de la Amparito, de don Calixto y del agente. Estaban todos desolados. Las noticias eran horribles. El Interior había bajado dos enteros y seguía bajando; el Exterior en París más de cuatro; los Nortes no bajaban, caían al fondo de un precipicio.

—¿Pero usted sabía que el ministro iba a presentar la dimisión? —preguntó el agente, desesperado.

—Yo, no. ¡Cómo iba a saberlo! Si no debía saberlo ayer ni el mismo ministro. Pero yo tenía mis datos científicos para no creer en este alza.

—Yo me he arruinado —exclamó el agente—. He perdido mis ahorros.

Don Calixto y el padre de la Amparito perdían también cantidades muy fuertes, que las ganaba César, y estaban amedrentados.

Cuando se fueron y quedó solo Alzugaray, éste le dijo a César:

—¿Y tú habrás jugado, además, en París?

—Sí.

—¿A la baja?

—Claro.

—Eres un bandido.

—Esta jugada, mi querido Ignacio, basada solamente en el acontecimiento, no es una jugada de especulador,

es, sencillamente, un atraco. El otro día te dije: Estoy en Sinigaglia. ¿Leíste la historia de César Borgia?

—Sí.

—Pues lo que hizo él en Sinigaglia con los «condottieri», con Vittellozzo, Oliverotto da Fermo y sus otros dos capitanes aventureros, he hecho yo con el ministro de Hacienda, con don Calixto, con el padre de la Amparito y con otros muchos.

Y César explicó su jugada. Alzugaray estaba atónito.

—¿Y cuánto habrás ganado?

—Por lo que dicen esos telegramas, creo que pasaré de medio millón de francos. A estos pipiolos de don Calixto y del padre de la Amparito creo que les he ganado cuarenta mil pesetas.

—¡Qué bárbaro! Si se entera el ministro de tu jugada.

—Que se entere, me tiene sin cuidado. El ilustre hacendista, además de idiota, es un honrado granuja. Juega a la Bolsa con el objeto de hacerse rico y dejar una fortuna a sus repugnantes hijos. En cambio, yo juego con un objeto patriótico.

La cosa no quedó en esto; Puchol, llevado de un espíritu de lucro fácil de comprender, y pensando que al ilustre hacendista lo mismo le daba jugar con Recquillart que con Müllei, había hecho los últimos encargos del ministro al nuevo agente.

La ganancia del ministro disminuía considerablemente, y la de César aumentaba en otro tanto. El ilustre hacendista, al saber lo ocurrido, puso el grito en el cielo; pero no dijo nada, por la cuenta que le tenía. Puchol fué despedido por Recquillart, y con los treinta mil francos que cobró a César se estableció por su cuenta.

El ministro, poco después, fué a Biarritz a cobrar su parte. Al volver, mandó a César una cuartilla sin firma, escrita con máquina de escribir. Decía así:

«No creía que tuviera usted tanta habilidad para la estafa. Otra vez tendré más cuidado».

César contestó de la misma manera lo signiente:

«Cuando se trata de un hombre que, además de ser un idiota, es un miserable y un estafador como usted,

no tengo ningún inconveniente en robarle primero y en despreciarle después».

Días después, César publicó un artículo atacando al ministro de Hacienda dimisionario y exponiendo una porción de datos y de cifras.

El ministro contestó con una carta en un periódico conservador, en la cual negaba todas las afirmaciones de César, y decía, con desdén, que las cuestiones de Hacienda no eran para tratadas por «amateurs».

César dijo que se consideraba ofendido por las palabras del ministro, a quien, por otra parte, admiraba como hacendista, y unos meses después ingresaba en el partido liberal, y era recibido con los brazos abiertos por su ilustre jefe.

XII

Luchas locales.

EL AGUA

César tenía dinero en abundancia, y se decidió a influír en Castro Duro de una manera decisiva.

Hacía ya mucho tiempo que tenía varios proyectos planteados.

Pensaba que era momento a propósito de llevarlos a la práctica.

El primero que intentó realizar fué la traída de aguas.

El Ayuntamiento tenía archivado un proyecto y César lo pidió para estudiarlo. La obra era larga y costosa, el arroyo que había que captar para conducirlo a Castro estaba muy lejos. Era necesario, además, construír un sifón o un acueducto.

César consultó con un ingeniero, que le dijo:

—Esto, como negocio, es muy malo; aunque aprovechen ustedes el agua sobrante, por ejemplo, en una fábrica, no les dará resultado.

—¿Y qué haremos entonces?

—Lo más sencillo sería poner una máquina elevadora y subir el agua del río.

—Pero es un agua infecta, llena de impurezas.

—Se filtra y se purifica. Eso no es difícil.

César expuso al Ayuntamiento esta idea, y se acordó llevarla a cabo, como más práctica y hacedera. Se formó una Sociedad para elevar el agua, y se comenzaron los trabajos.

Los accionistas fueron casi todos los ricos de Castro, y la Sociedad arregló sus estatutos de tal manera, que el pueblo casi no se pudo beneficiar en nada. No iban a instalar mas que dos fuentes públicas en el casco de la ciudad, que estarían abiertas unas horas. César intentó convencer de que esto era un absurdo, pero nadie le hizo caso.

LA BIBLIOTECA

Un poco chasqueado, dejó que la «Sociedad de Elevación del Agua» siguiese su camino, y se dedicó, únicamente, a las cosas que él solo pudiese realizar.

Lo primero que intentó fué establecer en el Centro Obrero una biblioteca circulante de obras técnicas de cuestiones de oficios, de agricultura y de literatura amena y científica.

—Van a vender los libros —decían todos—; los llenarán de manchas, les arrancarán las hojas...

César mandó empastar los tomos, y al final de cada uno hizo poner diez o doce pliegos en blanco, por si el lector quería escribir alguna nota.

Se comenzó a hacer el ensayo; los pronósticos no se realizaron; los libros volvieron a la biblioteca sin roturas ni manchas y con algunas notas muy ingenuas. Había mucha gente que pedía libros.

Inmediatamente, el elemento clerical protestó; decían los curas en el púlpito que llevar un libro cualquiera a las casas de los menestrales sin examinarlo primero, era inducir a la gente al error. El doctor Ortigosa replicó que la Ciencia no necesitaba el visto bueno de los sacristanes. Como, a pesar de las recomendaciones del elemento clerical, se seguía leyendo, hubo varias personas que pidieron libros y los llenaron de dibujos obscenos y arrancaron láminas. El doctor Ortigosa advirtió a César en una carta lo que pasaba, y éste contestó diciendo que limitara la entrega de los libros a los socios del Centro Obrero y a las personas conocidas.

Mandó sustituír los seis o siete libros ensuciados y siguió enviando otros nuevos.

El fermento iba agitanda la ciudad; todas eran discusiones acaloradas; se habían dado conferencias en el Centro y renacía *La Protesta*, del doctor Ortigosa.

Yo estoy con ustedes en todo cuanto sea remover las ideas del pueblo —escribía César—; ahora, si se ponen a jugar a los oradores y a los revolucionarios y vienen ustedes con pedanterías, entonces yo, por mi parte, lo abandonaré todo.

César, cuando estaba en Castro, pasaba las tardes en el Centro Obrero. Se daban sesiones de cinematrógrafo, y muchas veces bailes. César no faltaba a ninguna de las fiestas del Centro; los hombres le consultaban y las muchachas y los chicos le saludaban afectuosamente. Había un gran entusiasmo por él.

EL PATRONATO

Poco después de iniciarse estas mejoras en el Centro, sin ostentación, sin ruido, aparecieron en Castro Duro dos sociedades un tanto misteriosas: el Patronato de San José y la Caja Agrícola. En un momento el Patronato de San José se encontró con un crecido número de asociados y protectores. Todos los grandes terratenientes de los contornos, entre ellos el padre de la Amparito, se comprometieron a no llevar otros braceros que los inscritos en el Patronato.

En las aldeas próximas se inscribieron los vecinos en masa. Al mismo tiempo que esta sociedad importante, el Padre Martín y sus amigos instalaron la Caja Agrícola Castreña, que tenía por objeto hacer préstamos, con un interés reducido, a los pequeños propietarios.

Las dos instituciones católicas se plantaron enfrente de la obrera en competencia. El pueblo quedó dividido; los católicos eran los más y los más ricos; los liberales, los más decididos y entusiastas. Los católicos habían dado un carácter resignado a sus gentes.

Además, el nombre de católicos puesto a los indivi-

duos de las dos sociedades clericales hacía que los que no pertenecían a ellas asegurasen el no ser católicos con gran tranquilidad.

Los clericales llamaban a sus enemigos los moncadistas, y por extensión, los sectarios, los ateos y ácratas. En el casco del pueblo había mayoría moncadista; en los alrededores eran todos católicos del Patronato.

Generalmente los católicos solían ser maltratados de palabra y de obra por los moncadistas; los del Centro Obrero tenían a los del Patronato por cobardes y por traidores.

El padre Martín no quería, sin duda, que los suyos se distinguieran por su mansedumbre cristiana, y puso de conserje del Patronato a un matón que llamaban Juan el «Babas». Este Juan era un muchacho que vivía sin trabajar; tenía madre y dos hermanas modistas, a quienes sacaba el dinero, y se pasaba la vida en tabernas y garitos.

El «Babas» comenzó a insultar a los del Centro, sobre todo a los muchachos, y a desafiarlos por cualquier motivo. El doctor Ortigosa fué a ver a César y le explicó la situación. El «Babas» era un cobarde, no se atrevía mas que con algunos obreros pacíficos; pues si hubiera desafiado al «Furibis» o al «Panza» o alguno de los ferroviarios del Centro, éstos le hubieran dado su merecido; pero a pesar de la cobardía del «Babas», infundía terror entre los jovencitos y los aprendices.

El doctor Ortigosa era partidario de llevar otro matón para que se encargara de sacar las tripas al «Babas».

—¿Y a quién le vamos a llevar? —preguntó César.

—Conocemos a uno —dijo Ortigosa.

—¿Quién es?

—El «Montes».

—¿Qué clase de tipo es?

—Un bandido como el otro, aunque más valiente.

EL BANDIDISMO

El «Montes» acababa de salir de Ocaña.

Era un manchego alto, fuerte, membrudo, que había estado en presidio varias veces.

—¿Y cómo le mandamos al «Montes»? —preguntó César.

—Le ponemos como mozo del Centro Obrero.

—Nos va a inficionar aquello.

—Sí, es verdad. Entonces le enviamos de punto al café del Comercio. En este café se juega, él puede ir allí, y a los dos o tres días le da el alto a Juan el «Babas».

—Bueno.

—También convendría que echara usted al nuevo juez y llevara algún amigo suyo, y un día armábamos una pelotera y metíamos en la cárcel a todos los amigos del Padre Martín.

—Están ustedes haciendo una política bárbara —dijo Alzugaray, que escuchaba la conversación.

—Es la única que se puede hacer —replicó Ortigosa—. Es una política científica. El bandidismo convertido en filosofía. Jugamos una partida de ajedrez con el Padre Martín y sus amigos, y vamos a ver si se la ganamos.

—Pero, hombre. ¡Emplear esos matones!

—Amigo —contestó César—, las posiciones políticas tienen eso; con la cabeza tocan con lo más noble, la salvación de la patria y de la raza; con los pies, con lo más miserable, con la policía, los vicios y los crímenes. Hoy todavía un político tiene que mezclarse entre los reptiles, aunque sea un hombre honrado.

—Además, que nosotros no debemos tener escrúpulos —añadió Ortigosa—; los habitantes de Castro son para nosotros conejillos de Indias de un laboratorio. Vamos a experimentar en ellos, vamos a ver si resisten el suero del liberalismo.

LOS DOS ASILOS

Poco después de aquellas rivalidades entre el Patronato y el Centro Obrero, que apasionaron los ánimos hasta un extremo jamás conocido en Castro Duro, ocurrió otro motivo de agitación.

Había en el pueblo dos asilos: la Beneficencia Municipal y el Asilo de Hermanitas de los Pobres.

La Beneficencia Municipal tenía bienes propios, y estaba organizada sabiamente; se permitía salir a los viejos del asilo, no tenían uniforme y se les dejaba beber de cuando en cuando una copa. En cambio, en el Asilo de las Hermanitas la disciplina era severísima: tenían todos que ir uniformados con un uniforme horrible, que los pobres odiaban; asistir de comparsa a los entierros de las personas pudientes, rezar a cada paso, y, además, les estaba prohibido, bajo pena de expulsión, el fumar o el beber una copa.

Así que sucedía que había viejos abandonados que si no encontraban plaza en la Beneficencia se dejaban morir en cualquier rincón, antes de ponerse el para ellos infamante uniforme del Asilo de las Hermanitas.

Este asilo no tenía rentas, porque se las habían ido comiendo sus católicos administradores. Al Padre Martín, en vista del mal estado económico de la fundación, se le ocurrió fundir los dos; hacer del municipal y del religioso un sólo asilo, y someterlo a la regla estrecha del religioso. Lo que quería el Padre Martín era que las hermanitas mangonearan, y que las rentas de uno sirvieran para los dos.

César conminó al alcalde con su destitución si aceptaba aquel arreglo, e insistió con los concejales liberales para que no permitiesen la fusión, que sólo convenía a la gente clerical.

Efectivamente, el proyecto fracasó, y César regaló al Asilo municipal dos barriles de vino blanco y tabaco en abundancia, lo que produjo un gran entusiasmo entre los viejos, que vitorearon al diputado del distrito.

César marchaba a caballo sobre la situación; pero a

medida que avanzaba y las simpatías populares iban hacia él, la campaña clerical arreciaba; en casi todos los sermones se aludía a la inmoralidad y a la irreligión que dominaban en el pueblo; se buscaba el apoyo de las mujeres y se les exhortaba a influír en los maridos, en los hermanos y en los hijos para que se separasen del Centro Obrero.

Las antiguas pláticas del púlpito comenzaron a parecer sosas, y el día de la fiesta, en la Virgen de la Peña, un joven predicador lanzó un sermón elocuente, violento y autoritario, amenazando con las penas eternas a los que perteneciesen a Círculos sectarios y no volviesen al seno amoroso de la Iglesia. El discurso causó grandísima impresión y hubo algunos infelices que días después se dieron de baja en el Centro Obrero.

XIII

La Amparito en acción.

LAURA EN CASTRO

Llegó un período de nuevas elecciones y César se presentó en Castro Duro. Don Calixto, que había casado a sus dos hijas y se encontraba aburrido sin poder mangonear en el pueblo, decidió establecerse en Madrid. Primeramente pensó ir a pasar una temporada a la corte, pero luego se decidió a quedarse y mandó trasladar los muebles.

Por lo que se dijo, don Calixto no tenía gran cariño por el viejo palacio de los duques de Castro Duro, y César le propuso que le alquilara la casa.

Don Calixto vaciló; en Castro seguramente se hubiera negado, pero viéndose en Madrid, aceptó. Su mujer le dió el consejo de que si tenía algún escrúpulo pidiera más dinero. Quedaron de acuerdo en que César le pagaría tres mil pesetas al año por la parte que antes habitaba don Calixto.

César tenía esta vez ganada la elección, y en ella no hubo la menor lucha; era el gran cacique de Castro un cacique bueno, aceptado por todos, menos por los clericales.

César tenía dinero, y escribió a su hermana que fuera a Castro a verle en su mansión señorial. Laura se presentó el otoño en Madrid, y los dos hermanos juntos fueron a Castro.

La aparición de Laura en el pueblo fué de las más

sensacionales. Al principio se dijo que era la mujer de César; otros decían que era una cómica, hasta que se enteró todo el mundo de que era su hermana.

Laura, realmente, abusó de su superioridad; fué con todo el mundo de una amabilidad y de un encanto irresistibles; la mayoría de los hombres de Castro Duro no hablaban mas que de ella, y las mujeres le odiaban a muerte.

El ser marquesa, sobrina de un cardenal y hermana del diputado le daba, además, un prestigio social terrible.

La que se agregó a ella, encantada de tener una amiga así, fué la Amparito. A todas horas iba en su automóvil al palacio a buscar a Laura y a charlar con ella. Por la tarde paseaban las dos por las tierras del padre de la Amparito, en donde los labradores que estaban trillándolas recibían como a reinas.

A Laura lo que le encantaba era el jardín salvaje de casa de don Calixto, con sus granados y sus laureles, y su torreón sobre el río, lleno de plantas trepadoras y de adelfas.

—Debías comprar esta casa —le decía a César.

—Valdrá mucho.

—¡Ca! Eso lo podías arreglar de una manera admirable. Te casabas y vivías aquí hecho un príncipe.

—¿Casarme?

—Sí. Con la Amparito. Esa chica es un encanto. Hará una mujercita admirable. Hasta para tu respetabilidad como diputado te conviene casarte. Un político soltero parece mal.

César no hacía caso de estas advertencias y seguía llevando una vida antisocial. Montaba a caballo y recorría los alrededores, se enteraba de todos los asuntos y los resolvía. Con esto se daba un enorme trabajo, que no se notaba en los resultados; pero él esperaba llegar a conquistar por completo el distrito y luego extender su radio de acción a otros y a otros.

A los quince días de estar en Castro Duro, Laura se fué a Biarritz, como era su costumbre todos los años.

LA AMPARITO Y CÉSAR

César se quedó solo. Muchas veces le había visto a la Amparito con su hermana, pero casi nunca había cambiado con ella mas que unas pocas palabras. Una tarde César estaba en la galería en un sillón, con los pies puestos en alto. Se sentía melancólico y perezoso, y veía el paso de las nubes por el cielo. De pronto oyó pasos, y vió a la Amparito con una criada vieja, que había sido su nodriza.

César se levantó de prisa.

—¿Qué hay? —exclamó.

—Vengo a recoger una cosa que se le olvidó a Laura —dijo la Amparito.

—¿Se le olvidó algo? —preguntó César estúpidamente.

—Sí —contestó la Amparito, y añadió, dirigiéndose a la vieja:

—Vete a ver si en el cuarto de la señorita Laura queda un botecito de cristal.

Salió la vieja, y la Amparito, contemplando a César, que de pie la miraba turbado, le dijo:

—¿Sigue usted odiándome todavía?

—¿Yo? —exclamó César.

—Sí, me odia usted.

—¡Yo! Nunca la he odiado a usted... al revés.

—Siempre que me ve usted se escapa, y ahora mismo me ha mirado usted espantado... ¿Tanto rencor me tiene usted por una broma que le di hace tiempo?

—¡Yo rencor! No. Es que tengo la impresión de que usted, Amparito, quiere desbaratar mis planes, quiere jugar conmigo. ¿Por qué?

—¿Es que usted cree que yo quiero divertirme molestándole a usted?

—Sí.

—No, no es verdad; usted no cree eso.

—Pues ¿por qué desde el principio esta tendencia a inquietarme, a burlarse de mí?

—Yo no me he burlado de usted.

—Entonces ha habido por mi parte una mala inteligencia... Yo he llegado a pensar que se preocupaba usted de mí.

—Y es verdad, me preocupaba de usted y sigo preocupándome.

—¿Y por qué?

—Porque veo que es usted desgraciado y está usted solo.

—¡Ah! ¿Tiene usted compasión de mí.

—Ya está usted ofendido. Sí, tengo compasión por usted.

—¡Compasión!

—Sí, compasión. Porque veo que usted desprecia a todo el mundo y se deprecia a sí mismo, porque cree usted que las demás personas son malas, y usted también lo es, y eso me parece tan triste que me da mucha lástima.

César empezó a pasear por la galería un poco estremecido.

—No sé para qué me dice usted eso —murmuró—. Soy un hombre enfermizo, con el espíritu ulcerado, llagado..., ya lo sé; pero, ¿para qué decírmelo? ¿Es que siente usted placer en humillarme?

—No, César —dijo la Amparito acercándose a él—. Usted no cree que yo sienta placer en humillarle. No, ya sabe usted bien que no.

Al decir esto, a la Amparito le saltaron las lágrimas, y tuvo que apoyarse en la ventana de la galería para esconder la cara y disimular su turbación.

César le tomó la mano, y como ella no volvía la cabeza, le agarró de las dos. Ella le miró con los ojos brillantes y llenos de lágrimas; y había tanta adhesión, tanta pena en aquella mirada, que César sintió un desfallecimiento en todo su cuerpo. Luego, tomando la cabeza de la Amparito entre las manos, la besó varias veces.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de César y estuvo estrechada a él sollozando. César sintió una impresión de angustia y de dolor, como si en el fondo de su alma se hubiera quebrantado y fundido lo más fuerte de su personalidad.

Se oyeron los pasos de la vieja nodriza, que volvía a decir que no había encontrado nada en el cuarto ocupado en su estancia por Laura.

La Amparito se secó las lágrimas, y sonrió y quedó con la cara más roja que de ordinarto; luego dijo a su nodriza:

—Sin duda, no has mirado bien; yo misma voy a ir.

La Amparito salió.

César, pálido, estaba absorto, sentía que algo extraordinario le había ocurrido en su vida; las manos le temblaban y las cosas daban vuelta a su alrededor.

Al poco rato volvió la Amparito; traía un pomo de cristal en la mano, que dijo haber encontrado en el cuarto de Laura.

—A la tarde voy ir a la Virgen de la Peña —dijo la Amparito—. ¿Irás, César?

—Sí.

—Entonces, adiós. Hasta luego.

La Amparito le dió la mano y César la besó. La vieja criada quedó asombrada. Amparito se echó a reír.

—Es mi novio. ¿No lo habías notado hasta ahora?

—No —dijo la vieja, con un gesto de negación violenta.

La Amparito volvió a reír y desapareció.

Los primeros días de sus amores, César estuvo en una intranquilidad y en una zozobra constante. Pensaba que era imposible vivir de aquella manera, sin preocuparse nada mas que de los deseos de una muchacha; suponía que el despertar vendría de un momento a otro, pero el despertar no llegaba.

César fué abandonando todos los asuntos del distrito que le preocupaban, y ocupándose únicamente de su novia. El pueblo entero conocía las relaciones y hablaba de la futura boda.

Aquel idilio fulminante preocupaba a todas las muchachas de Castro. La verdad era que ninguna de ellas había considerado como hombre casadero a César: unas le suponían ya viejo; otras un solterón corrido y vicioso, incapaz de someterse al yugo matrimonial, y ahora le

veían hecho un jovencito, con distinto tipo, distintos ademanes y distinto aspecto.

César iba casi todos los días a la finca del padre de la Amparito. Era una magnífica posesión, antigua propiedad también de los duques de Castro Duro, con la casa adornada con escudos y el estanque de piedra extenso, profundo y misterioso. El jardín no se parecía al de la casa de don Calixto; así como éste era de una alegría y de un aspecto frenétrico, el de la posesión del padre de la Amparito era muy melancólico. Sobre todo, aquel cuadro de agua del estanque, con las orillas adornadas por jarrones de granito, tenía un aspecto misterioso y triste.

—¿No te da una gran tristeza ver esa agua profunda del estanque? —le preguntaba César a su novia.

—A mí, no.

—A mí, sí.

—Es que tú eres un poeta —decía ella—, y yo no, yo soy muy prosaica.

—¿De veras?

—Sí.

Cuanto más hablaba César con la Amparito menos la comprendía y más necesitaba estar junto a ella.

—Realmente —se decía César— no pensamos nada acorde, y, sin embargo, nos entendemos.

Muchas veces intentaba hacer un resumen psicológico del carácter de la Amparito, pero no lo lograba; no sabía clasificarla; su tipo se le escapaba siempre.

—Todas sus nociones son distintas a las mías —pensaba—; discurre de otra manera, siente de otra manera, tiene hasta otra moral. ¡Qué extraño!

Los conocimientos de la Amparito eran también completamente heterogéneos; hablaba francés bien y lo escribía con relativa corrección; en cambio, en castellano no tenía idea de la ortografía. César se quedaba estupefacto al ver los trastrueques de haches, de eses y de zedas que hacía la Amparito en sus cartas.

Le quedaban a la Amparito de su paso por el colegio francés un recuerdo de la historia de Francia, constituído por unas cuantas anécdotas y unas cuantas frases.

Así, no era raro oírle hablar de Turena, de Francisco I o de Colbert. Además, tocaba el piano bastante mal y con poquísima afición.

Esta era la parte correspondiente a su educación de señorita rica; la que correspondía a la muchacha aldeana, que vivía entre gente del campo, era más curiosa y personal.

Conocía muchas plantas por sus nombres vulgares, y sabía su aplicación industrial y médica. Además, hablaba con unos giros tan castizos, tan naturales, que César se quedaba admirado.

César había llegado a tal grado de entusiasmo, que no se preocubaba mas que de su novia. De noche, antes de dormir, desvariaba, pensando en ella. Muchas veces soñaba que la Amparito se había transformado en la adelfa de flores rojas del jardín salvaje del palacio, y en cada flor de la adelfa veía la boca de labios rojos y de dientes blancos de la Amparito.

XIV

La intransigencia perdida.

DESAPARECE LA INQUIETUD

Se celebró la boda y César tuvo que transigir con una porción de cosas. No le preocupó confesarse y comulgarse; lo consideró como costumbres y fué a cumplir estas prácticas a la iglesia de la Vega, con el cura viejo amigo de la Amparito.

En cambio, lo que le molestó a César fué tener que sufrir en su casa al Padre Martín, que le permitió hablar y dar consejos, y le irritó también la presencia de algunas personas que se creían aristócratas y que fueron a verle y a indicarle que ya era hora de que abandonara la gentuza y la pobretería y se elevara hasta ellos.

Si no hubiera estado tan preocupado como estaba, hubiera tenido ocasión de manifestar su humor agresivo; pero toda su atención la tenía puesta en la Amparito.

Los primeros días del matrimonio vivieron los recién casados en Castro; luego fueron a Madrid, con intención de marchar al extranjero, y después volvieron al pueblo.

El viejo palacio de los duques de Castro Duro fué testigo del idilio.

Al cabo de algún tiempo César se sentía tranquilo, quizá demasiado tranquilo.

—Esto es, sin duda, lo que se llama ser feliz —se decía—. Y el ser feliz le daba la impresión de un limbo,

sentía como si su antigua personalidad fuera muriendo en él. Ya no podía encontrar su manera de ser antigua, todas sus inquietudes habían desaparecido; se sentía con aplomo, sin aquellos vaivenes de valor y de cobardía que antes en él constituían lo característico. Era el oasis después del desierto, la calma tras de la tempestad.

César pensaba si le habrían nacido nervios nuevos. Su instinto de arbitrariedad iba en descenso.

No podía comprender fácilmente el papel que hacía en su vida espiritual su mujer; sentía la necesidad de encontrarse a su lado, de hablarla; pero no comprendía si esta necesidad era sólo egoísmo, por la sedación que producía su presencia o satisfacción de amor propio al ver que ella ponía en él todos sus pensamientos.

Espiritualmente no la sentía ni identificada con él ni extraña a él: marchaba su alma como paralela a la suya, pero por otros caminos.

—Todo lo que dicen los hombres de las mujeres es completamente falso —pensaba César—, y lo que dicen las mujeres de ellas mismas también, porque no hacen mas que repetir lo dicho por los hombres. Sólò cuando se emancipen del todo llegarán a comprenderse a sí mismas. Es indudable que no tenemos las mismas nociones centrales ni los mismos puntos de vista. Probablemente no tenemos tampoco un parecido sentimiento moral. Ni la mujer está hecha para el hombre, ni el hombre para la mujer. Hay entre ellos la necesidad, no la armonía.

Muchas veces, al contemplar a la Amparito, se decía:

—Hay en su cabeza una maquinaria que yo no comprendo.

Ella, al notar la mirada escrutadora, le preguntaba:

—¿Qué estás pensando de mí?

El le explicaba sus dudas y ella se reía.

SIMPATÍA

Indudablemente, entre la Amparito y él existía un acuerdo instintivo y sentimental, una simpatía orgáni-

ca. Ella sentía por los dos, pero él no pensaba por los dos; cada maquinaria del pensamiento marchaba aisladamente, como dos relojes que no se oyen. Ella sabía si César estaba triste o alegre, desanimado o animoso, sólo mirándole; no tenía necesidad de preguntarle nada; leía en la cara de César; en cambio él no podía comprender lo que pasaba detrás de aquella frente pequeña y de aquellos ojos húmedos y brillantes.

—¿Se ha alegrado? ¿Se ha entristecido? —se preguntaba. No lo llegaba a comprender.

—No acierto nunca a saber lo que quieres —le decía alguna vez con amargura.

—No, tú aciertas siempre —le contestaba ella.

César pensaba muchas veces que este papel de ser querido así, a tuertas y a derechas, era una cosa absurda y ofensiva. En todos los grandes entusiasmos hay como en un viraje especial; se quiere a una persona, se llega a convertirla en ídolo dentro de uno mismo, y desde este momento la persona parece que se desdobla en el ídolo irreal, que es como una representación falsa de lo que se adora, y en el ser vivo, que se parece muy poco al objeto de idolatría.

César encontraba algo absurdo ser querido así; además, veía que ella le arrastraba a él; a los seis meses de casados ella le iba haciendo cambiar de ideas y de vida, y él no influía en ella absolutamente nada.

Anteriormente y muchas veces había pensado que, de vivir con una mujer, hubiese preferido siempre una que espiritualmente fuese extraña a él, que le mirase como una planta rara, que no la que quisiera identificarse con sus gustos y sus simpatías.

Con una mujer un poco hostil hubiese sentido la inclinación de ser voluble y contradictorio; en cambio, con una mujer simpatizadora se hubiera visto como un corredor de circo a quien un discípulo intenta alcanzar, y que necesita correr mucho para dejar el pabellón bien puesto.

Pero su mujer no era ni una cosa ni otra.

La Amparito tenía uno inconsciencia, una alegría, una facilidad para vivir, extraordinaria. César quedaba

absorto. El día se lo pasaba trabajando, hablando, cantando. La diversión más pequeña le encantaba, el regalo más insignificante le producía una gran satisfacción.

—Tú lo tienes todo resuelto —le decía César.

—¿Por qué?

—Por tu carácter.

Ella se reía.

Parecía como si hubiera elegido la posición mejor en la vida. Veía que su marido no era religioso; pero ella consideraba esto como un atributo de los hombres, y pensaba que Dios tenía una condescendencia especial con los maridos, aunque no fuese mas que para no dejar solas en el paraíso a las mujeres.

La Amparito tenía un catolicismo fetichista arreglado para su vida, en el cual intervenían una porción de ideas heterodoxas y contradictorias, pero ella no se preocupaba de esto.

El matrimonio se llevaba muy bien, no tenían nunca disputas ni discusiones. Cuando porfiaban no se daban cuenta de quién cedía.

Habían alquilado frente al Retiro un piso bastante grande y lo comenzaron a arreglar.

La Amparito tenía mal gusto para las cosas de adorno; le gustaba todo lo chillón, y alguna vez que César se rió, ella le dijo:

—Ya sé que soy una aldeana tonta. Dime tú cómo hay que poner las cosas.

César dispuso el arreglo de un saloncillo para recibir a los amigos. Escogió un papel pálido para las paredes, unos grabados iluminados y unos muebles de estilo Imperio. Las amigas encontraron que el cuarto estaba muy bien; la Amparito decía:

—Sí, lo ha mandado arreglar César —como si esto fuera una razón de peso para todo el mundo.

La Amparito y su padre convencieron a César de que debía abrir un bufete. Toda la gente de Castro se lamentaba de que César no ejerciese de abogado.

El había sentido siempre una gran repugnaneia por este oficio de chanchulleros y de vividores; pero para contentar a la Amparito cedió, e instaló su bu-

fete y tomó un pasante muy ducho en marrullerías legales.

Muchas veces César estaba escribiendo en el despacho cuando la Amparito abría la puerta.

—¿Quieres venir un momento? —decía.

—Sí, ¿qué hay?

—Mira a ver cómo me está este sombrero, ¿qué te parece?

César se reía y decía:

—Creo que debes quitar esas flores o debes hacerlo más pequeño.

La Amparito aceptaba las indicaciones de César como si fueran artículos de fe.

César sentía también una gran admiración por su mujer. ¡Qué fuerza para vivir! ¡Qué energía más poderosa!

Yo voy entre las zarzas, y en cada una dejo un jirón de mi vestidura —pensaba César—, y ella pasa sencillamente por en medio de todos los obstáculos, con la facilidad de una cosa etérea. ¡Es extraordinario!

A la Amparito le gustaba ser observada así.

—Tienes —le decía su marido—, como diez o doce Amparitos dentro; muchas veces me parece que eres toda una ronda de Amparitos.

—Pues tú no eres para mí mas que un César.

—Es que yo tengo el feo vicio de discurrir y de ser consecuente.

—¿Y yo no discurro?

—Sí, de otra manera.

LA DUDA

En la primavera fueron los dos a Castro, y los del Centro Obrero se presentaron a César a recordarle un proyecto de Cooperativa y Escuela que les había prometido. Estaban todos dispuestos a cotizar lo necesario para realizar los dos planes.

César les oyó, y aunque con gran frialdad, dijo que sí, que estaba dispuesto a iniciar el proyecto. Pocos días

después, en *La Protesta*, del doctor Ortigosa, se hablaba con entusiasmo de la Gran Cooperativa, que, establecida, mejoraría y abarataría al mismo tiempo los artículos de primera necesidad.

El mismo día en que salió el periódico con la noticia, una comisión de comerciantes de Castro fué a ver a César. El proyecto les arruinaba. Sobre todo, los pequeños comerciantes eran los que se consideraban más perjudicados.

César les contestó que lo pensaría, y que resolvería de un modo equitativo, buscando la manera de armonizar los intereses del pueblo. Realmente, no sabía qué hacer, y como no tenía gran deseo de comenzar nuevas empresas, quiso dar la Cooperativa por muerta, pero el doctor Ortigosa no estaba dispuesto a abandonar la idea.

—Claro que si se pone más barato el género —dijo el doctor— y se abre la Cooperativa al pueblo, los comerciantes tendrán que luchar con ella, y entonces ellos o nosotros nos arruinaríamos; pero se puede hacer otra cosa, y es dar los artículos al mismo precio al público que los tenderos, y hacer que los asociados se beneficien con las ganancias de la sociedad. Así no hay lucha, al menos al principio.

Se intentó hacerlo así; pero esto no contentaba a la gente pobre, ni tranquilizó a los tenderos.

César, que había perdido su afán de lucha, descuidó el proyecto y, aunque le costaba más, decidió que se comenzara la construcción de la escuela.

El Ayuntamiento cedió los terrenos y además concedió una subvención de cinco mil pesetas para que se comenzara la obra; César dió diez mil, y en el Centro Obrero se inició una suscripción y se celebraron funciones de teatro para reunir fondos.

La escuela prometía ser un edificio amplio, con un hermoso jardín. Se puso la primera piedra, asistió el gobernador de la provincia, y a pesar de que la intención de los fundadores era establecer una escuela laica, el elemento clerical tomó parte en el acto.

Al comenzar la obra, la mayoría de los socios del

Centro quedaron asombrados al ver que los albañiles, en vez de trabajar en las mismas condiciones que en las demás obras, pedían más jornal, como si la escuela donde podían estudiar sus hijos fuera una institución más perjudicial que beneficiosa para ellos.

César, al saberlo, sonrió amargamente y dijo:

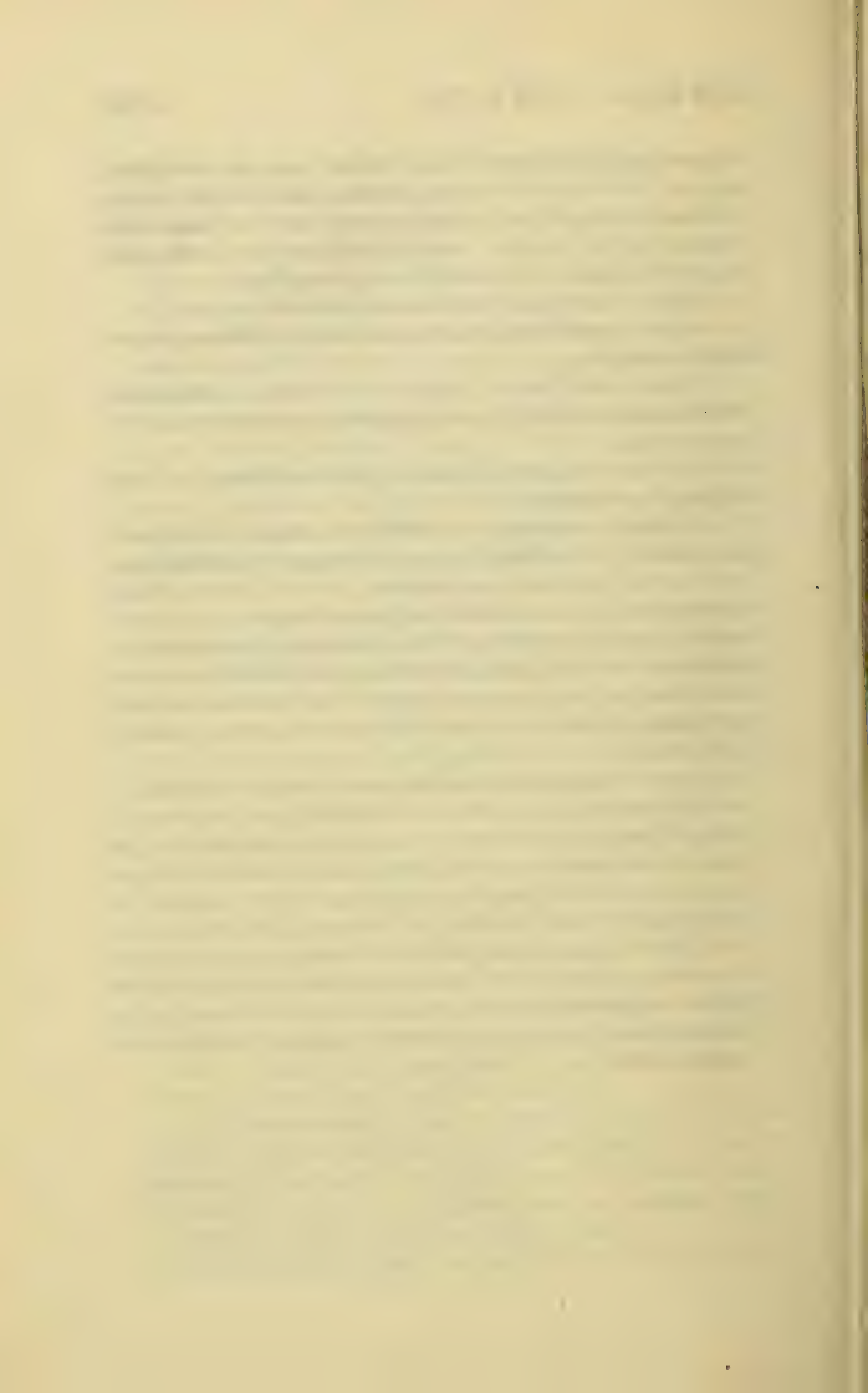
—No tienen obligación de ser menos brutos que los burgueses.

César, desde Madrid, siguió mandando para la escuela planos, láminas, figuras en relieve, un aparato de proyecciones...

El doctor Ortigosa y sus amigos iban todos los días a vigilar los trabajos.

Al año de comenzar las obras se inauguró la escuela de niños y de niñas. El doctor Ortigosa consiguió que de los tres maestros que trajeron, los tres fueran librepensadores; uno de ellos, un pobre hombre que había pasado una vida perra en un pueblo de Andalucía, tenía fama de anarquista. Nombraron también tres maestras, dos ya viejas y una joven, una muchacha muy simpática y muy lista, que venía de un pueblo próximo a Bilbao.

César tomó parte en la inauguración, habló en ella y recibió los aplausos entusiastas de la gente. A pesar de esto, César se sentía mal entre sus antiguos amigos; por dentro comprendía que los estaba abandonando. Pensaba que era difícil, casi imposible, que aquel pueblo llegara a salir de la obscuridad y a significar algo en la vida moderna. Además, dudaba de sí mismo, empezaba a creer que no era el héroe, empezaba a creer que se había asignado un papel superior a sus fuerzas, precisamente en el momento mismo en que el pueblo tenía más fe en él.



X V

Juan el "Babas" y la "Cachorra".

UN ASESINATO

Juan el «Babas», el guapo del pueblo, protegido por el Padre Martín, se había distinguido de chico por su cobardía y por su tendencia al matonismo. Su aspecto era de tonto, decían que se le caía la baba; de ahí que le dieran este apodo de Juan el «Babas». Vivía echándoselas de terrible en las casas de juego, y alardeaba de haber estado en la cárcel varias veces.

Los clericales habían puesto al «Babas» de conserje del Patronato, y al mismo tiempo de matón, para que infundiera terror; pero como en realidad era cobarde y se le notaba, no llegó a amedrentar a los del Centro Obrero.

Juan el «Babas» era alto, de pelo rojo, de pómulos salientes, manos grandes y nudosas y labio belfo; su padre había sido, como él, huesudo y fuerte, y por eso le habían llamado el tío «Huesarrones».

El «Babas», como cobarde que era, comprendía que no cumplía con su cargo; un día se había atrevido a presentarse en un baile del Centro Obrero, y San Román, el viejo republicano, acercándose a él y dándole en la manga, le dijo:

—Oye, tú, «Babas»; tú te vas de aquí ahora mismo, y no vuelves.

—¿Por qué?

—Porque estás de sobra.

Juan se fué como un perro azotado. El «Babas» quería hacer una hombrada, y la hizo.

Había en el Centro Obrero un muchacho a quien llamaban el «Largo», uno de los pocos cajistas del pueblo, hombre listo, chistoso, que escribía de cuando en cuando algún artículo en *La Protesta.*

Juan el «Babas» se empeñó en que el «Largo» se quería burlar de él; sin duda, al verle delgado, flaco y sin fuerzas, lo eligió como víctima; quizá tenía alguna otra razón para atacarlo. Una tarde, al anochecer, el «Babas» le paró al «Largo», le pidió una explicación, le insultó, y al ver que el otro no contestaba, le dió un empellón. Estaba la calle mojada, y el «Babas» puso el pie en alguna cáscara de fruta y se calló de bruces. El «Largo» echó a correr, viendo al matón enfuerecido, llegó a un portal y subió las escaleras a prisa. El «Babas», furioso, marchó tras él; recorrieron perseguido y perseguidor un pasillo, y el «Largo» pudo ganar una puerta y cerrarla. El furor vengativo del «Babas» no quedó saciado; aguardó en acecho a que el «Largo» se creyese solo, y cuando intentaba escaparse de su escondrijo y marchaba por el pasillo, sacó la pistola y le disparó un tiro a boca de jarro, por la espalda, y lo dejó muerto. Como era día de lluvia, se pudieron seguir las huellas de las pisadas del muerto y del matador, y averiguar todo cuanto había pasado.

La impresión producida en el pueblo por aquel asesinato fué enorme; se afirmaba que el Padre Martín y los suyos habían mandado matar al «Largo»; en el Centro Obrero se hablaba de pegar fuego al Patronato de San José y de incendiar el convento de la Peña.

César estaba en Madrid, durante el crimen. Unos días después le visitó una Comisión del Centro; era necesario que se activase la causa, y que fuese César el acusador privado.

Según decían los del Centro, los clericales querían salvar a Juan el «Babas», y si no se le inutilizaba por completo, volvería a hacer fechorías.

César no tuvo más remedio que aceptar la misión que le encomendaba el pueblo.

Con motivo del crimen salió a relucir la vida de la familia del «Babas». Este tenía madre y dos hermanas costureras, a quienes explotaba, y vivía con una tabernera a quien llamaban la «Cachorra», mujer guapa, virulenta, que hablaba pestes de todo el mundo.

LA VIDA DE LA «CACHORRA»

La «Cachorra» tenía motivos para ser como era. De niña, muertos sus padres y sin ningún pariente, había quedado abandonada. Un herrador a quien llamaban el «Compadre» al parecer buena persona, recogió a la criatura y la llevó a su casa. El «Compadre» fué quien dió mote a la chica, porque en vez de llamarla por su nombre la solía decir:

—¡Hola, «Cachorra»! ¡Hola, «Cachorrilla»! Y le había quedado el apodo.

Cuando la muchacha tuvo catorce años, el «Compadre» la forzó, y después, cansado de ella, la llevó a una casa pública de la capital y la vendió. La «Cachorra» salió del burdel para ir a vivir con un tabernero viejo que, al morir, la dejó heredera. Seis años después se fué a Castro. Los que la vieron volver aseguraron que, cuando llegó al pueblo y le dijeron que el «Compadre» hacía unos meses que acababa de morir, se echó a llorar; y decían unos que de sentimiento, pero otros pensaban, con razón, que era de la rabia de no poder vengarse. La «Cachorra» puso una taberna en Castro.

El «Babas y la «Cachorra» se entendían bien, aunque por lo que podía advertirse la «Cachorra» trataba al matón más como a un criado que como otra cosa.

Se decía de la «Cachorra» que era muy decidida. Un domingo, en el paseo, contestó de una manera ruda a una de las señoritas del pueblo. Esta señorita era hija de un millonario que se había casado después de tener varios hijos con una querida suya de bastante mala reputación. Los hijos del millonario se habían educado en colegios aristocráticos, y las chicas eran señoritas muy elegantes; la misma madre llegó a afinarse y a pulirse.

Un domingo, en el paseo, una de ellas, al pasar cerca de la «Cachorra», dijo en voz baja a su madre:

—Jesús, qué gentuza.

Y la «Cachorra», al oírlo, se paró y dijo con violencia:

—Aquí no hay más gentuza que tu madre y yo. Ya lo sabes.

La señorita se afectó tanto con la dura réplica, que durante mucho tiempo no volvió a salir de casa.

Estas rudas franquezas de la «Cachorra» la habían hecho temible; así, que nadie se atrevía a propasarse con ella en lo más mínimo. Además, su vida y su desgracia eran conocidas y la gente comprendía que no era una mujer viciosa, sino más bien una víctima de la fatalidad.

El asesinato del «Largo» fué de esos acontecimientos que no se olvidan en un pueblo. El «Largo» era hijo del «Compadre», el protector de la «Cachorra», y algunos suponían que ella había impulsado al «Babas» a cometer el crimen; pero los del Centro Obrero seguían creyendo que se trataba de una venganza de los clericales.

LAS RAZONES DE LA «CACHORRA»

En el mes de Junio César y la Amparito fueron a Castro Duro.

Una tarde en que César estaba sólo en el jardín se le presentó una mujer muy guapa, de mantilla, vestida de negro.

—He entrado sin que me viera nadie —dijo—. El guarda, el «Jabato» me ha dejado pasar. Ya sé que la Amparito no está aquí.

No decía su mujer o su señora, sino la Amparito.

—Usted me dirá lo que quiere —dijo César, mirando a la mujer con cierto asombro.

—Yo soy la mujer que vive con Juan el «Babas».

—¡Ah! ¿Usted es...?

—Sí, la «Cachorra».

—César la contempló detenidamente. Tenía ese tipo aguileño de las monedas ibéricas, la nariz arqueada, los ojos grandes y negros, la boca de labios finos y el mentón saliente; ella notó aquel examen y quedó como en guardia.

—Siéntese usted, hágame usted el favor, y dígame lo que desea.

—Estoy bien —contestó ella, permaneciendo de pie; luego, atropelladamente, dijo—: Lo que quiero es que no le castiguen a Juan más de lo que sea justo.

—No creo que se le castigará injustamente —replicó César.

—Todo el pueblo dice que si usted habla en el juicio contra él, el castigo será mayor.

—Y usted quiere que yo no hable.

—Eso es.

—Me parece pedir demasiado. Yo no haré mas que insistir en que le castiguen justamente.

—¿No habría medio de evitarlo?

—Ninguno.

—Si usted quisiera... Yo le serviría después de rodillas, haría cualquier sacrificio por usted.

—¿Tanto le quiere usted a ese hombre?

La «Cachorra» contestó negando con un enérgico movimiento de cabeza.

—Pues entonces, ¿qué espera usted de él?

—Espero la venganza.

A la «Cachorra» le brillaron los ojos.

—¿Es cierto lo que cuentan de usted? —dijo César.

—Sí.

—Ese muchacho muerto ¿era hijo del hombre que a usted la vendió?

—Sí.

—Pero vengarse en el hijo de la maldad del padre es horrible.

—El hijo era tan malvado como el padre.

—¿De manera que usted le mandó matar?

—Yo, sí.

—¿Y viene usted a decírmelo a mí, que he de ser el acusador?

—Mande usted que me prendan, me es igual.

La «Cachorra» se plantó delante de César, provocativa, con los ojos brillantes, en un ademán de reto.

—¿Tanto odio tenía usted a ese muchacho muerto?

—Sí, a él y a toda su familia.

—Yo comprendo que a su padre, si viviera...

—¡Si viviera! Yo daría mi vida por sacarle de la tumba para hacerle sufrir todo lo que él me hizo sufrir a mí.

César había oído contar vagamente la historia de aquella mujer, a quien su padre adoptivo, después de forzarla, la había abandonado en un prostíbulo de la capital. En general, en estas tragedias aldeanas reina la más absoluta inconsciencia, y ni la víctima se entera de que es víctima, ni el verdugo de que es verdugo.

Pero allí, por lo que contaba la «Cachorra», no había pasado esto; el «Compadre» había obrado con una maldad refinada, cebando en ella sus deseos y luego vendiéndola, llevándola a una casa infame. El verdugo había sido cruel e inteligente; la víctima se había dado cuenta de serlo, hasta tal punto, que su alma estaba repleta de deseos de venganza.

—Aquel hombre —concluyó la «Cachorra» sollozando—, me quitó el nombre, dándome un apodo; me quitó la honra, la vida, todo, y yo, ya que no puedo vengarme en él vivo, me vengaré en su familia.

César escuchó atento la explicación de aquella mujer, sin interrumpirla; luego, cuando concluyó de hablar, dijo.

—¿Y por qué no huír?

—Huír, ¿adónde? —preguntó ella sorprendida.

—A cualquier parte. ¡El mundo es tan grande! ¡Por qué se empeña usted en vivir en el único sitio en que la conocen y tienen mala opinión de usted? Váyase usted de aquí. Hay países en donde los sentimientos son más generosos que en estos rincones viejos del mundo. Usted no se cree infame ni envilecida.

—No, no.

—Pues váyase usted de aquí. A América, a la Australia, a cualquier parte; quizá pueda usted rehacer su vida. Por lo menos, nadie la llamará a usted por su apodo, nadie la tuteará. Vencerá usted o será usted vencida en la lucha por vivir. ¡Claro! Tendrá usted la suerte común, pero no el envilecimiento. ¡Váyase usted!

La «Cachorra» escuchaba a César con los ojos bajos. Cuando dejó de hablar, se le quedó contemplando atentamente, y luego, sin decir nada, desapareció.

XVI

Piedad, máscara de la cobardía.

LA MADRE

Unos días después se encontraba César en su despacho, cuando se precipitó hacia él una vieja flaca y vestida de negro, que avanzó en el cuarto y se tendió de rodillas delante de César. César se levantó disgustado.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? —preguntó.

La Amparito entró en el cuarto y explicó lo que pasaba. Aquella vieja era la madre de Juan el «Babas». Le habían dicho a la madre de Juan que el único obstáculo para que su hijo se salvara de la muerte era César, y venía a suplicarle que no le condenara a muerte a Juan.

—Mi pobre hijo es bueno —gimió la anciana; es una mujer la que le ha impulsado al crimen.

César la escuchó silencioso y sombrío, sin decir nada, y salió de su cuarto. La Amparito quedó con la vieja, consolándola e intentando tranquilizarla.

La Amparito volvió a la carga por la noche, y arrancó a su marido la promesa de que no actuaría de acusador en el juicio.

César se encontraba avergonzado y entristecido, no quería ir a ver a nadie; estaba haciendo traición a su causa.

La piedad acabará con mi obra o conmigo —pensaba César, paseando por su cuarto—. Esta pobre vieja es digna de lástima. Es indudable. Cree que su hijo es

un buen muchacho, y es un chulo canalla y cobarde. Yo no debía hacer caso de esta súplica, sino insistir en que a ese miserable lo condenen a muerte. Pero ya no tengo energía, ya no tengo dureza. Siento que voy a ceder, me impresiona el dolor de la madre, y no calculo que ese matón, si queda libre, va a trastonar la vida del pueblo, va a malograr nuestra obra. Estoy perdido.

LA FUGA

César confesó a su mujer que estaba acobardado; su falta de valor constituía para él una pesadilla.

La Amparito dijo que debían hacer un viaje largo. Laura les había invitado a que fuesen a Italia, era lo mejor que podían hacer.

César aceptó la solución, y, efectivamente, fueron a Madrid y desde allí a Italia.

El Centro Obrero telegrafió a César cuando llegó la época del juicio oral, y la Amparito contestó al telegrama desde Florencia diciendo que su esposo estaba enfermo.

Nunca César se había sentido tan intranquilo como entonces: compraba los periódicos españoles y creía encontrar en cualquiera una frase diciendo: El señor Moncada es un cobarde, el señor Moncada es un desdichado y un traidor.

Cuando supieron que el juicio oral se había verificado, condenando a Juan a ocho años de presidio, volvieron los dos a Madrid.

César estaba humillado y avergonzado; no se atrevía a presentarse en Castro. Las felicitaciones que algunos le enviaron por el restablecimiento de su salud le encendían las mejillas de vergüenza en la soledad de su gabinete.

El redactor de un periódico de la capital de provincia fué a visitar a César, y éste, llevado por su amilanamiento, confesó que estaba dispuesto a retirarse de la política. Dos días después César vió el periódico con-

servador de la capital con un título grande en primera plana, que decía: «Moncada se retira».

La Amparito celebró la decisión de su esposo, y César hizo tristes planes para el porvenir, basados en el renunciamiento a toda lucha.

Unos días después César recibió una carta de Castro Duro que le hizo estremecerse. Estaba firmada por el doctor Ortigosa, por San Román, por Camacho, el boticario, y por los principales socios del Centro Obrero. La carta era de letra del médico. Decía así:

«Muy señor nuestro: Hemos leído en el periódico de la capital la noticia de que piensa usted retirarse de la política. Creemos que esta noticia no es cierta; no podemos suponer que usted, campeón de la libertad en Castro Duro, abandone tan noble causa, y deje entregado el pueblo a las intrigas y a las malas artes de los clericales. No se trata aquí de si a usted le conviene o no retirarse de la política, eso no tiene importancia; se trata de lo que conviene a la patria y a la libertad.

Si por seducciones de una vida muelle se separara usted de nosotros y nos abandonara, habría usted cometido un crimen de lesa civilización, habría usted matado en flor el renacimiento de la vida espiritual y de la vida ciudadana en Castro.

No le creemos a usted capaz de esta cobardía y de esta infamia; y como no le creemos capaz de ella, solicitamos de usted que venga cuanto antes a Castro Duro para dirigir las próximas elecciones municipales.—*Doctor Ortigosa*, *Antonio San Román*, *José Camacho*.»

César sintió como un latigazo al leer la carta. Aquellos hombres tenían razón, no tenía derecho a retirarse de la lucha.

Su convicción le fortaleció.

—Tengo que ir a Castro —le dijo a la Amparito.

—¿Pero no decías que...?

—Sí, pero es imposible.

La Amparito comprendió que la decisión de su marido era inquebrantable, y dijo:

—Bueno, iremos a Castro.

XVII

Primera victoria.

Habían entrado los conservadores en el Poder; llegaba la época de renovar el Ayuntamiento. Era lo acostumbrado en Castro, como en todos los distritos rurales de España, que en período de mando liberal la mayoría de los concejales elegidos fuesen liberales, y en tiempo de gobierno conservador, fuesen conservadores.

El antiguo liberal, García Padilla, se había pasado al campo conservador, e iba a ver si llevaba a sus amigos al Municipio para preparar después su diputación.

Era la primera vez que en Castro Duro se iban a hacer elecciones verdaderas. Los candidatos de Moncada eran casi todos gente de buena posición. Representando la tendencia revolucionaria figuraban en la candidatura el doctor Ortigosa y un tejedor socialista. Los liberales sentían una actividad y una comezón inusitadas. César fundó un periódico, que llamó *La Libertad*. El doctor Ortigosa fué el alma de este periódico, cuyas doctrinas abarcaban desde la monarquía liberal hasta el anarquismo. A medida que las elecciones se acercaban, la agitación cundía.

En los dos centros electorales establecidos por los partidarios de Moncada, el ir y venir de gente no concluía; algunos moncadistas entusiastas entraban en el Centro cada cuarto de hora para dar cuenta de los rumores que corrían y recoger noticias.

Don Fulano ha dicho esto, el tío Tal piensa hacer tal cosa; y todos eran conciliábulos y maquinaciones. El pintor había pintado gratis un gran cartel con vivas a la

libertad, a Moncada, al doctor Ortigosa y a los candidatos liberales; el del café llevó las sillas, sin que nadie se lo pidiese; el otro traía un brasero para los escribientes; todo el mundo estaba deseando hacer algo. La frase hecha de la batalla electoral para ellos, no era un lugar común político, sino una realidad. La cosa más baladí servía de motivo para larguísimas discusiones. La identificación por la idea era tal, que llegaba a borrar los egoísmos. Todos se sentían honrados y entusiastas, por lo menos en aquellos momentos.

La gente soñaba con las elecciones.

Cuando llegaba César a los centros electorales, era una de exclamaciones, de abrazos y de advertencias que no concluía.

—Don César, que pasa esto... Don César, no se fíe usted de Tal.

—Hay que acabar con ellos.

—Que no quede ninguno.

El sonreía, porque al verse así realmente querido por la gente, le había limpiado de su amargura habitual y de su amilanamiento. Cuando acababa de recibir recomendaciones y parabienes se iba a un cuarto del fondo, y allí, en compañía de un candidato o del secretario, leía las cartas y disponía lo que tenían que hacer.

El más activo de los candidatos era el doctor Ortigosa.

Ortigosa era un hombre rectilíneo y tenaz. Su odio era el catolicismo, y todos sus ataques los dirigía a la religión de sus mayores, como decía él irónicamente.

Había fundado una logia masónica que se llamaba «El Microbio», cuyo principal carácter era el ser anticatólica.

En cualquier parte, Ortigosa hacía propaganda. Acudía a todos los rincones a perorar, a hablar de sus proyectos.

César utilizaba su automóvil para recorrer los pueblos del distrito, e iban cuatro o cinco y solían hablar desde los balcones, y muchas veces desde el coche, como los vendedores ambulantes de específicos.

En los pueblos pequeños producían estas reuniones

un gran efecto. Lo que se decía servía de motivo de conversación para un mes.

César había adquirido una oratoria clara insinuante. Sabía explicar los hechos admirablemente.

Los partidarios de Padilla no se dormían; pero, como era natural, llevaban el trabajo de otro modo; iban de tienda en tienda, haciendo ver a los tenderos los perjuicios de la política moncadista, prometiéndoles ventajas; a los obreros les amenazaban con despedirlos; no había gran entusiasmo; la campaña era menos estruendosa, pero, en parte, más segura.

Todo el elemento liberal de Castro estaba en ebullición: desde los liberales templados, que recordaban a Espartero, hasta los anarquistas; sólo el «Patillas» y el «Furibis» se reunían en una taberna a hablar de bombas y de dinamita; pero se podía asegurar que ninguno era capaz de nada. Los dos se habían separado de Ortigosa, considerándole como desertor.

—Sois unos imbéciles —les decía el médico con su furor habitual—. Esta lucha va despertando al pueblo. Se van manifestando los instintos, y esto hace al hombre fuerte. Cuanto más dura y violenta sea esta lucha, mejor, más rápido es el progreso.

—Agitación, agitación es lo que necesitamos —gritaba el doctor; y él se agitaba como un condenado.

El triunfo de los liberales fué grande; de diez vacantes obtuvieron ocho puestos.

XVIII

Declaración de guerra.

El nuevo Ayuntamiento de Castro fué de lo más extraordinario y pintoresco que pudiera imaginarse. El doctor Ortigosa presentó proposiciones que causaron el mayor asombro y estupefacción no sólo en el pueblo, sino en toda la provincia. Se le ocurrían planes magníficos y cosas extravagantes. Pedía que se enseñara de otra manera, que se suprimieran las fiestas religiosas y se crearan otras, que se aboliera la propiedad, que se instalaran baños públicos, que Castro Duro rompiera con Roma.

El doctor era un tipo nacido para alternar con esos hombres águilas de las revoluciones, como Robespierre o como Saint-Just y condenado a vivir en un miserable gallinero.

Un día que César trabajaba en su despacho vió, con asombro, que entraba el Padre Martín.

El Padre Martín saludó a César como a un antiguo conocido; iba a pedirle un favor. César, desconfiado, se dispuso a escucharle. Después de hablar de sus asuntos, el fraile comenzó a censurar al Ayuntamiento de Castro y a decir que era un verdadero manicomio.

—Sus amigos de usted —dijo el padre, sonriendo— están desatados. Quieren cambiarlo todo en tres días. El doctor Ortigosa, que es un loco...

—Para mí es el único hombre que me merece estimación en Castro.

—¿Sí?

—Sí.

—Ese energúmeno dice que para él las tradiciones no tienen valor ninguno.

—¡Oh!, lo pienso lo mismo —dijo César.

—¿Es usted antihistórico?

—Sí, señor.

—No lo creo.

—En absoluto. Para mí la tradición no tiene tampoco valor.

—La base de la tradición —contestó el fraile, argumentando como el que lleva toda la ciencia humana en el bolsillo del hábito— es la confianza que tenemos todos en la experiencia de los antepasados. Yo, labrador o pastor, aunque haya vivido cincuenta años, puedo tener, con relación a mi oficio y a la vida, una experiencia grande, pero nunca será tan grande como la experiencia reunida de todos los que me precedieron ¿Puedo yo desdeñar ese cúmulo de saber que nos van legando las generaciones pasadas?

—Si quiere usted que le diga la verdad, para mí su argumento no tiene ninguna fuerza —contestó fríamente César.

—¿No?

—No. Es cierto que hay una suma de conocimientos que van de padres a hijos, de un labriego a otro y de un pastor a otro. ¿Pero qué valor tienen esas experiencias rudimentarias, obscuras, con las experiencias unidas de todos los hombres de ciencia que ha habido en el mundo? Es como si me dijera usted que el caudal de conocimientos de un curandero es mayor y mejor que el del médico sabio.

—Cierto —contestó el padre—; yo no hablo de la ciencia pura, yo hablo de la ciencia aplicada. ¿Es que alguno de los sabios universales se va a ocupar de la manera de sembrar o de trillar en Castro?

—Sí, se ha ocupado ya, porque se ha ocupado de la manera de sembrar o de trillar general, y, además, de las variaciones en los procedimientos que debe ocasionar la clase de tierra, el clima, etc.

—¿Y cree usted que ese pragmatismo científico puede substituír al pragmatismo natural, salido de la en-

traña del pueblo, creado por él en siglos y siglos de vida?

—Sí; es decir, creo que puede depurarlo; que puede echar de ese pragmatismo, como usted le llama, todo lo malo, lo absurdo y lo falso, y quedarse con lo que haya de bueno.

—Y para usted lo absurdo y lo falso es la moral católica.

—Eso es.

—Usted no quiere discutir si el catolicismo es verdad o es mentira; lo considera usted como una doctrina ruinosa y que produce la decadencia. Eso me han dicho que ha afirmado usted varias veces.

—Es cierto, eso he dicho.

—Pues no estamos conformes. El catolicismo es útil, el catolicismo es eficaz.

—¿Para qué? ¿Para vivir?

—Sí.

—No. ¡Ca! Será para morir. Allí donde hay catolicismo hay ruinas y hay miseria.

—Sin embargo, en Bélgica no hay miseria.

Ciertamente no la hay, pero en este país el catolicismo no es lo que es en España.

—Claro que no lo es —exclamó el fraile a gritos—, porque el catolicismo español lo caracteriza España, España pobre y fanática, no el catolicismo.

—Creo que no nos vamos a entender —replicó César—; para usted es efecto lo que a mí me parece causa... Además, nos desviamos de la cuestión. A usted le parece bien el estado moral e intelectual de Castro, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues a mí me parece horrendo. Vicio sórdido, adulterios obscuros, juego, matonería, usura, hambre... Usted cree que debe seguir así, como estaba antes de que yo fuera diputado por el distrito. ¿No es eso?

—Eso es.

—Que yo he sido un perturbador, un enemigo de la tranquilidad pública.

—Exactísimo.

—Pues a mí ese estado que usted encuentra admirable me parece de un fanatismo bestial, de una inmoralidad repugnante, de una vileza repulsiva.

—Claro, usted es pesimista de todo lo actual, como buen revolucionario. Usted cree que va a mejorar la v da de Castro. ¿Usted solo?

—Yo, unido a otros.

—Y mientrastanto, lleva usted la anarquía a la ciudad.

—¡Yo la anarquía! No. Yo llevo el orden. Yo quiero acabar con la anarquía que reina en Castro y someterla a un pensamiento, a un pensamiento digno y noble.

—¿Y con qué derecho se arroga usted esa facultad?

—Con el derecho de ser el más fuerte.

—¡Ah! Bueno. Si llega usted a ser el más débil, no se quejará si nosotros abusamos de la fuerza.

—¡Quejarme! ¡Si llevan ustedes abusando miles de años! Ahora mismo, nosotros hablamos, nosotros protestamos, pero ustedes mandan.

—Nosotros impedimos sus locuras. Nos ponemos enfrente de sus utopías. ¿Es que creen ustedes que van a resolver el problema de la tierra y del capital? ¿Van ustedes a resolver la cuestión sexual? ¿Van ustedes a instaurar una sociedad sin desigualdades y sin injusticias, como ha dicho el otro día en *La Libertad* el doctor Ortigosa? Me parece muy difícil.

—A mí también. Pero eso es lo que hay que intentar.

—¿Y cuándo llegarán ustedes a una ordenación tan perfecta, a una armonía tan grande como la católica, creada en veinte siglos? ¿Cuándo?

—Llegaremos a otra armonía mejor.

—¡Oh! Lo dudo.

—Claro, eso mismo dirían los paganos a los cristianos, y con mayor razón quizá, porque el cristianismo, al lado del paganismo, era un retroceso.

—En ese punto no podemos discutir —dijo el Padre Lafuerza, levantándose.

César hizo lo mismo.

—A pesar de todo esto, yo le estimo a usted, porque creo que es usted un convencido —dijo el Padre Mar-

tín—. Ahora le creo peligroso y me alegraría extraerle de Castro.

—A mí me pasa lo mismo con relación a usted, y también me alegraría extraerle de allá, como un elemento malsano.

—De manera que somos enemigos claros y leales.

—¡Leales! ¡Psch! Estamos dispuestos a hacernos todo el daño posible.

—Yo, por mi parte, sí, y por todos los medios —afirmó el padre con energía.

—Yo también —contestó secamente César; y levantó las cortinas del despacho.

—No se moleste usted —dijo el Padre Martín.

—No, no hay molestia.

—Recuerdos a la Amparito.

—Gracias.

El fraile vaciló al salir, como si quisiera volver a la carga.

—Luego, si se arrepiente usted... —dijo.

—No, no me arrepiento —replicó César friamente.

—Yo le brindo a usted la paz.

—Sí, si me someto; yo le brindo a usted la paz también, si se somete.

—Va usted a jugar una partida peligrosa.

—No será menos peligrosa para usted que para mí.

—Se juega usted la cabeza.

—¡Psch! La jugaremos y la ganaremos.

El fraile se inclinó, y sonriendo de una manera forzada salió de casa.

XIX

La lucha electoral.

Los conservadores de Castro Duro estaban dispuestos a llevar a cabo los mayores atropellos y arbitrariedades para vencer de cualquier manera.

Se sabía que en el Ministerio de la Gobernación se había presentado una Comisión formada por García Padilla, el Padre Martín Lafuerza y dos concejales conservadores, a pedir que por todos los medios se impidiera el triunfo de César.

—Es necesario que don César Moncada no sea elegido por el distrito —dijo el Padre Martín—. Si lo es, el pueblo quedará sometido a una dictadura revolucionaria. Todas las clases conservadoras, el comercio, las comunidades religiosas, anhelan que no salga diputado Moncada.

La comisión de los castreños visitaron a otras altas personas, y debieron conseguir su objeto, porque pocos días después el Ayuntamiento de Castro quedaba suspendido, el Centro Obrero cerrado, se trasladaba al juez, se reforzaba el puesto de la Guardia civil, y se destinaba a Castro como delegado para las elecciones un inspector de Policía de malísimos antecedentes.

El gobernador de la provincia, adversario político de César, era amigo suyo.

—Por usted estoy dispuesto a perder el destino —le había dicho—; ahora, a sus partidarios, no tengo más remedio que darles en la cabeza.

La Libertad, el periódico de César, hizo una campaña violentísima contra García Padilla. Ortigosa llegó a

averiguar que Padilla había estado procesado por estafa y denunció este hecho.

A su vez, *El Correo de Castro* insultaba a César y le llamaba zurupeto de Bolsa, arrivista y ateo.

La rapidez y violencia de las medidas del Gobierno produjo en los liberales tibios un efecto de miedo; en cambio, a los decididos les impulsó a mostrarse más valientes y arriesgados.

El partido de Moncada tomó casi inmediatamente un carácter revolucionario. La logia «El Microbio» funcionaba y de ella partían las disposiciones más radicales. Al Gobierno y a los conservadores les convenía que el partido de Moncada tomara este carácter demagógico. El delegado hizo venir gente maleante de la capital con el objeto de sembrar la cizaña en el Centro Obrero.

Esta gente sospechosa, dirigida por uno a quien llamaban el «Chispín» se reunía en las tabernas a soliviantar a los obreros y a los campesinos haciendo propaganda al parecer anarquista, pero en el fondo antiliberal.

—Todos son unos —decían—; liberales y conservadores no se diferencian en nada. Los borrachos y vagos del pueblo estuvieron durante aquellos días en sus glorias, comiendo y bebiendo. Nadie sabía a ciencia cierta la procedencia de aquel dinero, pero que corría profusamente lo pudo comprobar todo el mundo.

Al mismo tiempo, el delegado hizo prender a los obreros más significados del Centro y se les formó un proceso con acusaciones ridículas.

EL MITIN

Los liberales intentaron celebrar una manifestación de protesta; pero el delegado y el alcalde la prohibieron.

El periódico *La Libertad* explicó lo que pasaba y fué denunciado.

Se organizó un mitin en la escuela; el gobernador había concedido el permiso.

La escuela no tenía iluminación, y César mandó un

hombre a la capital por lámparas de acetileno, que se fueron colocando en las paredes, y que echaban un olor detestable. A las nueve de la noche comenzó la reunión. Presidía César y tenía a la derecha a San Román, el librero, y a la izquierda, al doctor Ortigosa.

Detrás de ellos, en un banco, había una porción de socios del Centro Obrero.

El público lo formaban lo más pobre del pueblo; el elemento liberal rico se iba retrayendo; había braceros envueltos en tapabocas, mujeres de mantón con chiquillos en brazos. Entre el público aparecieron los agentes provocadores , que sin duda llevaban el propósito de turbar el orden; pero el librero republicano mandó echarlos del local, y a pesar de que ellos se resistían, lo llegó a conseguir.

El jefe de la Policía, insultante y desdeñoso, se sentó en la mesa con un cabo de la Guardia civil, vestido de paisano, que venía, según dijo, a tomar notas.

San Román, el librero, dió á César un papel con el nombre de los que iban a hablar. Eran muchos y César no los conocía.

El primero a quien concedió la palabra, por el orden de la lista, fué un muchacho cojo, que se adelantó ante el públicó, apoyado en una muleta, y comenzó a hablar.

El muchacho se expresaba con un gran entusiasmo y una admirable ingenuidad.

—¿Quién es este chico? —preguntó César a San Román.

—Pues es el mejor alumno de nuesfra escuela. Le llamamos todos el «Cojico». Es de una familia muy pobre. Vino a la escuela hace un año, sin saber nada, y hoy ya ve usted. El maestro está entusiasmado con él. Dice, y creo que tiene razón, que si sigue estudiando va a ser una eminencia.

El público aplaudía a cuanto decía el «Cojico» y cuando concluyó le saludó con aclamaciones y vivas. Al volver a su asiento, César y San Román le estrecharon la mano efusivamente.

¡FIRMEZA, CIUDADANOS!

Después del «Cojico» hablaron, en distintos tonos, varios oradores, el «Furibis», el tío «Chino», el «Panza», San Román, un tejedor, un ferroviario y el doctor Ortigosa. Este se desató y lanzó tales violencias, que el público gritaba con él estremecido. El discurso que hizo César recomendando firmeza no tuvo apenas resonancia. La nota la habían dado el «Cojico», con su ingenuidad y con su simpatía, y el médico, con la violencia de sus palabras.

Al día siguiente, el delegado del gobernador daba orden de cerrar la escuela, y el doctor Ortigosa y San Román eran conducidos a la cárcel.

TRASTADAS

No era posible hacer una campaña de agitación popular, y César se decidió a abrir un centro de propaganda al lado de cada colegio electoral.

Los mitins se habían suprimido en los pueblos, porque al menor grito, o sin motivo alguno, el jefe de la Policía, con los de la Guardia civil, entraba en medio de la gente y la dispersaba a empujones y a culatazos.

El periódico nada podía decir sin ser inmediatamente denunciado y recogido.

César no mandaba telegramas de protesta, sino que trabajaba silenciosamente. Pensaba emplear todas las armas, hasta el engaño y el soborno.

García Padilla y los agentes del Gobierno encontraban más peligroso este procedimiento que el anterior. César ofreció veinte duros a todo el que denunciase algún chanchullo electoral comprobado. La semana de las elecciones él y sus amigos no descansaron.

En uno de los colegios del Carrascal en donde César tenía mayoría habían cambiado, de noche, el azulejo con el número de la casa. Los electores verdaderos tendrían que esperar para votar en un punto, y, mientrastanto,

en otro irían llenando la urna con papeletas del candidato adicto.

En el poblado Val de San Gil intentaron otra trastada: señalaron para colegio electoral un pajar, al cual había que subir por una escalera de mano. En tanto que los aldeanos aguardasen a que colocaran la escalera, se llenaría la urna; cuandó se pusiera la escalera y fueran subiendo los votantes, se encontrarían que todos habían votado ya. Como la escalera era estrecha, tendrían que presentarse uno a uno, y no era fácil que se atrevieran a protestar; además, habría en el local unos cuantos matones, armados de palos y de pistolas, dispuestos a dar un garrotazo o un tiro al protestante.

A pesar de todo, César tenía asegurada la elección, siempre que el Gobierno no extremase las cosas; pero, a última hora, se supo que iba a llegar a Castro más Guardia civil, y que los agentes del Gobierno llevaban la orden de impedir el triunfo de Moncada por cualquier medio.

Al anochecer del sábado, le dijeron a César que el delegado, con otros de la Policía, estaba en una taberna repartiendo talones para los electores falsos. César fué solo y entró en la taberna.

El delegado, al verle, quedó confuso.

—Sé lo que está usted haciendo —le dijo César—. Pero tenga usted cuidado, porque le puede costar a usted el ir a la cárcel.

—A quien le puede costar el ir a la cárcel es a usted —replicó el inspector.

—¡Venga usted a detenerme, miserable, y le abro la cabeza de un tiro!

El inspector de Policía se levantó de la mesa en donde estaba sentado, y al salir dejó caer uno de los talones. César contempló a los hombres que estaban con el inspector de Policía; uno de ellos era el «Chispín». Días antes se había presentado en el centro de Moncada a ofrecerse a trabajar por él, y era el director de la gente maleante enviada por el Gobierno a Castro.

REUNIÓN CLANDESTINA

Al volver al centro electoral le avisaron que a las nueve de la noche había una reunión en la taberna del «Furibis». Querían tomar acuerdos importantes. César se presentó un poco más tarde de la hora señalada. El local era negro, con unas tinajas grandes. Habían puesto una mesa en el fondo, e iluminaba aquel antro una luz de acetileno.

Los asistentes formaban un semicírculo alrededor de la mesa.

Llamó César en la taberna y le abrieron; suspendió un obrero que hablaba su peroración, y le dejaron pasar a César hasta sentarse en la mesa. El ambiente era sofocante. Estaba todo cerrado para que la Guardia civil no sospechara, al ver la luz por las ventanas, que se celebraba allí una reunión; los obreros eran en su mayoría albañiles, tejeros, ladrilleros; había mujeres con los chiquillos dormidos en el regazo. El vaho que se respiraba allí era horrible. La reunión tenía un aspecto de gente desesperada. Habían sabido que a los presos les habían apaleado en la cárcel, y que San Román y el doctor Ortigosa estaban en la enfermería de resultas de la paliza.

ELOGIO DE LA VIOLENCIA

La excitación entre los reunidos era terrible. El «Cojico» era el más valiente: era partidario de que saliesen en aquel momento y asaltaran la cárcel.

Cuando hablaron todos, César se levantó y les invitó a que esperaran. Si al día siguiente su candidatura triunfaba, él les prometía que al momento estaban los presos libres; si no triunfaba y los presos seguían allá...

—Entonces, ¿qué se hace? —dijo una voz.

—¿Qué se hace? Yo soy partidario de la violencia —contestó César—: incendiar la cárcel, pegarle fuego al pueblo, estoy dispuesto a todo.

Sí, en aquel momento creía que había tenido demasiadas complacencias.

—El primer deber de un hombre es violar la ley —gritó—, cuando la ley es mala. Todo se debe a la violencia y a la guerra. Iré en el sitio del peligro. Ahora mismo, cuando queráis. ¿Queréis que asaltemos la cárcel? Vamos ahora mismo.

Aquello de asaltar la cárcel no les parecía a los reunidos una cosa fácil. Se podía intentar, trepando por el cerro, el sorprender a la guarnición de la cárcel, pero era difícil. Según el «Furibis», lo mejor era que diez o doce salieran a la calle con escopetas y pistolas, y dispararan a diestro y siniestro.

Al alboroto saldría la Guardia civil, y entonces era el momento de que los demás entraran en la cárcel y echaran a la calle a los presos.

Otro dijo que le parecía mejor acercarse cautelosamente a la casa cuartel de la Guardia civil, matar al centinela y apoderarse de los fusiles.

—Decidid —dijo César—. Yo estoy dispuesto a todo.

La actitud de César hizo calmarse a los exaltados, y comprender que no se asaltaba la cárcel tan fácilmente.

Serían las once cuando concluyó la reunión de la taberna; decidieron esperar a ver lo que ocurría al día siguiente, y uno a uno fueron saliendo todos.

—Le acompañaremos a usted, don César —le dijeron unos cuantos.

—No, ¿para qué?

—Mire usted que hay gente que le puede a usted atacar. Juan el «Babas» está libre en Castro.

—¿De veras?

—Sí.

—Contra mí no puede tener nada ese matón.

DE NOCHE

Salió César de la taberna, se encasquetó el sombrero y se embozó en la capa. No había llevado el automóvil

para que no le conocieran. La noche estaba nublada, pero hermosa y tranquila.

Antes de salir del pueblo un chico se acercó a César.

—De parte de la «Cachorra», que vaya usted a su casa, que le tiene que hablar.

—Ya iré mañana.

—No; que vaya usted ahora, que es muy importante lo que le tiene que decir —gritó el chico.

—Pues ahora no puede ser.

El chico protestó y César siguió su camino.

El «Cojico» y el tío «Chino» le siguieron. Iba César por en medio de la carretera, cuando a la mitad del camino pasó un hombre corriendo por delante de él. Sin duda iba a dar alguna señal.

El «Cojico» y el «Chino» gritaron repetidas veces:

—¡Don César! ¡Don César!

César se paró, y el «Chino» y el «Cojico» corrieron tras él.

—¿Qué pasa?— preguntó César.

—Que le vienen a usted acechando —dijo el «Cojico»—. ¿No ha visto usted pasar un hombre corriendo?

—Sí.

—Le vamos a acompañar. Dormiremos en su casa —dijo el «Chino»—, y si nos atacan nos defenderemos.

Y enseñó una pistola que llevaba en la faja.

Siguieron los tres andando, y al pasar junto a un bosquecillo que había antes del palacio, una sombra pasó agachándose y huyó.

—Estaba ahí— dijo el «Chino».

—Entraron los tres en la casa. La Amparito, con su vieja nodriza, rezaba delante de una imagen iluminada.

XX

Confianza.

SÍ, ES EL HÉROE

AL levantarse, César se encontró con una porción de cartas y de avisos de sus partidarios de todo el distrito haciéndole indicaciones.

El mismo, en compañía de un criado que solía acompañarle, preparó el automóvil y se dispuso a visitar los colegios.

Al montar en el coche, el mismo chico de la noche anterior se le presentó con una carta.

—De parte de la «Cachorra», que la lea usted en seguida.

—Trae, ya la leeré.

—Me ha dicho que la lea usted en seguida.

—Sí, hombre, sí.

César cogió la carta y distraídamente la metió en el bolsillo.

El automóvil partió y César no leyó el papel. A las ocho de la mañana marchaba a Cidones. Las Mesas se habían constituído con legalidad.

Llovía suavemente. Al acercarse a Castro apareció el sol; el río estaba turbio y de color de barro; por la llanura nadaban espesas nieblas grises, que al pasar por debajo del cerro de Castro le daban el aspecto de una isla en medio del mar; de las chimeneas del pueblo salía el humo como madejas de plata, y las campanas sonaban en la calma de la mañana del domingo.

César se detuvo en una venta que había antes de llegar al pueblo. El herrador, un viejo liberal, salió a recibirle. Estaba el viejo hacía tiempo enfermo de reúma.

—¿Qué tal? —le dijo César.

—Bien. Ya he ido a votar por usted.

—¿Y de salud?

—Ahora, que se acerca la primavera, empieza uno a mejorar.

—Sí, es verdad —dijo César—; no me había fijado en que los árboles están en flor.

—Pues ya están, ya; dentro de poco entramos en buena época. Para los viejos es un consuelo.

César se despidió del herrador y subió en el automóvil.

¡CÉSAR! ¡CÉSAR!

—Sí, la primavera florece —dijo César—. Yo quitaré todos los obstáculos y las fuerzas saldrán a su vida, que es la acción. Este pueblo, luego otros, y después España entera... Que no quede nada oculto ni encerrado, que salga todo a la vida, a la luz del sol. Soy un hombre fuerte, soy un hombre de hierro, para mí ya no hay obstáculos. Las fuerzas de la naturaleza me ayudarán. ¡César! He de ser César.

Comenzó el automóvil a marchar en línea recta hacia Castro.

Las tierras de ambos lados de la carretera huían rápidamente.

El automóvil aminoró la marcha al pie del cerro y comenzó a subir una cuesta.

Atravesó una puerta antigua de la muralla que se llamaba de los Carros.

La calle de este mismo nombre, una calle del arrabal pobre, era estrecha y de casas bajas; el suelo estaba empedrado de cantos. Cerca había una encrucijada de callejuelas.

Este barrio era de burdeles y de gitanos que hacían cestas.

Al llegar a la encrucijada, en la parte más estrecha, había un carro interceptando la calle. El automóvil se detuvo.

—¿Qué pasa? —dijo César poniéndose de pie.

En aquel momento sonaron dos tiros y César cayó herido en el fondo del coche. El cochero vio que los disparos partían de las ventanas bajas de un telar, y retrocediendo con el automóvil rápidamente volvió a pasar por la Puerta de los Carros, con peligro de estrellarse, salió a la carretera y marchó a gran velocidad a casa de César.

Un momento después, Juan el «Babas» y el «Chispín» salían del telar y desaparecían por una callejuela. El juez que fué a tomar declaraciones supo por el cochero que Cesar había recibido una carta al subir al automóvil. Mandó registrar las ropas del herido y encontraron la carta de la «Cachorra», en que ésta advertía a César el peligro que corría. La fatalidad había hecho que César no la leyese.

. . . .

LA BANDERA ROJA

La noticia de que César estaba gravemente herido corrió por el pueblo como un reguero de pólvora.

Un movimiento de terror conmovió a todo el mundo. El «Cojico», el «Furibis» y los demás exaltados se unieron en la taberna y acordaron pegarle fuego al convento de la Peña. El «Furibis» tenía armas guardadas, y las repartió entre los suyos. Una mujer ató un trapo rojo a un palo, y por distintos caminos salieron de Castro y se reunieron frente a Cidones.

Iban nueve armados y varios detrás que les seguían.

Al llegar a Cidones, uno de los de la partida avanzó por la callejuela y vió dos parejas de la Guardia civil. Se discutió lo que había que hacer, y la mayoría fué partidaria de meterse en la venta del Moro, que había a la entrada del pueblo, y esperar a la noche.

Entraron, efectivamente, en ella, y contaron al Moro

lo que acababan de hacer. El ventero les oyó con simutado regocijo, y les trajo vino. El tal Moro era un sujelo poco recomendable, había estado procesado muchas veces por robo y tenía mala reputación.

El Moro, mientras bebían y hablaban los sublevados, salió sin que nadie lo notara y fué a ver al cabo de la Guardia civil y le contó lo que ocurría.

—¿De manera que están armados?... —preguntó el cabo.

—Sí.

—¿Y cuántos son?

—Nueve, con armas.

—Nosotros no somos mas que cinco. ¿Quiere usted hacer una cosa?

—Diga usted.

—Nosotros pasaremos al anochecer por la venta. Yo llamaré. Y usted les dice a ellos: Aquí está el cabo de la Guardia civil; guarden ustedes las armas. Ellos las guardan, y los prendemos.

—¿Y a mí se me dará algo por este servicio? —preguntó el Moro.

—Natural.

—¿Qué me van a dar?

—Ya se verá.

La emboscada se llevó a cabo tal como la habían urdido; el Moro representó la comedia a la perfección.

Al saber que el cabo de la guardia civil quería entrar, los sublevados, por consejo del ventero, dejaron las armas en un cuarto próximo. En el mismo instante, los cristales de las ventanas saltaron hechos trizas, y los soldados de la Guardia civil hicieron, a boca de jarro, tres descargas cerradas. Dos mujeres y cuatro hombres cayeron muertos; los heridos, entre los que estaba «el Cojico», fueron conducidos al hospital, y sólo uno logró escapar.

LA FATALIDAD

En el centro principal de los partidarios de Moncada se notaba un fenómeno extraño; los días anteriores estaba lleno de bote en bote; aquella noche no había mas que diez o doce hombres del Centro Obrero, congregados ante una mesa iluminada por un quinqué de petróleo. Presidía el farmacéutico Camacho.

Las noticias de la elección eran cada vez peores; los padillistas, a última hora, sabiendo que Moncada estaba herido, hacían horrores; en los colegios de Villamiel los presidentes habían huído con las actas en blanco, y el cacique conservador disponía desde su casa el resultado de la elección.

Al volver con los papeles desde el poblado de Santa Inés, al presidente, que era un pobre maestro de escuela liberal, le habían atracado seis hombres, le habían arrancado las actas, cambiando las cifras y enviado al Ayuntamiento de Castro llenas de borrones.

Al presidente de Peralejo le habían disparado más de veinte tiros; muchos emisarios de Moncada, al saber que César estaba herido y que su partido marchaba mal, se habían pasado al bando contrario.

Sólo Moncada hubiera podido contener aquella fuga. Los más fieles de César se miraban intranquilos, esperando que uno dijera: ¡Vámonos!, para marcharse todos. Camacho únicamente sostenía el espíritu de la reunión.

A las nueve de la noche entró en el centro el jefe de la Policía, acompañado de dos guardias civiles.

—Hagan el favor de cerrar —dijo el inspector.

—¿Por qué? —preguntó el farmacéutico

—Porque lo mando yo.

—Usted no es quién para mandar eso.

—¿No? Hala, fuera todo el mundo, y usted queda detenido.

Los congregados echaron a correr, el farmacéutico fué a la cárcel a hacer compañía a San Román y a Ortigosa, y el Centro quedó cerrado...

. . . .

Las elecciones estaban ganadas por Padilla.

[illegible]

XXI

¡Nuestras venerandas! ¡Nuestras sacrosantas!

En el café del Comercio se daba el banquete en honor de Padilla. Todas las personas pudientes del pueblo, muchas de las cuales eran el día anterior partidarias de César, se habían reunido a festejar al vencedor. La mayoría engullía allí con entusiasmo, distinguiéndose por sus aplausos el jefe de la Policía. Presidía un abogado grueso, grasiento, de barbas negras, un tipo de moro basto, sucio y chanchullero. A su lado estaba un procurador pequeño, picado de viruelas, de color pálido. A los postres no se oían mas que los gritos de ¡viva Padilla!, entre el humo de los largos puros que fumaban los circunstantes.

En esto, el abogado de las barbas negras se levantó y comenzó a perorar.

Hablaba despacio y con gran solemnidad.

—Esta reunión demuestra —dijo con una voz sonora y potente— vuestro entusiasmo y vuestra lealtad por la buena causa. No, no permitiremos jamás que los advenedizos sin religión y sin patria quieran perturbar la vida de nuestra querida ciudad. (Aplausos.) Nosotros defenderemos nuestras venerandas tradiciones por todos los medios; nosotros no permitiremos que se levante en Castro la hidra de la anarquía, y si ésta se levanta para atacar nuestros sacrosantos principios, la aplastaremos bajo nuestro pie. (Aplausos.) Cuando los hombres vuelven la espalda a Dios, cuando se predica la

indisciplina y el libertinaje, cuando no se quiere reconocer ninguna autoridad divina ni humana, es cuando los hombres honrados deben hacer de sus pechos un baluarte para defender las tradiciones. Nosotros somos antes que nada católicos y españoles, y no consentiremos que los anarquistas, que los masones, que los sacrílegos, quieran apoderarse de este solar bendito y borrar sus recuerdos y mancillar los derechos sacratísimos de la Iglesia nuestra madre. (Ovación.)

—¡Viva Jesucristo y su inmaculada Iglesia! —gritó un cura, un tanto turbado por el vino, con una voz chillona.

Después el abogado gordo y grasiento hizo desfilar todas las glorias de España, con su correspondiente adjetivo: el Cid, Colón, Isabel la Católica, el Gran Capitán, Hernán Cortés... Luego hablaron un par de docenas de oradores, y la reunión acabó ya muy entrada la noche.

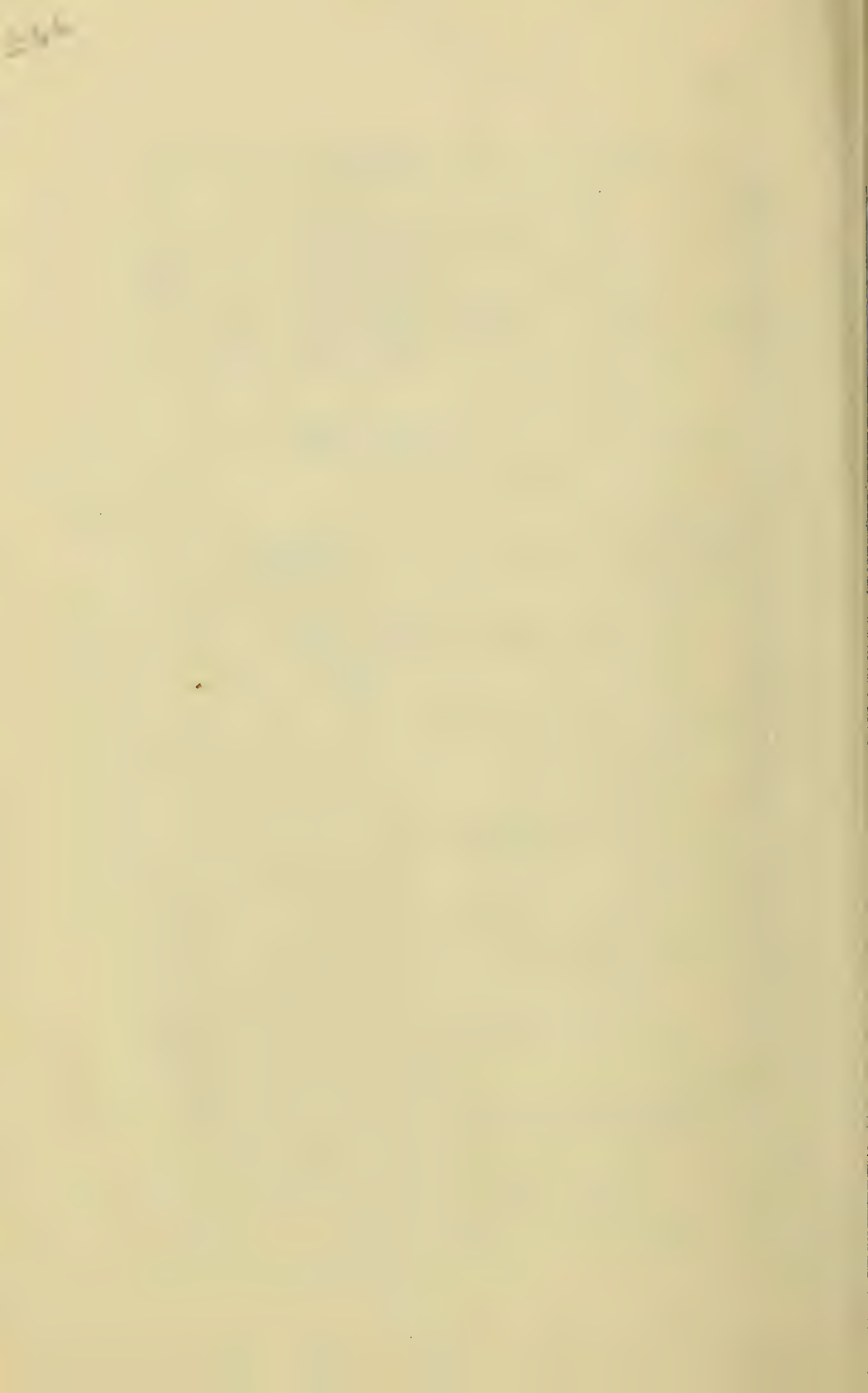
CASTRO DURO HOY

Hoy Castro Duro ha abandonado ya definitivamente sus pretensiones de vivir, ha vuelto al orden, como dice el periódico semanal conservador; las fuentes se han secado, la escuela se cerró, los arbolillos del Parque Moncada fueron arrancados. La gente emigra todos los años por centenares. Hoy para un molino, mañana se hunde una casa; pero Castro Duro sigue viviendo con sus venerandas tradiciones y sus sacrosantos principios, sin permitir que los advenedizos sin religión y sin patria turben su vida, sin mancillar los derechos sacratísimos de la Iglesia nuestra madre, envuelto en polvo, en suciedad y en mugre, dormido al sol, en medio de sus campos sin riego.

INDICE

SEGUNDA PARTE

CASTRO DURO




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 14 05 01 013 7